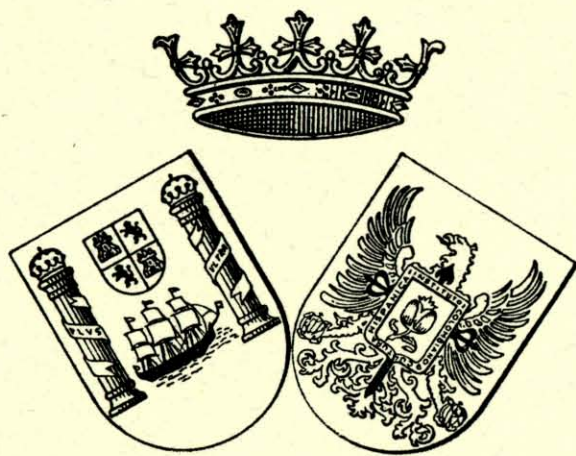


FLORA DE LA REAL EXPEDICION BOTANICA DEL NUEVO REINO DE GRANADA

PUBLICADA BAJO LOS AUSPICIOS DE LOS
GOBIERNOS DE ESPAÑA Y DE COLOMBIA
Y MERCED A LA COLABORACION
ENTRE LOS INSTITUTOS DE CULTURA
HISPANICA DE MADRID Y BOGOTA



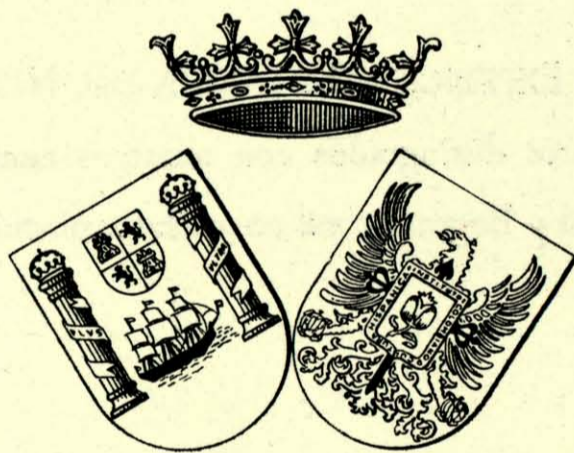
EDICIONES CULTURA HISPANICA
MADRID

1954

TOMO PRIMERO

LA REAL EXPEDICION BOTANICA DEL NUEVO REINO DE GRANADA

CON TRECE RETRATOS EN COLOR,
DOS EN NEGRO, CUATRO ICONES
ILUMINADOS Y UNO EN NEGRO, DOS
FACSIMILES Y DIBUJOS A PLUMA
RELACIONADOS CON EL TEXTO



EDICIONES CULTURA HISPANICA
MADRID

1954

R. 4125

SON AUTORES DEL PRESENTE TOMO

ENRIQUE PEREZ-ARBELAEZ, *Director de Investigaciones Geoeconómicas y de Aprovechamiento de la Carta del Instituto Geográfico de Colombia «Agustín Codazzi»*, para los capítulos I a IV, VI a XXX, XXXII, XXXIII y XXXV.

ENRIQUE ALVAREZ LOPEZ, *Jefe de la Sección de Historia de la Botánica del Instituto Cavanilles*, para el capítulo V.

LORENZO URIBE URIBE, S. J., *Director del Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Colombia*, para el capítulo XXXI.

EDUARDO BALGUERIAS DE QUESADA, *Director del Real Jardín Botánico del Prado de Madrid*, para el capítulo XXXIV.

ALFREDO SANCHEZ BELLA, *Director del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid*, para los capítulos XXXVI y XXXVII.

PROLOGO de Salvador Rivas Goday, *Director del Instituto Cavanilles del Consejo Superior de Investigaciones Científicas del Estado Español*.

APENDICE de Francisco de las Barras de Aragón.

LAMINAS de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada.

RETRATOS en color según cromofotografías de Tomás de la Concha.

DIBUJOS a pluma de Francisco Soriano.

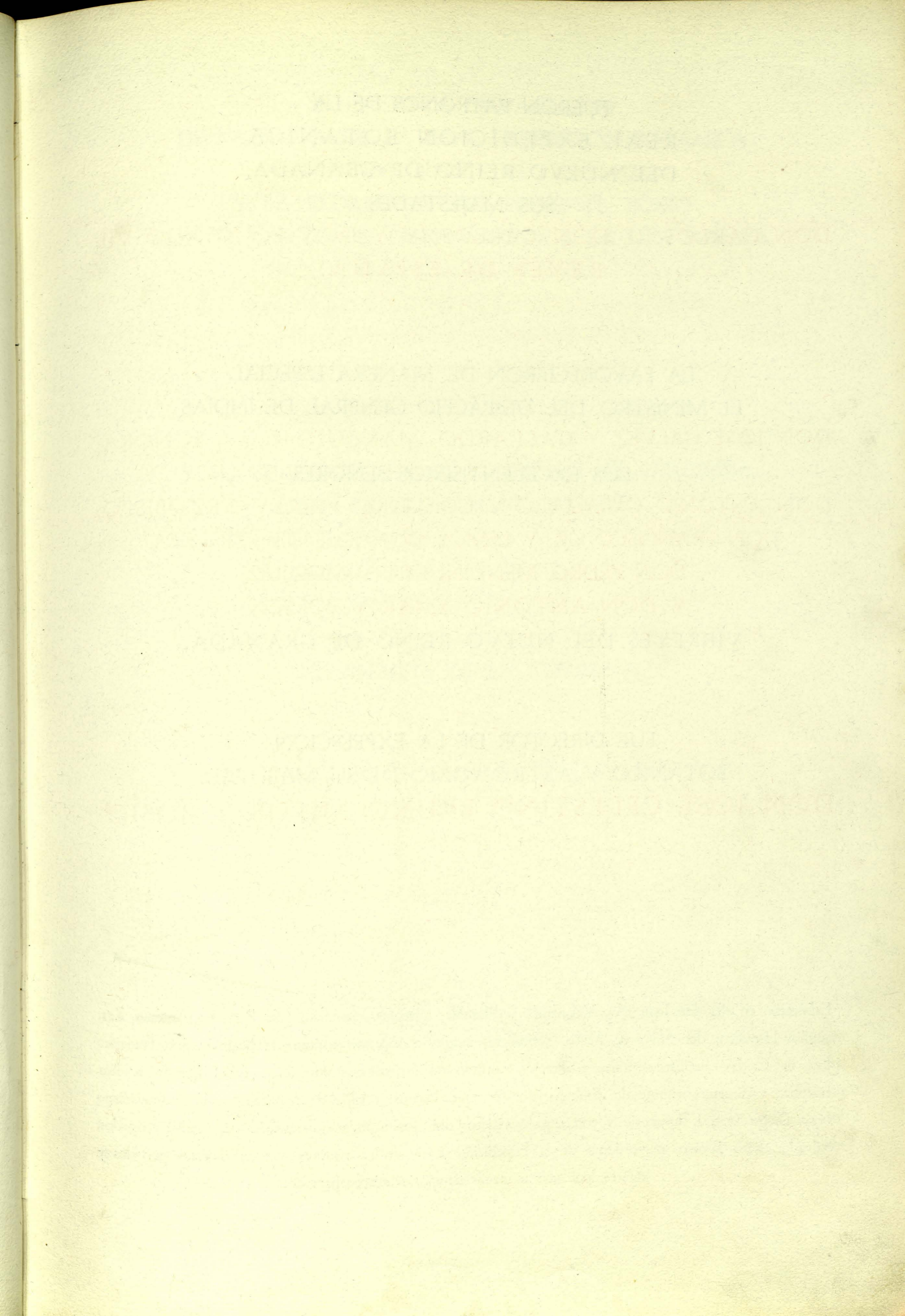
De la FLORA DE LA REAL EXPEDICION BOTANICA DEL NUEVO REINO DE GRANADA se editan cincuenta ejemplares distinguidos con números romanos para los Institutos de Cultura Hispánica de Madrid y Bogotá, y mil novecientos cincuenta con numeración arábica

Ejemplar número **XVIII**

OBSEQUIO A LA BIBLIOTECA DEL REAL JARDIN BOTANICO DEL PRADO DE MADRID

Propiedad literaria:

INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA
Avenida de los Reyes Católicos. Ciudad Universitaria. Madrid (España)
INSTITUTO COLOMBIANO DE CULTURA HISPANICA
Biblioteca Nacional. Bogotá (Colombia)



FUERON PATRONOS DE LA
REAL EXPEDICION BOTANICA
DEL NUEVO REINO DE GRANADA,
SUS MAJESTADES
DON CARLOS III, DON CARLOS IV Y DON FERNANDO VII,
REYES DE ESPAÑA.

LA FAVORECIERON DE MANERA ESPECIAL
EL MINISTRO DEL DESPACHO GENERAL DE INDIAS
DON JOSE GALVEZ Y GALLARDO, MARQUES DE LA SONORA;
LOS EXCELENTISIMOS SEÑORES
DON ANTONIO CABALLERO Y GONGORA, VIRREY-ARZOBISPO;
DON FRANCISCO GIL Y LEMOS, DON JOSE DE EZPELETA,
DON PEDRO MENDINUETA Y MUSQUIZ
Y DON ANTONIO AMAR Y BORBON,
VIRREYES DEL NUEVO REINO DE GRANADA.

FUE DIRECTOR DE LA EXPEDICION,
BOTANICO Y ASTRONOMO DE SU MAJESTAD,
DON JOSE CELESTINO BRUNO MUTIS Y BOSIO.

Laboraron en ella don Juan Eloy Valenzuela y Mantilla, agregado científico; don Francisco Antonio Zea, auxiliar científico; don Sinforoso Mutis Consuegra, meritorio, director sustituto de Botánica; don Francisco José de Caldas, auxiliar científico y director sustituto de Astronomía; don Jorge Tadeo Lozano, auxiliar científico y director sustituto de Zoología; don Enrique Umaña, auxiliar de Mineralogía; el P. franciscano Fray Diego García, meritorio y comisionado viajero; don José Candamo, encargado del herbario, y don Salvador Rizo Blanco, mayordomo de la Expedición y jefe de los pintores que en diversos períodos y lugares, por más o menos tiempo, dibujaron para ella.

SE INICIO LA PREPARACION
DE LA FLORA DE LA REAL EXPEDICION BOTANICA
DEL NUEVO REINO DE GRANADA
Y LA REDACCION DEL PRESENTE TOMO
CON EL OBJETO DE PRESENTARLOS A LA LUZ PUBLICA,
SIENDO JEFE DEL ESTADO ESPAÑOL
Y GENERALISIMO DE SUS EJERCITOS
EL EXCELENTISIMO SEÑOR DON
FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE

Y SUCEDIENDOSE EN EL GOBIERNO DE COLOMBIA
LOS EXCELENTISIMOS SEÑORES
DOCTOR MARIANO OSPINA PEREZ,
DOCTOR LAUREANO GOMEZ,
DOCTOR ROBERTO URDANETA ARBELAEZ
Y TENIENTE GENERAL GUSTAVO ROJAS PINILLA,
PRESIDENTES DE LA REPUBLICA

LOS GOBIERNOS CONFIARON ESTA REALIZACION
A SUS INSTITUTOS DE CULTURA HISPANICA

Se publica la FLORA DE LA REAL EXPEDICION BOTANICA DEL NUEVO REINO DE GRANADA en cumplimiento del Acuerdo Cultural entre España y Colombia celebrado el día 4 de noviembre de 1952, como resultado de los patrióticos esfuerzos llevados a cabo por varios Ministros de Estado de ambos países, por la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid, por su correspondiente en Bogotá y por el Real Jardín Botánico de Madrid, custodio solícito de los Archivos de la Expedición, y para satisfacción de un anhelo constante de los promotores de la ciencia, de los conductores de la opinión y de los guardianes de la cultura en una y otra nación.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
DEPARTMENT OF CHEMISTRY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILLINOIS 60637

RECEIVED
JAN 10 1964

PROFESSOR

DR. J. H. GOLDSTEIN

DEPARTMENT OF CHEMISTRY
UNIVERSITY OF CHICAGO
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILLINOIS 60637

P R O L O G O

Los Gobiernos de España y de la República de Colombia han acordado publicar la Flora de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, y el presente volumen es la Introducción de esa obra monumental.

La disposición de la Flora para la imprenta ha sido confiada al esfuerzo aunado de los Institutos de Cultura Hispánica de Madrid y Bogotá, y estas entidades, a su vez, han designado un cuerpo científico de especialistas españoles y colombianos para que, en íntima colaboración, verifiquen las investigaciones indispensables complementarias, preparen los textos, obtengan las corresponsalías necesarias y asuman la responsabilidad técnica de la empresa, cuyos primeros frutos editoriales hoy presentamos.

Fué la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada un admirable esfuerzo cultural llevado a cabo por la Corona española en uno de sus territorios americanos. Confiada desde su iniciación por la Majestad del Rey Don Carlos III a uno de los más eminentes científicos que ha producido España, al gaditano Don José Celestino Mutis, sostenida y estimulada por los Monarcas que se sucedieron hasta la muerte de este sabio, recibió tal orientación, ejerció tan saludable influencia social, fijó tan elevados derroteros científicos al país donde actuó; además acumuló tan excelentes y depurados datos y materiales fitogeográficos, padeció vicisitudes de la historia común a España y América, agrupó y sirvió de escuela a tan preclaros elementos humanos, que puede ser considerada como realización tipo de los ideales hispanos en el mundo colonial y como modelo que debemos seguir en nuestro tiempo, para alcanzar la siempre anhelada, nunca suficientemente conseguida, ilímite y trascendente unión espiritual del mundo hispano.

Para que esto se entienda, viene precisamente este volumen previo e introductorio de la Flora.

No fué la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada la mera exploración florística de un territorio, ni menos la recopilación de características sistemáticas de plantas encontradas al azar por exploradores poco o nada vinculados al país que recorren y que luego rinden sus frutos publicitarios en tierras extrañas. Desde que Carlos III la sancionó a través de su Ministro General de Indias, Don José Gálvez, Marqués de la Sonora, aprobando las medidas que tomó el Arzobispo Virrey de Nueva Granada Don Antonio Caballero y Góngora, en 1783, y desde antes, cuando Mutis, en 1760, pisó primera vez en suelo americano, hasta que, por la muerte del sabio, por las convulsiones de la emancipación y por otros varios imponderables de la Historia, se extinguió, fué la Expedición un verdadero Instituto en el sentido moderno, que tomó bajo su responsabilidad el estudio indefinido de los recursos naturales de un área vastísima, la promoción de su aprovechamiento y la educación de una juventud destinada a perpetuar tales intereses. Sobrepasó también la visión integral sobre la naturaleza, predominante, más que ahora, en el siglo XVIII y significó una tendencia que, aun presentada en nuestros días, sería tenida como moderna, porque consistió en la adaptación de los hombres al medio intertropical, promesa de la humanidad.

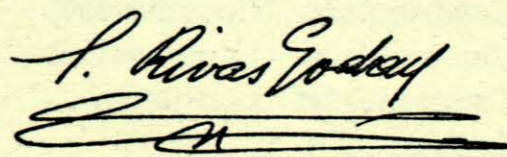
Los capítulos que siguen a este Proemio, harán ver al lector la verdad de estos asertos, así como las razones que fundamentan el Acuerdo Internacional y que sostendrán el esfuerzo gigantesco requerido por la publicación de la Flora iconográfica de Mutis.

Aunque ceñidos rigurosamente a los documentos históricos, no están modelados como quizás los escribiría un historiógrafo atado a normas de su especialidad en la presentación de sus hallazgos de archivo, ya que se destinan a los botánicos, principales interesados en la información taxonómica de esta Flora. Sólo comprendiendo el ambiente natural, social, político y científico en que actuaron Mutis y su escuela, se aprecia claramente la calidad de su labor, se valora su influencia, se mide su eficacia siempre oportuna, y forman corriente única, como en una antigua catedral, los estilos que la integran, secularmente distanciados. Como tras una trayectoria que sobrepasara las nubes, describiendo una parábola estremecedora que toca sólo las altas cumbres del movimiento hispanista, la creación de Mutis y su equipo, vuelve a nosotros intacta y brillante, después de siglo y medio de vida latente, cuidadosamente custodiada y venerada por los que dirigieron y dirigen el Jardín Botánico de Madrid.

Si cuando en 1932 se celebró el II Centenario del nacimiento de Don José Celestino Mutis, jubileo promovido por Don José Joaquín Casas, Ministro de Colombia en Madrid, por Don José Manuel Pérez Sarmiento, también colombiano y Cónsul en Barcelona, y por muchos científicos españoles y de ultramar, si entonces se hubiese dado por terminada la investigación biográfica, histórica y científica sobre Mutis, la obra actual sería aún imposible. No fué así afortunadamente, sino que eminentes especialistas en diversas disciplinas, estimulados por la atrayente obra de Mutis, se dedicaron con entusiasmo, muchas veces vehemente, a aclarar, unos los detalles de la carrera de su vida, a analizar otros el curso lógico y efectivo de sus móviles, a evocar el «climax» de progreso presagiado por el retorno de su espíritu, en fin, a clasificar en sistemática válida moderna, las maravillosas láminas de plantas, cuyos binomios mutisianos quedaron borrados por circunstancias adversas.

No poco mérito en toda la empresa que va a desarrollarse corresponde al Jardín Botánico de Madrid, hoy día integrante del Instituto Antonio José Cavanilles del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, guardián celoso de los Icones de la Expedición del Nuevo Reino, de sus archivos, de su herbario y de sus colecciones museológicas, los cuales en el Jardín se han conservado más de un siglo, tutelados por el espíritu científico, hispanista y responsable ante el futuro, de sus Directores y del personal a sus órdenes.

Merced a una articulación lógica del pasado, del presente y de un porvenir hoy asegurado, la Flora de la Real Expedición Botánica llegará a ser, cuando se termine, como lo quiso Mutis, una gloria de España, un orgullo de Colombia, un servicio al mundo científico, un estímulo de superación para las mentes jóvenes, una exaltación digna de la Flora, de la cultura y del Creador. Y un hábito de bienaventuranza recreará los espíritus de los que en esta empresa desde Mutis, habremos rendido la jornada.

P. Rivas Godoy


INDICE GENERAL DE LA OBRA

<i>Número del tomo</i>	CONTENIDO DEL TOMO	<i>Número aproximado de láminas de Mutis</i>
I	La Real Expedición Botánica	
II	Algas, Hongos, Briofitas	60
III	Teridofitas, Gimnospermas, Pandanales, Helobiales, primeras Gramíneas	50
IV	Gramíneas (Conclusión). Ciperáceas	80
V	Príncipes, Sinantas, Espatifloras, Farinosas	52
VI	Lilifloras. Escitamíneas	64
VII	Microspermas	50
VIII	Microspermas (Continuación)	50
IX	Microspermas (Continuación)	50
X	Microspermas (Continuación)	50
XI	Microspermas (Continuación)	50
XII	Microspermas (Conclusión)	50
XIII	Piperales	70
XIV	Miricales, Balanopsidales, Yuglandales, Fagales, Urticales	60
XV	Proteales. Santalales. Aristoloquiales	38
XVI	Poligonales. Centrospermas	60
XVII	Ranales	50
XVIII	Ranales (Conclusión) Roeadales	70
XIX	Rosales	70
XX	Rosales (Conclusión)	60
XXI	Geraniales	50
XXII	Geraniales (Continuación)	60
XXIII	Geraniales (Conclusión)	60
XXIV	Sapindales	37
XXV	Ramnales, Malvales	50
XXVI	Malvales (Conclusión)	50
XXVII	Parietales	50
XXVIII	Parietales (Continuación)	50
XXIX	Parietales (Conclusión)	50
XXX	Opunciales, Mirtifloras	50
XXXI	Mirtifloras (Conclusión)	60
XXXII	Umbelíferas, Ericales	58
XXXIII	Primulales, Ebenales	45
XXXIV	Ebenales, Contortas	50
XXXV	Contortas (Conclusión)	40
XXXVI	Tubifloras	50
XXXVII	Tubifloras (Continuación)	56
XXXVIII	Tubifloras (Continuación)	60
XXXIX	Tubifloras (Continuación)	60
XL	Tubifloras (Continuación)	60
XLI	Tubifloras (Conclusión)	50
XLII	Plantaginales, Rubiales	50
XLIII	Rubiales (Continuación)	50
XLIV	Rubiales (Conclusión)	69
XLV	Cucurbitales, Campanuladas	60
XLVI	Campanuladas (Continuación)	57
XLVII	Campanuladas (Continuación)	50
XLVIII	Campanuladas (Continuación)	50
XLIX	Campanuladas (Continuación)	50
L	Campanuladas (Conclusión)	50
LI	Indices	
<i>Total aproximado de las láminas</i>		2.666

INDICE DEL TOMO PRIMERO

	Páginas
Página de Honores de la Flora	VIII
Página de Honores del Tomo primero	IX
Prólogo	XI
Índice general de la Flora	XII
Résumé bibliographique	XIV
PRIMERA PARTE.—Ambiente histórico	3
Capítulo I. Proemio entre murallas	5
» II. Sobre la estela del gran Almirante	7
» III. La España del setecientos	9
» IV. Más allá de los Pirineos	12
» V. Donde no se ponía el sol	15
» VI. Mutis de España y de Colombia	24
» VII. Preparación de una antigua cultura	27
» VIII. Mundo Nuevo	29
» IX. Grandezas y pequeñeces	33
SEGUNDA PARTE.—Trayectoria hacia el corazón de América	35
Capítulo X. De Madrid a Cartagena de Indias	37
» XI. Por el Río Grande de la Magdalena	40
» XII. Camino colonial	43
» XIII. En Santiago de Hontibón	45
» XIV. Santa Fe y el Nuevo Reino	47
TERCERA PARTE.—Proyectos, tentativas y espera	49
Capítulo XV. El médico del Virrey	51
» XVI. En el Mayor del Rosario	54
» XVII. Plan de altivez española	57
» XVIII. <i>Auri sacra fames</i>	60
» XIX. El Arzobispo-Virrey	63
CUARTA PARTE.—La Real Expedición Botánica	65
Capítulo XX. En la Mesa de Juan Díaz	67
» XXI. En Mariquita	70
» XXII. Cómo trabajó la Expedición en Mariquita	73
» XXIII. Además de la Botánica	78
» XXIV. Relaciones científicas	80
» XXV. Otra vez la vegetación lanuda	82
» XXVI. El sabio viajero tudesco	85
» XXVII. Los frutos que sazonaron	87
» XXVIII. Amagos de tormenta	90
» XXIX. Muerte al amanecer	92
QUINTA PARTE.—Dispersión en la luz	95
Capítulo XXX. La generación ígnea	97
» XXXI. Los maestros pintores	102
» XXXII. <i>Dii minores</i>	107
» XXXIII. La fragata <i>La Diana</i>	109
» XXXIV. En el Real Jardín Botánico del Prado, de Madrid	112
» XXXV. No murió, se fué alejando	118
» XXXVI. Presencia de España	119
» XXXVII. Conclusión con urdimbre de esperanza	121
Apéndice.—Documentos sobre Mutis y la Real Expedición en el Archivo de Indias	125
Bibliografía de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino	137
Índice de láminas y de figuras	141
Índice de nombres	142
Colofón	147

RÉSUMÉ BIBLIOGRAPHIQUE

Les Gouvernements de l'Espagne et de la République de Colombie ont décidé la publication de la *Flore de l'Expédition Royale Botanique du Nouveau Royaume de Grenade*. Ce célèbre institut naturaliste, fondé par le Roi d'Espagne Charles III, fut confié à la direction de don JOSEPH CELESTINO MUTIS et reçut l'appui de savants notables de l'époque. Pendant plus d'un demi siècle—de 1760 à 1816—l'Expédition Royale Botanique recueillit de nombreuses collections, dessins de plantes et manuscrits de descriptions botaniques, ayant pour théâtre de ses opérations le vaste territoire de l'ancienne Nouvelle Grenade, qui de nos jours constitue la Colombie. Par l'influence très profonde qu'elle exerça sur le développement d'un sentiment d'autonomie dans certains pays sud-américains, l'Expédition Botanique de Mutis mérite d'être signalée comme l'œuvre culturelle la plus féconde accomplie par l'Espagne dans ses anciens territoires du Nouveau Monde.

L'œuvre monumentale dont la publication commence avec ce Tome I comprendra cinquante-et-un volumes dans lesquels paraîtront, accompagnés des descriptions taxonomiques respectives, les merveilleux dessins exécutés sous la direction de Mutis et représentant en couleurs naturelles environ 3000 espèces de plantes de la Nouvelle Grenade. La préparation de ce Tome I, contenant l'Introduction, a été confiée par les gouvernements respectifs de l'Espagne et de la Colombie aux soins des Instituts de Culture Hispanique de Madrid et de Bogotá. Cette Introduction montre le milieu naturel, social, politique et scientifique dans lequel se sont déroulés les travaux de l'Expédition.

La Flore de l'Expédition Royale Botanique du Nouveau Royaume de Grenade sera certainement un des plus grands efforts réalisés dans le domaine de la Botanique descriptive, surtout au point de vue historique et artistique.

Ce premier tome est illustré de treize portraits en couleurs, deux portraits en noir, deux fac-similés de documents autographes, quatre gravures en couleurs représentant deux plantes dessinées d'après nature par des artistes de l'Expédition, une gouache, et plusieurs dessins à la plume.

PREMIÈRE PARTIE: LE MILIEU HISTORIQUE

Chapître I. Présentation historique de J. C. Mutis.—II. Le prélude de la conquête de l'Amérique.—III. La renaissance culturelle et coloniale de l'Espagne au XVIII^{ème} siècle.—IV. Le mouvement botanique dans le Nord de l'Europe au XVIII^{ème} siècle.—V. La Botanique Hispanique au XVIII^{ème} siècle.—VI. Un homme personnifiant l'Espagne devant un Continent.—VII. Les études de J. C. Mutis en Espagne. VIII. Le Nouveau Monde, objet des études de J. C. Mutis.—IX. Difficultés pour le travail scientifique au Nouveau Royaume.

DEUXIÈME PARTIE: PÉNÉTRATION À L'INTÉRIEUR DE L'AMÉRIQUE

Chapître X. Le voyage de Mutis commence à Madrid.—XI. Et se poursuit sous les tropiques.—XII. Comment on voyageait sur les chemins américains.—XIII. La vie intime de la Cour Vice-Royale à Santa Fe de Bogotá.—XIV. Le Nouveau Monde et ses conditions sociales et politiques.

TROISIÈME PARTIE: PROJETS, TÂTONNEMENTS ET ATTENTE

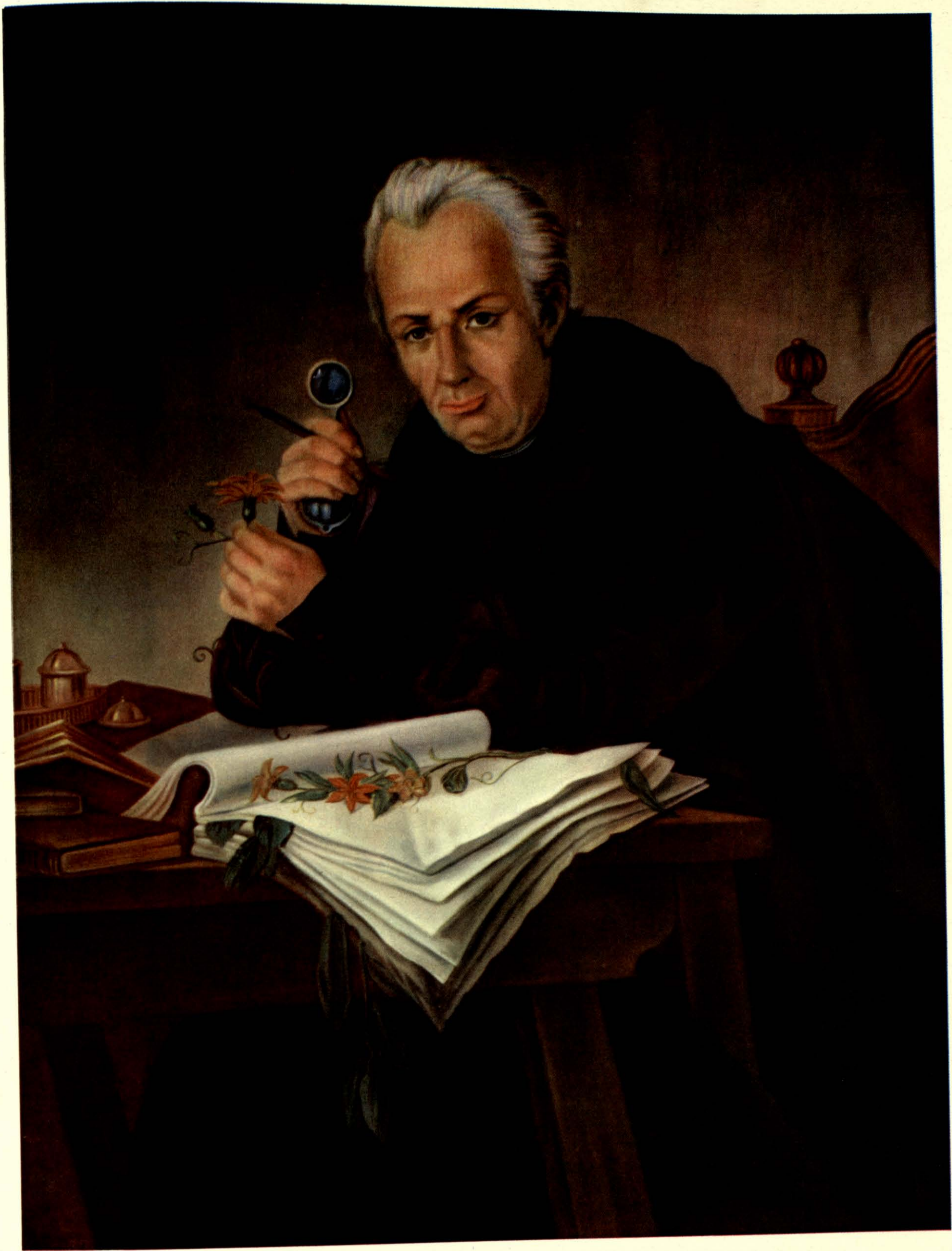
Chapître XV. Les premières activités de Mutis au Nouveau Royaume.—XVI. Mutis professeur.—XVII. La signification scientifique, économique et sociales de l'Expédition Royale.—XVIII. Recherche de l'or, des plantes et des animaux.—XIX. L'Archevêque-Vice-Roi Caballero y Góngora qui ordonna et protégea l'Expédition.

QUATRIÈME PARTIE: L'EXPÉDITION BOTANIQUE ROYALE

Chapître XX. Au village appelé La Mesa de Juan Díaz.—XXI. L'Expédition à Mariquita.—XXII. L'ambiance et le travail scientifique réalisé à Mariquita.—XXIII. Les travaux de Mutis autres que la Botanique.—XXIV. Relations scientifiques.—XXV. L'Expédition à Santa Fe de Bogotá.—XXVI. Humboldt et Bonpland au Nouveau Royaume.—XXVII. Les efforts de Mutis pour publier ses œuvres.—XXVIII. Le mouvement d'indépendance.—XXIX. La mort de Mutis.

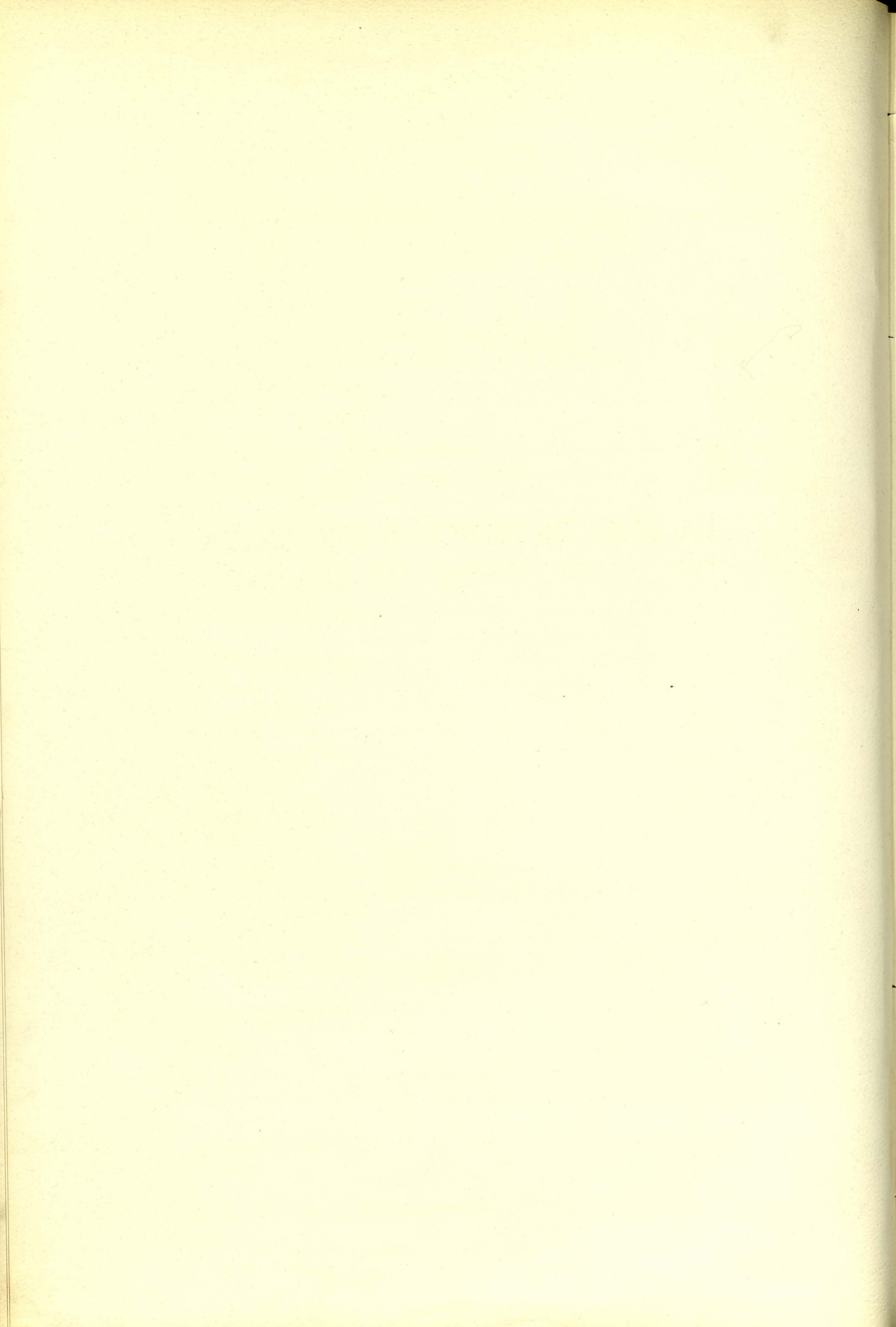
CINQUIÈME PARTIE: DISPERSION RAYONNANTE

Chapître XXX. Les fondateurs de la République de Colombie et l'Expédition.—XXXI. Les artistes peintres, auteurs de l'Iconographie. XXXII. Les amis de Mutis.—XXXIII. Les matériaux de l'Expédition sont emportés en Espagne.—XXXIV. Les soins pris pour leur conservation au Jardin Botanique de Madrid.—XXXV. La tradition botanique en Colombie.—XXXVI. Essais pour publier la Flore de Mutis. XXXVII. L'espoir de deux nations.



*DON JOSE CELESTINO MUTIS
estudiando la Mutisia y el Canelo de Andaquies. Retrato
conservado en el Jardín Botánico de Madrid y que lleva la
signatura: C. A. Machado - Copia, 1882.*

LA REAL EXPEDICION BOTANICA
DEL NUEVO REINO DE GRANADA



PRIMERA PARTE

AMBIENTE HISTORICO



SCENARIO sorprendente, donde por primera vez se tocaban las Españas: la peninsular y la dilatada en América tropical, Cartagena de Indias nos brinda el decorado de su bahía, de sus murallas, de sus mercados, de sus gentes y de sus proezas, para presentar—desembarcando en su orilla—a don José Celestino Mutis, la figura central de la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada.

También Mutis había de servir como punto de contacto entre un mundo donde la primera conquista había dejado hondos surcos de discriminaciones sociales; entre las inquietudes de superación mental y de autarquía económica que agitaron la España de Carlos III; entre las corrientes científicas de Europa en el setecientos, cuando nacían vigorosas las ciencias positivas determinándose la exploración naturalista del intertrópico; entre los adelantos intelectuales de la Madre Patria y el continente suramericano, pululante de promesas.

Si la personalidad de Mutis es, dentro de la historia española, una de tantas, en el magnífico desfile de sus patriotas, de sus sabios, de sus ascetas y de sus empresarios colosales; para la América toda, representa un nuevo genio de la incorporación a la cultura europea, de las tierras, de las gentes y de los espíritus que formaban el heterogéneo complejo de las Indias. Despertó la fe en nosotros mismos, borró los límites que trazara el océano y por eso lo llamamos primero entre los colonos y ponemos su vida como dechado en que se realizan las más depuradas intenciones de España en relación con sus provincias ultramarinas.

La empresa de Mutis, inspirada en la sangre española; en una educación universitaria genuinamente hispana; en una consonancia perfecta con la Corte de Madrid, resarce a la Hispanidad de los errores cometidos por algunos de nuestros adelantados de la ocupación inicial; errores que obedecieron a las locuras de selva y soledad, al choque con el mundo indígena incomprensible; a las ideas impositivas y recias que eran generales a todos los pueblos de Europa en esa época, que se llamó de la bizarría, y a la vida marinera de entonces que daba una última mano de aspereza a las voluntades de quienes viajaban al Nuevo Mundo, llenos de ambiciones, con un compromiso celebrado ante la Casa de Contratación de Sevilla y con una ilusión de ganancias, engendrada en la Torre del Oro, que domina el puerto del Guadalquivir.

El ambiente español en que se desarrolló la Expedición Botánica del Nuevo Reino se caracteriza por esos rezagos de la violencia primera; por las corrientes científicas venidas del extranjero cuando Carlos Linné empezaba a catalogar, en Suecia, con un criterio universalista, los seres orgánicos del planeta; por el empeño que se desarrolló, más que en ninguna otra de Europa, en la Corte madrileña, de indagar los recursos naturales de las provincias allende el mar y, finalmente, por el despertar luminoso de las Universidades, Academias y Centros científicos españoles, donde bebió Mutis su insaciable afán de saber y de servir.

Aquella materialidad deprimente y esta espiritualidad surgente desarrollaron en su alma la mayor ambición de su vida que era alcanzar el título de Botánico de Su Majestad y de leal vasallo, como las ciudades emulaban por recibir de sus reyes el calificativo de muy nobles y muy leales.

Finalmente, se da en esta primera parte una idea somera de la geografía, de la geomorfología, de la naturaleza viva y de las gentes de esa América, abrazada por Mutis como objeto de sus múltiples e intensas actividades. En el mundo púber, los bosques estaban plenos de incógnitas; las distancias y las vías asperísimas propiciaban el aislamiento y el olvido; la vida ciudadana apenas se insinuaba.

Y en ese ambiente, a sus veintiocho años, se sumergía Mutis, gaditano, médico del virrey Don Pedro Messía de la Cerda, al pisar por primera vez las playas de Cartagena de Indias, entre un grupo de funcionarios del Gobierno, de soldados, de mercaderes y de marineros.

CAPITULO PRIMERO

PROEMIO ENTRE MURALLAS

Multum ille et terris iactatus et alto.

VIRGILII MARONIS, **Aeneis**.

Los cañones de los fuertes atronaban la bahía replicando el de Manga a Manzanillo; San Luis a San Felipe (1), y desatando surtidores de cohetes, por encima de las barriadas, de las islas, de los canales y de los numerosos navíos surtos en ellos, porque en tales momentos, a las diez de una mañana bonancible, el miércoles 29 de octubre de 1760, con todas las velas izadas, entraba por Bocachica a Cartagena de Indias, el navío de guerra *Castilla*, de la Armada de Su Majestad, a bordo del cual venía a gobernar el Nuevo Reino de Granada, el excelentísimo señor Bailío, frey Don Pedro Messía de la Zerda y Cárcamo, Marqués de la Vega de Armijo.

Apresuradamente, por la puerta de la Media Luna que del mercado y de la aduana llevaba a la avenida del Cocal, un pelotón de las milicias salía a hacer alarde ante el nuevo Virrey y a mantener el orden en la multitud abigarrada que se agolpaba al embarcadero (2).

Voces de marineros arriando las velas, algarabía tropical que repercutía en las murallas, repique de campanas en la atmósfera tibia. Cuando un traquido de maderas y el correr afanoso de una cadena, anunciaron que la armazón se había recostado a la orilla, la marinería y los viajeros cantaron una salve a la Virgen de la Popa, que los había conducido felizmente al término de su larga y peligrosa travesía. Los días anteriores, con el bochorno del mar dormido tropical, el mandatario había permitido que a su ejemplo se quitaran las casacas; pero el día era de gala, gala de corte de Carlos III y el oro y la grana, la curiosidad y las pelucas y el olor a alhucema se apiñaban a la barandilla (3).

Por la escala bajó el virrey precediendo a sus familiares. Figuraba entre ellos un caballero, alto, joven todavía, de casaca oscura, ojos negros, labio inferior befo, frente espaciosa y grave continente, quien no perdía detalle de cuanto pasaba a su alrededor. Escudriñaba a las gentes, blancos, indígenas y negros; observaba a los pescadores, miraba los frutos que vendía un muchacho, se inclinaba a considerar las hierbas que crecían entre las baldosas de las calles; dirigía, sobre todo, la mirada, en que se adivinaba el ansia, hacia las laderas del Cerro de la Popa, cubiertas de cardonales.

A él se volvería don Pedro mientras entraban al recinto amurallado y le preguntaría con familiaridad:

— ¿Qué os parece, don José, de este recibimiento?

Cuando uno de los más célebres talentos americanos de aquella época, comenta esta escena, al parecer rutinaria, que acabamos de describir, dice:

El año 1760 desembarcó en Cartagena, año para siempre memorable en los fastos de nuestros conocimientos y año en que comenzaron a reinar las ciencias útiles sobre nuestro horizonte.

Y Caldas expresaba la verdad. Con la llegada de Don José Celestino Mutis a Cartagena de Indias, se iniciaba la promoción más enérgica de progreso científico, llevada a cabo por la España colonizadora en el Continente Suramericano y al mismo tiempo se abría en forma magnífica la historia de la nación colombiana.

En los cántaros de barro y de oro en que el indio había bebido sus ideales de humanidad, nunca se había vertido en forma tan generosa el vino de virtudes exquisitas que se cosechó en Iberia. Nunca, como en la huella de aquel primer paso que se dió en Cartagena, donde hasta la arena de las playas tiene hálitos de perennidad, se fijó el rumbo de nuestra patria para sus prodigiosas metamorfosis.

La época inicial de la conquista fué acá de los mares de un terrible individualismo. Arriesgar la vida a cada paso; romper a través de las lanzas y de las flechas enherboladas; aventurarse a las corrientes de ríos de grandeza nunca vista; escalar montañas casi inaccesibles; abrirse paso por bosques titánicos; vencer fieras desconocidas; subyugar a los indios que defendían con furia sus derechos humanos innegables; expoliar el oro de sus santuarios y de sus tumbas; aterrarlos con caballos y perros — monstruos de otros mundos — y someterlos a señores distantes, cuya grandeza difícilmente abarcaba la fantasía y de cuya bondad no podía persuadirse el corazón; había sido, sin duda, impulso más de la desesperación y de la fuga, que del afán creador. Como dijo Joan de Castellanos, los hombres lucharon entonces más que por salvar su vida, por vengar su muerte que veían segura.

Pero pasada la epopeya ansiosa y dominadora, vino la colonia fecunda; a paulatina extensión sobre América de la buena patria española, hidalga en sus generaciones, honesta en sus familias, religiosa en su culto, pintoresca en sus alegrías, frugal en su yantar, cortesana en su gobierno, desenfadada, generosa y galante en todos sus ademanes. El espíritu de España avanzó en las tierras intactas del Nuevo Mundo, con esa pausa, con esa seguridad e indeclinable rectitud con que la reja del arado va trazando el surco. Entonces sí fueron menester motivos tenaces, fuerzas rítmicas y acompasadas como las del corazón y de la savia.

La colonización española se halló recluída, en sus comienzos, dentro de murallas. La salud de los hombres, fundamento de su vigor físico y mental, se veía amenazada por ataques desconocidos. La educación que después de la salud, pone al hombre al nivel de su época, unifica el sentido de las cosas, ordena los talentos y estimula las voluntades, presentaba problemas cuya solución pedía cavilaciones y energías.

Vida colonial, según Earl Parker Hanson, es aquella en que un pueblo produce uno o pocos elementos de vida y debe por ellos inter-

(1) Enrique Marco Dorta ha seguido con nitidez y minuciosidad la historia de los castillos, fuertes y bastiones de Cartagena de Indias precisando su origen, duración y reformas. A mediados del siglo XVIII, cuando arribó J. C. Mutis de la España peninsular, estaban en servicio el Castillo de San Felipe de Barajas; el de San Luis a la entrada de Bocachica; los fuertes de Manzanillo y de Santa Cruz cerrando el puerto interior y el fuerte de Manga en el interior del puerto.

Entonces también, y hasta 1770, hallábase abierto el estrecho de Bocagrande, de 1.200 toesas de longitud, aunque con poco fondo, pues sólo balandras pasaban por él. No obstante, este boquete hacia el interior del puerto cartagenero, había sido aprovechado por los piratas para sus recientes ataques. Hacía poco, 1741, que Vernon había sido derrotado por la firmeza de ese valeroso mutilado que se llamaba don Blas de Lezo.

En 1762 estalló la guerra con Inglaterra, llamada de los siete años, como consecuencia del Pacto de Familia concertado entre las ramas de la Casa de Borbón. Sabiéndose que los ingleses habían atacado a La Habana y a La Florida, se hicieron prevenciones en Cartagena bajo la dirección del ingeniero castellano don Antonio Arévalo, nacido en la villa de Martín Muñoz de la Dehesa. Al mismo se encargaron numerosas defensas a lo largo de la costa Caribe.

(2) De los antecedentes biográficos del virrey La Zerda o Cerda, como también se escribía en su época—desde su fe de bautismo hasta su llegada como virrey al Nuevo Reino—, habla el insigne y escrupuloso historiador J. M. Restrepo Sáenz en sus **Biografías de los Ministros y Mandatarios de la Real Audiencia (1672-1819)** Bogotá, 1952. Era natural de Córdoba, donde nació el 16 de febrero de 1700 de noble linaje; vistió el hábito de la orden militar de San Juan; ingresó en la Armada como guarda marina; sirvió como jefe de la escuadra en el Mediterráneo y en el Caribe; como a tal le tocó recibir en Cartagena a su predecesor en el virreinato, al noble don José Solís Folch de Cardona; en 1755 fué ascendido a teniente general de la Real Armada y en el 57 fué nombrado para el Consejo Supremo de Guerra. Su título de Virrey, Gobernador y Capitán del Nuevo Reino de Granada está firmado en el Buen Retiro el 30 de julio de 1760 por S. M. el Rey.

(3) Según Restrepo Sáenz consta, por un certificado de los oficiales reales de Cartagena, que el *Castilla* fondeó en el amarradero de la bahía sólo el 31 de octubre y que el señor Messía saltó a tierra en la tarde de tal día. Pero más que por ellos nos dejamos guiar por los diarios de Mutis.

cambiar de fuera la multitud de medios que necesita para sostenerse y progresar. América, generosa en recursos naturales, ignoraba todavía las riquezas de su suelo, la manera de subyugarlas a su utilidad y de darles entrada al comercio mundial.

Faltaba la antorcha que iluminara esos caminos y fué Mutis quien la empuñó y salió a la vanguardia de un avance exultante, como médico, como educador, como naturalista, como sacerdote, como maestro de una altísima política.

La ciencia fija el derrotero de los pueblos y aprestiga sus tendencias y todo en la ciencia americana estaba vallado de murallas. Si los colonos habían avanzado tras la fertilidad, adivinada sólo en el verde azulado de las montañas distantes, era preciso dar nombre a los dones de la vida, a las plantas y animales uno a uno, para que sobre ellos pudiera fijarse la mirada de los sabios, y Mutis se hizo colector y taxonomista, a una altura que difícilmente se había de repetir entre nosotros. Si la codicia y la presa fácil habían socavado las minas y los placeres de los ríos en busca de los metales preciosos, él se hizo minero, exploró las vetas de esmeraldas y de otras gemas, reformó técnicamente la minería. Como médico investigó las dolencias, disipó supercherías y puso valla a los abusos de los teguas. Halló que el estudio de la naturaleza no se puede hacer ni comunicarse sus resultados si no lo preceden la geografía y la cartografía. Por eso los caminos asperísimos de la colonia lo vieron llevando con increíble solicitud sus instrumentos, verificándolos, haciendo de día y de noche observaciones barométricas, tomando rumbos con la aguja magnética, midiendo con la corredera la velocidad de los ríos, precisando las coordenadas de los lugares que visitaba, fijando los factores de los climas, determinando, en las nastias de las plantas, las señales horarias.

Y como la Geografía es imposible sin Astronomía, y el cielo en sí mismo es la constante de continente a continente, fundó el observatorio astronómico de Santa Fe de Bogotá, avanzada sobre el cielo antártico, oculto a la Europa sabia.

Como ese cielo, Mutis todo lo abarcó. Fué incansable en la penetración de ese todo, observando y anotando día a día y hora tras hora con minuciosa precisión siempre en actitud de discípulo ante la naturaleza. Viajero infatigable, cuando viajar era sumergirse en un mundo agreste, asimiló nuestro paisaje, bebió de las linfas de nuestros torrentes, y de las angustias de nuestro pueblo; llamó amigos lo mismo al arriero que al Virrey, aconsejó a los gobernantes y ennobleció la sociedad que lo rodeaba.

Después de la conquista y de la colonia vino la República: convulsión, lucha por una nación libre, en la cual se cumplieron aquellas palabras de Miguel Antonio Caro:

*Luchó contra sí misma,
Cruel, la raza ibérica.*

Pero la biografía de los libertadores no comenzó la víspera de la batalla. Fué fruta madurada por Mutis en su casa de la botánica, donde una generación recibió de él toda la altivez hispana, todo el valor, toda la ambición de autonomía que germina en la convicción de la propia suficiencia; toda la generosidad que pone la sangre a flor de sacrificio. Fué España en sus venas la que sacudió la vida secundona, sumisa y controlada desde el remoto desconocido y desconocedor.

La lección era sencilla en el ambiente idílico:

«Vuestro talento es igual al de los hombres de la cultísima Europa;

cuando hagáis vuestra obra perfecta, escribid en ella con vuestro nombre, vuestro título de americanos; vuestra naturaleza es un edén dadivoso, como los más ricos del mundo.»

Y la tormenta se desencadenó desde Santa Fe, se hizo fulgurante en Cartagena y corrió hasta Quito por las vértebras de los Andes. Si Bogotá fué una realidad culminante en el mundo que después se llamó bolivariano, ella debió su carácter privilegiado a esa lección de patria expresada en forma tan elemental como convincente.

El 5 de abril de 1732, José Celestino Bruno Mutis y Bosio nació en Cádiz, la amurallada ciudad donde terminaba el mundo mediterráneo atalayando el *Mare Tenebrosum*. Desembarcó, pues, en Cartagena a los veintiocho años de edad.

Su llegada tiene el mismo sabor lírico que aquella descrita por Horacio:

*Septimi, Gadis aditure mecum
et cantabrum indoctum iuga ferre nostra et
barbaras Syrtis ubi Maura semper
Aestuat unda.*

Pisó tierra, hoy colombiana, en los confines del mundo hispánico, entre gentes indómitas, entre el hervidero moreno, el español más eminente que nos dió la Colonia, y según L. López de Mesa, el primer prócer de la independencia de Colombia, el alfa y omega de nuestra cultura.

Se ha alabado a Mutis porque mereció la estima de muchos sabios europeos, particularmente de los Linné y de Humboldt. Se han ponderado sus esfuerzos en la recolección, dibujo, análisis y en la divulgación de la flora del Nuevo Reino. Se conocían por muchos las láminas incomparables dibujadas bajo su dirección y hoy conservadas en el Jardín Botánico de Madrid. Todo ello aparecía como una obra trunca, arrebatada por el destino, hija más de la pasión por el estudio que de un plan armónico y operativo. Hoy los frutos sazonados se van destacando entre el ramaje verde.

Mutis partió de una múltiple nada. Pero su creación de fe arrastró consigo a la gloria lo suficiente, para que al morir se pudiera dar por estable el es píritu y el prestigio de una nación. Su mismo conato inútil se había de repetir a lo largo de siglo y medio en todos los neogranadinos, quemados por idénticos ideales.

Muchas veces, mirando clarear el alba, he sufrido la ilusión de contemplar en ella nubes, cordilleras, golfos y promontorios y he visto en esas costas proteicas los bosques y palmares que aquellos días más me impresionaron.

Así pasa con la vida de Mutis desplegada en el amanecer magnífico de la historia hispanoamericana. En ella vemos las vicisitudes que la ciencia ha corrido en todo el continente, compendiadas sus creaciones y sus evanescencias; porque ese grande hombre vino a nosotros mensajero de España y heraldo de nosotros mismos. Su obra no pertenece a una época ni puede fracasar; es la empresa de ayer, de hoy y de mañana de conducir la Hispanidad por un camino de excelencias para hacerla respetable más allá de toda frontera.

Después de siglo y medio de cataclismos y de olvido, cuando ahora planeamos un servicio científico para las patrias española y colombiana y publicidad adecuada para la obra de Mutis, no encontramos otro plan mejor, otro impulso más ambicioso que el que su autor supo infundirle entonces, cuando España alzaba los bastiones de Cartagena de Indias para defenderse de los piratas ingleses y franceses que medraban a su costa.

CAPITULO II

SOBRE LA ESTELA DEL GRAN ALMIRANTE

Arrebatados nuestros primeros conquistadores de la bizarría, aún dominante en el siglo de las conquistas, consultaron más a su gloria y ambición que a fundar unas colonias útiles a la metrópoli.

A. CABALLERO Y GÓNGORA, *Relación de Mando*, II, 2.

Aún no despuntaba el sol. Se estremecía apenas el alba del 3 de agosto de 1492, cuando la *Santa María*, *La Pinta* y *La Niña* — las tres con 120 personas a bordo — zarparon del pequeño puerto de Palos, sobre el río Tinto, junto a las últimas estribaciones de las sierras de Aracena. Las comandaban Cristóbal Colón, con el título de almirante de la mar oceánica y los dos hermanos Pinzón, armadores de navíos.

Cuatro pilotos de relevo, un inspector general, un cirujano, un médico, criados y marineros, casi todos gentes de azarosa vida, a quienes la justicia había concedido amnistía hasta dos meses después de su regreso, formaban un mundo ciego e indeciso, como aquel amanecer, donde sólo en un cerebro se presagiaban destellos definidos.

Se ha querido idealizar la hazaña del descubridor de América, atribuyéndole móviles puramente místicos, y muchos también interpretaron los primeros acontecimientos de España en América como una gesta misionera, o de imperialismo, o de cálculo. Y es que para combinar lo humano con lo heroico es indispensable la presencia de lo desconocido, sea ello quimérico, sea ultraterreno.

El descubrimiento y población de América movieron demasiados hombres y voluntades, para que se pueda asignarles iguales intentos y unánimes designios. Pero en el fondo de esa palestra continental y secular, bullía un negocio; en el centro de ese tropel asomaba las narices un judío usurero y a la zaga de Don Quijote proyectaban su sombra el *Rucio* y las alforjas de Sancho.

Pasar a las Indias, dijo Cervantes, era *refugio a que se acogían los desheredados de España*, y, cuando lo escribió, se tenían por desheredados cuantos no eran mayorazgos, más la mitad de éstos porque nada tenían que heredar.

El mismo Colón había llegado al convento de Palos pidiendo un pan para su hijo y esa experiencia de la miseria le haría decir: *El oro es excelentísimo; del oro se hace tesoro y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo y llega hasta que echa las ánimas al Paraíso.*

Naves como esas tres que bogan en la inmortalidad eran la estrechez sobre lo ilimitado, la sed sobre las aguas, una humanidad que se apretujaba para deshumanizarse. Quienes en ellas habían viajado, literalmente acosados, saltaban a tierra como perros zafados de tramojo o como toros sueltos de varas. Al dar a la palabra *conquista* el contenido que debía convertirse en historia, interpretaban las cosas de América en un sentido muy acomodado a sus particulares ambiciones.

Sin salir de nuestra propia casa, es decir, del territorio que hoy es la república de Colombia, podemos seguir la trayectoria de las ideas iniciales que dieron ser y fijaron el rumbo del descubrimiento y la colonia americanos.

Habla primero a la Sacra Católica Real Majestad del rey Don Felipe nuestro señor, segundo de ese nombre, el P. fray Pedro de Aguado, de la Regular Observancia, Ministro Provincial de la Provincia de Santa Fe y le dice: *En el discurso de quince años, los mejores de mi vida, que me empleé en la conversión de los idólatras que como bestias vivían en el Nuevo Reino de aquellas Indias, en servicio del demonio, entendí por muchas cédulas que ví de Vuestra Majestad, el celo que tiene, tan católico, del aprovechamiento y conversión de aquellas ánimas, con lo cual no solamente provee de personas eclesiásticas y seglares, para que las unas en el ministerio de justicia y las otras en el de las conciencias, pongan en ejecución lo que con tanta cristiandad vuestra Majestad procura, que es la multiplicación de los cristianos y aumento de la Iglesia y fé de ella; sino que con mucho cuidado ha enviado a mandar le avisen de los ritos y cere-*

monias y sacrificios con que aquella gente, por industria de sus jeques y mohagnes sirven a los demonios como a dioses. Esta forma de hablar llena toda una época.

Así la universal dualidad de un principio del bien y otro del mal conducía, en las mentes del bajo pueblo, a una nueva teogonía: el rey, tutor de la cristiandad, se contraponía a cuanto el indio tuvo por sagrado pero que sólo era la obra de Lucifer; los aventureros debían rescatar las riquezas puestas al servicio de Satanás; los enviados de la luz podían mojar en sangre los cascos de sus caballos y los hocicos de sus perros, porque esa sangre significaba idolatría y su libre correr, libertinaje. La máscara de la verdad quedaba así perfecta; y la armadura de las conciencias más holgada que la de los cuerpos.

El gobierno de la metrópoli, las milicias, la aristocracia y los letrados — clérigos éstos en su mayoría — se mantuvieron reservados ante la sorpresa del descubrimiento. En realidad, éste se calificaba como un fracaso completo, porque ni se había podido, navegando al occidente, llegar a las islas portuguesas de las especias, ni las tierras descubiertas dejaban pasar hasta los confines del hemisferio español pactado en Tordesillas en 1494. Por muchos años todavía la codicia de Europa sería dominar los mares, antes que las tierras.

De esta suerte vino a establecerse, bajo postulados comunes, una diferencia profunda entre la España peninsular y la trasladada a las Indias; diferencia que duró pocos lustros, pero que abrió cauces a corrientes definitivas de historia. J. M. Ots Capdequí, corrobora esta interpretación en su libro **España y América. Las Instituciones coloniales** (Bogotá, 1948).

La reconquista contra los moros, había sido el filo de un peligro porque al marchitarse la solidaridad épica de la liberación, se descubría un muro cuarteado.

Entonces los esfuerzos de los Reyes Católicos se concentraron en obtener, al amparo de la religión, la unidad política y racial del Estado frente a los moros dispersos, pero maestros de las artes y de la técnica; frente a los hebreos en cuyas faltriqueras se acumulaba la riqueza; contra los nobles que por servicios de guerra detentaban el poder rivalizando con el rey y a pesar de las ciudades que — campeadores en la gesta legendaria — habían ganado sus fueros y privilegios y anhelaban ya ponerlos en vigencia.

A los unos se los confina o expulsa; a los otros se los somete y se derruyen sus castillos, para todos se robustece el fuero eclesiástico y se crea en 1480 el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición.

Al abrirse las puertas de América fluye por la estela del Gran Almirante una selección humana de características complejas como consecuencia de los procesos que para muchos hacían invivible la península.

Fué el pueblo, ese que cree en las consejas de los marinos y que no tiene nada que perder; el que debe cumplir las leyes a la letra y más allá; el fijodalgo corrido y desesperanzado, el que trasladó a América la emoción de la aventura caballeresca. La corona no asumió inicialmente la responsabilidad económica ni política de las expediciones, sino que éstas se regulaban mediante contratos o capitulaciones individuales, celebrados por la Real Casa de Contratación de Sevilla con los empresarios de ellas. Los soberanos se limitaron a exigir, fuera de lo que se tenía como sobrentendido en las costumbres hidalgas españolas, trato de vasallos para los indios y a prescribir la propagación entre ellos de la fe católica; a cobrar para sí y para la Iglesia una

parte de las utilidades de la empresa y a mantener su autoridad para corregir los abusos.

Así, mientras España se unificaba, América se diluía; mientras allá se dictaba una legislación admirable, aquí cada cual interpretaba su contrato según conciencia y conveniencia; mientras allá, en el apogeo de las esperanzas, se contrataba sobre fabulosas ganancias, aquí, en contacto con la realidad, se exprimían las oportunidades hasta el último ochavo. Y ¡ay del que se opusiera a ello! porque sería tratado como enemigo de Dios y del rey.

Poco a poco, fueron desvaneciéndose fantasmas e infiltrándose más verídicas informaciones en las capas sociales superiores de la madre patria y entró en ella la preocupación por un sistema político que armonizara mejor la religión con los intereses de las colonias y con los medros individuales.

Se dictaron medidas para que los descubridores redujeran a poblados los indios fugitivos o nómades; se les prescribió la fundación de ciudades en número proporcionado al título concedido y se les ordenó poner nombres a los lugares que establecieran. Ante todo se quiso justificar la violencia y la guerra que se hicieran a los indios.

Un jurista castellano (4), para quitar todo escrúpulo a los contendores ideó el célebre *requerimiento* que los capitanes debían leer a los indios antes de entrar a debelarlos, amonestándoles, a nombre del rey, domador de las gentes bárbaras y notificándoles, que existe un solo Dios creador del mundo, que existe el Papa, su representante, que uno de los sucesores de San Pedro había hecho donación a los Reyes de Castilla de todas las islas y tierra firme de este mar océano; que por tanto, sus Altezas eran reyes legítimos de las Indias y como a tales se los debía obedecer. Que si así lo hicieran el rey les daría privilegios y mercedes y si no se les declararía guerra a muerte.

Este peregrino apóstrofe, contra el cual muchos protestaron, llegó hasta el río Sinú y Pedrarias mandó que se leyera a los indios según testifica el bachiller Fernández de Enciso, a lo cual dice que éstos respondieron, como si fueran filósofos, *que el Papa daba lo que no era suyo, que el Rey que lo pedía, debía ser algún loco y que fuese a tomarlo y le pondrían la cabeza en un palo, como tenían a otros de sus enemigos.*

Así y todo, el requerimiento constituía tan buen pretexto para justificar la guerra a los indios, que Lucas Fernández de Piedrahita calcó en él una arenga dirigida por Jiménez de Quesada al cacique Sacrezazipa, sucesor del Bogotá, antes de sacrificarlo y robarle sus tesoros (5).

No menos falaz era la aprobación de la guerra, fundándola en que el indio era bárbaro, pecador, infiel, vicioso, en que sacrificaba víctimas inocentes al demonio y en que atacaba a los españoles.

Cuando el gobernador de Santa Marta, García de Lerma, envió a su sobrino Pedro de Lerma al mando de doscientos hombres y acompañado del obispo don Juan Ortiz, a descubrir por tierra el río Magdalena — primer conocimiento que se tuvo de su curso — dice Aguado que el obispo iba atento *para estorbar e impedir con celo pastoral que a los indios se les hiciesen algunas demasías, ni fuerzas ni malos tratamientos; sino que por el bien y con regalo fuesen traídos a la amistad y servidumbre de los españoles; como si la servidumbre se dulcificara con el señuelo.*

Pero este su buen propósito, añade, no lo tuvo mucho tiempo... porque como fuesen entrando por gente de guerra que por su ferocidad acostumbraban a comer carne humana, por lo cual son llamados comúnmente caribes, y llegasen a un pueblo cuyos moradores se habían ausentado y escondido a la primera faz, después vinieron con sus armas, que son arcos y flechas, y comenzaron a flechar de suerte que el señor Obispo estuvo en riesgo y aventura de ser mal herido de sus propias ovejas... por lo cual mudó de improviso parecer y comenzó a inducir y decir a los soldados que hirieran

en ellos y los persiguiesen y sujetasen con las armas, que él los absolvería.

Fué esa la realidad arrolladora de la Conquista; mientras el rey y sus consejeros discutían en Madrid, aquí corrieron las pasiones y los apetitos atropellándose con los perdones. Y, en cambio, los mismos descubridores, comenzando por Colón, se movían en un tropel de intrigas, de fraudes al tesoro real, de traiciones a los jefes, de delaciones, de residencias y de castigos; del que se llamó con justicia el régimen de la desconfianza.

Aquellas primeras páginas de la historia americana se pudieron compendiar en aquel episodio de nuestro amo y señor Don Quijote:

Como suele decirse, el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo; daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza y todos menudeaban con tanta prisa que no se daban punto de reposo.

El candil yacía apagado y era ciego e indeciso aquel amanecer.

En 1573 promulgó Felipe II las **Ordenanzas de nuevos descubrimientos y Población** que definieron y articularon la política colonizadora del Estado español.

Los primeros conquistadores no adivinaron en la suerte que ellos deparaban a los indios la que pudieran correr sus propios hijos. Si las ideas seguían su evolución incontrastable, la sangre debía también refluir hacia el corazón y el instinto y los prejuicios mandaban por encima de las leyes.

Como Colón, los primeros viajeros al nuevo mundo llevaban un propósito equivalente al billete de ida y vuelta. La aspereza de la vida en los mundos recién conquistados fortalecía tales decisiones de regreso. Se emigraba para poder inmigrar de vuelta; a pagar a las cajas reales; a defenderse de émulos; a disfrutar simplemente lo ganado; a demostrar, en el círculo de la familia o de la aldea nativa, que se había triunfado en la vida.

Los hechos, sin embargo, muchas veces, quebraban estos programas, fuera por reveses inesperados, fuera porque la vida de América también tenía su embrujo, del cual pocos lograban escapar. Entonces surgieron muchos problemas: el del hijo de españoles en América y el del mestizo en quien se mezclaban una y otra sangre. Otra vez las ideas populares habían de imponerse para definir, en la nueva sociedad, fundamentales discriminaciones y jerarquías.

Afortunados los conquistadores más exitosos, recibieron del rey escudos heráldicos y títulos nobiliarios que equiparaban a la nobleza peninsular, a ellos y a su estirpe. Pero los que no lo eran tanto padecían una disminución progresiva de generación en generación. La nobleza y la pureza de la sangre no valían tanto por los honores, como por los gajes que traían, en derecho a poseer tierras, a mandar indios, a desempeñar los cargos del estado, a ejercer elevadas profesiones y a disfrutar de determinada educación.

Vieja raíz esta de las grandezas y pequeñeces de América.

A los españoles y a los indios vino a sumarse otro elemento de vigor imponderable en nuestra demografía.

Diezmados los indios en el trabajo de las minas y sirviendo como acémilas en los caminos so pretexto de los derechos de conquista; en realidad, por obra de la codicia, de la fuerza y del negocio, otra fuerza y otra codicia trajeron a América los negros esclavos africanos, impacto tremendo, sobre la raza hispanoamericana, sobre nuestras costumbres, nuestros sentimientos y nuestro futuro.

Estos eran los escollos bárbaros donde siempre hervía la onda morena, lo que José Celestino Mutis pudo pensar cuando desembarcaba en Cartagena de Indias. Esta fué la infancia de un mundo que formó lo que hoy llamamos el primitivo *super-ego* de su sino secular. En este escenario es donde campea su genio que quiebra la línea del pasado y magnetiza una nación hacia su más elevado destino.

(4) Este jurista fué Palacio Rubios. J. M. Ots Capdequí, en su **Resumen jurídico: España en América** (Bogotá, 1948, pág. 58), copia el texto del requerimiento y la noticia dada por el Bachiller Fernández de Enciso, compañero de los conquistadores del Darién, sobre la respuesta de los indios del Cenú. Asimismo las protestas del historiador Fernández de Oviedo contra este procedimiento que, lejos de justificar el derecho español, estaba en sí lleno de incomprensión de los adjuntos.

(5) Lucas Fernández de Piedrahita: **Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada—a la S. C. R. Majestad de Don Carlos Segundo—**. Bogotá, 1881, página 131.



S. M. EL REY DON CARLOS III
*Por su orden y su generosidad, se fundó la Real Expedición
Botánica. Retrato de autor desconocido que se conserva en el
Museo Nacional de Historia en Bogotá.*

CAPITULO III

LA ESPAÑA DEL SETECIENTOS

El nacimiento y la formación de estas naciones no constituye una de las consecuencias de la ilustración y la revolución francesas, sino un momento de la evolución orgánica de la nación española misma.

V. FRANKL.

Detrás de los Reyes Católicos gobernaron a España primero la casa de Austria con Carlos I, con los Felipes II, III y IV y con Carlos II el *Hechizado*; después la casa de Borbón con Felipe V; el efímero Luis I; de nuevo Felipe V, Fernando VI (1746), Carlos III (1759), Carlos IV (1788) y con Fernando VII (1808).

Entretanto, a este lado del Atlántico numerosos navegantes y conquistadores (1538-1564) descubrieron lo suficiente del territorio hoy colombiano, para que se pudiera decir que todo lo tenían recorrido. Tras ellos se sucedieron veintisiete presidentes de la Audiencia en dos series (1564-1719 y 1725-1739). Actuaron, por último, a nombre de Su Majestad, trece virreyes — mal número —, pero lucida serie de sangre y señorío (1719 y 1740-1810).

Sin embargo, los hechos nacionales no se rotulan por los nombres de los gobernantes, pues más que de éstos, los sucesos memorables dependen de las ideas y pesan más en la historia las del pueblo que las de los mandatarios.

Para los fines de esta narración, acabamos de ver la importancia que tuvo en América, la clase media peninsular, con sus virtudes y sus defectos, con sus prejuicios y sus tradiciones, los cuales no se deben calificar según los módulos hoy en vigencia, sino parangonarse con la Europa brutal de aquellos tiempos, teniendo en cuenta fenómenos de transmisión ideológica que en nuestras condiciones nacionales están mal estudiados todavía.

Por lo mismo, para comprender la trascendencia de la Expedición Botánica del Nuevo Reino, es indispensable subir la historia arriba hacia sus manantiales hasta allá por el año de 1700, cuando coincidentalmente se inició, con el primer reinado de Felipe V, el predominio en España de la casa de Borbón.

Entre las aberraciones de las ideas que produce el lenguaje, es notable la de atribuir realidad a los rótulos históricos y de aplicarles predicados que solamente convienen a los hombres. La Edad de Oro no produjo las grandes figuras que la ennoblecieron, sino que éstas dieron origen a ese abstracto rutilante. La simultánea aparición de genios en el escenario de España hay que buscarla en otros hombres, en otros hechos que, por su condición de nacionales, favorecieron el desarrollo de las actividades y la luminosidad de los talentos.

Medió una larga escala entre las altas sedes del espíritu y la clase media peninsular; núcleo de la conquista. Otra gradería se estableció entre esta clase media y la población que en América se iba conglutinando para dar origen a la España ultramarina. La evolución de estos países nuevos, no se entiende sino a la luz de las evoluciones y revoluciones ideológicas de la madre patria y sin contar con esas etapas que, en cascada se ofrecieron a la trasmisión de las ideas.

Parecido fenómeno, pero con más rigidez y evidencia se observa en las eclosiones de la riqueza nacional. La historia se detiene embelesada para admirar las grandes catedrales, los palacios, el desarrollo de potentes obras de irrigación, de prodigiosas vías, de centros de vida fabril. Pero estas magnificencias de trabajo y bienestar, precisan de una raíz honda, múltiple e intrincada, en las industrias extractivas y en los recursos naturales, originales o recuperados, del país en donde ellas se desplegaron — floraciones esplendorosas — a la luz de la admiración universal.

De suerte que el papel de un hombre, así sea gobernante, así sea genio, siempre es balbuciente para desatar las transformaciones históricas. Es una función, a lo más catalizadora, lenta en su penetración y tardía en su síntesis. Por lo mismo, también las causas de las transfor-

maciones o bien son hombres de notable permanencia en el poder — caso de Felipe V y de Carlos III — o que viven para el futuro, es decir, en quienes pesan más las generaciones venideras que la multitud desesperanzada que los rodea. Este fué el hecho de J. C. Mutis.

Se forma en consecuencia un ciclo cerrado en que primero los recursos naturales adquieren su plenitud; éste produce el trabajo extractivo y el bienestar de base, de éstos se origina la protección a las elevadas manifestaciones de la cultura, surgen los hombres geniales, los militares invencibles, la convicción nacional de superioridad y el trabajo que refluye en la mayor productividad de la tierra. Las intermitencias de prosperidad y decadencia dependen de la falla o debilitación de estos engranajes, en conexión con otros coeficientes, inclusive astrales, de que habla E. Huntington en su libro sobre **Las fuentes de la civilización** que traducido se publicó en Méjico en 1949.

De todo lo cual se colige que es arduo determinar dónde comienzan y dónde finalizan las edades de prosperidad y de depreciación y que resulta difícil desmadejar la historia española donde se entrecruzan trayectorias de tan diversas culturas como la visigoda y la árabe; la alemana del Sacro Romano Imperio y la francesa; la de los dominios europeos y la africana; la de Flandes que fué marcha de infantería y la de América que suponía el florecimiento naval.

Languidecía España al terminar el siglo XVII. Colonización de América, guerras en Flandes, en Francia y en Italia; batallas en los mares contra el Islam, en tierra contra los protestantes y los hugonotes, venían mermando de tal suerte la población que ya en 1520 el escritor y diplomático veneciano A. Navagero decía: *La noble ciudad de Sevilla llegó a padecer tal falta de pobladores que parecía haber quedado sólo en manos de las mujeres.*

Con esta particularidad: que los españoles salidos de la península no volvieron con familias que en las Indias hubieran criado, como sí lo hicieron los portugueses. Por eso, aun hoy, en fisonomías lusitanas se advierten rasgos hindustanis, malayos y hasta africanos, lo que en España no se ve sino con menor evidencia y en contadas provincias.

Las antiguas posesiones norteamericanas habían recobrado su autonomía y las recientes de Italia se habían adquirido más para fausto de los monarcas, de sus familiares y validos, que atendiendo a un significado económico. Se habían perdido casi todas las plazas del Africa, mercados del continente negro y descanso de los camellos polvorientos.

El empobrecimiento del suelo español, de ese suelo que los moros y mozárabes habían surcado de canales de regadío y convertido en un jardín, era catastrófico. Sólo la construcción de la armada invencible había exigido la tala de grandes robledales en España, riqueza que zozobró en pocos días en el canal de Inglaterra.

Felipe V era pusilánime, melancólico, aislado y nostálgico de su Francia; condiciones que lo desadaptaban para los peligros y calamidades que por todas partes asediaban al reino. Gracias, sin embargo, a los aciertos de algunos de sus ministros, reformó los recaudos de la Hacienda Pública y limitó las responsabilidades que con Felipe II habían dispersado la atención de los poderes públicos. Por lo mismo, en los gustos, en las artes, en las ceremonias, en las ideas y en los galanteos, se iniciaron la preponderancia francesa y la tendencia pacifista que habían de acentuarse con Fernando VI de España, hijo de Felipe V, quien ciñó la corona en 1746.

La preocupación por conservar la pureza de la fe católica había llevado a Felipe II a prohibir la salida de estudiantes hacia las Univer-

sidades extranjeras, madres nutricias de elevada cultura, pues el ambiente herético había parecido peligroso para la juventud que regresaría a España. Esta disposición, que aminoraba el valer de eclesiásticos y seglares, se mantuvo hasta muy cerca de la dominación Borbónica, y surtía sus efectos en las generaciones actuantes del setecientos. Los mismos estudios teológicos y canónicos que en España habían recibido brillo sideral con Láinez, Salmerón, Suárez, Molina y Melchor Cano, Bastidas y tantos otros, decayeron como consecuencia de las desavenencias con la Santa Sede y con las limitaciones a la autoridad del Santo Oficio. Porque así pasa a toda ciencia, que con el interés que se le demuestra se vigoriza y florece, mientras que menospreciada se asfixia.

A pesar del rechazo popular, el galicismo, más o menos asimilado, se apoderó de las modas españolas, sin que sepamos decir si ello fué calamidad o en aquel momento significó un progreso.

El Padre J. F. de Isla en su **Historia de fray Gerundio de Campazas**, que publicó bajo el seudónimo de Francisco Lobón de Salazar, satiriza a los afrancesados en un personaje que introduce en el capítulo VIII de su tomo IV, un tal don Carlos, quien después de ciertas graciosas ocurrencias, hablaba así: *Yo me he tomado la libertad de entrar en esta casa a la francesa. Oh, Señor Magistral, y qué damage es que un hombre de las luces de Vm. se halle tan prevenido de los prejuicios nacionales. Poca fortuna hará Vm. en la Corte.*

Leyendo las frases que tilda el clásico Isla, es curioso advertir su identidad con las usadas a mil leguas, en la Nueva Granada, por los miembros de la Expedición Botánica y aun con las que nosotros, después de casi dos siglos, tenemos por castizas. Y remata el festivo jesuita con estos versos referentes a las damas galiparlantes:

*Otros defectos tienen no crecidos;
Mas serán unas bestias sus maridos
Si las sufren y callan:
Pues al pensar que se hallan
Con mujer Andaluza o Castellana,
Sin sentir, de la noche a la mañana,
Se les volvió Francesa.*

Y como sucede con los individuos que, cuando carecen de personalidad, se rebuscan e imitan lo estrambótico que ven, y eso les parece elegantísimo, así las naciones, cuando llegan a desdeñar lo propio, se vuelven mosaico de los usos ajenos. Fray Gerundio llegó a cambiar los nombres castellanos del Santoral por los aztecas, llamando en el púlpito Tlaloc a San Isidro, abogado de los agricultores y al mes de abril Hueytzostli, tal y como lo había leído en cierta **Historia General de la América Septentrional**.

Gemelo no más del gusto gerundiano, ampuloso, envanecido y abnorme, fué el arte arquitectónico de José Churriguera cuyo estilo, o mejor, negación de estilos, se llamó barroco, como quien dice verrugoso y embrollado.

No fué distinto de su padre en los arrestos y energía el rey Fernando VI, con lo cual se acentuó la influencia de los ministros y más que ningún otro la del célebre marqués de Ensenada. Así se abrió paso a una, diríamos hoy, democratización del gobierno, emulación en los servicios y distribución de los beneficios.

Limitada España en el dominio, en sus preocupaciones y en sus esperanzas por los Pirineos, volvió las miradas al Occidente, a la ruta descuidada que le abriera Colón. Cansada de preocuparse por Europa, quiso dedicarse a sí misma y a lo que más tenía por suyo que eran sus territorios americanos. Esta tendencia la inculcaba de mano en mano, la moneda española en cuya cara se leía: *Hispaniarum Rex Philippus V*, o si no: *Ferdinandus VI, Domini Gratia Hispaniae et Indiarum Rex* y en el sello, envolviendo las columnas de Hércules, el mote *Utraque unum*.

América había sido para el Estado español fuente de desavenencias y preocupaciones, gloria tardía y provento material muy limitado.

La navegación lenta, estrecha e insegura de los mares; la interminable y áspera penetración de las tierras; la humedad tropical que corrompía las mercancías; el comején; la amenaza de los piratas; la hostilidad continua de los grupos indígenas; la ignorancia de aquellas épocas; limitaron la lista de los productos que América podía proporcionar a la metrópoli.

No era el caso igual al de la India portuguesa donde civilizaciones antiquísimas entregaban al comercio productos: sedas, especias, joyas, marfiles, elaborados con refinamiento.

Lo que de América se pudo llevar a España en la conquista se reducía al oro y a las piedras preciosas.

Sin duda que muchos contratistas particulares hicieron en el Nuevo Mundo pingües fortunas. Pero quienes, en alas de la esperanza y la codicia aquí venían, sólo encontraron oro, plata y esmeraldas, tierras inmensas e indios. Y estos dos últimos no cabían en la alforja.

Ya para el setecientos era corriente decir que las de América eran «*divitias ultrices sui*». Riquezas que ellas mismas tomaban venganza contra quien las adquiría.

Hallar y desenterrar un tesoro de los indios quimbayas; llevarlo a lomo de indios hasta Cartagena, impedir que los cargueros soltaran su reata y se fugaran con él o que otros compañeros de expedición lo robaran; que los oficiales de la real hacienda lo decomisaran; que tantas aves de rapiña lo depredaran en el largo viaje, era una aventura más penosa que el venir desde España a buscarlo a tientas en las ásperas montañas. Y al lado de esto: hambre y sed y enemigos y jornadas y fieras; insectos y enfermedades y temporales y calores y noches en continua alerta, con la daga en la mano adormecida.

Continuamente nos hablan los cronistas de fabulosas cantidades de oro rescatadas por los conquistadores. Sus narraciones se remansan, como en tópico favorito, cuando describen las joyas que hallaron, o sobre los cuerpos de los indios, jefes y vasallos, o en sus tumbas o en el lecho de los ríos. Pueblo había como los guatavitas, los cuales todos, al decir de Lucas Fernández, eran *plateros de oro*. A cada paso asistimos en la historia a esa escena culminante que era la repartición de los tesoros arrebatados a los indios y a sus sepulcros. Aquí y allá presenciábamos la inhumana empresa de esclavizar indios y arrastrarlos con collares y carlancas a lavar oro en las aguas insalubres de los ríos tropicales. Como dijo E. Reclus algunos entendían su misión como un «enterrar a los vivos y desenterrar a los muertos».

También se nos entera de la suerte de esas piezas de finísima orfebrería, joyas de la estética indígena, monumentos etnológicos de imponderable valor, que eran fundidas y hechas barras o acuñadas en monedas porque su arte era idolátrico.

Ya desde el siglo XVI se legisló para que las minas excelentes y las mejores vetas de las ordinarias fueran reservadas para Su Majestad, amén del quinto del oro que en éstas explotaran los vasallos. De ahí que en toda Colombia se hubieran hallado tantos tesoros enterrados.

Toda esta abundancia del codiciado metal, tan crudamente calificado por G. Papini, no produjo en la península el efecto económico que muchos imaginan. Oro en vajillas, oro en alhajas de las mujeres, oro en los trajes de los hombres, oro en lámparas, en pasamanos y tachones de los palacios de recreo; oro para comprar, a subido precio mercaderías de Flandes y de Italia; hizo decaer las industrias regionales, aisló a los gobernantes respecto de su pueblo y redujo la independencia económica de la nación española.

Carlos III aunque no era de diferente pasta que su hermano y antecesor y que su padre, sino introvertido y hurafío como ellos, tuvo el privilegio de un largo reinado, que se inició en 1759 y duró hasta 1788. La continuidad de la acción, la influencia de ministros celosos de los privilegios de la corona, los vientos positivistas que soplaban del lado de Francia, orientaron la economía del reino, los negocios de América y las manifestaciones de la alta cultura, con tal fuerza, que ante su reinado no puede haber juicios tibios: o se lo califica como don Marcelino Menéndez y Pelayo, de desastre, o se lo equipara con un renacimiento.

Respecto de la América el reinado de Carlos III tiene cara y sello antitéticos. Si el extrañamiento de los jesuitas cegó veneros innegables de cultura, la protección dispensada a la Expedición Botánica repercutió con vigor inmenso de creaciones; si se activaron las medidas para aumentar el rendimiento de las colonias, ello dió por resultado la sustitución de las personalidades individuales, por una colectiva, la cual se forma más fácilmente para la defensa que para el ataque, por una burocracia y una milicia que a la primera contrariedad se tornan de serviles en agresivas.

Una de las loas con que exalta Manzoni a Napoleón es decir de él que fué objeto

*o de odio inextinguible
o de indomable amor.*

Lo mismo pasa con algunas figuras españolas perjudicándose la verdad documentaria. Porque es frecuente en los escudriñadores de la historia política española en América superponer, como en un vitral catedralicio, hechos realizados en siglos diversos y bajo diferentes signos de influencias. Por eso al estudiar las incidencias del setecientos evitaremos divagar por otros caminos que los marcados con estas piedras miliarias: desde Felipe V a Fernando VII; de la influencia francesa positivista y refinada a la mayor intervención económica en América y en Nueva Granada; desde los últimos presidentes de la Audiencia en su primer época que terminó en 1719, a través del virrey Jorge Villalonga (1719-1725) y a lo largo de la segunda Audiencia (1725-1739), hasta el virrey don Antonio Amar y Borbón, quien hubo de afrontar la segunda revolución de la independencia en 1810.

Dentro de estos marcos se desarrollaron hechos definitivos para la España peninsular y la colonial del ciclo mutisiano.

Sobresale en lo económico el hecho de la libertad de los mares. En tiempo de Felipe II, no sólo se había limitado al puerto de Sevilla el despacho y recibo de las flotas que habían de pasar a las Indias o regresar de ellas, sino que se ordenó que la travesía debía hacerse en conserva de flotas, acompañándose los bajeles convenientemente equipados, para la mutua seguridad. Además, por esos tiempos, se habían prescrito las rutas marítimas, se había prohibido el paso por el estrecho de Magallanes para navíos que visitaran costas de América, se había limitado el comercio con otros países y entre las diferentes porciones del continente y se prohibía, en fin, la producción de todo aquello que, como el vino y el aceite se beneficiara ventajosamente en España. Estas medidas degeneraron por un lado en un tremendo desarrollo del contrabando, de la piratería y, por otro, en decadencia inigualada de las capacidades de América.

Todo ello cambió fundamentalmente en el siglo XVIII.

La libertad que se concedió sobre los mares al comercio extranjero e intercontinental — por la cual trabajó mucho Messía de la Zerda —, las facilidades al establecimiento en América de colonos extranjeros, a los productos obtenidos en las mismas Indias, abrió las puertas para el trabajo, para las explotaciones y para el interés legal de otros países.

Al propio tiempo se franqueaba el mar del pensamiento. A España fueron llamados sabios de diversas nacionalidades a dirigir empre-

sas científicas: Loeffling, Proust, Godin, Herrgen; se fundaron becas para que los españoles pudieran perfeccionarse en las Universidades célebres más allá de las fronteras.

En lo social fué definitiva la igualdad que se declaró, por lo menos en las reglamentaciones, entre los criollos y mestizos y los peninsulares y el acceso consiguiente de aquéllos a los estudios universitarios que primitivamente no se concedían sino a hijos de conquistadores o de caciques. Así había de manifestarse en las colonias una creciente avidez por la literatura de primera mano y por todas las fuentes vivas de la cultura.

A los arraigados en América se abrió otra oportunidad de la fortuna. La conquista había producido una entidad económica y social, transplantada de Castilla, que fué la *encomienda* y el repartimiento de indios.

La encomienda era un grupo de familias indígenas que, con sus propios caciques, quedaba sometido al mando de un *encomendero* español, el cual cumplía ciertas obligaciones y ofrecía determinados tributos. Hubo casos en que las encomiendas se adquirían por derecho de conquista, en otros se compraron, en otros fueron premio por señalados servicios. Una de las obligaciones del encomendero era la de prestar servicio militar a caballo cuando para ello fuera requerido y de residir en el lugar. Las encomiendas se concedían por una o dos vidas, pero fuera del papel se hicieron perpetuamente hereditarias y se transformaron en derecho de uso y de abuso.

En 1701 el monarca reclamó para sí las encomiendas sin dueño residente, y en 1718 se abolió totalmente la encomienda. La tierra sería de los indios y a la corona le correspondía el *dominio eminente*. Con estas disposiciones, otras entraron en juego que elevaban los derechos de los americanos, les infundían ambiciones de ilustración, les daban acceso a los empleos del Estado.

Vientos de igualdad desatados por España fueron los que solazaron primero los espíritus y después sembraron en ellos la avidez de los derechos sin discriminaciones.

Por eso es oportuna la cita que hace L. de Hoyos Saiz de unas palabras de Colón dirigidas a los Reyes: *Placerá a Dios que vuestras Altezas envíaran acá hombres doctos y verían despues la verdad de todo.*

Y la vieron. Verdad magnífica del UTRAQUE UNUM que era la crisálida estremecida del UTRAQUE DUO UNITA.



CAPITULO IV

MAS ALLA DE LOS PIRINEOS

No conozco idea más grandiosa que esta del mutuo influjo de los humanos entre sí.

J. T. FICHTE, **El Destino del Sabio.**

Si la transformación política de la Nueva Granada, para originar en los comienzos del ochocientos la Gran Colombia, se explica por sólo sus antecedentes peninsulares, el fervor científico en que Mutis aparece como centro y cureña, no se puede declarar sin una irradiación de toda Europa, a través de España, sobre esa América que todavía nada activo significaba en la declaración del universo y en un proyecto de bienestar humano.

José Celestino Mutis habría de consagrar sus múltiples talentos a la naturaleza y a la educación, en una época en que la ciencia no se había bifurcado en tantas especialidades y cuando los naturalistas necesitaban abarcar campos más heterogéneos, pero en la que debían poseer una visión más íntegra del cosmos.

Como educador, Mutis iba a ser el vino generoso que reflejara en sus espumas todas las lámparas encendidas por su siglo, cuando Europa, cansada de ciencias dogmatistas y verbales, buscaba en los fenómenos concretos, fuentes más genuinas del saber y algo que aliviara mejor los dolores y las luchas de los humanos.

En realidad, como nota E. Nordenskiöld en su **Geschichte der Biologie**, más que los investigadores profesionales fueron médicos corrientes y clérigos sin pretensiones de sabiduría, observadores guiados por el sentido común y el análisis de lo minucioso, quienes crearon en el setecientos la ciencia positiva.

El siglo XVIII fué el de C. Linné, el de J. L. L. de Buffon, el de A. Haller, el de I. Newton, el de R. J. Haüy, el de L. J. Proust, el de C. M. de La Condamine. En una palabra, la centuria en que nacieron vigorosas a competencia las Ciencias Naturales modernas.

J. C. Mutis, cuando los nombres genéricos de las plantas hervían en su memoria, debía tener presentes los méritos de muchos cuya labor estaba reciente y que eran como ecos de martillos venidos de talleres vecinos: F. Ruysch, H. Boerhaave, A. Cesalpino, P. Magnol, A. L. de Jussieu, Q. Rivinus, J. P. de Tournefort, N. J. Jacquin y cien más, cuyos libros y avances en descifrar la naturaleza llenaban el ambiente y que en la sombra de la distancia lo miraban y esperaban de él con comprensión fraternal.

Ningún científico, sin embargo, colma tanto el ámbito biológico del siglo XVIII; a ninguno se debe lección tan duradera, por las categorías naturales que creó, por el minucioso análisis que les puso por base y por los términos definidos que impuso; por sus hallazgos de unidad en el mundo orgánico de los diversos continentes, por su proselitismo científico, como Carlos Linné.

Tampoco hubo quien le igualara en la amistad de Mutis. Lo que sólo es dado a los genios, Linné, con una sola frase, envolvió a Mutis en el ampo de su propia gloria y, a pesar de que muchos años antes de su muerte perdió la memoria, siempre tuvo presente el nombre de su amigo español (6).

El *príncipe de los botánicos*—que así se le llama—era el hijo mayor de un modesto párroco protestante, cuyo mejor descanso consistía en cultivar el huerto de su casa. Es tremenda esa transmisión hereditaria del amor a la naturaleza. El padre debía llamarse Nils Ingersson, pero cambió su apellido por *a Linné*, es decir, *del Tilo*, por el arbol que le producía un gran árbol de esta especie, bajo el cual sesteaban los ganados en su pueblo natal de Sunerbo.

Antes de Linné los vegetales habían merecido la atención de los letrados por sus virtudes medicinales, por su belleza, por su valor alimenticio. Para Cesalpino la porción principal de las plantas era la corteza. Los antiguos, como Teofrasto, ordenaban las plantas en tres grupos: árboles, arbustos y hierbas. Así que el mundo vegetal, acrecido con las informaciones de los continentes recién explorados, se presentaba como un impenetrable farrago, como ese caos que describió Ovidio en sus **Metamorfosis**: *rudis, indigestaque molis*, mole basta y sin orden.

El acierto de Linné consistió en la nomenclatura binomial que para siempre estableció; en el parentesco y la diferencia entre las plantas comparando los órganos florales. Su desacierto en haber exagerado el valor de los detalles mínimos de tales órganos.

Su mérito estuvo en la escuela que formó, en las obras que publicó y en su afán por comparar plantas procedentes de todo el mundo, las cuales redujo a categorías.

Su fortuna derivó de haberse dedicado desde muy joven a un problema inagotable y haberle sido fiel a lo largo de muchos años, que coincidieron con el momento histórico en que ese problema se presentaba más inquietante a los científicos.

Resultaba imposible que el sabio sueco se liberara, por más que trató de sacudirla, de la estrechez que determinaban en sus raciocinios la flora lapónica y la vegetación escandinava.

Con tanto peso gravitaron sobre la obra de la Expedición Botánica de Nueva Granada los principios del Sistema de Linné, tanto influyeron en su avance y en su obra bibliográfica, que no podemos pasar sin declararlos.

Linné tenía la clasificación y la denominación de las plantas por fundamento de toda la Botánica. En realidad, la ciencia que sin colaboración se entume, no progresa en ningún sentido si no llamamos todos a cada especie con el mismo nombre, y es imposible dárselo si no las ordenamos todos de la misma manera. Linné llamó clasificación *teórica* la que reparte las plantas en clases, órdenes y géneros y clasificación *práctica* su ordenación en especies y variedades. Una y otra, contra todo lo que hoy pensamos, serían independientes.

La unidad sistemática de Linné es la especie, entendiendo por tal *quot ab initio* (después cambió y dijo: *a principiis*) *creavit infinitum Ens*. Para él las variedades se distinguen sólo en apariencia, los géneros se fundarían en la naturaleza, los órdenes y las clases, parte en la naturaleza, parte en lo artificial y subjetivo.

Al adoptar los estambres y pistilos como norma de clasificación, Linné acogía las ideas de Sebastián Vaillant (1669-1772), discípulo de José Pitton de Tournefort y después profesor en el Jardín de Plantas, donde construyó el primer invernadero con calefacción que vió Francia.

El sabio profesor upsalense presentó su Sistema en el **Hortus Uplandicus** publicado en 1731. Lo mejoró en su **Flora Laponica** (1732) y, en vista de la aceptación, le dió el acabado en su obra maestra **Systema Naturae** (1735).

El Sistema linneano clasifica las plantas por caracteres de sus órganos reproductores en cinco grados y veinticuatro clases, según el siguiente esquema dicotómico:

(6) En su **Diario de Observaciones** para 1778, durante el mes de septiembre, Mutis hace constar que recibió carta de don Juan Jacobo Gahn, en la que le dice hablando de C. Linné, padre:

... ha caído algún tiempo ha con una enfermedad de vejez como de perlesía o caimiento de alma, de manera que ni habla, ni parece pensar con acierto, ni se puede absolutamente ocupar en nada sino está **civiliter** muerto.

- Grado 1.º Organos reproductores imperceptibles (clase 24).
 » » perceptibles (clases 1-23).
- Grado 2.º Flores hermafroditas (clases 1-20).
 Flores unisexuales en el mismo pie (clase 21, *Monoecia*); en diversos (clase 22, *Dioecia*); flores hermafroditas y unisexuales en el mismo pie (clase 23, *Polygamia*).
- Grado 3.º Estambres libres o independientes (clases 1-15).
 Estambres reunidos por los filamentos en un haz (clase 16); en dos (clase 17); en más de dos (clase 18); estambres unidos por las anteras (clase 19); estambres unidos por las anteras y por los filamentos (clase 20).
- Grado 4.º Estambres iguales (clases 1-13).
 Estambres desiguales (clase 14, *Didynamia*) (clase 15, *Tetradynamia*).
- Grado 5.º Número e inserción de los estambres.
 Estambres de uno a diez (clases 1-10).
 Estambres de doce a dieciocho (clase 11); estambres veinte o más, insertos en el cáliz (clase 12); estambres veinte o más, insertos en la base del gineceo o germen del fruto (clase 13).

Los caracteres escogidos por Linné, con la experiencia de los años y con una mejor ponderación de la flora mundial, en parte se hallaron inapropiados, en parte han sido sancionados como estables. Así el grupo de las Gramíneas (3.ª clase); el de las Crucíferas (15.ª clase); el de las Labiadas (14.ª clase); el de las Compuestas (19.ª clase); el de las Orquídeas (20.ª clase), quedaron por su mano delimitados para siempre. Fuera de eso, la época linneana nos dejó un gran número de especies determinadas por los verticilos reproductores.

La denominación global de *Fanerógamas* fué, con posterioridad, introducida por Ventenat en 1799. El mismo Linné, en su *Philosophia Botanica* (1751), introduce la importancia de los órganos embrionarios fotosintéticos que primero se desarrollan de la semilla, fundamentando la división de Acotiledóneas, Mono y Policotiledóneas.

Fuó obra de Linné, respetada por los siglos, como ya dijimos, la denominación binomial de las plantas, según la cual cada vegetal lleva expreso en su nombre el género en una primera palabra, embocadura para su agrupación y la especie en otra, que sólo a él denomina, como si dijéramos su apellido de familia y su nombre individual.

Previó Linné y fué mérito especial suyo — fruto de esa sensibilidad que sólo da el contacto con las plantas y con copiosas colecciones — la inestabilidad de su propia construcción sistemática que con el tiempo debía ser sustituida por otras clasificaciones más naturales.

Pero éstas debían ser la obra del siglo XIX por virtud de los estudios publicados por A. Lorenzo Jussieu en 1789, por Augusto Prámo de Candolle en 1813; por Esteban Endlicher desde 1826 al 40; por Adolfo Broignart en 1843; por Alejandro Braun en 1864 y por A. W. Eichler en 1883. A principios del siglo XX, Adolfo Engler comenzó a publicar el que, plagiando una denominación corriente en la literatura pontificia romana, llamó *Syllabus der Pflanzenfamilien*, con pautas para la clasificación natural que se han generalizado por casi todo el mundo.

Desde luego echamos por la borda el valor exclusivo de los órganos reproductores en la clasificación, no sólo tratándose de *Fanerógamas*, sino de otras agrupaciones, como lo comprobé respecto del grupo Teridofitas en mi tesis doctoral, en un capítulo titulado: *Kritische Betrachtung der Allgemeinregeln für die natürliche Einteilung*. También debemos corregir a Linné en las localidades de sus tipos que obedecieron a la escasa información geográfica de su época.

Las clasificaciones naturales, entrevistas por Linné, las mismas que había de buscar ávidamente, sin hallarlas en Nueva Granada, José Celestino Mutis y que proclaman los inmediatos sistemáticos, no podían tener sino un sentido de semejanza y paulatina desemejanza entre las especies. A lo más un significado fitogeográfico. Fué más tarde cuando irrumpieron en el mundo científico las ideas evolucionistas de Carlos Darwin, las de Juan Bautista Pedro Antonio Monet de Lamarck y las que emitió sobre la ley biogenética fundamental, Ernesto Haeckel, cuando las clasificaciones naturales gravitaron sobre bases de contenido biológico. Haeckel fué un zoólogo y no botánico,

pero sus principios fueron aplicados a la vegetación principalmente por Karl von Goebel continuador de Goethe y de Julius Sachs, en el estudio de la *Organología Comparada de los Vegetales*.

La Botánica taxonómica mantiene en nuestros días prendidos sus fanales, porque hoy como ayer, no se puede dar un paso ni en el conocimiento de las plantas, ni en la Biología trascendental, ni en Silvicultura, ni en el uso y producción de las materias primas del planeta, ni en los *standards*, sin una denominación internacional de cada unidad vegetal y sin una clasificación universalmente aceptada por la solidez de sus fundamentos filosóficos.

Por eso las floras regionales, como la de la Expedición Botánica, nunca pierden su actualidad, no sólo en los raciocinios de los adelantados del pensamiento nacional, sino en las orientaciones ideológicas de todo el pueblo. Su presentación estética tal como la concibió el noble hijo de Cádiz tendría un valor perenne de alta nota, para que tras ella y a su nivel, se desatara toda la orquesta de las manifestaciones del espíritu. Sobre esto volveremos a hablar más adelante.

Esta mitad del siglo XX nos trae corrientes, al parecer contradictorias, en la sistemática natural de las plantas. De un lado la ciencia, persuadida de que la denominación y clasificación de las plantas son únicamente instrumentos para trabajos más relacionados con la economía, permanece adherida al esquema de Engler, sin atreverse a levantar el peso ingente de la tradición, de la bibliografía y de las rutinas del siglo pasado, donde él aparece como base. De otra parte los avances de nuestros conocimientos sobre transformaciones genéticas, que nos han revelado tantos procesos como pueden cambiar experimental o espontáneamente los genotipos vegetales, están pidiendo otro concepto y crítica de las clasificaciones naturales y corroyendo las antiguas. Pero esto se sale del tema que tratamos.

Tal vez entre los secuaces de Linné, quien más en lo vivo había de experimentar la insatisfacción del *Systema* fué Mutis. Estaba en la tierra precisa. La continuidad del clima en la misma localidad del trópico, la paulatina transformación del mismo al ascender sobre el mar; los diferentes orígenes geológicos de los seis diversos sistemas orográficos; la multitud de habitaciones botánicas, suelos y aguas, han hecho de Colombia un archipiélago de la flora.

Mutis y sus discípulos, clausurados en el sistema linneano, experimentaron muy pronto la necesidad de romper sus ligaduras. Caldas nos habla de las notables ideas de Mutis sobre el sistema y de sus apoteogramas o conclusiones nuevas en taxonomía.

Lo mismo había sentido ya N. J. Jacquin, quien se expresa así en el prefacio de su *Selectarum Stirpium Americanarum Historia*, Viena, 1763.

In ordinandis stirpibus meis viri celeberrimi Caroli Linnaei Systema sexuale adoptavi; atque aliis sponte praetuli omnibus; non quod hoc omni parte absolutum haberem, nec probe intelligerem expertus Naturae non raro illud vim inferre, et multis usque saepe inevitabilibus vitiis laborare... Al vero nullas Natura leges a nobis assumit, quas ipsa prior non possuit deditque.

Cuántas veces, en el mismo ejemplar que estoy copiando, de la obra de Jacquin y que le perteneció, Mutis leería estas palabras. De ahí nacería su principio de no variar en Taxonomía para no hacer engorrosa la Ciencia Botánica.

No había transcurrido un año de labores de la Expedición, año que conocemos día a día por el diario que escribió Eloy Valenzuela, cuando la consideración, sobre todo de las Melastomatáceas, persuadió la incongruencia del sistema linneano para clasificar la flora neogranadina.

Por eso no es extraño que Mutis, viendo que su problema sistemático crecía y crecía, que desde Santa Fe le era imposible discutirlo con los sabios, compulsarlo y acordarlo, optara por evadirlo proponiendo en sus instrucciones, como título y división de su obra, el de «Centurias».

Mutis, en contacto con la flora neogranadina, pudo en largos viajes de éxtasis, por ásperos caminos coloniales, ver, no ya en ejemplares mutilados de herbario, sino en los vivientes e íntegros, el valor sistemático de otros órganos distintos de los florales y ello le dió seguridades para corregir respetuosamente a Linné en muchas de sus determinaciones.

Cuando los grandes maestros de la flora europea parecían satisfechos con los grupos linneanos, el arzobispo-*virrey* Caballero y Góngora, aconsejado por Mutis, escribía así en 1787, en su **Plan de Universidad para Santa Fe, Capital del Nuevo Reino de Granada:**

Cátedra de Botánica Perpetua... Para la enseñanza de la Botánica se deben adoptar, por ahora, los principios del célebre sueco Carlos Linneo.

Por ahora. Como quien dice: día vendrá en que no sea así. Porque Mutis esperaba ponerse en contacto con la ciencia europea para enmendar a su maestro, así como Linneo había anhelado ver a Mutis para comparar más y le escribía en 1769: *Ultinam redires saluus in Europam! Video, ex datis, quod redeas plantis et earum observationibus ditior nummis Craeso. Utinam te in hac vita liceret semel coram intueri quasi e paradiso reducem. Certe si redisses, auderem Hispaniam tui causa petere, nisi senium prohiberet et instans fatum.*

El espíritu universalista de Linneo se revela en el consejo que daba a sus discípulos de aceptar siempre las posibilidades que se les ofrecieran para viajar a lejanas partes del mundo.

Cuando el rey Fernando VI invitó a Linné para que, con un cargo digno de su prestigio, se trasladara a España, éste hubo de excusarse, pero envió a la península a uno de sus más aventajados alumnos: Pedro Loefling. De ahí se originó el viaje de este gran científico al Orinoco, que finalizó con su muerte en Cumaná el año 1756.

Los alemanes estaban ansiosos de penetrar los misterios científicos del mundo colonial español, tanto que el arzobispo-*virrey* se movió a fundar la Expedición Botánica con anticipación a la real aprobación, en 1783, para adelantarse a los austriacos. Su Relación de Mando escrita en Turbaco en 1789, acabando de llamar al Nuevo Reino el *país de los metales y preciosidades*, añade:

Estas habrían permanecido en la mayor parte desconocidas si con motivo de la orden de la Corte para auxiliar y conceder libre tránsito a unos exploradores alemanes en este Reyno, no hubiera yo prevenido su intención y el oprobio que ciertamente nos resultaría de que estos extranjeros viniesen a nuestros países a señalarnos los tesoros de la naturaleza

que no conocemos: oprobio que tanto nos han echado en cara y que cret deber concurrir a desagraviar en esta parte a la nación.

No dice aquí el noble Caballero y Góngora quiénes fueron estos enviados ni a dónde pretendían viajar del Nuevo Reino, el cual entonces abarcaba mucho más de lo que hoy son Venezuela, Colombia, Ecuador y Panamá. Cuando ese rumor de exploraciones corría por América ya Loefling había muerto y Humboldt era todavía un niño (7).

Pero este párrafo del gobernante neogranadino nos revela todo un estado psicológico de la España de Carlos III: altiva en su pensamiento, magnífica en sus celos y aunada en la fecundidad de su esfuerzo.

De esa emulación, unida a la necesidad del desarrollo económico, nacieron las expediciones naturalistas españolas a Venezuela, a la Nueva España, a Cuba, al Perú, a la Argentina, al Paraguay, a Filipinas y en la Nueva Granada, sobre cuyo desarrollo y resultados nos hablará más adelante el doctor E. Alvarez López.

M. Moebius ha recogido en su **Geschichte der Botanik** los nombres de todos los botánicos que en el siglo XVIII se derramaron por los continentes a arrebatarnos los secretos de sus especies vegetales y que regresaban a publicar en Europa el triunfo de sus penosas exploraciones. Las noticias de este afanoso enjambre llegaban a España y a la Nueva Granada como un zumbido excitante que fué definitivo para los designios de Mutis, el confinado, el celoso, el incansable, el torturado por el mundo equinoccial hispano.

Felipe V, el versallés, ya viejo, presa de sus melancolías y del hastío de la Corte madrileña, paseaba por los jardines de la Real Granja de San Ildefonso, tratando de sentirse en su medio francés, refinado, perfumado y libre de interferencias. Los Pirineos no eran bastante altos para detener la avalancha del gusto y de las tendencias galicadas que inundaban a España y se desbordaban hasta la lejana colonia neogranadina.

*Fu vera gloria? Ai posteri
L' ardua sententza...*



(7) Los cuatro viajeros que según instrucción del Emperador José I, dada en Viena el 24 de abril de 1783, debían pasar a ambas Américas con el encargo particular de recoger para el Gabinete y Jardín Imperial y para la Casa de Fieras, todas las curiosidades posibles y contenidas en los Reinos Vegetal y Animal, fueron el señor Marter, profesor de Historia Natural en el Colegio Imperial Teresiano, quien era el jefe del viaje y como compañeros los señores Stupitz, Roos, jardinero del Palacio Imperial de Schoenbrun; Moel, pintor imperial y Pretermeier.

Debían embarcarse en Bruselas, pasar a Filadelfia, luego a las provincias meridionales de Estados Unidos, a las Antillas, Panamá, Perú, Chile, Filipinas y dar vuelta por el Asia.

Algo aparece cambiada la nómina de los viajeros en la carta, desafortunadamente sin fecha, hallada por Guillermo Hernández de Alba, que dirigió el ministro Gálvez al *virrey* de Santa Fe.

DONDE NO SE PONIA EL SOL ⁽⁸⁾

La historia, desde la evolución de los siglos más remotos, no alcanza a ofrecernos ejemplo de algún rey que haya contribuido más que Vuestra Majestad a ensalzar la admiración al Altísimo en la perfección de lo creado.

CARLOS LINNÉ a Fernando VI al dedicarle el *Iter Hispanicum* de Loeffling, en 1758.

Motivos de brevedad nos permiten apenas trazar en unas líneas el boceto de lo que fué el renacimiento y desarrollo de la botánica hispana durante el siglo XVIII, rota la continuidad en el anterior con aquella tradición brillante de los naturalistas e historiadores de Indias, tantas veces inseparables en esta doble actividad de su pluma, a la cabeza de los cuales se coronan de gloria Fernández de Oviedo, Acosta y Sahagún, con los médicos filósofos (como ellos mismos se titulan en ocasiones) presididos, por propio derecho, por Nicolás Monardes y Francisco Hernández.

El triste reinado de Carlos II y la brecha sangrienta de la guerra de Sucesión explican tal interrupción y el retraso que con respecto a la ciencia de las plantas existió en nuestro país al alborear el siglo; si bien resulta consolador comprobar cómo el movimiento restaurador, que lentamente se va abriendo camino, no es un mero reflejo de la política de una nueva dinastía, sino que cuenta con raíces anteriores hondamente nacionales.

Es aún en el brumoso período del último de los Austrias cuando se inicia esta renovación, que tiene su expresión concreta en la fundación y primeras actividades de la Academia Médica de Sevilla, fundada por entonces con el nombre y propósito aun más explícito de *Regia Sociedad de Medicina y Ciencias de Sevilla*. Comenzó esta ilustre entidad por ser una tertulia de médicos que se reunían en la ciudad del Betis a finales del siglo XVII, en su mayor parte no procedentes de ninguna Universidad, sino de las filas de los llamados revalidados, formados en la práctica con otro médico y autorizados después por la obtención del título para el ejercicio de la profesión, frente a los médicos galénicos cuya ciencia se fundaba en el conocimiento memorístico de los textos de Hipócrates y Galeno. Según los datos existentes en el **Libro primitivo de la Sociedad**, publicados por el doctor de las Barras y Aragón, estos beneméritos promotores *pretendían adelantarse en la Philosophia experimental, procurando para este fin los más escogidos autores que les pudo franquear la diligencia personal por medio de muchos aficionados extranjeros*. Adhirieron a este movimiento otros y la tertulia atrajo a sí la correspondencia con los primeros hombres de la Facultad en la Corte y, en esta ciudad, al ingenio de D. Lucas de Jáuregui, médico revalidado en ella. Vencida la oposición de los contrarios que la denunciaron al fiscal de S. M. y previa consulta al Real Protomedicato y a propuesta del Consejo de Castilla, firmó Carlos II en 25 de mayo de 1700 la Real Cédula de constitución de la que había empezado por tertulia particular. Consideramos del mayor interés subrayar este punto, que nos muestra una decidida iniciativa para la renovación del estado de cosas, como fruto de un proceso puramente nacional que halló ecos favorables en la Corte y consiguió el apoyo de los más altos y autorizados organismos competentes, como el Real Protomedicato y el Consejo de Castilla. Los estatutos fueron, poco tiempo después, confirmados por Felipe V, pasando por su presidencia doctores de tanta fama como Zapata y Cervi, el último de los cuales, al morir en 1741, dividió su biblioteca entre esta Sociedad y la matritense, posteriormente creada. En la Sociedad sevillana se cultivaban, con la medicina, la química, la mineralogía, la anatomía y la fisiología, incluso la vegetal, realizándose también excursiones científicas.

El nuevo clima, favorable para la ciencia, se va creando así por el influjo de diversas entidades y personalidades y, en lo que se refiere a la botánica, toma existencia con los Salvador y con Quer; se desarrolla con el magisterio de Barnades, Gómez Ortega y Palau, y empieza a dar frutos espléndidos con Mutis, con Cavanilles, con las expediciones de Ruiz y Pavón, de Sessé y de Malaspina, en un período de apogeo que se prolonga aun a través de las guerras, de las dificultades de comunicación internacional que ellas suscitan y de los agobios del erario que en ellas se agota, hasta la tragedia de 1808, en que la brutal agresión napoleónica y las conmociones políticas que vinieron después, malogran el aprovechamiento de gran parte de lo con tantos trabajos obtenido. Los resultados logrados antes de aquellas conmociones y lo que por uno u otro camino fué posible salvar tienen, sin embargo, valor suficiente para consolidar la gloria de sus autores y cubrir de méritos a los que en su obra les ayudaron o alentaron, siendo a la vez lazo de unión hoy entre los pueblos de la Hispanidad e imperativo para continuar conjuntamente esta empresa, iniciada con tan felices auspicios por los que nos dejaron tan valioso legado común.

El influjo de hombres doctos en otras ciencias creaba un ambiente favorable para éstas, llegando en algunos casos a colaborar aquéllos más o menos directamente en éstas, como aconteció con Ulloa y Solano. Políticos ilustrados como Carvajal, Floridablanca, Gálvez y Porlier les prestaron su protección y alguno, como Jovellanos, las cultivó él mismo; maestros como el P. Flórez despertaron interés por su aprendizaje en el espíritu de los príncipes.

Vinculadas en cierto modo la Medicina y la Historia Natural, no sólo en sus fundamentos objetivos que hacen del médico y del farmacéutico un naturalista más, sino por una tradición de siglos, entre las filas de los hombres pertenecientes a estas profesiones se reclutaron los iniciadores de su renovación en España.

De ahí el hincapié del P. Feijóo sobre la utilidad de los conocimientos médicos para vencer la resistencia de los adversos a las ciencias; de ahí que las Reales Cédulas orgánicas de nuestras expediciones científicas proclamasen en su preámbulo la necesidad de adquirir conocimientos útiles en medicina y economía, beneficiosos para todos los súbditos y en particular para los habitantes de las provincias ultramarinas de España.

Los primeros botánicos españoles del siglo XVIII son entusiastas adeptos del sistema de Tournefort. La relación directa con este sabio se establece a través de Salvador y Pedrol (Jaime), farmacéutico de Barcelona, cuyo padre, Juan Salvador, botánico también, había mantenido correspondencia científica con Dalenchamp y Barrelier. Jaime Salvador, ya formado en la ciencia de las plantas cuando Tournefort vino a España, fué su acompañante en trabajos y excursiones por nuestro país y su amigo cordial durante el resto de la vida, tan estimado de aquél que le llamó *Fénix de España*. Llegó a reunir ricas colecciones, nutrida biblioteca y a poseer un Jardín Botánico en San Juan del Espí, que Colmeiro califica como *si no el primero, el más rico por lo menos y el más propio de su objeto que hasta entonces se había conocido en España*.

Desgraciadamente no dejó publicaciones que conservaran y extendieran su ciencia las cuales hubieran anticipado lo que después, ya tar-

(8) Este capítulo es un resumen del estudio inédito y más extenso, redactado por el mismo autor, con el título **La Botánica en España y sus Provincias de Ultramar durante el siglo XVIII**. Se le ha acortado aquí por motivos editoriales y por los mismos se le ha despojado de todo aparato bibliográfico.

díamente, hizo Quer. Sus hijos Juan y José conservaron la tradición familiar, continuando los estudios botánicos, especialmente el primero, quien mantuvo relaciones científicas con los Jussieu y Boerhaave y herborizó en Baleares y otros puntos, redactando un **Catalogus plantarum rariorum in Insulis Balearicis anno 1712 observatarum**, que según el mismo Colmeiro quedó inédito en la biblioteca de los Jussieu.

Con los anteriores figuraban otros distinguidos botánicos catalanes, algunos de ellos discípulos suyos, como don Juan Minuart, el doctor Pedrells, don Hemeterio Olsina, el capuchino fray Salvador y otros eruditos farmacéuticos y una insigne mujer llamada Hipólita, con *Huerta de Plantas oficinales en el Hospital de S. Lázaro...*

Parece que en la Corte había menos elementos. Perdido el Jardín Botánico creado en Aranjuez por Felipe II y el que en el mismo Madrid tuvo don Diego de Cortavilla en el siglo XVII, sólo era digno de mención un huerto dedicado a plantas medicinales dentro de la Casa de Campo, dirigido por Sebastián Hernández, único verdadero herbario (esto es, herbolario botánico) al decir de Quer, por seguir iguales reglas y estudios a los de Barcelona. Añadamos, sin embargo, que durante cierto tiempo surtió las farmacias cortesanas don Juan Manuel Rodríguez de Luna, aragonés que había sido boticario del Papa y después vivió en Madrid hasta 1716, siendo, según Casal, *el más eminente Naturalista, Botánico y Químico que conocí en mi vida.*

Así las cosas, Riqueur, médico de Felipe V, adquirió por su cuenta una finca en el lugar denominado Migas Calientes; destinó parte de ella para su huerto botánico particular y estableció otro de plantas medicinales en el Real Sitio de San Ildefonso.

Al fijar su residencia en Madrid, en 1745, después de su segunda campaña como cirujano militar en Italia, Quer empezó a cultivar sus plantas en el Jardín de la Duquesa de Atrisco. Pero siendo pronto insuficiente para albergar las mismas y para el cultivo de las nuevas partidas de semillas, ya recogidas en excursiones propias, ya recibidas de corresponsales extranjeros, hubo de alquilar la casa y jardín del Conde de Miranda y en diciembre de 1748 hizo allí el trasplante. Pronto fué este Jardín el más importante y visitado de la Corte, llegando a cultivarse en él más de dos mil especies.

Según Colmeiro, Riqueur, a su muerte, legó a Fernando VI el de Migas Calientes y éste fué, según él, el punto de partida para su ampliación y conversión en Jardín público. Quer atribuye este resultado a la representación puesta en manos del monarca por el presidente de la Real Academia Médica Matritense y de la Real Sociedad de Sevilla don José Suñol, que era a la vez su primer médico de Cámara y protomédico de los Reales Ejércitos, sobre la enseñanza de la botánica y la construcción de un Jardín Botánico. La petición fué atendida y el propio Suñol nombrado Intendente y encargado del establecimiento del Jardín, que fué instalado en el citado soto de Migas Calientes, trasladándose a él el particular formado por Quer. Tal fundación se hizo en 1755 y, según añade éste, ya entonces llevaba el suyo nueve años de existencia, manteniendo correspondencia con la mayoría de los más importantes de Europa, recibiendo de aquéllos semillas *a cambio de las de España que tanto anhelan.*

Nombráronse, además del intendente, dos subdirectores, uno de ellos don José Ortega, boticario de los Reales Ejércitos. Pero la actividad científica recaía sobre los dos profesores y demostradores; cargos para los que fueron nombrados como primero Quer y como segundo Minuart. De hecho el verdadero director científico del Jardín fué siempre el primer catedrático.

Quedaba así creado el órgano permanente que había de impulsar los avances y progresos de la botánica en nuestro país. Si durante la vida de Quer ellos no fueron tan patentes, como si el esfuerzo desarrollado para su organización hubiera consumido todo el aliento final de ella, en el período siguiente se convirtió en el centro motor de grandes empresas y a la par fué escuela de investigadores y profesores llamados a elevar a un nivel muy alto la ciencia de las plantas en España.

Quer era un entusiasta de Tournefort, y aunque su vida fué bastante larga para permitirle asistir al pleno triunfo de las doctrinas de Linneo, nunca quiso abandonar el rumbo adquirido en los primeros años de su actividad científica. Por lo que sabemos de Minuart podemos colegir lo mismo, ya que las plantas descritas por él, la *Cerviana* y el *Cotyledon*, lo fueron de modo distinto a las reglas linneanas. En cuanto a Vélez, más joven y espíritu más abierto a la novedad, su muerte prematura y la inedición de sus trabajos no nos permiten juz-

gar, aunque podemos suponer con fundamento que, al menos antes de su intimidad con Loeffling, y a pesar de ser un botánico documentadísimo, no era tampoco linneano. Ortega, al que antes hicimos referencia, no ha dejado tampoco escritos que permitan conocerle en este aspecto, aunque sus viajes, sus relaciones ocasionales con Linneo y la orientación seguida por su sobrino y probablemente su discípulo, don Casimiro Gómez Ortega, acaso lo califiquen como inclinado hacia los nuevos métodos. No obstante, por su magisterio, su actividad, sus publicaciones y acaso por su misma energía y fortaleza de carácter, fué Quer el que imprimió su sello a aquel período.

El juicio más objetivo sobre estos hombres, por venir de fuera y desde una posición doctrinal diferente, puede verse en estas líneas de una carta de Loeffling a su maestro Linneo en 1 de noviembre de 1751: *En Madrid he hallado más hombres curiosos que en Lisboa.*

El señor Minuart, que se hizo célebre en la botánica por su nuevo género Cerviana, es hombre de edad, pero un diligente observador. Puede llamarse con razón el conservador de la verdadera Botánica en España.

El Sr. Vélez, Examinador del Protomedicato y Demostrador de Botánica en el huerto de los botánicos, fué discípulo del Sr. Minuart. Ha hecho una Flora Matritense que yo vi manuscrita en su poder; y tiene una buena librería que me franqueó con toda libertad. Es un sujeto muy capaz y curioso. El Sr. Quer, Cirujano Mayor del ejército y miembro del Instituto de Botánica, ha recogido un Herbario que a mi juicio contiene cosas muy curiosas y exquisitas. Ha plantado también un huerto particular de las hierbas más raras que hay en estas cercanías y de otras muchas; pero el otoño les ha dado fin. Nada digo de su Museo, rico en conchas, piedras y otras especies de curiosidades.

Hay además de este Jardín otro nuevamente dispuesto y perteneciente al Colegio de Boticarios, que disputa la preferencia al primero; pero el del señor Quer tiene más plantas raras que este último.

Linneo contestó, sorprendido, a su discípulo, de que fueran tantos en España los botánicos verdaderamente eruditos e insignes, ofreciéndoles el ingreso en las sociedades sabias y señalando la necesidad de inmortalizar sus nombres en la dedicación de géneros nuevos de plantas, como así lo cumplió en los de *Ortegia* Loeffl; *Quería* Loeffl; *Minuartia* Loeffl, y *Velezia* L.

No nos es posible detenernos en más detalles acerca de estos hombres ilustres y sólo hemos de precisar algo más acerca de la labor de Quer, tan difícil de enjuiciar hoy. Las campañas en Italia, sus relaciones con los sabios de aquel país y particularmente con el doctor Monti, cuya influencia había de ser decisiva en su orientación posterior, su habilidad quirúrgica y como preparador de piezas botánicas, apenas si pueden ser de paso recordadas. Recibido como miembro del Instituto de Bolonia, relacionado con Sauvages y con José Salvador, vuelto a la Península, se entregó a activas herborizaciones y al fomento de su jardín y de sus colecciones naturalistas.

En Quer el médico domina al botánico puro, siendo seguidor — a más de Tournefort — de Kramer, Haller, Tabernamontanus, Heister, en su docta cirugía, y del gran Boerhaave. Como Haller, ve en la botánica un medio para perfeccionar la medicina.

Su mayor error, el de no aceptar el método linneano, queda en parte explicado por esto mismo, en parte por su propia terquedad y por afán de lealtad a una escuela decadente.

Identificar muchas plantas, señalar sus localidades—confirmadas por los que han venido después—, tomar una parte principal en la fundación del Botánico, ejercer la docencia en su escuela, dentro de la cual *aunque algo desabrido para los ajenos comunicaba con gusto y franqueza para sus alumnos*, según Gómez Ortega, y hacer todo esto con el sacrificio de su bienestar personal y de sus economías, renunciando a las ventajas ligadas a su hábil escalpelo hasta el punto de morir pobre, son motivos más que suficientes para que su memoria sea honrada y respetada.

De su obra, los cuatro primeros volúmenes habían visto la luz entre 1762 y 1764, año de su muerte. La continuación de aquélla, utilizando los manuscritos del finado, fué encargada a Gómez Ortega, empresa nada fácil ni grata — aun considerando su honor — para quien no compartía sus puntos de vista. Los escritos de Quer llegaban hasta el género *Sium* y hasta él fueron editados y en parte resumidos, añadiendo Gómez Ortega lo que faltaba e imprimiéndose con todos ellos los tomos V y VI de la **Flora Española** en 1784.

Durante el período antes historiado, como ya indicamos en una referencia anterior, llegó a España uno de los discípulos de Linneo,



*EL EXCMO. SEÑOR DON JOSE GALVEZ
influyó, como ministro del Despacho General de Indias, en favor
de Mutis y de la Real Expedición Botánica. Grabado existente
en la Biblioteca Nacional de Madrid.*

acaso su predilecto, Pedro de Loeffling, coincidiendo los deseos del sabio sueco de conocer la flora de nuestro país, con los del ministro don José Carvajal, de que uno de aquellos pasara a España al servicio de su gobierno.

La favorable acogida que el joven botánico tuvo al llegar a Madrid cambió el juicio de su maestro, hasta entonces poco favorable hacia nosotros.

Trabó una estrecha amistad con los en otro lugar citados y más tarde también con Barnades. Honrado por todos, como merecían su talento y excelentes cualidades, más tarde dirá Linneo en la Introducción al **Iter Hispanicum** las impresiones de su alumno al llegar a España: *En estas circunstancias experimentó Loeffling un género de complacencia y sentimiento; complacencia por hallarse entre tantos sujetos distinguidos de su misma profesión; y sentimiento por conocer que su viaje había sido inútil, por haber en España botánicos de un sobresaliente mérito. Estos sin embargo manifestaban la mayor satisfacción por su venida...*

Mientras se empleaba en el estudio de las plantas de la Península y realizaba excursiones y herborizaciones, muchas de ellas en franca colaboración con los botánicos españoles y especialmente con Vélez, el ministro Carvajal preparaba una expedición científica para el estudio del continente americano, la cual acabó por plasmar en la incorporación de la expedición botánica como una parte de la organizada para realizar los trabajos a que daba origen el tratado de límites hispanoportugués de 1750, y que se llevaron a cabo bajo la jefatura de Iturriaga.

Sobre algunas de las producciones naturales de las tierras donde iba a dirigirse la expedición había dado muchas noticias, aunque no científicamente sistematizadas, una decena de años antes, el P. Gumilla, en su obra **El Orinoco Ilustrado y defendido, Historia Natural, Civil y Geográfica de este gran río**, Madrid, 1741.

Volviendo a la empresa encomendada a Loeffling, la jefatura y dirección de la expedición puso a sus órdenes a *dos Médicos jóvenes graduados, conocidos de algún tiempo, por discípulos y ayudantes. Han empezado a tomar lecciones y muestran bella disposición de saber.* Ellos fueron don Benito Paltor, *natural de los Pirineos*, y don Antonio Condal, que lo era de Barcelona. Los dibujantes adscritos a este mismo servicio eran dos jóvenes de dieciséis y diecisiete años, que merecieron los elogios de Loeffling en varias ocasiones, don Bruno Salvador y don Juan de Dios Castel.

Los expedicionarios repartidos entre el navío *Santa Ana* y tres fragatas, zarparon de Cádiz el 15 de febrero de 1754 y llegaron a Cumaná el 18 de abril del mismo año. En el mes de octubre siguiente, en una carta a Linneo, expone Loeffling la labor realizada hasta entonces. Su colección encerraba unas seiscientas plantas; había hecho una excursión con Paltor a las misiones de Piritú, pero las fiebres cotidianas le habían enfermado gravemente. Creía haber hallado treinta géneros nuevos, sin contar otros dudosos, y hecho muchas observaciones acerca de los ilustrados por Linneo sobre figuras de Plumier o sobre plantas secas, para que pudieran perfeccionarse sus descripciones en una nueva edición y las especies nuevas las calculaba en más de doscientas cincuenta; también en zoología había realizado importantes adquisiciones. A los dos años de residencia en aquellas regiones su salud quebrantada se resintió de nuevo en Murucurí y hubo de trasladarse a Caroní, donde en un tercer acceso de fiebres, seguido de complicaciones, falleció el 22 de febrero de 1756.

Don José Ortega, que había quedado como enlace entre maestro y discípulo, dió a Linneo la triste noticia. Un extracto de los manuscritos del finado referentes a las plantas de América le fué remitido por el capellán de la embajada de Suecia en Madrid, don Daniel Scheindenburg, *el cual — dice Linneo — con el permiso de mi grande amigo el Sr. Ortega, tomó a su cargo el arreglar y disponer esta parte de dicha obra en la forma que se publica.*

Se cumplían así en la póstuma edición del **Iter Hispanicum**, en 1758, los deseos que Loeffling, en carta a Linneo de 12 de junio de 1752 había formulado, acompañados de melancólicos presagios. *Pero si a Dios plugiera que yo nunca jamás pueda personalmente dar a Vmd. un testimonio de mi respeto y amor, a lo menos espero que mis papeles suplirán en mi lugar: y si por ventura yo llegase a morir será, para mi mayor fortuna el tener a Vmd. por heredero, que el alargar mi vida con mácula de ingratitud.*

Aparte de otras noticias de interés, la labor botánica de Loeffling se expone en el **Iter Hispanicum** en dos secciones diferentes, titula-

das **Plantae Hispanicae** y otra **Plantae Americanae**. Esta es la más importante, pues contiene noticias sobre varios vegetales nuevos, entre ellos los géneros *Allionia*, *Lecythis*, *Loetia*, *Seguieria*, *Monnieria*, *Ayenia* y diversas especies interesantes.

Tales fueron los frutos inmediatos, muy valiosos si se considera el corto tiempo y las condiciones difíciles en que se recolectaron, de la tarea de Loeffling. Históricamente tiene también el interés para nosotros de que años más tarde el insigne Mutis iba, movido por su entusiasmo y su sola iniciativa, a renovar la interrumpida empresa, como en su día el ánimo de Linneo y de Loeffling había sido inclinado por la admiración hacia la de Francisco Hernández. Tanto puede la ley de continuidad en la historia.

La historia de las ideas de los hombres y la de sus vidas se entrecruzan; y separarla en diferentes periodos, generaciones, figuras y escuelas, es muchas veces una mera necesidad del arte. Podemos, sin embargo, señalar de una manera bastante precisa el momento a partir del cual el predominio de la influencia de Tournefort, mantenido por Quer, es sustituido por el de Linneo, que acaso no encontró en ningún otro lugar como en nuestro país tan fervientes admiradores y continuadores de su obra, especialmente en el grupo formado por Gómez Ortega, Palau, Ruiz y Pavón, Sessé y Cervantes, todos ellos linneanos entusiastas. Sobre la base estricta de su doctrina se desarrolla el magnífico espíritu de la Escuela Botánica de Madrid, por lo cual ésta debe ser estudiada aquí como formadora tanto de los profesores que iban a repetir las enseñanzas remozadas de la botánica por el área nacional, como de la mayor parte de los destinados a las difíciles expediciones ultramarinas.

Sean cualesquiera sus méritos en otros aspectos, el sistema linneano va vinculado a los nombres inolvidables de Miguel Barnades, Casimiro Gómez Ortega y Antonio Paláu.

Por una carta de Loeffling consta que el sistema de su maestro era ya conocido en España entre 1739 y 1740. Fué más tarde cuando, debido a Barnades, los métodos linneanos fueron introducidos en la enseñanza.

Barnades, médico de Carlos III, pasó, a la muerte de Quer, a ocupar la plaza vacante de primer catedrático del Jardín de Madrid, desempeñándola entre 1764 y la suya ocurrida en 1771.

Nos quedan como muestra de su talento y de su capacidad docente sus **Principios de Botánica**, Madrid, 1667, llenos de interesantes enseñanzas y fundados en las doctrinas del renovador de la ciencia de las plantas, desenvolviendo agudamente por su parte la teoría de la familia y el género.

Tenemos indicios de que a la par acometió una extensa labor sistemática que fué después continuada por su hijo Miguel Barnades y Claris. Esta labor, en parte perdida, fué, sin embargo, utilizada por sus contemporáneos. Asso la cita y le dedica los mayores elogios, titulándola la **Nueva Historia de las Plantas Hispánicas** que preparaba para su publicación Miguel Barnades padre, y citando de ella como géneros nuevos *Beitharia*, *Veneria* e *Hispidella*, de los cuales el último fué incluido por Lamarck en su **Encyclopédie** como de Barnades y se conserva como tal.

Gómez Ortega, doctor en Filosofía y Medicina y más tarde revalidado como farmacéutico, estudió en Toledo, Madrid y Barcelona, debiendo en gran parte su adelantamiento en las ciencias al influjo de su ilustre tío, el ya mencionado don José Ortega. En 1771, y con motivo del fallecimiento de Barnades, pasó a ocupar el puesto de éste con carácter interino, obteniéndolo en propiedad y mediante oposición al año siguiente.

En este cargo y con Paláu como segundo, va a desarrollar una labor digna de encomio. Lo cierto es que en el tiempo en que ambos desempeñaron sus funciones se formó en el Jardín una pléyade de botánicos, se publicaron obras didácticas de interés y se organizaron expediciones de estudio cuyo recuerdo persistirá siempre en los anales fitográficos. Nuestras recientes investigaciones han probado la parte principalísima que tuvo en la organización de la expedición mejicana y los documentos publicados por el P. Barreiro no dejan lugar a duda respecto a su gestión y trabajos preparatorios para la desempeñada por Ruiz y Pavón.

La terminación de la obra de Quer, la edición de la obra de Hernández en 1790, sus publicaciones didácticas y especialmente la de la **Philosophia Botanica** de Linneo con numerosas anotaciones, son otros tantos méritos. Con el regreso de Cavanilles a España su estrella

empieza a obscurecer; surge entre los dos una lamentable rivalidad que no podía presagiarse en el comienzo de sus relaciones, en la que aparecen muestras de que él mismo había favorecido la labor del botánico valenciano, y el triunfo se decide por éste. En 1801 es jubilado y ve cómo su émulo, victorioso, pasa a ocupar su puesto.

En los últimos años Gómez Ortega había realizado su obra más importante como sistemático, publicando sus **Décades**. Describe en esta obra, dada a la publicidad entre 1797 y 1800, noventa y nueve especies de plantas, muchas de ellas nuevas.

Algunos de los géneros de Gómez Ortega presentan interferencias con otros de Cavanilles, que hubieron de ser descritos casi a la par.

Antonio Palau Verderá, su coetáneo y compañero, es una figura atractiva y simpática. Catalán de origen y médico de profesión, fué nombrado segundo catedrático del Jardín, siendo quizás el más activo divulgador en España de las enseñanzas de Linneo y reflejando su labor como profesor, a través del caluroso recuerdo que le dedican algunos de sus eminentes discípulos. La primera de sus obras, la **Explicación de la Filosofía y fundamentos botánicos de Linneo**, Madrid, 1778, en donde se recoge sistemáticamente el espíritu de este sabio, era, después de la de Barnades, la segunda obra didáctica importante de botánica publicada en nuestro país. Palau se identifica con el pensamiento del maestro, al que comenta y aclara frecuentemente, poniendo en ello agudeza y discreción. Vino después la publicación de su **Parte práctica de la Botánica del Caballero Carlos Linneo**, comenzada en 1784 y terminada en 1788, si bien entre ambas apareció el **Curso elemental de Botánica teórico y práctico**, Madrid, 1785, hecho en colaboración con Gómez Ortega, del que se hicieron una traducción italiana en Parma por Guattere en 1788, una reimpression en Méjico por Sessé en el mismo año y una segunda edición corregida y aumentada en Madrid en 1795, si bien al frente de ésta sólo aparece el nombre de Gómez Ortega, acaso por ser éste el principal autor de las modificaciones introducidas en ella. De su segunda y más extensa obra publicó Palau también un **Sistema de los Vegetales, o Resumen de la Parte práctica de Botánica del Caballero Carlos Linneo**, Madrid, 1788.

Al magisterio de estos sabios y al impulso y protección dispensados a los estudios botánicos sigue la creación de cátedras y jardines en diversos puntos de la Península que contribuyen poderosamente a la renovación de estas disciplinas.

En Valencia, aparte de Cavanilles, sobresalieron entre el profesorado de su Universidad, como botánicos, Tomás Manuel Villanova y José Vicente Lorente y Asensi. En Barcelona se fundó en tiempos de Floridablanca el Jardín Botánico de San Carlos, siendo el médico Ignacio Armengol su primer director; el de Cartagena se estableció en 1787 y al frente de él se destacaron Poveda (Agustín) y Bacas (Gregorio), discípulo de Gómez Ortega. En Andalucía se ha de citar a Trigueros (Cándido), corresponsal emérito del Jardín de Madrid y de Cavanilles; del Jardín de Cádiz fueron profesores e investigadores Castillejo (Domingo), Arjona (Francisco) y Sánchez (José). El de la repetida Sociedad Regia de Sevilla fué regido primero por Ramos (Antonio) y a partir de 1784 por Abat (Pedro), que ganó al frente de él bien merecida fama.

Al lado de todas estas figuras más o menos destacadas, merece un lugar aparte Ignacio de Asso, polígrafo ilustre y uno de los hombres de letras más interesantes de nuestro siglo XVIII, jurisconsulto, economista y docto en ciencias naturales. Como botánico dió a la luz, en 1779, su **Sinopsis stirpium indigenarum Aragoniae** y, en 1784, añadió en una nueva obra: **Introductio in Oryctographiam et Zoologiam Aragoniae** como apéndice, una **Enumeratio Stirpium in eadem Regione noviter detectarum**.

Si la escuela botánica que hemos descrito a grandes rasgos, dibuja un tronco continuado del que serían ramas poderosas las expediciones a Perú y Chile y a Méjico y con el que el propio Mutis tuvo relaciones que no nos toca definir aquí, Cavanilles representa una rama independiente que viene a injertarse en él y que, si por un lado le ingiere toda la fuerza de su vigor y de su talento privilegiado, no deja por otro de interferir con el que era su desarrollo y su crecimiento normal. Anteponerle aquí a la historia de los otros botánicos contemporáneos suyos se justifica por haber dado a la luz sus primeras publicaciones científicas antes de que Ruiz y Pavón comenzaran a imprimir las suyas y por otra parte porque habiendo sustituido a Gómez Ortega en sus funciones docentes se sigue de este modo con mayor claridad la suerte de la

botánica, en su centro directivo matritense. La sustitución no representó ningún cambio radical, sin embargo, en la orientación doctrinal, pues Cavanilles era también linneano.

Nació Cavanilles en Valencia en 1745; se orientó en la que era por aquel tiempo nueva filosofía; aspiró, sin resultado, a la cátedra universitaria, refugiándose en la enseñanza privada que, por los insospechados rumbos de la fortuna, le llevó con el tiempo — vocero de su mérito — a ser profesor de los hijos del Duque del Infantado. En virtud de estas funciones acompaña, en 1776, a los duques a París y allí se relaciona con varias eminentes figuras de la intelectualidad francesa, desplegando una atención y un interés geniales por los más variados estudios científicos, como muestran sus cartas al abate Juan Andrés.

De este período son sus **Apuntamientos lógicos**, de los cuales y de su posición intelectual en relación con Condillac y Lamarck nos hemos ocupado en otra ocasión. Según otros apuntes consta que entre estas actividades científicas comenzó el estudio de la botánica en el otoño de 1780 y por su cuenta principió a hacer ensayos de descripciones de plantas entre 1782 y 1784, antes de conocer y tratar a A. L. de Jussieu, Thouin, Lamarck, Desfontaines y otros hombres eminentes, con cuya frecuentación y visitas a los jardines del Trián de Monier en Versalles, de Bellevue, del Real de París y de otros de la misma ciudad y de Bruselas, fué ensanchando sus horizontes en esta ciencia. Autodidacto en todo, al mismo tiempo se ejercitaba en las descripciones y en el dibujo, legándonos, después de este aprendizaje, admirables representaciones de plantas y equipándose con todos los elementos precisos que la técnica fitogeográfica entonces requería.

La obra de Cavanilles es admirable por su capacidad para captar la oportunidad, para adaptarse a las posibilidades y seguir una dirección predeterminada.

Como estas difíciles empresas no tienen otro acicate que el del patriotismo, parece innecesario subrayar hasta dónde aparece éste como uno de los motores más poderosos que le impulsaron hacia la ciencia; dando lugar, por otro lado, a que su pluma, siempre dispuesta a defender una de las más sólidas culturas, saliera al paso de la improvisación y la ligereza ajenas, en sus **Observations de M. l'Abbé Cavanilles sur l'article Espagne dans la Nouvelle Encyclopédie**, publicadas en 1784 y pronto traducidas al castellano y al alemán.

Por este tiempo continúa su trabajo botánico preparando una vasta obra, la **Monadelphia**, no sólo linneana en el tema elegido como unidad, sino dentro del mismo, desarrollada con cierta libertad en un sentido aún más elástico y amplio del que le había sido asignado por Linneo. Siempre acertado en sus procedimientos va publicando la obra bajo la forma de memorias parciales, que se suceden en París entre los años 1785 y 1787, recibiendo laudatorios informes y críticas de su Academia, firmados por A. L. de Jussieu, Adanson, Fougereux y Lamarck.

La quinta y la sexta partes de estas **Disertaciones (Monadelphiae classis dissertationes decem)** se publicaron en 1788 y la séptima en el año siguiente. En todas ellas figura un considerable número de novedades, aumentado al terminarse la obra total, con la parte novena, ya después de su regreso a Madrid en 1790, donde van los tres géneros de Malpighiaceas: *Tetrapteris*, *Molina* y *Flabellaria* y la décima, con la monografía del g. *Passiflora*, por entonces de posición dudosa.

Para realizar esta magnífica labor, Cavanilles, aparte de profundos conocimientos bibliográficos, puso a contribución los materiales que le proporcionaron el Jardín de París, el del Trián y otros ya citados; los ricos herbarios de los Jussieu, Thouin y Lamarck; plantas traídas por Dombey, Adanson y Sonerat; otras recibidas de sus corresponsales españoles, especialmente de Trigueros, mas otras cultivadas en el Jardín de Madrid, expedidas por Palau y otras procedentes de la expedición de Ruiz y Pavón, remitidas por Gómez Ortega, punto insospechado y que dimos ya a conocer en otra ocasión.

Ello fué el origen de fricciones muy lamentables, pero por otra parte fáciles de comprender, entre Cavanilles y los botánicos del Perú. Vióse envuelto luego en ellas Gómez Ortega y cambió su política de favor por la de poner dificultades a la continuación de los trabajos de Cavanilles en el Jardín de Madrid.

Autorizado para seguirlos, por orden superior, continuó frecuentándolo, así como otro antiguo Jardín de nuestra capital, el de la Priora, especialmente consagrado al cultivo de plantas medicinales, poniendo a contribución para sus estudios el particular del Duque del Infantado

y herborizando en los alrededores de Madrid y pueblos vecinos. Concibe así su segunda gran obra, una colección de géneros y especies nuevos o poco conocidos, ilustrados con la exacta y conveniente iconografía. Ello llevaba consigo toda la movilidad y la actualidad de una revista o de unos anales unido a la permanencia y el carácter definitivo de un tratado fundamental, despreocupándose de cuestiones sistemáticas generales, que no eran su objeto. Tal es lo que significan sus **Icones et descriptiones plantarum quae aut sponte in Hispania crescunt, aut in hortis hospitantur**, cuyo primer tomo, aparecido en Madrid en 1791, constituye un importante paso en la labor magistral del autor.

Con la continuación de esta magna labor fitográfica se ve precisado a alternar otras. En el mismo año recibe la comisión de recorrer a España y publicar los resultados de sus investigaciones, especialmente en los dominios de la botánica. De esta tarea sólo se llegó a realizar la primera parte, el estudio de su región natal, recorriendo las tierras levantinas en 1793 y naciendo de estos viajes esa hermosa monografía titulada **Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, Población y frutos del Reino de Valencia**. Las novedades botánicas halladas en estos recorridos pasaron más tarde a enriquecer los **Icones**.

A la publicación del primer tomo de **Icones**, con 109 especies, muchas de ellas nuevas, siguió la del segundo, en 1793, donde se encierra la mayor parte del fruto de sus exploraciones levantinas más algunas especies mejicanas. El tercero se dió al público en 1794, conteniendo también un número considerable de plantas levantinas y muchas novedades mejicanas.

Tras el intervalo motivado por la edición del **Reino de Valencia** se reanudó la de los **Icones** con su tomo cuarto en 1797 en el cual y en los siguientes se proponía dar a conocer plantas raras, halladas por todo el orbe. La mayor parte de ellas eran procedentes de las exploraciones botánicas realizadas por Luis Néé, de las que nos ocuparemos en su lugar. De este modo no es sólo América, sino las lejanas Filipinas y la remota Australia las que ilustran su flora con descubrimientos que llevan, unida a la descripción de muchas de sus especies, un apellido español. Honró también este volumen Cavanilles transcribiendo en él la descripción del **Cariocar amygdaliferum**, debida a Mutis.

Reanudada la tarea, como él dice, después de dar algún descanso a los ojos, aparece en 1799 el tomo quinto, donde sigue catalogando las riquezas halladas por la expedición de Malaspina y por fin ve la luz el sexto y último en 1801. Se cierra así una obra monumental de setecientas doce descripciones de plantas de los más diversos grupos con magníficas figuras.

El último período de actividad de Cavanilles, que se cierra con su muerte, comienza con su nombramiento para la cátedra y dirección del Jardín Botánico en 1801. Ello disminuyó su labor investigadora ofreciéndole, en cambio, ocasión para lucir otras facetas de su talento. Formar discípulos como Lagasca y Clemente era el afortunado coronamiento de una vida fecunda.

Complemento de esta labor docente fué la publicación de su **Descripción de las plantas que D. Antonio Josef Cavanilles demostró en las lecciones públicas del año 1801**, ampliada después. En relación con aquélla están en la mayoría de los casos sus importantes **Discursos** inaugurales sobre historia y teoría de la botánica que tampoco es posible examinar aquí por limitaciones de espacio.

Por fuerza todo conocimiento de una ciencia ha de asentarse, para ser firme, en su historia, y no era Cavanilles ajeno a ese principio, bien conocido por Tournefort y por Linneo. Frente al problema de la clasificación, Cavanilles ha adoptado una posición muy independiente, en la que aplica al terreno de la ciencia natural sus concepciones en el dominio de la lógica.

A la muerte de Cavanilles, en 1804, fué designado para sustituirle al frente del Botánico de Madrid, Zea (Francisco Antonio), famoso luego en los anales políticos de Colombia, americano de nacimiento y discípulo de Mutis, que ejerció sus funciones hasta 1809, diciendo Colmeiro de su actuación durante este período: *La dirección de Zea limitó su influencia al sostenimiento del Jardín Botánico, dejando a los discípulos de Cavanilles, nombrados Viceprofesores en 1806, y en particular a Lagasca, las minuciosas tareas científicas, y así lo acreditan los catálogos manuscritos de las siembras y la letra de las correcciones hechas después de examinadas las plantas nacidas.*

La actuación de los discípulos de Cavanilles pertenece ya, en su

parte principal, a un período distinto del que nos hemos propuesto historiar aquí.

La expedición al Perú y Chile de Ruiz y Pavón, patrocinada por la inteligente política del ministro Gálvez, constituye una página importante en la historia de la botánica y en ella tomaron parte Ruiz y Pavón en primer lugar, y con ellos Tafalla más tarde y los dibujantes Gálvez, Brunete y el agregado Pulgar. Brunete dió testimonio de lo que moral y físicamente representaba el esfuerzo de todos ellos al sellar el suyo con la vida.

Los resultados fueron óptimos y dignos de la gran concepción animadora de la empresa.

Sobre la extensa superficie americana que va desde Chile hasta el Ecuador terrestre se habían dado a conocer hasta entonces algunas noticias botánicas en la obra del P. Fevillée, **Journal des Observations Physiques, Matématiques et Botaniques**. París, 1714 y 1725. El Padre Molina, chileno de nacimiento, publicó en 1782, hallándose en Bolonia su **Saggio sulla storia naturale del Chili** con una decena de géneros nuevos y varias especies que lo eran también, pertenecientes a otros ya conocidos.

Ruiz (Hipólito) y Pavón (José) discípulos de Gómez Ortega y de Palau fueron designados por Reales Cédulas de 1777 para formar parte como primero y segundo botánicos, respectivamente, en la expedición decretada por Carlos III para el estudio de las producciones naturales del Perú y especialmente de sus plantas. A estos jóvenes científicos (habían nacido en 1754) se agregó otro botánico distinguido, el francés Dombey, designado por su monarca, reglamentándose el papel que cada uno de ellos había de desempeñar y estipulándose todo lo preciso para hacer independientes sus trabajos y regular así la prioridad como la distribución ulterior de los materiales recogidos.

De los documentos publicados por el P. Barreiro se desprende que fué Gómez Ortega el alma organizadora de la expedición; él hizo las propuestas de los nombramientos, él se ocupó de proveerles del material y los libros necesarios, adelantando aquellos que no se encontraban en Madrid; él quien procuró mejorar las condiciones y emolumentos con que se gratificaba al personal comisionado; él el encargado de adoctrinarles y de redactar las normas a que la labor de los exploradores había de acomodarse.

Ruiz nos ha dejado un valioso noticiario de las rutas y trabajos de los comisionados con otras importantes relaciones geográficas, botánicas, etnográficas e históricas en su **Relación del Viaje hecho a los Reynos del Perú y Chile**, publicado por el P. Barreiro en 1931 y posteriormente — a partir de otro manuscrito ruiziano más completo —, en 1952, también en Madrid, editado, como el anterior, por la Real Academia de Ciencias y hallado por el doctor Jaramillo-Arango (Jaime).

Los expedicionarios desembarcaron en el Callao en abril de 1778, pasaron a Lima y desde allí comenzaron un primer período de exploraciones y trabajos que duró hasta 1784. Durante el mismo año de su llegada viajaron de Lima a Chancay y de Lima a Lurín; en 1779 recorrieron las provincias de Huarocherí y Tarma, y siguieron luego a Jauja y otros lugares; en 1780 visitaron Huánuco, Cúchero y Chinchao, siguiendo después en sus herborizaciones otra vez a Chancay.

En 1781 inician la exploración de Chile, adonde llegan por mar; desembarcan en Talcahuano, pasan a Concepción, exploran Arauco, llegan al Fuerte de Nacimiento al pie de la Cordillera, con otras varias excursiones subsiguientes, para regresar a Concepción, seguir de allí, a través de las provincias de Chillón, Itata, Maule, Colchagua y Rancagua. En Santiago herborizan y completan dibujos y descripciones de varias plantas y en octubre de 1783, a través de las provincias de Aconcagua y Quillota, llegaron a Valparaíso, de donde por mar retornaron al Callao.

Los primeros meses del año siguiente fueron dedicados a complementar los estudios hechos y preparar el regreso, terminado como estaba el plazo prefijado para la expedición. Prorrogada ésta, por nueva orden, Ruiz y Pavón hubieron de volver a su tarea, mientras Dombey regresaba a España. En cumplimiento de las órdenes recibidas se remitieron en el navío *San Pedro de Alcántara*: 55 cajones de Esqueletos de Plantas, Minerales de Oro y Plata, Animales, Aves y Pescados disecados, Conchas, Piedras, Tierras y otras curiosas producciones naturales e instrumentos y trajes de Indios: 800 Dibuxos iluminados con sus propios colores y seis Estufas con 33 macetas de preciosos Árboles del Perú y Chile... Desgraciadamente todo ello se perdió, con el barco mismo, al

naufragar éste en la costa de Portugal. Más afortunado el navío *El Peruano*, donde viajaba Dombey, rindió viaje en Cádiz en mayo de 1785. Reiteró allí el sabio francés, según lo convenido, la promesa de que no publicaría los descubrimientos hechos durante el viaje hasta el regreso de sus compañeros, si bien, según Barreriro, *obtuvo permiso del Monarca español para comunicar aquellos al Rey de Francia y a la Real Academia de Ciencias de París, que no fue poco*. Lo cierto es, añadimos, que algunos de los géneros encontrados fueron publicados por Jussieu o por otros, como aconteció con el *Araucaria*. Salváronse, por venir en el referido barco, sus colecciones y los duplicados de ellas, que según el convenio establecido antes del viaje, habían de quedar en España.

Volviendo a Ruiz y Pavón, en el segundo período de estancia continuaron su obra visitando Huánuco y las montañas de Puzuzo, realizando envíos de sus hallazgos al Jardín de Madrid. En el año siguiente, 1785, hallándose en Macora tuvieron la desgracia de que un incendio consumiera, con la hacienda donde se albergaban, según cuenta Ruiz, *quanta ropa y equipaje había llevado de Huánuco para mi uso, todos los productos naturales recogidos en aquellas Montañas durante dos meses, los diarios de tres años y medio, las descripciones botánicas de cuatro años, entre las cuales se hallaban unas 600 observadas en los años anteriores y últimamente corregidas y perfeccionadas en Puzuzo y Quebradas de Chinchao por las mismas plantas vivas* y otros materiales importantes.

Aumentadas estas contrariedades con enfermedades y fatigas y con la muerte de Brunete en 1787, se hicieron, no obstante, expediciones a Muña, a Pillao y Chacahuasí, coronando con ella los difíciles trabajos de campo realizados por la comisión.

Se habían sumado en tanto a ella dos nuevos y valiosos elementos llamados a continuar y proseguir sus trabajos al regreso de los primeros enviados, una vez con formación suficiente a su lado, y fueron ellos el farmacéutico Tafalla, por entonces en un regimiento, de donde pasó a ser discípulo y ayudante de Ruiz y Pavón, y Pulgar, incorporado como dibujante.

Ya en disposición éstos de seguir los trabajos, el resto de los expedicionarios emprendió el retorno en 1788, arribando a Cádiz en octubre del mismo año, con copioso material, incluso muchas plantas vivas que, acomodadas en carros y bajo la vigilancia personal de Ruiz, fueron trasladadas a la Corte.

Ya en ella, Ruiz y Pavón fueron agregados al Real Jardín Botánico por Floridablanca, si bien más tarde para los trabajos sobre la Flora del Perú se constituyó un centro de investigación u Oficina, como entonces se le llamaba, independiente, como requerían el espíritu y carácter de Ruiz.

La primera publicación importante de este autor fué la **Quinología**, fechada por él en agosto de 1791 y publicada al año siguiente; era obra de gran importancia y novedad y hubo de llamar la atención poderosamente.

Dos años más tarde salió a luz un libro fundamental de los dos botánicos, su **Prodromus**, en donde se describen los nuevos géneros encontrados por ellos y se añaden noticias interesantes sobre algunos de los ya conocidos.

Entre esta fecha y la continuación de las publicaciones con la del primer tomo de la **Flora Peruviana et Chilensis**, ocurrieron dificultades que impidieron la aparición de éste antes de 1798. Con motivo de iniciarse esta publicación básica sus autores cifran así el estado de sus trabajos: constaban éstos, por entonces, de 2.400 descripciones de especies, con 1.800 figuras; aquellas excederían de las tres mil con las remitidas por Tafalla, profesor de botánica en Lima por aquella fecha, a quien se habían agregado en sus trabajos Manzanilla, *joven de grandes esperanzas para las exploraciones y restantes trabajos de observaciones botánicas* y el dibujante Rivera, los cuales por entonces se hallaban explorando la zona de Guayaquil.

En el mismo año vió la luz otra publicación de menores dimensiones, pero de gran interés, el **Systema vegetabilium Florae Peruviana et Chilensis**, en cuya primera parte se anticipaban las descripciones diferenciales y algunas otras noticias, de las especies nuevas correspondientes a los géneros también nuevos incluidos en el *Prodromus*, adicionados con tres más: **Alonsoa**, **Monnina** y **Phytelephas**, en total 401 especies, correspondientes a los 161 géneros estimados nuevos y designados así por nuestros botánicos. La segunda parte comprende las especies nuevas correspondientes a géneros ya

conocidos; algo más de doscientas, pertenecientes a una cincuentena de aquéllos, comprendidos sólo en las tres primeras clases del sistema sexual. Fué sensible que sus redactores no concluyeran y anticiparan la impresión completa de este **Compendio**, como ellos mismos lo califican, que tan ventajosamente hubiera suplido lo que la obra principal, en su vastedad y magnificencia, no iba a conseguir por completo.

El segundo tomo de la citada flora apareció en 1799; el tercero fué dado al público en 1801; las láminas para el cuarto estaban terminadas y grabadas y su texto completo, sin que se sepa por qué motivos no llegó a publicarse. En el mismo estado quedaron la mayoría de las láminas del quinto. Sin embargo, como una parte importante de estas láminas se difundieron en una u otra forma, llegando a manos de algunos botánicos y en ellos figuraban los nombres genérico y específico y no sólo el porte general, sino en muchas de ellas suficientes detalles anatómicos para su identificación, han sido utilizadas de tal modo, que virtualmente estos dos tomos pueden considerarse publicados, si no en su totalidad sí en parte muy considerable, por sus estampas de las novedades y formas menos definidas.

En el Prefacio del tomo cuarto resumen los autores la labor que llevaban acabada hasta entonces: constituían sus resultados 151 géneros nuevos y 922 especies descritas, muchas de ellas también nuevas, de las cuales 722 iban ilustradas con figuras; con las adiciones del tomo quinto exceden de un millar las especies incluídas en la Flora que de un modo u otro fueron dadas a conocer.

Un aspecto muy importante de esta labor es la atención dedicada en ella al estudio de plantas medicinales. Ruiz, aparte de su **Quinología**, obra importantísima en su tiempo y del **Suplemento a la Quinología**, Madrid, 1801, en colaboración con Pavón, también de gran interés, publicó en las **Memorias de la R. Academia Médica de Madrid** sus trabajos sobre la ratanhia (*Krameria triandra* Ruiz et Pavón) sobre la calaguala, la canchalagua y la china y aparte de aquella publicación periódica las referentes a la raíz del yallhoy y al bejuco de la estrella.

Pavón dejó como obra póstuma, fechada en 1826, a su nombre y a los de Ruiz y Tafalla la **Nueva Quinología**, asunto muchos años después de la fundamental obra de Howard, **Illustrations of the «Nueva Quinología» of Pavón**, London, 1862. Howard dedicó en ella los mayores elogios a nuestros botánicos y señaló cómo la solución para muchos problemas botánicos importantes se hallaba en las colecciones arrumbadas en nuestros herbarios.

La resonancia de esta expedición y de las otras sus coetáneas se prolongó mucho después por todos los ámbitos de Europa, ya que a través del herbario de Ruiz y de los ejemplares cambiados o cedidos por Pavón, con mano harto abierta, ya de las colecciones chileno-peruanas, ya de las mejicanas que custodiaba con ellas, ya por otras vías, numerosos herbarios, museos y coleccionistas particulares participaron en sus fondos y pudieron publicar materiales inéditos, entre los que figuraban muchos señalados como especies nuevas con sus nombres. Unos los hicieron constar así, otros acaso lo olvidaron.

La expedición mejicana ofrece la particularidad curiosa de haber sido debida en su origen a la iniciativa privada de un hombre de mérito, Sessé, secundada por el entusiasmo de otro, Gómez Ortega.

Era Martín Sessé oriundo de Aragón, licenciado en Medicina por la Universidad de Zaragoza. Tomó parte como médico militar en las campañas de Gibraltar y de América, y en este continente continuó luego el ejercicio particular de su profesión facultativa, prosperado en clientela y riqueza en La Habana, y aumentado en relaciones poderosas en Méjico a donde pasó después.

Allí la admiración por la obra de Hernández le hizo concebir la idea de continuarla y revisarla, y comunicó su proyecto a Gómez Ortega que la acogió con fervor desde el primer momento, dándole estado en las esferas de gobierno y proponiendo a su iniciador como director de la empresa. La muerte del Marqués de Sonora interrumpió la gestación de lo que tan favorablemente se estaba engendrando y sólo el tesón y voluntad indomable de Sessé y la protección decidida de Gómez Ortega fueron capaces de vencer los escollos y dificultades de todo orden que surgieron en la iniciación y el desarrollo del proyecto.

Designados desde el principio para tomar parte en la misma Cervantes (Vicente), farmacéutico; Longinos Martínez (José), como naturalista, esto es, como zoólogo y preparador a la vez, y Castillo (Juan del), por entonces al frente de la botica del Real Hospital de Puerto Rico, también reputado botánico, y el farmacéutico de Méjico

Senseve (Jaime) y señalado el número de dibujantes y subalternos que habían de ser sus colaboradores, se les asignaba una amplia misión, que comprendía no sólo la exploración de Nueva España y comarcas circunvecinas, sino el establecimiento de un Jardín Botánico y de una cátedra permanente de Botánica, con otras medidas encaminadas a promover el estudio de la ciencia de las plantas y la reforma e inspección de las prácticas de farmacia, e indirectamente el adelanto de la medicina.

Desde 1785 en que tales nombramientos fueron aconsejados por Gómez Ortega hasta la Real Cédula dada en El Pardo a 20 de marzo de 1787 que fija definitivamente la organización de la expedición, corre un período lleno de alternativas y altibajos, sin que por ellos sus promotores desmayen. Desde el primer momento Sessé puso a disposición de la empresa su peculio particular para suplir los gastos y su actitud decidida y la de los demás compañeros subsanó todas las dificultades inherentes, no sólo al cambio ministerial producido desde la muerte de Sonora hasta la aprobación de lo diferido por Porlier, sino en Méjico a la mezquindad del virrey Flórez y a las resistencias de la Universidad y del Protomedicato.

Cervantes, encargado especialmente de regentar la futura cátedra de botánica y Longinos llegaron a Méjico, según se sabe, a fines de julio o primeros de agosto de 1787. La incorporación de Castillo sólo se hizo un año más tarde, sin duda después de haberle sido trasladada la Real Cédula aludida, que lo fué a Sessé en marzo de 1788.

Ya Sessé, por su cuenta, había empezado ciertas actividades, enviando frutas y semillas a Madrid, que le valieron nombramiento de corresponsal del Botánico. Junto con los recién llegados, en 1787, se emprendieron herborizaciones en los alrededores de la capital enviándose a la Corte semillas y nueve dibujos como muestra de la preparación de los dibujantes adscritos a la expedición, instruidos en su especialidad bajo la dirección de Sessé. Ellos eran De la Cerda (Vicente) y Echeverría (Atanasio) que immortalizaron sus nombres en esta tarea. Sessé menciona también a Alviar como aventajado, así como a otro que no nombra, los cuales no pudiendo ser adscritos por falta de dotación quedaron agregados temporalmente al Jardín de Méjico como subalternos y ayudantes, en espera de plaza.

La inauguración de la cátedra de Botánica fué un acto solemne acaecido en 1 de mayo de 1788; Cervantes mostró gran saber como maestro y a pesar de la Universidad y del Protomedicato formó en este curso y en los siguientes una brillante cohorte de discípulos. Paralelamente se realizaba la primera campaña botánica en los alrededores de Méjico, fecunda en hallazgos y resultados según se desprende de los envíos de semillas y herbarios que hemos dado a conocer en otras publicaciones. El peso de la misma hubo de recaer sobre Sessé y Cervantes, puesto que Castillo sólo se incorporó estando ya muy avanzada. La cooperación de Senseve siempre parece haber sido de escaso valor y Longinos actuó principal, cuando no exclusivamente, como zoólogo. El papel de Cervantes está de manifiesto en las muchas especies nuevas que mostró a sus alumnos durante aquel mismo curso, entre las recogidas.

La segunda campaña tuvo lugar el año siguiente, siendo su itinerario de Méjico a Acapulco y logró resultados muy fructíferos. En la tercera, correspondiente a 1790, tomó ya parte Mociño. José Mariano Mociño Suárez Losada había nacido en Temascaltepec, de distinguidos padres españoles, pero de escasos recursos. Estudió en el Seminario Tridentino de Méjico y fué, más tarde, catedrático de filosofía en el de Oaxaca. Opuesto a la escolástica tradicional abandonó la enseñanza y se unió a la posición renovadora de Alzate, cultivando él mismo las ciencias experimentales y graduándose en medicina. En 1789 estudió con Cervantes y tomó parte, con extraordinaria brillantez, en los ejercicios de fin de curso y al año siguiente fué agregado a la expedición como interino, en sustitución de Sessé para aquella campaña. Después tomó parte en la expedición de límites de Nutka con Maldonado, también alumno sobresaliente de Cervantes, y sólo a la muerte de Castillo fué incorporado en propiedad a la comisión.

En esta tercera campaña, de que hablábamos, se exploró un área muy extensa, entre cuyos puntos figuraban Querétaro, Guanajuato, Colima, Uruapán, el Jorullo, Apatzingan y Patzcuaro. La del año siguiente les llevó a Guadalajara y Tepic.

Según datos de Rickett, en 1792 Mociño recorrió la zona entre Tepic y Aguas Calientes y en 1793 siguió el itinerario de Méjico y Puebla a Córdoba. En el mismo año murió Castillo, a consecuencia de

enfermedad contraída en la exploración de la Serranía de Tarahumara, legando en su testamento 4.000 pesos para contribuir a la publicación de la flora mejicana. Los escasos fragmentos que de su labor nos quedan le acreditan de competente botánico.

Prorrogada en 1795 la actuación de la expedición, Sessé pasó, según había proyectado, a realizar herborizaciones a las Antillas, con Senseve. Después de una permanencia en Cuba partieron para Puerto Rico en 1796 y allí estuvieron, según Rickett, detenidos por la guerra hasta que pudieron burlar el bloqueo inglés y regresar a La Habana en junio de 1797.

Desde 1793 Mociño realizó, por su parte, importantes investigaciones en el sur de Méjico y Centroamérica, que culminaron en su campaña de Guatemala.

Longinos en tanto, no bien avenido con el resto de los expedicionarios, había procedido con cierta autonomía y, después de varias campañas en las cuales llegó a recorrer desde California hasta Guatemala y Yucatán, murió en Campeche en 1803, poco antes del retorno de los miembros de la expedición a España.

En 1799 los trabajos oficiales de los expedicionarios parecen haberse terminado. La guerra con Inglaterra y otras dificultades aun no aclaradas retrasaron, sin embargo, el regreso de Sessé y Mociño que se hizo cuando dijimos; Cervantes quedó en Méjico al frente de la cátedra y del jardín y allí falleció.

Los tiempos eran ya poco favorables para que los viajeros pudieran desarrollar y publicar su obra. Muerto Sessé antes de 1809, Mociño continuó como pudo con el estudio y custodia de los materiales traídos a la Península, colaborando con él otro mejicano, La Llave (Pablo), cuyo nombre cobró también fama botánica. En el período de la invasión, Mociño hubo de hacer frente a duras vicisitudes, sin que hayamos encontrado nada que justifique que se le considerara como afrancesado y diera motivo a las persecuciones que determinaron su éxodo a Montpellier, siguiendo la retirada de los invasores. En su expatriación llevó consigo las láminas y descripciones, fruto de los trabajos de la expedición, lo que podría censurarse de no excusarle su amor hacia aquellos tesoros, de los cuales, sin duda, se creía legatario y la consideración de que las circunstancias que entonces atravesaba nuestra patria — que él estimaba, justamente, como la suya, como probó viniendo a morir en ella — harían que no viera la luz a tiempo y se perdiera definitivamente. Todo ello se confirmó por desgracia por los acontecimientos posteriores. En evitación de ello y sin recursos para darlos a conocer por sí, los entregó a De Candolle, que hizo amplio uso de ellos y obtuvo copias de las láminas al ser autorizado más tarde el regreso de Mociño a España. Trajo éste consigo los originales a Barcelona y al morir en 1819 en aquella ciudad pasaron a manos extrañas hasta sufrir definitivo extravío.

Como más tardía, más infortunada esta expedición no consiguió, al menos directamente, ver iniciada siquiera la publicación de sus resultados. Como muestra de la importancia de éstos baste decir que, según datos del propio De Candolle, las láminas de botánica alcanzaban la cifra de 1.400 y las de zoología eran en igual número, y ha de tenerse en cuenta que tales láminas sólo se trazaban para representar formas nuevas o mal conocidas y que los expedicionarios tenían especial cuenta en no duplicar lo ya dado a conocer por Cavanilles o por Ruiz y Pavón.

Del uso de estos materiales en las publicaciones de De Candolle y de sus colaboradores queda amplia muestra, no sólo en la atribución de especies que tradicionalmente se viene haciendo a Sessé y Mociño o a Mociño y Sessé y en las referencias de otros a láminas de la **Flora Mexicana**, sino en la declaración expresa hecha por el sabio ginebrino en su **Regni vegetabilis Systema naturale**, París, 1818, páginas 5-6, sobre Mociño, donde se dice: *qui mecum humaniter egregias et ineditas communicavit icones descriptionesque ab ipso et a cl. Sessé et Cervantes per quindecim annos in itineribus variis per Mexicanum imperium concinnatas, quarum omnium scientia, a politicis litibus abhorrens, evulgationem avidissime ex optat.*

Esta colaboración aquí reconocida, de Cervantes, que hemos hecho patente en nuestros trabajos, la indudable de Castillo en otros casos y la más o menos eficaz cooperación de los restantes expedicionarios, nos han hecho indicar que, salvo en aquellos casos en que concretamente conste el nombre del descubridor o los descubridores, lo justo sería apellidar las especies, uniformemente *Exped. Sessé*.

Por otro lado el párrafo transcrito nos muestra, como ya adverti-

mos, que De Candolle tuvo a su alcance para sus trabajos personales, no sólo láminas, sino descripciones. Entre las novedades que por tal camino vieron la luz figuran ciertos géneros como *Amoreuxia*, *Ingenhousia*, *Ateleia*, *Hauya* y *Agdestis* y varias especies de los mismos y de otros ya conocidos. Pero es mayor de seguro el número de las especies dadas a conocer bajo el apellido de De Candolle o de alguno de los colaboradores de éste, como Dunal, señaladas con referencia a los números de los dibujos de la expedición mejicana. Ahora bien, estas láminas por sí mismas indicaban tratarse de especies nuevas en su mayoría y, en su caso, el descubrimiento de las especies correspondía a la expedición, sin que ello merme los méritos de De Candolle en lo que compete a su revisión y, acaso, a las descripciones o correcciones de ellas. El ilustre botánico ginebrino pasa en estas funciones a ser un colaborador más en la misma, y es injusto atribuir a él todo el resultado. Hemos dicho intencionadamente «en su caso» puesto que sabemos haberle facilitado Mociño, no sólo figuras, sino descripciones y con todos los respetos para el gran botánico cuya gloria no se regatea con esto, no sabemos la medida en que fueron usados.

Dejó la expedición numerosos manuscritos, en gran parte fragmentarios, cuyo catálogo puede verse en Colmeiro. Entre ellos figuraban y figuran dos, aparentemente acabados: uno con el título de **Plantae Novae Hispaniae** y otro sin ninguno, que durante mucho tiempo se han considerado como exponentes de la labor realizada. Al patriotismo y celo de los naturalistas mejicanos, apoyados por su gobierno, debemos la publicación de estos dos originales, una vez que su transcripción fué autorizada por el nuestro, conservando al primero de ellos su título y otorgando al segundo el que, por diferentes motivos, resulta poco adecuado, de **Flora Mexicana**. Publicados primero como apéndice de la revista **La Naturaleza** fueron dados luego a la luz en una edición separada, por la Secretaría de Fomento de México, en 1893 y 1894 respectivamente, atribuyendo los editores su paternidad a Sessé y Mociño con exclusión de los otros miembros de la misión, lo que en realidad hubiera resultado razonable si se tratara de una elaboración final hecha tras el regreso a España de aquellos dos sabios.

Pero no es éste el caso: **Plantae Novae Hispaniae** es, como en su mismo prefacio se declara, resultado de los trabajos hechos en las tres primeras campañas. Así lo confirma la confrontación que hemos hecho de las listas inéditas de los herbarios correspondientes a las mismas y el contenido de la obra en cuestión. Realizadas en 1788 y 1789 las dos primeras, Mociño no tuvo parte en ellas y sólo puede atribuírsele la que pudiera tomar en las 172 especies determinadas en la tercera. En cambio Cervantes hubo de tener un papel sobresaliente en la determinación de la primera y en la corroboración de los casos dudosos según los cultivos hechos en el Jardín de Méjico, asunto que era de su competencia. Las dos obras deben ser miradas, pues, como fruto de la labor colectiva aunque la redacción material de la primera de ellas sea probablemente de sólo Sessé.

La llamada **Flora Mexicana** es evidentemente una producción posterior, recopilación de materiales no destinada a las prensas, como bien lo ha visto Sprague y escrita por diferentes plumas, entre las cuales la única identificable, en un caso que hemos señalado, es la de Sessé.

Las dos obras encierran muchas especies nuevas de géneros conocidos, distintas de las dadas a conocer por separado por Decandolle y otros, aunque sólo en la primera excursión se señalan ya 45 como presuntos géneros nuevos, siendo uno de los primeros hallados *Entomanthus* que, aún inédito, fué dado a conocer por Cavanilles como *Lopezia*. El examen de las recogidas en las tres primeras excursiones arroja el número de 66 especies nuevas en la primera excursión, de 106 en la segunda y de 53 en la tercera. Añadamos, para terminar, que confiadas a la custodia de Pavón con las del Perú las colecciones de Méjico llegaron a diversas colecciones e investigadores extranjeros expandiéndose así los resultados y aprovechándose, aunque quizás en forma irregular.

Entre las grandes expediciones dedicadas a la exploración geográfica y al estudio de la naturaleza merecerá siempre figurar la de Malaspina. Si una serie de circunstancias adversas hicieron perder gran parte de sus adquisiciones, ello no empequeñece la formidable empresa de la expedición misma. Tampoco la pérdida fué tan completa que por lo sólo aprovechado de ella no se la pueda tener por fecunda. Realizada pocos años antes de las funestas guerras napoleónicas y del desgarramiento del imperio, cerraba con broche de oro el cinturón que a

mares y océanos desconocidos habían puesto desde el siglo xv las quillas españolas y portuguesas. Este gran periplo fué encomendado al audaz navegante Alejandro Malaspina, a su segundo José Bustamante y a otros ilustres marinos y científicos, quienes, a bordo de las corbetas *Descubierta* y *Atrevida* renovaron nuestras glorias maríneas. Su objetivo abarcaba la geografía y la cartografía, la economía y la ciencia natural e incluso la política y el arte militar; pero parte capital de él era el estudio de las producciones de los países recorridos, completando de este modo la labor de las otras expediciones ya realizadas o todavía en curso. Directamente estaba encomendado tal estudio a Pineda y a Née, siendo la misión especial de éste la botánica y de aquél la zoología. Era Luis Née francés de origen, nacionalizado en España, donde había realizado trabajos de observación botánica y herborizaciones al servicio del Jardín de Madrid. Más tarde se agregó a los expedicionarios Haenke (Tadeo), ya famoso botánico. Las misiones de todos ellos se desarrollaron independientemente, pues en muchos casos operaron en campañas parciales en que se repartió la expedición y cada uno trazó sus notas y formó sus herbarios, de los cuales los de Née fueron estudiados por Cavanilles.

La expedición zarpó de Cádiz el 30 de julio de 1789 y llegó a Montevideo cincuenta y un días después, realizándose desde allí diversas excursiones que alcanzaron hasta Buenos Aires, en las cuales desarrollaron gran actividad Pineda y Née. Siguió las corbetas a Puerto Deseado y de allí a las Malvinas con importantes adquisiciones botánicas; hízose luego rumbo al Estrecho y entraron en el Pacífico el 18 de enero de 1790. Al mes siguiente se exploraba por los naturalistas el bosque de Chiloé.

Talcahuano y Valparaíso fueron las escalas siguientes, desempeñando las corbetas separadas distintas misiones. En abril se hallaban los expedicionarios en Coquimbo, figurando ya Haenke entre ellos. De allí la *Atrevida*, con Née a bordo, partió para Arica y el Callao, donde se establecieron los comisionados en la Magdalena como centro de estudio y excursiones. Terminadas éstas se zarpó del Callao para Guayaquil desde donde Née partió para visitar los volcanes Tungurahua y Chimborazo. Por esta época llevaba recolectadas unas tres mil plantas y en sus trabajos cooperaba, con gran competencia, el dibujante Guío.

El 28 de octubre se volvió a navegar con rumbo a Panamá, desde donde nuevamente, separadas las corbetas, Née siguió en la *Atrevida* a Acapulco y San Blas, herborizando allí y tornando a reunirse en Acapulco con la *Descubierta*, fondeada en este puerto desde el 27 de marzo de 1791.

Mientras las dos corbetas realizaban una larga expedición por la costa occidental de América del Norte, a la que sólo asistió Haenke entre los naturalistas, Pineda y Née desembarcados, emprenden un largo y fructífero viaje por tierras mejicanas, que duró, por lo menos, desde marzo a noviembre del mismo año, recorriéndose en él más de cuatrocientas leguas.

Vueltas las naves a Acapulco se concentraron los expedicionarios de nuevo, emprendiéndose la travesía del Pacífico el 20 de noviembre de 1791, explorando Née la isla de Guam a principios de 1792. De allí se hizo escala en Palapa y se partió luego para Luzón, dividiéndose en esta isla los viajeros en distintas misiones, correspondiendo a Née el estudio de la costa Sur hasta Manila. Por entonces, desempeñando la suya, contrajo Pineda, a causa de las fatigas y dificultades en ella, una grave enfermedad que pronto tuvo desenlace funesto.

De Luzón siguieron las corbetas a Mindanao y de allí, con fines puramente científicos, se continuó el viaje, rumbo a Australia, donde se ancló en Puerto Jackson el 11 de mayo de 1793. Durante su estancia en este lugar (donde fueron recibidos con la mayor atención y cortesía por los ingleses, a quienes se correspondió con los mismos extremos) recolectó Née en veintitrés días más de mil plantas.

Objetivo de la siguiente escala fué el archipiélago de Mayorga. Al final de esta larga navegación las corbetas se hallaron ante San Lorenzo a fines de junio de 1793. Después Née dejó la *Atrevida*, entrándose por Chile y según nos cuenta el propio Malaspina *se había internado en las tierras de los Pehuenches, arrojándose siempre a las montañas; hecha luego una breve demora en Santiago había atravesado la cordillera, y herborizado sucesivamente así en aquella parte montañosa como en las inmediaciones de Mendoza y en todo el camino de las Pampas que conduce hasta Buenos Aires...*

La figura de Née se destaca como la de un infatigable e inteligente

explorador. Son pocas, en cambio, sus publicaciones y él mismo lamentaba que la falta de tiempo en tan fatigosas excursiones y largos viajes le privara de estudiar y describir los materiales recolectados.

Una parte de ellos pasó a estudio de Cavanilles, de otra se ocupaba el propio Née, según consta en la **Introducción a la Criptogamia española** de Lagasca, Clemente y García, pero sólo llegaron a publicarse sus notas sobre el abacá, el buyo y la *Pistia stratiotes*.

Se calculan en diez mil las plantas recolectadas por Née, de las cuales, aproximadamente, un tercio se supone eran nuevas; con ellas venían trescientas figuras debidas a Guío, Ravenet y otros miembros de la comisión.

Por este camino plantas australianas, filipinas y otras americanas enriquecieron los últimos tomos de los **Icones**. Para dar un solo ejemplo de cómo estas expediciones aumentaban la flora conocida recordaremos que del género *Calceolaria*, en 1729, sólo se conocían dos especies, que Née halló quince nuevas y que sumados a éstos otros hallazgos, especialmente de Ruiz y Pavón, al redactarse el referido tomo V de **Icones** lo eran ya cuarenta y siete.

No se puede cerrar este breve resumen de los trabajos hechos por las expediciones españolas durante el siglo XVIII sin mencionar los nombres de Cuéllar, de Boldó y de Sinforoso Mutis.

Cuéllar (Juan), uno de los más distinguidos alumnos del Jardín de Madrid, fué nombrado, en 1785, botánico de la compañía de Filipinas y según don Francisco de las Barras, que ha estudiado especialmente su labor, debió desembarcar en Manila hacia mediados de 1786. Hizo desde allí numerosos envíos de plantas vivas, semillas y maderas; fomentó la agricultura del país y envió a Méjico ejemplares que permitieran ensayar allí el cultivo del mangostán, la canela y el árbol

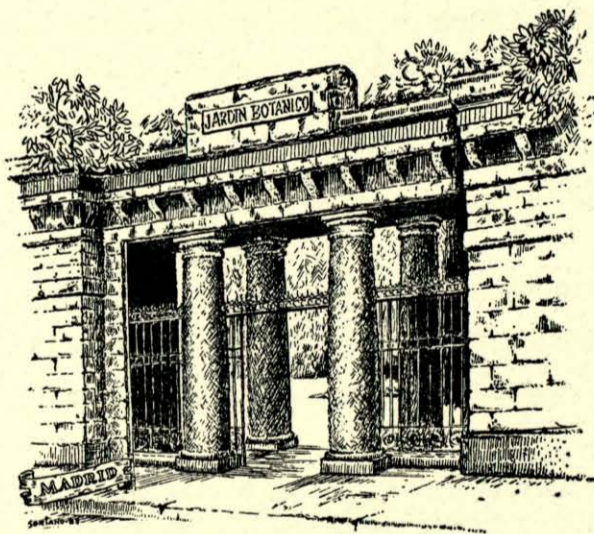
del pan y otras producciones orientales; intentó, además, la creación de un jardín botánico y promovió hasta donde le fué posible el estudio de la flora insular a costa de sacrificios, sinsabores y enfermedades.

Boldó (Baltasar Manuel), médico y botánico, según Colmeiro, fué designado como tal en 1796 para tomar parte en estudios de materia médica vegetal que se venían haciendo en el Jardín Botánico, siendo poco después agregado a la comisión de Guantánamo con el encargo de realizar investigaciones florísticas en la isla de Cuba. Con él colaboró como dibujante Guío (José), cuyos dibujos para la Flora cubana en elaboración por los enviados, se conservan en nuestro Jardín. Desgraciadamente Boldó, cuyas muestras de inteligencia y actividad fueron patentes, murió poco después, en 1799, quedando truncada una obra que tanto prometía.

Sinforoso Mutis fué enviado hacia 1863 por su tío, el insigne director de la expedición del Nuevo Reino de Granada, a Cuba, con dos dibujantes para recoger plantas y semillas, según consta en una carta de Caldas, al objeto de hacer envíos al Jardín de Madrid y a otros de Europa. Según esta misma carta, Caldas vió los diseños, fruto del viaje, entre los cuales había cuatro o cinco géneros nuevos y muchas especies interesantes, lo que era de notar en una isla ya tan visitada por los botánicos.

La naturaleza de este resumen nos hace omitir totalmente el capítulo la biología vegetal en nuestro país, bajo la figura extraordinaria de don Antonio de Martí.

Empresa de nuestro tiempo ha de ser continuar la labor y seguir el ejemplo de estos españoles insignes y tratar de utilizar y rescatar, hasta donde sea posible, estos tesoros olvidados o perdidos.



CAPITULO VI

MUTIS DE ESPAÑA Y DE COLOMBIA

Tales eran los hombres que España daba a sus Américas... para sostener un Imperio que no debió desmembrarse nunca, sino vivir en comunión constante de repúblicas siempre sometidas al dulcísimo y nobilísimo yugo de la cultura y del destino histórico de España.

JORGE ZALAMEA, **Discurso** en Méjico para el Centenario de Mutis.

Dejamos a J. C. Mutis desembarcando en el escenario gris y azul del puerto amurallado de Cartagena de Indias y ya es el momento de que el consueta le haga salir al tablado, como a primer actor de esta historia.

La célula colonizadora fué una familia, una estirpe, un apellido. La familia Mutis, consanguíneos de don José Celestino, de origen medio italiano, honesta por los cuatro costados, es un caso que se repite con muchas otras atraídas a Colombia desde España por similares alicientes, incorporadas a la América por iguales vínculos y convertidas en nobles servidores de la sociedad, en factores de nuestro progreso y en prez de nuestras luchas patrióticas (9 y 10).

Bueno es decirlo: la España que actuó en América somos nosotros mismos. Nuestras las angustias de indios y negros, nuestro el letargo colonial. Pero nada fecundó tanto la gran empresa de crear un mundo, como ese río que corre por nuestras propias venas.

Fuimos así porque así era el mundo que nos rodeaba, recio y ávido; elemental, impositivo y despreciador de los peligros. Que se jugaba la vida, lo mismo en una emboscada de los arcabucos, luchando con los salvajes, que en las tortuosas calles de una aldea primitiva, cruzando espadas por el honor, o por el amor, o por la libertad.

Es preciso que cambie la fraseología de la historia y de que llame-mos a ciertas cosas por su nombre. La dominación de América fué una obra criolla y la emancipación la hizo España. Si Morillo y Enrile por un lado eran tiránicos, por el otro cumplían su deber de soldados. Si Bolívar y Santander de una cara eran rebeldes, por el anverso son liber-tadores. Conquista, Colonia, Independencia, denotan momentos de una evolución del mismo organismo tan español y tan americano antes como después. La historia de Colombia no nació en 1810, ni ese año finaliza la de España en esta porción de América, sino que esa fecha marca sólo un hito, visible con poco análisis, en las transformaciones íntimas del mundo español.

Es innegable que los americanos reivindicamos para nuestros ape-llidos, para nuestro culto religioso, para nuestro lenguaje, para nues-

tras viviendas, para nuestras artes y aun para nuestras fiestas, lo ran-cio, lo añejo, lo clásico español. Esos factores son esencia de nuestro pueblo. Lo demás que es accidental, ocasional, ajena influencia y sazón de las edades, no tenemos por qué mirarlo como ajeno. Los ame-ricanos debemos aceptar íntegro nuestro pasado y los españoles su propia continuación tal como es. Esto supuesto, la relación que vamos desarrollando no tiene tropiezos en la simpatía de nadie.

Mutis nació en Cádiz.

Llegando de América, avisté la ciudad, tan blanca, que la confundí con la espuma de las olas y al acercarme a sus murallas, a sus terrazas, a sus miradores y a las torres de sus iglesias, experimenté una sensa-ción de luminosidad disuelta en la tierra, en el ambiente y en el mar.

Este fenómeno de la esfumación de Cádiz en claridad, sobre todo cuando la alta marea cubre los arrecifes que la unen al continente, ha sido ponderado por muchos. J. M. Pérez-Sarmiento la llamó *la ciudad paloma*; otros *la ciudad gaviota* o *la ciudad nube*; para otros Cádiz va envuelta en un albornoz cándido, agitado por su historia gloriosa.

La semejanza entre Cádiz y Cartagena de Indias es impresionante. Ambas están edificadas en una península sólo comunicada con el con-tinente por un istmo estrecho; ambas se construyeron como plazas amuralladas a prueba de cañón; ambas tienen historia de heroísmo en la defensa y de audacia en el comercio transmarino.

Cádiz fué fundada por los fenicios. Cartagena por los primeros con-quistadores de Nueva Andalucía. En los extremos del mundo hispá-nico, Cádiz y Cartagena se miran y piensan cada una que ve su ima-gen en espejos del océano. Por eso Mutis, desembarcando en Cartagena debió sentir algo del hogar de sus mayores. Tal vez también por ese compromiso topográfico y estructural, por esa fusión con el mar y con lo pretérito, Cádiz y Cartagena, se labraron gestas de sacrificio, de hosca altivez y de independencia tan parecidas.

Los abuelos paternos de J. C. Mutis eran él del Principado de Parma, oriunda de Gibraltar la otra. Su padre Julián Mutis era de

(9) En el libro 25 de **Informaciones de Legitimidad y Limpieza** del antiguo Colegio Mayor de Santa María de Jesús de Sevilla, folios 130 a 136, el secretario Ramírez da fe de que J. C. Mutis se graduó el 17 de Marzo de 1753 como Bachiller en Artes de la Facultad de Medicina, después de tener ganados tres cursos (1750, 51 y 52) y un cursete (1752). Añade que el dicho Mutis hace pedimento y ofrece probar que es hijo legítimo de Julián Mutis y de Gregoria Bossio, hijo el primero de Francisco Mutis, natural del principado de Parma y de doña Manuela Almeida; que *así yo como los dichos mis padres y abuelos y demás de mi linaje y familia han sido y somos cristianos viejos, limpios de toda mala raza, casta y generación de judíos, mulatos, conversos, gitanos y otra mala secta; que no hemos sido castigados por el Santo Oficio de la Inquisición por crimen de herejía, apostasía, judaísmo ni otro, que no han cometido delito de infamia de hecho ni de derecho, ni tenido oficios viles, bajos ni mecánicos, por donde degeneremos de quien somos.*

En efecto, así lo certifican muchos testigos de Ceuta y de Cádiz. Archivo de la Universidad de Sevilla. Núm. 700. G. Hernández de Alba. **Originales.**

(10) Algunos datos genealógicos de la familia Mutis en Colombia he podido recoger. Son éstos:

De España vino el sabio José Celestino a quien se designaba, según aparece en el **Diario de Valenzuela**, indiferentemente con cualquiera de sus dos primeros nombres y nunca con el tercero que era Bruno. También vino a Santander de Colombia y murió en Mompo, don Manuel Mutis y Bossio, hermano de don José.

Don Manuel casó con doña Ignacia Consuegra, cuyos hijos fueron José, Sinforoso, Facundo, Bonifacia, Justa (estas dos, monjas), Micaela y Dominga.

Doña Dominga casó con un señor de apellido Canal.

Doña Micaela Mutis Consuegra casó con don Miguel Valenzuela, de Girón.

Don Sinforoso Mutis C. casó con doña Angela Gama, cubana. De ella nacieron doña Dolores Mutis Gama, quien casó en primeras nupcias con un señor Bunch y en segundas con el edecán de Bolívar y general Perú de Lacroix; doña Mercedes Mutis Gama, quien primero casó con un señor Harker y en segundas nupcias con un señor Coronado; por último don Domingo, quien casó con doña Teresa Durán Borrero, de la ciudad de Neiva.

De don Domingo Mutis Gama y doña Teresa Durán B. nacieron: don Pedro Mutis Durán, quien casó con doña María Josefa Dávila; don Facundo Mutis Durán, doña Antonia, quien casó con don Adolfo Harker Mutis, su primo; doña Justa Mutis Durán, casada con un señor Amado, costeño, y, por último, don José Mutis Durán.

Hijos del matrimonio Mutis-Dávila fueron don Santiago; don Enrique, quien casó con doña Leona Londoño; doña Eugenia; doña Teresa; doña Isabel, quien casó con José del C. Barrera y doña Leonor, quien casó con don Carlos Portocarrero Carrizosa.

Del enlace Portocarrero C.-Mutis D. nacieron don Carlos, doña Leonor, casada con don José María Franco Ortega y doña Ana, casada con don José María Esguerra Samper.

Doña Leonor Portocarrero M. C. D. de Ortega ha tenido los siguientes hijos: Ignacio Ortega Portocarrero, María Teresa, Helena, María Cristina, Inés Elvira, Jorge y Andrés.

A su vez, del matrimonio Esguerra-Portocarrero, son hijos Juan, Carlos, Santiago y Eugenia (1953).



*Don Pedro Messia
de la Zerda*

EXCMO. SEÑOR DON PEDRO MESSIA DE LA ZERDA
llevó consigo a Don José C. Mutis a Santa Fe, para médico de
su Corte. Retrato conservado en la Academia de la Historia en
Bogotá. Firma fotocopiada en el Archivo de Indias de Sevilla.



Pablo Morillo

DON PABLO MORILLO
Pacificador del Nuevo Reino, dispuso que los materiales científicos
de la Real Expedición fueran trasladados a Madrid. Retrato
propiedad del Museo Nacional de Historia en Bogotá. Su firma,
según fotocopia del Instituto Caro y Cuervo de Bogotá.



Don Antonio Caballero y Gongora

EXCMO. E ILMO. SEÑOR DON ANTONIO
CABALLERO Y GONGORA
Fundó provisionalmente la Expedición Botánica y gestionó su
aprobación por S. M. Retrato existente en la Sacristía de la
Catedral de Bogotá. Su firma, según fotocopia del Instituto Caro
y Cuervo, de Bogotá.

Ceuta y su madre Gregoria Bossio gaditana. Por esa puerta, amplia como la que en la Alhambra llaman «de la Justicia» le entró — galopando los corceles — la sangre aventurera.

Concuerta con el carácter de su ciudad natal y de su raza, esa tenaz fidelidad que supo Mutis guardarse a sí mismo, esa lógica de la obras con el destino que desde temprana edad se escogió. Pronto en sus vida buscó su puesto histórico del cual nada le pudo apartar.

El era español; lo que más necesitaba España era quien glorificara su pensamiento; el pensamiento de acuerdo con las tendencias de aquella época debía ser positivo, de investigaciones sobre los hechos desconocidos y nada había tan desconocido como América. La brújula de su vida señalaba allá y él clavó con ese rumbo el timón de su carrera. Será viajero, será médico, será minero, será profesor, sacerdote, consejero, rico o pobre, frustrado o exitoso, olvidado o favorito. Pero ni un día, ni una hora, ni un instante, desertará del objetivo arraigado en su sangre y en sus capacidades. Deberá ser fiel a su España, a su América y a su propio honor.

En una época en que era difícil acertar el camino recto y cuando un primer paso decidía la posición histórica de los hombres, Mutis ni titubea, ni retrocede, ni se desdice, ni se empaña de oportunismo, sino que se mantiene anclado, digno del respeto y de la amistad de todos, tal como pedía su posición de científico y su misión sacerdotal.

Intrigan al observador estos hechos y quiere explicarse cómo pudo una figura tan central y eminente en la colonia neogranadina armonizar dos realizaciones tan antitéticas como eran la adhesión incontrastable al monarca y esa labor educativa de donde salió una generación tormentosa a luchar contra España con el panfleto y las armas en la mano.

Mutis no vió la disgregación, presencia heroica, ni el holocausto de su instituto.

La mente se pregunta qué partido hubiera tomado el sabio si unos años más de vida le hubieran planteado el tremendo dilema. Pero ¿quiénes somos los hombres para negarle al justo el favor que Dios le dispensó con un deceso oportuno?

Difícil exigirle que en los años seniles cuando, para usar la frase de Tennyson, la ventana es sólo un marco de luz, se lanzara a la lucha tremenda. Pero si Mutis hubiera sido joven el 20 de julio de 1810, quién sabe adónde le hubiera llevado su amor por América, su serenidad ante cualesquiera avances del pensamiento, su tolerancia ante los inconvenientes de lo justo, su fe en la persuasión antes que en la violencia.

La independencia de Nueva Granada tuvo tres veces principio; tres etapas y fagonazos con corta intermitencia.

Primero fué la revuelta de los Comuneros, movimiento de rebelión popular sin complicadas proyecciones. Luego vino la revolución del 20 de julio de 1810, que fué la de los letrados, la de los discípulos de Mutis, la de las ideas, la cual fué sofocada por don Pablo Morillo. Sólo la tercera fué definitiva porque llevaba la bandera tinta en sangre y el genio centelleante de Boyacá precedía sus columnas.

La revolución de los Comuneros fué más bien una serie de motines contra las autoridades coloniales que habían llevado al máximo sus exacciones en favor del fisco.

Siendo virrey don Manuel Antonio Flórez, quien sucedió inmediatamente a Messía de la Zerda, llegó a Cartagena don Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres, como regente visitador para arreglar la Real Hacienda. En cumplimiento de su misión impuso derechos sobre todas las industrias, aumentó las contribuciones y estableció comisionados que, so pretexto de impedir el contrabando, todo lo atropellaban y a todo mundo arruinaban. Contra esas medidas se levantaron los Comuneros y para dominar a los del Socorro, que eran los más, la Audiencia envió cien hombres, que fueron vencidos por 4.000 conjurados en Puente Real. Un oidor que escapó, disfrazado de fraile, informó aterrado al virrey, el cual envió a Zipaquirá, donde se habían reunido ya 20.000 comuneros, al arzobispo Caballero y Góngora y al comisionado Eustaquio Galavís para negociar la concordia. Esta se capituló sobre la base de la destitución del visitador Piñeres, de la abolición de los derechos fiscales y de la reducción de los peninsulares en los puestos públicos, jurándose la paz sobre los santos Evangelios en una misa celebrada por el arzobispo. Sin embargo, una vez disueltos los Comuneros, el gobierno colonial, alegando que la capitulación había sido coaccionada, prendió al joven José Antonio Galán, lo decapitó e hizo cuartos; quemó su tronco y puso, como escarmiento, su

cabeza en una picota; ahorcó a otros tres jefes rebeldes y a otros diecisiete los remitió de por vida a los presidios del Africa, confiscó los bienes de los cuatro primeros, arrasó sus casas, sembró de sal sus solares y declaró infames a sus descendientes.

El más reciente biógrafo del arzobispo virrey, J. M. Pérez-Ayala, disculpa a Caballero y Góngora, porque éste sólo fué testigo del pacto y no actor de la traición. Pero el hecho es que el eminente arzobispo era la figura destacada sobre toda esta tragedia y que el rey adujo como uno de los motivos para conferirle el mando político, tal acto de pacificación y lealtad a la corona. Así lo dice su nombramiento como virrey interino de Nueva Granada, expedido en El Pardo el 7 de octubre de 1783. Esta categoría es la que determina un dejo amargo en la hoja de servicios del más esclarecido de nuestros gobernantes coloniales y la que ha servido a muchos para hacer ataques a su memoria.

La revolución de los Comuneros repercutió a la distancia, en Ibagué y en las poblaciones de los llanos del Tolima donde los revoltosos, para acabar con las industrias más gravadas por el regente Piñeres, quemaban las plantaciones de tabaco y derramaban el aguardiente de las destilerías, en El Guamo y en la Villa y ya planeaban seguir a Tocaima y a la Mesa de Juan Díaz para unirse a los del Socorro.

Precisamente entonces J. C. Mutis estaba entregado a la explotación de unas minas de plata en jurisdicción de Ibagué, en el cerro del Real del Sapo.

He aquí lo que informa Mutis al arzobispo sobre su actuación en aquella emergencia en carta del 11 de junio de 1781:

Estaban propagadas las especies del común intento y se daba principio a los avisos y correspondencias para reunirse los capitanes de Llano Grande (alboroto excitado al mismo tiempo por separado), Ibagué y los pueblos de los indios de Coyayma y Natagayma, cuando quiso Dios que las vivísimas y eficaces exhortaciones de los pocos que hemos intervenido en desvanecer estos intentos, hubiesen hecho tal impresión en los principales, que amaneció la serenidad sin otras armas que las de la persuasión.

Hemos creído que el más poderoso medio ha sido interponer la autoridad y respeto de S. E. como mediador para que S. M. dispense el indulto del que necesitan los culpados, V. S. I., por la experiencia que le están dando las revoluciones de esas provincias y las luces que incesantemente pide al cielo, conocerá el modo de extinguir el fuego cuyas llamaradas solamente hemos apagado, no cabiendo en nuestras facultades destruirlo hasta las cenizas. Yo, como autor de este pensamiento, no habiendo en las infelices circunstancias otro más oportuno, me persuado de que V. S. I. hará valer hasta el respetable nombre de su poderosa mediación, excusando mi atrevimiento por la viveza de la industria; siendo bien cierto que el empeño de la insurrección se fortificaba con el conocimiento del primer delito, y éste era ciertamente el escudo de los culpados en que solían rebatirse y aun debilitarse nuestras poderosas razones.

Esta gracia liberalmente dispensada por su Alteza para los que han intervenido en el alboroto que dió principio por San Luis y terminó con la expedición de la Mina del Cobre, sin intervención alguna de la cabeza y cuatro capitanes, que mantenemos dispersos y arrepentidos desde el día 5 del corriente, en los Miraflores, Villa y Chaparral, que posteriormente se han verificado por indultos separados y sin cabeza conocida: esta gracia, repito, en un tiempo y circunstancias en que la necesidad obliga a abrirse nuevos caminos para atajar males mayores, será ciertamente el más reconocido premio de nuestros afanes, dirigidos únicamente a cumplir con la particular obligación de tranquilizar los ánimos de los pueblos, instruirlos en la verdadera subordinación al Monarca y sus Ministros, manifestarles todo el lleno de sus escándalos para que verdaderamente arrepentidos como lo están, seamos también sus mediadores con Dios.

El decoro de nuestra palabra empeñada es el punto que menos esfuerzo, y solamente lo manifiesto para pronosticar, a golpe seguro, la imposibilidad de atajar males de esta naturaleza en un tiempo en que los pueblos se hallan dispuestos o por mejor decir, sacrilegamente infeccionados, ni se ve el más mínimo esfuerzo de parte de los Cabildos y Justicias, cuyos ánimos justamente recelosos del furor ciego están abatidos hasta el extremo. Si seguidos todos los males que ciertamente se habrían verificado quedara un instante libre para remediarlo todo, ¿cuál no debería ser el arrepentimiento de no haberlo empleado? Será acaso menos merecedora esta solicitud de la gracia a que se aspira, por no haber atajado en tiempo sin grandes dispendios del Real Erario, sin infinitos sobresaltos de los

Magistrados, sin sustos y sin peligros de los Pueblos y sólo aparece menos ruidosa y más sencilla la guerra de la persuasión. Cualquiera otro que yo, ciertamente desprendido de todo género de pretensiones, se hará sospechoso en pintar males que podrían reputarse de apariencia.

Quiera Dios que se haga saber el concepto de lo que por aquí pasa.

También a Mutis le valió su actuación de mediador y pronto recibió en Ibagué, en la que imaginamos choza del Cerro del Sapo, la visita del arzobispo virrey, quien en ese lugar humilde celebró la misa, tal vez entre arcos de quiches y flores recogidas en los montes por humildes campesinos.

Así comenzaron las relaciones entre esos dos grandes hombres que tantos puntos de contacto tenían; el uno de Cádiz, el otro de Priego de Córdoba, ambos eclesiásticos, letrados ambos de asiduas y elevadas lecturas; ambos, por fin, fervorosos en la incorporación a España de la patria neogranadina.

Aquel año Caballero y Góngora llegaba a sus cincuenta y nueve años de edad, y Mutis a los cincuenta.

A muchos intrigará cómo pudo Mutis por el respeto a su propia palabra — primera condición para que otros la respeten —; por la persuasión bondadosa e inteligente, llegar a efectos tan marciales como fueron las vidas de sus discípulos.

A las lecciones de Mutis nunca pudo restarse ni lógica ni sinceridad, porque fluían respaldadas por una vida austera y laboriosa; generosa con los demás e inspirada siempre en motivos superiores. Y porque sustentaba sus persuasiones en la aprobación y admiración de los sabios extranjeros notoriamente desvinculados de miras políticas.

La vida colonial se movía sobre estos polos: inferioridad del esclavo, del indio y del criollo. Incapacidad de su mente y de su medio para originar una autonomía; necesidad de administración y de pensamiento subalternos.

Estos principios, que siempre han servido para dominar a otros pueblos, y que entre nosotros siempre han tenido su quinta columna de gentes empeñadas en devaluar lo nacional y exaltar lo extranjero, eran una losa que gravitaba sobre las conciencias y que cerraba el paso a la igualdad entre España y sus colonias.

Todas las lecciones, toda la vida de Mutis eran la persuasión de lo contrario. El envolvió la naturaleza neogranadina en interés y admiración, y al hombre americano, de todas las clases sociales, en amistad, en prestigio de su pensamiento y de sus capacidades para igualar a los europeos.

En un pueblo, donde los conflictos inevitables del derecho y de las pretensiones conducían siempre a la postergación del nativo y a la superioridad de los peninsulares, supo Mutis eliminar los prejuicios de casta y la pasividad del pensamiento. Donde la tierra y las oportunidades económicas eran sólo prestadas e importadas, y la educación concedida de favor, él liberó las fuentes autóctonas de bienestar y abrió amplias avenidas al estudio de los más vinculados a ellas.

De ahí a la autonomía gubernamental, militar y administrativa, a la lucha y al sacrificio, no hay sino un paso.

Tal vez Mutis no recorrió ante sus discípulos todos los términos del raciocinio irrefutable. Pero ellos sí, porque tal es la raza ibérica que

con un sorbo de idealismo, se desprende de lo humano y se incorpora a las constelaciones.

Si el porvenir para aquella juventud que oía a Mutis se acertaba y entenebrecía, en el más allá surgía un pueblo cuya grandeza se presagiaba por la naturaleza puesta a su servicio y era ésa también la medida de la perduración en la gloria de los que por esa patria se sacrificaran.

Otro interrogante del tema que nos ocupa es cómo se inició y se desarrolló en Mutis ese interés imperativo y aliciente por América; cómo con él se fué compenetrando, hasta quemarse en la pira de un servicio a gentes nacidas tan lejos.

Para la época de estas actuaciones ya la América, en el concepto de los españoles era una porción de la monarquía casi como las demás peninsulares y la cobijaba unívocamente el interés de los buenos patriotas. Pero otra cosa era renunciar a las ofertas de éxitos al alcance de la mano; otra soportar, como lo hizo Mutis, los enojos de su padre contra sus designios americanistas; otra aislarse en un mundo tan negativo a las propias aficiones; otra, sobre todo, quedarse en América y no resolverse a regresar al paisaje, a la bonanza, al cariño del ambiente familiar.

Pero Mutis, con una idea más alta de responsabilidad, de su profesión y de su propio saber, no corrido de estudiar más y más, una vez graduado, permaneció en el examen y tratamiento del hospital de la Marina en Cádiz por cuatro años más.

Debió ser de boca de uno de esos enfermos regresados de Cartagena de donde el joven facultativo aprendió a conocer en esa forma atractiva la América distante.

La naturaleza absorbe como el vaho de un áspid. Porque las facultades gozan ejercitándose y ningún goce es tan humano como el estético que nace de la actividad de las facultades mentales. Y allí donde la mente, sin interferencias ajenas, vuela de misterio en misterio, de hallazgo en hallazgo, en la soledad del bosque, es donde los hombres encuentran mejor el deleite de ser tales.

A Mutis el disfrute de la naturaleza, su servicio a la América, su lealtad a España, llegó a convertirse en un solo ideal indivisible, en un néctar agrídulce de despecho y de orgullo y por ellos él se engolfaba sobre las olas de los días.

Por otra parte, ya en la Nueva Granada, ningún atractivo podían tener las ciudades, que apartara el sabio de su amada soledad. El mismo, escribiendo desde la mina de la Montuosa donde habitaba una choza destartada, expuesta a las inundaciones del vecino río, dice: *Hasta ahora no he conocido que Santa Fé es Corte.* Y en otra parte confirma: *No es ponderable la violencia que me causan las visitas.*

Huraños, escurridizos, tímidos se crían los seres de la selva y Mutis era así. Es de su pluma el siguiente rasgo que revela su carácter: *Hubo en el Palacio (Virreinal) un espléndido convite en celebración de los años del Rey (4 de noviembre de 1761). Falté a este festivo concurso, como tengo de costumbre, por librarme de las amarguras que me produce el trato de las gentes. He logrado de S. E. esta permisión tan gustosa para mí como acomodada a mi genio.*

Para lo que allí había que ver, en esa imitación simiesca de la corte de Madrid, un ojo bastaba.

CAPITULO VII

PREPARACION DE UNA ANTIGUA CULTURA

No creemos que el patriotismo pueda tener una forma más excelsa que el deseo de que la patria alcance en cultura y en progreso científico el mayor nivel.

F. DE LAS BARRAS DE ARAGÓN.

Dijimos que a los naturalistas del setecientos les tocó, por coincidencia, una visión más panorámica y una fruición más cósmica de su objeto científico. El vertiginoso desarrollo posterior de las investigaciones y la obligada especialización, circunscriben en nuestros días esa mirada vasta y unificadora y hacen que sólo puedan disfrutar de ella los hombres de larga vida, dedicada al estudio de los complejos naturales. En aquel instante la enciclopedia francesa llamaba a las puertas, del brazo con el romanticismo naturalista alemán.

José C. Mutis había de desarrollar una actividad múltiple en América. Robinsón Crusoe en una inmensidad científica vacía, llevaría el mensaje del saber de un mundo a otro, ávido éste de inteligencia y pululante de misterios.

Su preparación española no sólo le bastó para realizar obra investigativa en muchas ramas del saber, sino para transmitir a otros los conocimientos y la destreza que los había de hacer notables en sus profesiones y merecer, al lado de su maestro, el respeto de sabios.

A más de esta capacidad difusiva y promotora, Mutis se distinguió como organizador de los estudios y fué eminente en el optimismo que tuvo siempre por las actividades a que se dedicó y en el prestigio que les concedió su vida fecunda.

Gramática y Filosofía en Cádiz, Bachillerato y Filosofía en la universidad de Sevilla (1753), Medicina en la misma ciudad por cuatro años (1750-1754); dos años más de ejercicios de Clínica y Anatomía y Cirugía en el Hospital de la Marina de Cádiz (1754-55); regreso a Sevilla para optar al título de Bachiller en Medicina (1755); vuelta a Cádiz para otros dos años de prácticas (1756-57), y, finalmente, en 1757, a los veinticinco años de edad, largo viaje a Madrid para obtener del Tribunal del Real Protomedicato el título de médico.

Todo este esfuerzo y sus óptimos resultados eran un bagaje, no sólo suficiente para la lucha de la vida, sino para distinguirse entre los profesionales de su época y de su tierra.

La norma de superación que Mutis impuso a toda su carrera, aparece si comparamos sus estudios médicos con lo que entonces satisfacía al vulgo de las gentes. Distinguíanse entonces en España dos categorías de médicos: los *latinos*, o *de toga*, o *universitarios* y los *romancistas*, o *de heridas*, o *barberos de traje corto*. Estos tenían una carrera muy sencilla que describe Diego Torres de Villarroel con estas palabras:

Parlaba de las especulaciones que leía con mi maestro y desde su boca partía al hospital y buscaba en las camas al enfermo sobre quien había recargado aquel día mi estudio y su cuidado. Llevando el barreñón de sangrar de cama en cama, y observando los gestos de los dolientes, salí médico en treinta días, que tanto tardé en poner en mi memoria todo el arte del señor Cristóbal.

No era, pues, raro que los médicos en las listas de los navíos, se incluyeran al nivel del cómitre, del sotacómitre, del calafate y los conserjes.

Por el año 1748 se fundó el Ateneo Quirúrgico de Cádiz que representaría una tendencia muy de acuerdo con el criterio de Mutis y que influiría en su futura actividad docente. Su sistema parecía ser: más experimentación, menos disputas y mayor contacto con la literatura de los maestros modernos. Por eso el escudo del colegio propuesto por su fundador Pedro Virgili, el primer operador de la traquearteria, fué un puño apretando una lengua. El éxito de esta tendencia en la educación y ejercicio de la medicina se abrió paso en muchas Universidades de la península.

Ya Mutis en Madrid, fué pronto elegido para auxiliar de la cátedra de Anatomía que regentaba en propiedad Araújo. Pero entonces sucedió lo inesperado. El joven doctor que había extremado su preparación médica universitaria, más que en los actos académicos se deleitaba en el estudio del campo.

Toda su vida había de expresarse así: *Tan distantes han sido mis ocupaciones desde el 17 de Julio al 28 de Septiembre (1761) que no he podido hacer progreso en la Historia Natural. Todo este tiempo lo llevo empleado en la amarga práctica de la Medicina.*

Madrid era centro para la preparación de un naturalista. Ya estaba desarrollado el Jardín del Soto de Migas Calientes, fundado por Felipe VI a orillas del Manzanares en 1755 y lo dirigía el célebre médico y naturalista catalán Miguel Bamades (1708-1771). La emulación venía de fuera porque Bernardo Jussieu había establecido en 1758 la Escuela de Botánica y un Jardín sistemático en el Petit Trianon y en 1740, bajo la dirección de W. J. Hooker, se habían instalado los jardines de Kew cerca de Londres. No se trataba ya de jardines de plantas medicinales como el que a solicitud de Andrés Laguna había fundado en Aranjuez Felipe II, o el de Huerta de Priora proyectado por Honorato Pomar y realizado por orden de Felipe III. Migas Calientes quería ser la representación de la flora del mundo, sobre todo del colonial español.

En tal ambiente y al lado de Barnades, Mutis dedicó tres años, ávidos e intensos, al estudio de las Matemáticas, de la Geografía, de la Astronomía y de la Botánica y a la lectura de los autores extranjeros que trataban de ciencias naturales. Allí afirmó sus anhelos de estudiar la flora americana (1757-1759).

Notables progresos debió de lograr Mutis en su preparación naturalista, pues se le ofreció la oportunidad de ser enviado por el Rey, con otros jóvenes, a perfeccionar sus estudios en las universidades de París, Leyden y Bolonia. Pero optó por la que él mismo llama *rara resolución*.

Bullían en su cerebro proyectos grandiosos. En el memorial que dirigió Mutis al rey el año 63, desde Cartagena — segunda vez que llegaba a ese puerto — memorial repetido al año siguiente desde Santa Fe, habla así de sus planes en Madrid: *Iba notando las imponderables ventajas que nos hacían en los últimos siglos todas las Naciones cultas, en estas ciencias. En tales circunstancias, un verdadero y desinteresado amor nacional me hacía concebir y suspirar unas veces, entre varios proyectos literarios, por el establecimiento y renovación de una Academia de Ciencias, observando muy de cerca la inacción en que se mantenían las dos de Medicina de Madrid y la de Ciencias de Sevilla; otras veces me proponía, en compañía de otros literatos tan hábiles como activos, la formación de una historia crítica de todos los autores españoles viendo enteramente sofocada y desvanecida desde sus principios, la importantísima obra de nuestros diaristas. Ambos pensamientos, que en el corto espacio de dos años llegaron ciertamente a estado de que los viera el público desempeñados, se dirigían no sólo a ver despertar en la nación la memoria de los bellos días, sino a promover el adelanto de las Ciencias Naturales tan olvidadas en nuestra Península.*

Mutis era uno de esos hombres que nacen magnánimos: para lo grande y para los demás, para lo abstracto y para las lontananzas históricas. En ello estuvo su gloria como también veremos que estuvo su deficiencia. Pensar alto de España y de la ciencia fué su camino; el que lo trajo a Nueva Granada y el que hizo irrealizables sus ideales.

Preguntábamos cómo había llegado él a formar la generación de la segunda independencia. Ahora lo vemos claro. Las palabras reciben su

sentido en la mente del que las oye. Cuando Mutis exalta el amor a la patria, entiende por tal a España peninsular y a la colonial, un todo en su mentalidad de español. Lo mismo cuando se queja de sus atrasos. Los discípulos de Mutis, en cambio, disocian los dos mundos: aquel en que pueden influir y el remoto inaccesible de Madrid y del gobierno. Era preciso emanciparse para poder laborar por esos fragmentos de patria que se les concedían. Y surgieron las naciones hispanoamericanas, cada una con el área con que España las había engendrado.

Nos da la idea del empeño de Mutis en su propia preparación científica un hecho del que nada dicen algunos biógrafos del sabio.

A los dos años de llegar el virrey Messía de la Zerda, se vió obligado a regresar a Cartagena, para atender a su defensa contra los piratas que amenazaban ese puerto, punto cardinal de los dominios españoles en la América. Hubo de acompañarlo su médico repasando con él el itinerario penosísimo de Santa Fe a la Costa. Mientras las gestiones y disposiciones gubernamentales se tramitaban y mientras estudiaba, ayudado por un pescador, la fauna ictiológica del Caribe, Mutis se da a aprender la lengua inglesa. Se mezcla con los marineros, alterna con los prisioneros hechos a los piratas y así en pocos meses se capacita para traducir las obras científicas que en esa lengua llegaban a sus manos (11).

El equipo intelectual del letrado gaditano, cuando aceptó el acompañar al virrey de Nueva Granada era excepcional. Nunca fué literato, pero su estilo, sobre todo el epistolar, es lógico, directo, claro, encendido a veces, irónico y festivo otras, algo sentimental a ratos y de dicción castiza. Domina el latín, no sólo para leerlo, sino para escribir en él con buena sintaxis y perfecta corrección gramatical; aun compuso versos en lengua del Lacio en los cuales hallan algunos regular poesía. Lee cómodamente el francés y parece que también el alemán y el griego; posee — hasta donde llega la ciencia de su tiempo — las matemáticas, la astronomía, la geografía, la física, la química y la farmacia. Está capacitado para investigar en botánica, zoología, paleontología, paleografía y medicina. Descuella en su profesión y se le puede decir completo humanista. Como sistemático es claro, preciso y ordenado; fiel a lo objetivo, rico en las expresiones.

Eso en su mente. En su criterio trae un patriotismo y un aprecio vivo a la ciencia; una sensatez y honestidad profesionales que pue-

den ser propuestas como ejemplo; trae un raro deseo de comunicarse; juzga interesante toda información de valor científico. Era quizá un poco dogmático en un medio reputado como intelectualmente débil, pero en su interior, la duda — fuente e hija del saber — lo hará incesante, insaciablemente estudioso.

Esto sobre todo: Mutis fué infatigable en el trabajo; estoico en lo arduo, insaciable en tomar notas, en anotar detalles, en llevar sus diarios. Y cuanto más estudiaba más toleraba, más fácilmente reconocía sus errores y más pacientemente enseñaba. Porque la adquisición de la verdad era ardua para él y sabía con qué facilidad yerra la mente del camino recto y cae en la mentira. Por eso tenía buen cuidado de no reírse cuando oía informaciones, por disparatadas que fueran.

En la vida de Mutis abundan las pruebas de su titánica laboriosidad. En su segundo viaje a Cartagena estudia las oscilaciones nocturnas del barómetro, hecho que se había escapado a los académicos franceses: La Condamine y sus compañeros, y para esta investigación debe levantarse a horas fijas, repetidas, de la noche, a la luz de una bujía; toda una noche vigila a una crisálida para verla convertirse en mariposa; se impacienta porque no amanece para examinar las plantas traídas la víspera; el 1 de enero de 1777 pasa la noche comparando y rotulando un envío para el Gabinete Real y para su amigo Linné; siembra cuanta semilla cae en sus manos, vigila su germinación, anota sus peculiaridades; no pierde animal que le traigan sin estudiarlo, ni fenómeno natural sin escudriñar; hasta se está plantado apreciando el crecimiento del plátano.

No hay en la historia de Colombia un personaje a quien podamos conocer día a día, en sus adjuntos y en sus pensamientos, como a Mutis, y eso por sus diarios, por sus registros botánicos, por su copiosa correspondencia, por su sinceridad.

Callado, ordenado, pulcro, la letra de sus escritos será equidimensional, como de quien por ningún lado tiene estorbos para pensar ni cortapisas para comunicar su verdad íntima; la verdad que había de buscar como sagrado tesoro a través de los mares. Elige para sí el viaje al Nuevo Reino que para otros hubiera sido sepultura, y ofrece al virrey con palabras de Linné, como premio suficiente al apoyo que le pide, el honor de la estatua.

Hay quienes digan que eso es vivir en las nubes. Pero recordemos que de las nubes desciende la fecundidad.



(11) En el *Diario de Observaciones*, correspondiente al año 1763, el día 4, viernes (sin mes), pero en Cartagena de cierto, dice Mutis: *He dado ya principio a mi instrucción en la lengua inglesa con Don Joaquín Yquis, con destino en el Firme, de gran juicio y muchas prendas, que hacen su trato muy amable.*

CAPITULO VIII

MUNDO NUEVO

La América en cuyo afortunado suelo depositó el Creador infinitas cosas de la mayor admiración.

J. C. MUTIS, **Representación al Rey.**

Desde que Mutis sentó el pie en Cartagena «antemural de las Indias», pudo persuadirse de que sus ansias de naturaleza, su avidez de problemas no habían sido engañadas al emprender el viaje a América.

El territorio del virreinato abarcaba entonces desde las Guayanas al Este, toda la costa suramericana hacia el occidente y el Sur, hasta más allá del golfo de Guayaquil. Además las tierras inmensas — ¿quién las conocía? — que en el interior habían sido conquistadas por las armas de España y que colindaban con Portugal y la hoya vastísima del río de las Amazonas o de Orellana atravesada por la línea equinoccial.

Hoy en ese territorio viven y emulan y golpean cinco naciones hispánicas: Venezuela, Colombia, Panamá, Ecuador y parte del Perú, por desatar para los hombres sedientos, las fuentes copiosas, escondidas en la roca, del sustento, del bienestar y la cultura.

Esa era, en el lenguaje mutisiano, la América Septentrional, el Nuevo Mundo español, dilatado en Suramérica al norte del ecuador geográfico.

Desde aquel primer momento en que Mutis queda prisionero en realidad del misterio tentacular, él en su fantasía toma posesión de él — nuevo Adelantado a nombre de España — para dilucidarlo y de la gloria épica de descubrirlo, para asombrar con su publicación a los sabios de otras naciones.

Juzga suyo el enigma y por eso en su Representación al Rey, refiriéndose a Nicolás José Jacquin, quien se preparaba para editar en Viena su **Historia de las Estirpes Selectas Americanas** (1763), le dice:

Arrebatóme de las manos este insigne botánico los más preciosos descubrimientos que pudieran haberse comunicado con gloria de la Nación por un Naturalista Español, si hubiera yo tenido la oportunidad de haber llegado dos años antes, gratificado con alguna pensión, inferior a la suya.

Imbuído en las ideas de Mutis, el arzobispo virrey propondrá a la Corte el arbitrio de conducir a los viajeros alemanes a explorar las tierras ya reconocidas por el sabio español para limitarles el hallazgo de especies nuevas.

Alojado Mutis en una de aquellas casas coloniales de Cartagena, de anchas puertas, altos techos, muros espesos y jardines perfumados, donde la hamaca — sabiduría del trópico — es arrullada por las olas y las palmeras; acallado el bullicio del recibimiento virreinal, debió de reunirse con algunos conocedores: criollos viejos, arrieros indios o pescadores y bogas negros, para oír de su boca las noticias que de la tierra pudieran darle por anticipado.

La naturaleza de Colombia reclama, no un sabio, sino una sucesión inagotable de investigadores. Su territorio emergió de los mares primitivos, de Sur a Norte, como una continuación de los Andes, la más prolongada cadena orográfica del planeta.

Pero los Andes, que en los países al sur del nuestro, forman un tejado sencillo, casi una media agua, que reparte los ríos al Atlántico oriental remoto y al Pacífico occidental cercano, desde que definieron su levantamiento para originar nuestras tierras, se bifurcaron en cordilleras y serranías, separadas por valles anchos y dieron ser al sistema orográfico más complicado y a las vías fluviales más desparramadas del Continente. Erizado de montañas el interior del país, en sus márgenes occidental y norte se tienden vastísimas llanuras que paulatinamente descienden al mar, y se continúan en un amplio zócalo continental submarino justificando el nombre de Tierra Firme que le dieron los primeros navegantes. Al levante y al sureste, llanos inmensos se dilatan hasta el caudaloso Orinoco y serranías de gradería van humillándose hacia las orillas del potente Amazonas.

Ríos que se vierten en el océano de Balboa; caudales que bajan al Caribe; arterias que circulan hacia el Lago de Maracaibo; largas y tortuosas vías fluviales que en su pulsación anual dan su limo para robárselo después, a las llanuras orinocenses y amazónicas, son el abrazo de esta tierra a todos los puntos cardinales.

De esa tortura de montañas y valles sobresalen volcanes, apagados en su mayoría, e imponentes nevados como testigos gigantes de los días del Génesis.

Los estratos de las rocas, las entrañas de la Cordillera, son un cofre de metales, de piedras preciosas, de minerales constructivos, de reservas energéticas que, roto en la aventura de las metamorfosis cósmicas, abre al alcance de los hombres su tesoro milenar.

Aunque los climas-temperatura se diversifican en Colombia por la gradiente de las alturas sobre el mar, coincidencias de la orografía han llevado a diversificarlos. De 0 a 1.000 metros sobre el mar están las tierras cálidas; de 1.000 a 2.000 metros sobre el mar las tierras templadas; de 2.000 a 3.500 metros sobre el mar las tierras frías y de ahí hacia arriba las tierras gélidas. Y en esa variedad de pisos térmicos, complicada por la humedad y la naturaleza de los suelos, se despliega la multitud de habitaciones fitogeográficas, donde la flora varía en gama asombrosa. Arriba el pajonal que rodea las cumbres nevadas; después el páramo, el bosque andino, las llanuras andinas, el bosque subandino, la llanura subtropical, el bosque subtropical y, por último, la subxerofitía que circuye nuestro mar Caribe.

Mutis, llegado a Cartagena, debió requerir la carta geográfica del país al cual se abrazaba ya como a objeto de sus investigaciones. Le presentarían los mapas levantados por marinos, de las costas y fortalezas de la Nueva Andalucía y de Castilla de Oro. Sobre la Tierra Adentro sólo pudo hallar tentativas infantiles con muchos Euros y Notos soplando a todo carrillo, una brisa que él echaría de menos en el aire caldeado de Cartagena.

Hacia mediados del siglo XVIII el P. José Gumilla publicaba en Madrid para su **Orinoco Ilustrado** el mapa de la Provincia y Misiones de la Compañía de Jesús del Nuevo Reino de Granada. Según él, el Orinoco anchuroso nacía en tierras de Andaquíes cercanas a Popayán; los orígenes del Cauca no distaban mucho de la ciudad de Antioquia; los del Catatumbo circuían a Pamplona y los santafereños podían abreviar sus ganados en los manantiales del Magdalena.

Tal estado de la cartografía colonial hacía imposible el gobierno, dificultaba a lo inmenso la delimitación de las jurisdicciones y la tenencia de las tierras y, sobre todo, revelaba una absoluta despreocupación de las gentes por el país donde habían nacido.

Entre quienes informaban a Mutis en aquella coyuntura, no faltaban gentes venidas del Reino, que era el interior. Le hablarían del Tequendama, catarata de muchas toesas de altura, donde el agua al caer se convertía en niebla; del puente natural sobre el río Sumapaz, roca atragantada en grieta profunda poblada de guácharos nocturnos; de peñascos y despeñaderos; de cascadas y lagunas ricas en energía potencial; de cuevas plenas de misterios biológicos y de tradiciones indígenas; de artefactos de barro y de oro que se hallaban soterrados.

Pero lo que más anhelaba el joven viajero era oír acerca del clima, de la flora y de la fauna, digna clámide real de esa geomorfología maravillosa.

Oiría fábulas. Las que refiere el P. Luis Losada en su **Philosophia** de una planta, que había en Panamá, llamada *Bien te veo*, porque al pasar junto a ella los viajeros que no fueran cantando *Bien te veo*, eran apresados por sus ramas y devorados.

Oiría verdades. Que en las proximidades del Ecuador no se presentaban las alternativas anuales de las estaciones, sino que en cada localidad la elevación solar, la duración de los días y la temperatura eran casi invariables todo el año. Que, en cambio, a diferentes alturas sobre el mar, en los pisos térmicos, o fajas altitudinales, la temperatura variaba paulatinamente desde los grandes calores a la orilla del océano y en las márgenes de los grandes ríos, hasta las cumbres encanecidas por la nieve perpetua, iguales a esos indios que las habitaban, los cuales llevaban siempre en la cabeza su «juraica» o montera de lana blanca.

Por primera vez Mutis oyó, o mejor vió, hablar de las orquídeas indescriptibles de las cuales sólo daban idea las contorsiones que sus interlocutores hacían con las manos y la boca. Escuchó de las palmeras: de las que nutrían a las tribus indígenas y las vestían y les daban techo y vino y cuerdas y redes y armas y alimento como el *pichiguo*, que cuando madura en los llanos levantinos *los indios engordan*, y también de las palmas de cera, que crecen en las montañas elevadísimas sacando su cabeza, mucho más alta, sobre el bosque que las rodea y sobre las nieblas mañaneras y de las cuales se obtenía preciosa cera para hacer candelas y antorchas.

Pronto los informantes de Mutis supieron que él era médico y volvieron en sus informaciones cuanto el vulgo daba por cierto de la etnobotánica y de la superchería de las plantas.

Le hablaron del «túa-túa», cuyas hojas arrancadas de para arriba son vomitivas, de para abajo son purgantes. Le dijeron de la quina del Perú, precioso remedio de las tercianas y cuartanas; de la ipecacuana. Le mencionaron el tabaco, planta infernal que los indios se metían encendida a la boca; de la coca, con que apagaban su hambre y se pro-

vocaban alucinaciones de felicidad, ya que su realidad era tan triste; del yarumo, cuyas cenizas se mezclaban a la coca; del curare; de la liga o jebe con que los bárbaros hacían pelotas elásticas; de flores que abrían de noche y en la obscuridad exhalaban sus perfumes; de tintes extraños, de esencias acendradas por milenios en los troncos de la selva.

Y luego oyó decir de los animales, no tan variados tal vez como los del viejo continente, pero vistosos e interesantes. De las loras, de los monos, del mundo interminable de las aves; de las tominejas, terror de las madres porque sus plumas quemadas producían quiebras a los niños; del más proteico todavía de los insectos, de las mariposas azules de Muzo, del escarabajo de oro. Le describirían el cóndor y el pájaro mosca. Le exagerarían las serpientes, los caimanes, el perico ligero, el tapir, los tigres, el oso hormiguero, el manatí, los armadillos, los ciempiés, toda esa fauna que dibujan en sus viñetas Antonio de Ulloa y Jorge Juan, como nativa de Cartagena y en la cual no había bicho que no fuera capaz de devorar a un hombre entero.

Ya en la alta noche, cuando sus informantes se despidieron en el amplio balcón que miraba al mediodía, Mutis debió detenerse para admirar el cielo austral, ese cielo esplendente de las regiones costeñas colombianas, donde las estrellas, como había de decir Humboldt, vierten su luz zodiacal esmeraldina sobre la superficie del océano, y donde pende, ungida de ascéticos silencios, la brillante cruz del sur, trazando los perfiles de las palmeras, orientando lo mismo al gañán que al sabio, mientras los grillos y las chicharras sugieren en el crespón de la noche mundos maravillosos de germinaciones y de instintos.

Como ese lucero que rielaba en el mar, el letrado español se agitaba aquella noche en el oscuro de sus cavilaciones, luminoso y solitario.



Discurso Preliminar

Del Continuator en la Flora de Bogotá

La Botánica ha hecho progresos muy rápidos desde el siglo diez y ocho. Los naturalistas que han recorrido la América y demás partes del globo no solo han descubierto mas numero de plantas que las mencionadas por el celebre Tournefort, sino que han embellecido la ciencia con laminas mas perfectas y completas, la han reducido á sistemas menos complicadas, y una nueva nomenclatura ha sustituido á la antigua. Esta gloria estaba reservada al celebre Profesor de Upsal: sin esta reforma, dice un naturalista y sabio político, la mas rica, amable y facil de las tres partes de la historia natural habria sido necesario abandonarla.

El Señor D. Carlos tercero, restaurador de la Botánica en España, fué uno de los Monarcas que contribuyeron mas al adelantamiento de esta ciencia. Este Rey filosofo conoció bien la necesidad de que la América fuese visitada por sus sabios naturalistas. La fecundidad de este suelo; la diversidad de climas, temperaturas y elevaciones prometian preciosas plantas á la Medicina y á las Artes. Con este objeto estableció á sus expensas, y con la generosidad propia de un Rey ilustrado, las expediciones del Perú, Nueva-España, y las Filipinas y la de este Nuevo Reyno de Granada.

¡ Con quanta satisfacción se vio en todo el, que la decion (para esta ultima expedicion científica) habia caido en el que comenzo á hacer rayar las ciencias utiles sobre nuestro horizonte! La extension de conocimientos en las ciencias naturales; los trabajos de D. José Celestino Mutis en estos ramos desde el año de 1760; su crédito entre los sabios de Suecia, con quienes estableció desde aquella epoca una correspondencia científica; su inteligencia en los principales idiomas de Europa, y en el Griego; su empeño en introducir en este Reyno los conocimientos utiles; su desinterés en propagarlos y en formar discipulos, y aquel gusto delicado para tratar qualquiera asunto, que le granjeó siempre la estimacion y confianza intima de los Reyes, fueron las expresiones con que el Vmo. y Exmo. Sr. D. Antonio Cavallero y Gongora, Virrey que fué de este Reyno, recomendó á este sabio en su informe de 3^o de Marzo de 1783.

Estas expresiones de un Rey tan ilustrado como virtuoso movieron el animo del Rey y el de su Ministro el Sr. Marqués de la Sonora, y aun produxeron mejor éxito del que se deseaba. Por Real Orden de 1783. (*) se puso en posesion á Mutis para continuar sus trabajos, y para perfeccionar los que á sus expensas habia emprendido, remunerandolos con la gratificación de dos mil doblones. Las R. O. ordenes de aquel tiempo manifestan bien que para esta expedicion no quiso el Rey se ahorrase gasto alguno. Las del reinado del Señor D. Carlos quarto nos hacen conocer que este Monarca heredó los sentimientos de su ilustrado Padre. El Señor D. Fernando septimo, en los pocos dias que gobernó por sí la Monarquía, y en medio de muchas inquietudes hizo colocar el retrato de este sabio con el de D. Antonio Cavallero en el Real Jardín Botánico para que sirviera de estímulo á la juventud. En este reinado, la Flora de Bogotá, esta obra inmensa para cuya execucion no alcanzó la vida de un hombre solo, debia comenzar á darse á luz.

Los trabajos y descubrimientos botánicos de D. José Celestino Mutis empiezan desde el año de 1760 en que llegó á Cartagena. Desde allí, á pesar del poco tiempo que permaneció se aseguró su gloria con el hallazgo de muchas plantas nuevas que se habian ocultado á la sagacidad del celebre viajero Jacquin. La frondosa vegetacion de las cañadas del Magdalena le presentó á cada momento nuevos objetos para satisfacer sus deseos. Allí descubrió muchas plantas, y dió principio á sus observaciones sobre la polygamia.

(*) El Continuator de la Flora no puede dar una exacta noticia de esta expedicion por que las R. O. ordenes y demas papeles que existian en la casa, á excepcion de los papeles botánicos se entregaron al albañ D. Salvador Ruiz. —

Sapo, Januar, 6, 1779

Gen. nov.

Árbol Nacadero.
Didymia Angiospermia

Ego Janu. 6. 1779.

El Cáliz es de una sola pieza, profundamente cortado en cinco ojillas iguales, convexo por abajo; las ojuelas muy derechas en forma de tubo mantienen la flor, que cae poco después de su explicación: ovadas, obtusas, cuerudas, ligera y blandamente vellosa por afuera, y muy lisa por adentro; pequeño (4 lin. largo, 3 1/2 lin. grueso) verde, y persiste.

Corola de un solo pétalo, ringente; el tubo pervio por su basa, cilíndrico, y poco después ventruado, y allí muy liso. Acia la mitad comprimido por sus lados tocándose interiormente. El tubo y allí queda cerrado el tubo; después inmediatamente se dilata y ensancha para formar el limbo ancho; donde está cortado en cinco partes que forman los dos labios.

El labio superior consta de las dos ojillas un poco aproximadas; y el inferior de las tres restantes, dos laterales, y una intermedia; todas ovales, obtusas, revueltas acia afuera, y todas casi iguales entre sí.

De la mitad del tubo acia arriba todo el pétalo es felpudo por afuera, y muy liso por adentro y en la basa, de un amarillo que se cambia en coccíneo. Tiene de alto estando bien abierta la flor 1 1/2 pulg.; y en lo más ancho del limbo cerca de 1 pulg. de diámetro.

Cuatro Estambres, dos y dos. Cada dos filamentos nacen unidos en una membrana ancha, obliquamente insertada al lado del tubo más abajo de su mitad; y por este nacimiento se inclinan y revueltan sobre el labio superior. Después de tres líneas se dividen, y van libres pero acompañados: los dos más próximos y posteriores son un poco más altos: todos sobresalen de la corola; son gruesos, y un poco encorvados. En las flores bien abiertas sobresalen cerca de media pulgada.

Las Anteras oblongas, grandes (3 lin.) por delante perfectamente divididas en dos, y partidas por la basa casi a la mitad; por detrás convexas, y unidas en lo restante: por los lados

barbadas con pelos largos y copiosos. Cada parte está sulcada ligeramente a lo largo, y por allí rompe; y manifiesta un solo loculamento en cada una.

(Parece ser esta una prueba que confirma mi conjetura sobre el número de los loculamentos de las anteras; pero todavía necesito repetir mi observación antes de asegurar esto positivamente.)

En efecto repito en esta planta las observaciones y hallo las anteras perfectamente biloculares; y pocas plantas se hallarán, en que se vean las anteras bien enteras después de la explosión del polvillo. Este es globuloso, blanco, y sumamente liso.

El Pistilo. Germen ovado, mediano (casi de la altura del cáliz) y muy veloso; el vello pequeño, y duro.

Estilo subulado, casi tan alto como los estambres; sube acia el lado superior para colocarse entre los estambres intermedios y más próximos; y después se encorva acia la punta acia adelante.

Estigma ligerísimamente dividido: una división que es propiamente la superior, sumamente pequeña y obtusa; la inferior muy larga (1 1/2 lin.) acanelada y subulada.

DIDYNAMIA ANGIOSPERMIA. (Al margen): Gen. nov.

El Cáliz es de una sola pieza, profundamente cortado en cinco ojillas iguales, convexo por debajo; las ojuelas, muy derechas, en forma de tubo, mantienen la flor, que cae poco después de su explicación: ovadas, obtusas, cuerudas, ligera y blandamente vellosas por afuera y muy lisas por adentro; pequeño (4 lin. largo 3 1/2 lin.), verde y persiste.

Corola de un solo pétalo, ringente; el tubo pervio por su basa, cilíndrico y poco después ventruado y allí muy liso. Acia la mitad comprimido por sus lados, tocándose interiormente de modo que allí queda cerrado el tubo; después, inmediatamente, se dilata y ensancha para formar el limbo amplio, donde está cortado en cinco partes que forman los dos labios.

El labio superior consta de las dos ojillas, un poco aproximadas, y el inferior de las tres restantes, dos laterales y una intermedia; todas ovales, obtusas, revueltas acia afuera y todas casi iguales entre sí.

De la mitad del tubo, acia arriba, todo el pétalo es felpudo por afuera y muy liso por adentro y en la basa, de un amarillo que se cambia en coccíneo. Tiene de alto, estando bien abierta la flor, 1 1/2 pulgada y en lo más ancho del limbo cerca de una pulgada de diámetro.

Cuatro Estambres, dos y dos. Cada dos filamentos nacen unidos en una membrana ancha, oblicuamente insertada al lado del tubo más abajo de su mitad; y por este nacimiento se inclinan y revueltan sobre el labio superior. Después de tres líneas (6 mm.) se dividen y van libres, pero acompañados: los dos más próximos y posteriores son un poco más altos: todos sobresalen de la corola; son gruesos y un poco encorvados. En las flores bien abiertas sobresalen cerca de media pulgada (1,5 cms.).

Las Anteras oblongas y grandes (3 lin.), por delante, pero perfectamente divididas en dos y partidas por la basa casi asta la mitad; por detrás convexas y unidas en lo restante: por los lados barbadas con pelos largos y copiosos. Cada parte está sulcada ligeramente a lo largo y por allí rompe y manifiesta un solo loculamento cada mitad.

(Parece ser ésta una prueba que confirma mi conjetura sobre el número de los loculamentos de las anteras; pero todavía necesito repetir mis observaciones antes de asegurar esto positivamente.)

En efecto, repito en esta planta las observaciones y hallo las anteras perfectamente biloculares; y pocas plantas se hallarán en que se vean las anteras tan enteras después de la explosión del polvillo. Este es globuloso, blanco y sumamente liso.

El Pistilo. Germen ovado, mediano (casi de la altura del cáliz) y muy veloso; el vello pequeño y duro.

Estilo subulado, casi tan alto como los estambres; sube acia el lado superior para colocarse entre los estambres intermedios y más próximos y después se encorva acia la punta, acia adelante.

Estigma ligerísimamente dividido: una división que es propiamente la superior, sumamente pequeña y obtusa; la inferior muy larga (1 1/2 lin.), acanelada y subulada.

Facsímil de la descripción hecha por don José Celestino Mutis del árbol vulgarmente llamado, en Ibagué, «Nacadero», y que después recibió el nombre científico de *Ruellia gigantea* Humb. et Bonpl. y de *Trichanthera gigantea* (H. B. K.) Nées.



Xavier Cortes Americ. pin x.

Trichanthera gigantea (Humb. et Bonpl.) Nees. Tamaño natural
Sucesores de Rivadeneyra, S. A. Impresores

Madrid, 1675 a

CAPITULO IX

GRANDEZAS Y PEQUEÑECES

*Even such is time that takes on trust
.....
And pays us but with age and dust.*

SIR WALTER RELEIGH.

Carecerían de interés humano la persona de Mutis y el retablo de su Expedición si en ellos todo hubiera sido perfección y éxito. Ya pasó la época de los panegíricos totales y no se los encuentra ni en las Actas de Canonización.

Será bien, por lo mismo, que para dejar el camino expedito a la merecida exaltación de la Expedición Botánica del Nuevo Reino, busquemos en el análisis de algunos adjuntos, las causas probables de ciertas alternativas en su figura central, y en la obra conjunta de su equipo.

Llegaba a las Indias J. C. Mutis brillantemente preparado en medicina, fascinado con la flora, fervoroso por hacer patria mediante la exaltación del pensamiento nacional. Pero el éxito que nos auguramos en la juventud es quimera que la realidad va despojando de sus afeites hasta que nos desposa con lo inconocible.

Desde el día en que Mutis desembarca en Cartagena la naturaleza americana parece hacer explosión delante de sus ojos. Aprovechando que el virrey debía demorar dos meses en aquel puerto disponiendo los detalles de ciertas empresas, como eran el cerrar a Bocagrande, revestir de ladrillo el Castillo de San Lázaro, reparar la muralla del Norte y disponer lo necesario para contener a los piratas y castigar los desmanes de los indios guajiros y darienenses y sacando oportunidades de la dolencia que le exigió reposo, el gaditano se entrega al estudio de los bosques subxerofíticos que entonces llegarían hasta los aleros del reducido caserío desgranado por fuera de las murallas. Se instala en Matute. Camina y el sudor baña su cuerpo.

A la primera planta que le pareció pertenecer a un género nuevo, le puso por nombre *Barnadesia* para honrar a su maestro de Migas Calientes. Con extremo cuidado arranca las raíces para examinarlas, analiza todas sus partes y las describe en un latín que, de copia en copia, ha ido perdiendo de su corrección hasta hacerse en partes ininteligible. La caracterización termina así:

Amico aestimatissimo D. D. Barnades plantam descriptam (dico) Crescit confertim in locis humidis juxta parietem habitationum rusticarum de Matute prope Carthaginem Americanam. Ibi primum vidi Barnadesiam, nec alibi eam rursus videre contigit.

La *Barnadesia* que entonces creaba Mutis y que le pareció provisoriamente una gencianácea, es perfectamente distinta de las que después formaron el género de ese nombre — hoy llegan a unas veinte especies — creado por él mismo y hecho permanente por Carlos Linné hijo en 1781. Estas son compuestas espinosas del bosque subandino en tanto que la *Barnadesia* primera tiene *Corola: petalum unicum campaniforme, tubulatum; limbus quinquefidus, laciniis subrotundis reflexis.*

Tal vez para entonces ya conocía Mutis la obra que Antonio de Ulloa y Jorge Juan habían publicado en cuatro tomos (Madrid, 1758), bajo el título: **Relación histórica del Viaje a la América Meridional**, donde describieron los árboles, hierbas, fieras, aves, reptiles e insectos de Cartagena. La obra de Jacquin todavía no había visto la luz pública y la de los matemáticos enviados por la Academia de Ciencias de París, era más romanesca que científica.

Esta expedición famosa, presidida por Carlos María de La Condamine, quien había aportado 100.000 libras para financiarla, y que, con otra similar enviada a la Laponia, debía comprobar experimentalmente las discutidas teorías de Newton sobre la forma y masa de la tierra, llevaba como principal botánico a José Jussieu, hermano de Bernardo y de Antonio, sucesor éste de Tournefort, tíos los tres de Antonio Lorenzo, fundador del sistema taxonómico de su nombre.

La Condamine publicó en 1747, en Londres, **A Voyage through the Inner Parts of South America**. J. Jussieu (1704-1779) formó

una gran colección de plantas tropicales, pero murió sin reseñarlas.

La Condamine describió el caucho, la quinina, el curare, la ipecacuana, el guayacán, el matapalo, más bien desde el punto de vista de lo maravilloso y de sus productos, que desde el sistemático. Era gran conversador y en Francia se hizo corriente un epigrama que rimo en castellano porque en francés no lo recuerdo a la letra:

*Una vieja y un viejo se casaron
El señor Condamine con la Academia;
El está sordo, malo para él
Pero no mudo, malo para ella.*

Grandeza de un lado, la inagotable flora de América. Pequeñez en los hombres que querían describirla y publicarla y que en su aislamiento neogranadino poco podían captar de la efervescencia investigativa y bibliográfica que inundaba a Europa.

Dificultaba y aun dificulta poderosamente todo el trabajo sistemático en nuestro continente, esa inmensa dispersión de los documentos básicos del trabajo, de los tipos y de las descripciones originales, recolectados y archivados por un enjambre de viajeros fugaces, en herbarios dispersos y en revistas de corto tiraje que no alcanzó para que unos cuantos ejemplares llegaran a nosotros.

Esta dificultad, que en nuestro siglo, por una parte se presenta gigantesca, dada la vejez de los documentos y que por otra se ha salvado mediante una colaboración organizada entre los centros científicos, a mediados del siglo XVIII era invencible.

Sobre los géneros nuevos creados por Mutis pendía, como espada de Damocles, la ley de las prioridades. Su *Barnadesia*, primer hallazgo en los alrededores de Cartagena, hubo de morir antes de nacer.

Otra pequeñez se presenta en la sistemática de las plantas americanas y es la insuficiencia de muchas descripciones antiguas originada en la prisa de los Pródromos por asegurarse prioridades y en la suposición de tener delante todas las especies del género. Descripciones como ésta: *Arbor 6-8 metr. alta, ramis depauperatis, floribus auranciis haud speciosis* no caracterizan nada. Se pueden cambiar por otra que diga *Eritrina examinada con mal humor* y constituyen verdaderas trampas para los futuros que, adelantando las exploraciones exhaustivas, quieren ordenar un género mediante cuadros dicotómicos. En todo caso, juzgar las prioridades de Mutis a la luz de las normas modernas, sería como calificar las culturas nacientes por lo aceptado en nuestro siglo.

América era extensa. La conquista del territorio colombiano se hizo siguiendo cuatro rutas. Una la de don Gonzalo Jiménez de Quesada partiendo de Santa Marta, Adelantado de su Gobernador don Pedro Fernández de Lugo; otra la del mariscal Jorge Robledo, Adelantado de Pedrarias Dávila y que salió de Cartagena por el Sinú y el Cauca; la tercera, la de Sebastián de Belalcázar, venido desde el Perú por las cumbres de los Andes; por último la de Nicolás de Federmán quien, desde Coro de Venezuela penetró por los llanos que van al Orinoco y cuya huella borraron los pajonales de la planicie verde, para que nada nos quedara en nuestra cultura que no fuera español.

La fundación de Santa Fe de Bogotá, una aldea de cabañas en la sabana fría, rumorosa de maizales, donde lagunas cubiertas de juncas albergaban bandadas de patos, de tinguas, guacos y chorlitos; allí donde la civilización chibcha había alcanzado su parhelio de organización social y de densidad demográfica, fué el resultado de la confluencia de esas cuatro órbitas de valentía.

La bondad del clima, sus provisiones, sus riquezas de indios, la

personalidad del letrado granadino que fué Quesada, el primero que escaló esa meseta andina, emplazaron para siempre la capital de la nación en Santa Fe de Bogotá, llamada así porque recuerda en su topografía la Vega del Genil, Cuarteles de los Reyes Católicos en la reconquista de Granada. Después se pensó en abrir caminos hasta ella, aprovechando la navegación del río Grande de la Magdalena.

Pero para siempre hubo de ser Bogotá la capital más retirada del mar entre todas las americanas y para siempre los colombianos nos familiarizamos con la distancia, con las largas jornadas, con el aislamiento de las aldeas y con la dispersión demográfica. Encajados en el continente vivimos como isleños, prescindimos del mar y nos resignamos a ser olvidados de ultramar. Confinados, nos faltó el estímulo de ser testigos del esfuerzo ajeno y nos creamos normas contraídas para medir los valores humanos. Los que tuvieron caudales buscaron gastarlos lejos y los lujosos hubieron de importarlo todo para sentirse y aparentar que eran señores. Por paradoja ausentes de los hombres que crean la cultura del mundo, concedimos al extranjero un valor fetichista y remachamos las cadenas de una mentalidad pedisecua, de una postrada capacidad de ataque a la vida.

Este proceso inexorable de psicología de masas explica muchos detalles de la historia de la Expedición Botánica y declara ciertas actitudes de Mutis, de Caldas y de todos los hombres de su escuela.

La obra botánica de Mutis llevaba su disolución en las entrañas. Semejante a los aviones de hoy día, cargados de combustible listo a desintegrarse, volando a velocidades que al menor roce provocan la incandescencia de los metales; la Expedición, por sus propias excelencias, cabalgaba en la muerte.

Mutis a fuer de europeo proyectó como entonces se proyectaba en los países más adelantados. Como español templó más el arco, se enardeció en el esfuerzo, se enamoró de Dulcinea. Como una sirena homérica lo iba atrayendo la flora granadina cada vez más incógnita. Y no medía ya, ni los años de su vida, ni los recursos editoriales para su obra, ni la veleidad de sus continuadores, ni la fugitiva vigencia de la protección real.

Cambiaron los vientos, desfalleció el timonel en su puente de guardia, y la obra que para España era gigante, para la colonia convertida en república resultó desmesurada. No había llegado el momento de equipararnos con nuestra propia naturaleza.

Si por este aspecto del plan que concebía, el científico español resultaba inmenso y Nueva Granada pequeña, por otro sucedía al revés. El era gota no más sobre campos dilatados, rayo de luz en densas tinieblas.

Ya insinuamos que Linné dividió en dos la historia taxonómica del mundo; que quiso poner orden en las especies florales y zoológicas de todos los continentes; fijar las normas, precisar los caracteres exactos para colocar en su puesto y casilla, con su nombre y rótulos internacionales, a todos los seres que, en avalancha, se precipitaban desde todos los ángulos del planeta, sobre el interés de los naturalistas. Y quiso — obligada limitación de la técnica — encuadrar esos caracteres dentro de los ejemplares botánicos, en los exsiccados de herbario, en la tabla pictórica de unos cuantos centímetros cuadrados; proceder que

lo condujo a determinar palmeras por sola su inflorescencia. Esto hacía escabroso el camino de Mutis, inciertas sus determinaciones.

En la vida de la Expedición jugaron otros factores de grandeza y pequeñez.

Llega Mutis a Santa Fe con su colega el cirujano don Jaime Navarro quien debía ser de los de *saco corto* y las gentes, aunque urgidas por mil dolencias, les muestran menos confianza que a los curanderos charlatanes.

Proyecta Mutis su Historia Natural de América, pule las aristas de sus planes con minuciosidad exquisita, pero en Santa Fe — ¡qué va! — no halla recursos para desarrollarlos.

No pocas contrariedades debió sufrir Mutis por causa de la incompreensión de la sociedad santafereña; incompreensión con que los mediocres castigan siempre a quienes notoriamente los superan. Una frase suya incidental nos revela ese aspecto de su lucha: *¿Pero qué progresos, dice, podría hacer un hombre sin protección y con la nota de distraído de ideas extravagantes, según estos sabios de aquel tiempo en el Palacio y en la capital del Reino?*

¡Oh los sabios de la corte de Santa Fe; los del vestido viejo de Fernando VI y las gorras de terciopelo carmesí! Con razón don Pedro de la Zerda los metió a todos en la cárcel por media hora, como a rapaces de escuela, porque a su regreso de Cartagena por el camino del Carare no salieron a rendirle pleitesía en Usaquén, según era de protocolo.

Dirige Mutis desde 1763 su representación al rey solicitando su patrocinio en cambio de toda su vida entregada al esfuerzo y al prestigio de la nación y la respuesta sólo llega al cabo de veinte años, cuando los climas y las angustias han mermado su salud y su energía y se le ha adelantado en el favor del monarca una turba de mediocres.

Se accede a su solicitud, pero con la condición de que entregue para el Gabinete Real todas sus colecciones y dibujos hechos a su costa en veinte años.

El investigador se entrega a su obra con alacridad sin ejemplo y halla dificultades en conseguir colaboradores; no puede, por falta de imprenta publicar las especies nuevas; otros menesteres ineludibles le distraen y su salud decae por la rampa de la senectud.

Al sabio faltó presenciar lo más triste de su destino, pequeñez de América indescifrable: la volubilidad de sus favorecidos; la insubsistencia de los favorecedores de su obra; la secular interrupción de su esfuerzo; el silencio de los llamados a lista por sus obligaciones con España, con el Nuevo Reino, con la ciencia y con la naturaleza.

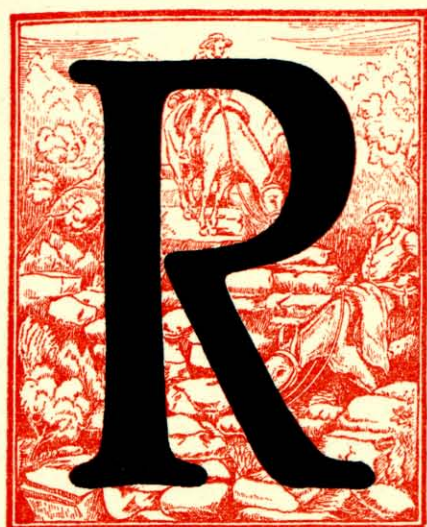
Hasta su tumba se perdió bajo el palustre de algún albañil inominado.

Cuando sintió que el suelo se hundía bajo sus pies, él, el caballero de la alta bandera y de la profunda melancolía, debió decir como Sir Walter Releigh la víspera de su muerte:

*Con que ese es el tiempo, que nos arrebató la confianza
Juventud, alegría y cuanto poseemos
Y así nos paga en polvo y en vejez...?*

SEGUNDA PARTE

TRAYECTORIA HACIA EL CORAZON DE AMERICA



RELATASE el viaje de José C. Mutis desde Madrid a Santa Fe de Bogotá, en 1760, como médico de la Corte virreinal. A lo largo de él se va reduciendo su periferia social, mientras la órbita de sus intereses mentales se dilata hacia el tema infinito de la naturaleza neotropical.

De Madrid a Córdoba, por caminos de herradura, que muchas veces se entrecruzarían con el itinerario fantástico del andante Caballero de la Triste Figura, Mutis se va avezando a los fragosos caminos del Nuevo Reino; familiarizándose con las cabalgaduras, con los arrieros, con las cargas y con los malos pasos. Pero en esas fatigas se aguza su observación de las plantas, de las tierras y de las gentes; se temple su organismo, se endurece su resolución de anotar todo para acumular en su espíritu y en sus diarios los datos positivos,

las relaciones y particularidades en cuyo análisis consiste la verdadera sabiduría.

De Córdoba a Cádiz, su patria chica, utiliza el coche de postas bamboleante, cascabelero y moledor. Se despide en el puerto de sus amigos y de sus familiares asegurándoles que pronto regresaría, mientras el destino, más allá del mar, movía la cabeza diciendo que nunca.

Luego vino el viaje transoceánico, para el cual fué alojado en un estrecho camarote de la Santa Bárbara, donde aprendió la monotonía de los viajes en buque de vela y sufrió los calores persistentes del trópico. Ya en mares americanos, a la vista de las islas y de los puertos del Caribe, Mediterráneo americano, saludó su ideal ambicionado que era el misterio de la naturaleza virgen, ante la cual él se presentaba sólo, como adelantado para sorprender con descubrimientos innumerables a los sabios de Europa.

Llegado a Cartagena, aunque enfermo y enflaquecido, da riendas a su avidez por el estudio, no pierde minuto, no desperdicia paso.

Navegando aguas arriba por el Río Grande de la Magdalena, en un estrecho champán, se pone, al fin, en contacto con el bosque tropical, con la hilea que había de nombrar Humboldt, con las razas y con los problemas del Nuevo Mundo. Todo atrae su atención de científico; seres innumerables le van repitiendo que su vida no será estéril, cada enigma le promete que sus estudios darán tanta luz que deslumbrarán a quienes se atrevan a dudar del pensamiento y del progreso españoles en las nuevas ciencias.

Llega así a Honda, término de la navegación fluvial, y emprende, otra vez a lomo de cabalgaduras, el ascenso prodigioso de los Andes. La orografía se agiganta para él en virtud de la observación de lo minúsculo y del interés que le aprisiona por cada brizna del cosmos.

Ya en las cercanías de la capital, en la aldea de Fontibón, Mutis se ve incorporado a la vida cortesana de Santa Fe, que remedaba mal la de Madrid; pequeño naípe de ficciones coronadas y de valores fingidos, con que, sobre el tapete verde de la meseta andina, se jugaban, sin acrecentarlas, la esperanza y la riqueza de aquella gran porción de la Monarquía.

Así se estrechaba el ambiente exterior mientras el íntimo de su espíritu crecía hasta lo inconmensurable.

THE HISTORY OF THE UNITED STATES

The history of the United States is a story of growth and change. From the first European settlers to the present day, the nation has evolved through various stages of development. The early years were marked by exploration and the establishment of colonies. The American Revolution led to the birth of a new nation, and the subsequent years saw the expansion of territory and the growth of a diverse population. The Civil War was a pivotal moment in the nation's history, leading to the abolition of slavery and the strengthening of the federal government. The 20th century brought significant social and economic changes, including the rise of the industrial revolution and the emergence of the United States as a global superpower. Today, the United States continues to face new challenges and opportunities, and its history remains a source of inspiration and guidance for the future.

CAPITULO X

DE MADRID A CARTAGENA DE INDIAS

For it was the explorer naturalists who opened South America

VICTOR WOLFGANG VON HAGEN.

Pongamos ahora delante de la imaginación, lo que ya vieron los ojos del cuerpo, y lo que pasó en hecho de verdad en los tiempos pasados, supongámoslo ahora. Así hablaba el P. maestro fray Luis de Granada.

Los muchos retratos que se conservan de José C. Mutis en su edad proveya cuando, ya sacerdote y mentor de la Nueva Granada, veía prosperar sus planes, han hecho olvidar al joven médico del virrey que, recién salido de las aulas, emprendía viaje hacia la incógnita de su destino, animoso y lleno de curiosidad.

Sin embargo, desde esa temprana edad, tiene ya una personalidad definida. A ella se aplicarían las palabras de Caldas: *¡Oh Dios, qué presente tan grande hicisteis a la América!* Y las de Luis López de Mesa, cuando conceptúa que Messía de la Zerda hizo a España un servicio público más valioso que los quintos del oro pagados al Rey en doscientos años de la Colonia.

La semblanza juvenil de Mutis nos muestra ya madura su capacidad de observación, especifica la preparación que traía para la vida que había de llevar y nos revela en el ambiente de España y de los navíos que viajaban a las Indias, aspectos nuevos de semejanza entre las dos porciones de España: la peninsular y la cismarina.

Si nos faltan los trazos pictóricos nos sobran los literarios porque, para seguir ya el orden cronológico de los hechos, contamos con los diarios del mismo Mutis, con los de Eloy Valenzuela, su segundo, educado en un todo por él y con una copiosa correspondencia epistolar del gaditano y de sus relacionados, que ha sido publicada por Federico Gredilla, por Guillermo Hernández de Alba y por Francisco de las Barras. Nuestro trabajo será entresacar lo más interesante, poner de bulto lo significativo y ordenarlo todo, según la finalidad de la presente obra.

Asombra la perseverancia de Mutis en llevar sus diarios. Atendiendo a múltiples ocupaciones, viajando largas y penosas jornadas a caballo, mareado a bordo o estropeado en tierra, nunca le falta interés para ordenar sus ideas, para escribirlas con vivacidad, digno estilo y sinceridad admirables y para atesorar con miras al futuro sus recuerdos y sus experiencias. Es una luz encendida en un brisero y vigía que atalaya desde lo alto de una preparación extraordinaria. La honestidad con que lleva su diario, le hace decir: *Yo puedo ser precipitado en apuntar todas mis conjeturas y reflexiones en mis Diarios, pero soy muy detenido en proferirlas. Como esta (el Diario) es obra de la historia de mis conocimientos que no ha de ver el público, sino el depósito de mis descubrimientos para la formación de las obras públicas, poco me importa de tener que desdecirme en mi secreto.*

El diario del viaje desde Madrid a Cádiz, camino de Cartagena, nos sitúa en la España de Fernando VI (1746-1759) quien promovió a Messía de la Cerda, y comienza así:

Hoy 28 de Julio (1760) salí de Madrid acompañado de Don Jaime Navarro, que se determinó a seguirme a la América, a las ocho de la noche, con las recuas de López.

Noche de verano pleno en Madrid y con la luna llena en el cielo despejado. Las gentes a las puertas de sus casas, sentados unos en taburetes apoyados en la pared, otros en escaños, hablaban de las mil banalidades del día, cuando los hijos del tío José López, con silbos, gritos y porvidas trataban de que su recua entrara en son de viaje y no se desperdigara por las bocacalles.

Los viajeros eran Mutis, el señor Navarro, un irlandés a quien no nombra el diario y otras cuatro personas. Montaban bestias mulares apropiadas para el difícil camino de herradura que iba de la Corte

hasta Córdoba y las monturas que usaban—nada cómodas—consistían en un albardón, con su gorupeta (en Colombia decimos gurupera). Probablemente no usaban frenos sino sólo el roncal, con lo cual las cabalgaduras debían ser conducidas con palabras e interjecciones como todavía se acostumbra en España entre las gentes del pueblo.

Con tan escasos aperos no es extraño lo que sucedió a media legua de Madrid no más. Porque, como Mutis, buen cristiano y según era su costumbre al cerrar la noche, sacara de la bolsa el rosario de Nuestra Señora para rezarlo, asustado el mulo con el ruido de las cuentas, dió una salida que tomó desprevenido a su jinete y dió con él en el suelo.

Volarían los arrieros, levantarían al caballero, atajarían al mañoso animal, y la cosa paró en un buen magullamiento del cuerpo y en un mayor cuidado con la bestia de allí en adelante.

Por esta aventura nos enteramos de que Mutis solía sorber rapé, forma como entonces se usaba el tabaco por todas las clases sociales, y pequeño vicio, que debió durarle mucho en la vida. Porque refiere que habiendo sido la caída sobre el lado derecho, aplastó con el golpe la cajilla de madera en que llevaba el polvo y fué fortuna que se salvara la aguja imantada que guardaba en el mismo bolsillo.

Además de la brújula, consta que Mutis llevaba sobre el cuerpo su termómetro para ir haciendo sus observaciones de la atmósfera, que no sería tan pequeño como los de uso clínico que suelen portar los médicos de nuestros días.

Dejando atrás a Toledo, y pasado el Tajo, el camino de nuestros viajeros seguía por Orgaz, Los Yébenes, Malagón, Ciudad Real y Caracue! y era el mismo que aparece en los mapas (1931) del **Stielers Handatlas** llamado Atlas secular, como uno de tantos: *Post und Handelstrassen*. Vino luego el trepar y bajar las Sierras de Alcudia y Madrona, digitaciones de Sierra Morena.

Luego se hicieron jornadas a Villanueva de Córdoba, ya en tierras del Gran Capitán, y a Adamús hasta llegar a la calurosa Córdoba, desde donde, por caminos que hoy se hacen en ferrocarril, llegaron a Ecija, Marchena, Utrera y de allí, según supone F. Gredilla — pues el diario se suspende—debieron utilizar la carretera general, en una bulliosa diligencia, tintineando los cascabeles, para llegar al cortijo y Casa de Postas llamado Torres de Alocaz, a Jerez, Puerto Real, San Fernando y a Cádiz. Allí llegarían el domingo 10 de agosto, después de trece días de viaje incluidos descansos en Yébenes y Venta de Alcudia.

Pasando de noche por sierras boscosas, debían compactarse todos los de la caravana, en prevención de cualquier ataque de salteadores, a quienes se atribuían robos y asesinatos de pasajeros, en aquellos parajes.

Todos estos detalles explican otros de la historia neogranadina a raíz mismo de la Independencia y sería bueno que los tuvieran en cuenta nuestros escritores, a veces quejosos del estado en que España mantuvo nuestros caminos coloniales. Es anacrónico pedir a los últimos virreyes que en nuestras distancias y sobre nuestras cordilleras andinas abrieran las vías de que carecía, no digo la península, sino toda la ancha y espaciosa Europa.

El caballero Mutis, en su diario, nos suministra datos geográficos y toponímicos, que, si tratándose de una nación tan estabilizada como España son interesantes, por otra parte nos sirven para «chequear» como hoy dicen, para compulsar, el criterio con que él captaba y registraba los nombres que después nos dejó de localidades de la Nueva Granada.

El diario Mutisiano de Madrid a Cádiz no tiene ripio sin interés. Por él conocemos sus relaciones de familia y de amistad. Asistimos al abrazo casi filial que da al P. Juan de Torres, su viejo maestro de Gramática en Cádiz; a la fortuna de ver al P. Francisco Mutis, su hermano jesuíta; saludamos con él a su tío el ex provincial Bossio a quien encontró venido de Barcelona acompañado de un lego de su orden llamado fray José en cuya casa les sirvieron una comida *superior a las fuerzas de la tierra*; y saludamos a su condiscípulo de Sevilla don Valentín González, también médico y *terriblemente estudioso* con quien, después de siete años de ausencias, hicieron remembranzas de los años pasados en la ciudad reina florida del Guadalquivir. Finalmente se despide con ternura de Rita Conejero, la vieja criada de su casa, que a él y a sus hermanos mira y trata como si fueran niños.

A propósito de la comida del Hermano José, notemos que en todo el diario el joven Mutis nos habla de su buen apetito; de su gusto, en esos calores del mediodía español, por el agua helada y por el helado de canela que entonces preparaban los *neveros* con nieve traída de los montes más altos de la sierra. También por el bueno y fácil vino amontillado de la Mancha.

Otra de las atracciones de Mutis es la observación de las gentes del pueblo: de su manera de pronunciar el castellano, de sus trabajos manuales, de las oraciones inacabables del tío López antes de comer; de sus maldiciones cuando perdía la chaveta; de los dijes y del vestido de su hija, tan corto por punta y punta; del soldado que entretenía a las gentes dándose de topes con un cabro y que rompía nueces y ladrillos con la frente. Hasta consigna las grescas que se armaban entre arrieros y las gazaperas de las comadres. El solemne hombre de ciencia halla gusto especial en sentarse a comer con los arrieros para disfrutar de sus pláticas elementales.

Campo de especial observación para el naturalista son las condiciones económicas de las tierras por donde cruza; la naturaleza y la abundancia de las aguas; la diligencia de las gentes para el trabajo; la fertilidad de los campos, el bienestar de los campesinos y la limpieza de las ventas.

No debía ser Mutis muy ágil, antes algo lerdo y de salón, pues confiesa que era el primero en resbalar en los barrizales y que a caballo con facilidad recorría la fatal trayectoria entre la grupa y las orejas de su mulo. Y eso que le habían escogido el más seguro para los malos pasos y el más fuerte para su fornida talla.

En casi todas las páginas del diario aparece el médico solícito por ayudar a los enfermos; prudente en la prescripción de los remedios de más fácil aplicación por el pueblo y que ningún riesgo implicaran para familias confinadas; severo crítico de los médicos fanfarrones y discutidores; de los que él califica de *tunantes de la escuela de Valencia*.

Pero, como era de adivinarse, la atención del viajero se dirige especialmente a las plantas. Su recolector es Navarro. El las examina, las determina, guarda las semillas, consigna los datos de sus aplicaciones curativas, pondera su belleza. He llegado a pensar que de esas semillas recogidas por Mutis en su último viaje español, y de las cuales él hizo lista minuciosa para recogerlas, se originaron las aclimataciones en Colombia de muchas plantas hoy connaturalizadas aquí y originarias de la madre patria, como el «retamo» que hoy es tan popular en los jardines de Bogotá; el «escobo» que cultivan junto a las casas de Zipaquirá, Nemocón y Sibaté; la aliaga o retama espinosa que se ve en Zipacón y que tanto recuerda el soto-bosque de los pinares de Castilla.

Estamos ya en la ciudad natal de nuestro protagonista. Allí se despide de sus padres diciéndoles a todos que iba *por pocos años*. Y siguió el viaje de mar para nunca más volver.

Dos documentos de interés apasionante nos dejó Mutis de esta travesía: su **Diario** y una relación sobre **Gobierno de la embarcación y personal destinado a su servicio**. Aquí debemos superponer ambas fuentes de información para calcar este episodio de Mutis navegante que va penetrando más y más en su mundo americano.

Los que hayan leído el libro de Hendrik W. van Loon, **Ships and how they sailed the Seven Seas**, saben cómo era la vida a bordo de los navíos en la época descubridora: estrecha, rígida, hambreada, sedienta, sucia y malsana por las condiciones internas; por las externas, arriesgada, desorientada y de una lentitud que hoy nos desesperaría. Algo habían mudado las condiciones a mediados del XVIII, pero lo fundamental duraba, que eran las armazones de madera, y el impulso con aparejos para el viento, de donde se derivaban el mismo balanceo, los mismos peligros e igual apretujamiento.

El diario de navegación de Mutis comienza con una frase difícil de interpretar:

Día 6 de Septiembre de 1760: dudoso de mi partida con el señor Virrey, Don Pedro de la Zerda al Reino de Santa Fé de Bogotá, a quien debía acompañar como su médico y cirujano, determiné pasar a Puerto Real donde residía dicho Señor.

Parece como si los razonamientos de su familia hubieran logrado que Mutis desistiera de su viaje, o que más bien ignorara todavía si su transporte había de ser al tiempo y en la misma nave en que se embarcaría don Pedro.

Acontecimientos sencillos vinieron, sin embargo, a dilucidar el interrogante y a probar que Dios endereza el destino de los hombres con briznas de casualidades.

Varias naves debían salir juntas con rumbo a la América en aquella ocasión: la *Tetis*, el *Gallardo*, el *Africa*, el *Jason*, buque de escolta y el navío de guerra de Su Majestad llamado *Castilla*.

En un bote de la *Tetis* conducían a Mutis a través de la bahía y de los Caños del Trocadero cuando, dos horas después de salir de Cádiz, divisaron unos botes del rey. Al emparejar vieron que en uno de ellos venía el virrey a Cádiz para despedirse. El virrey mandó a Mutis subir a su bote porque debían embarcarse luego con intención de zarpar a la mañana siguiente. Sólo le dió permiso para ir a su casa por el equipaje y ni siquiera dijo el último adiós a sus padres para evitar la escena dolorosa.

El *Castilla*, decíamos, era buque de guerra destinado a la línea de Cartagena y La Habana y Mutis se alegró de viajar en él porque la mayor disciplina contribuía a la seguridad del viaje y de los pasajeros, y la severidad de los castigos hacía que los robos fueran menos a bordo. Lo capitaneaba don Francisco Espínola, quien cedió su autoridad cortésmente al virrey de Nueva Granada, ya que éste era teniente general de la Real Armada y viejo lobo de los mares de América.

La emoción solidaria de darse a la mar el día 7 de septiembre, tan contraria y tan igual a la de llegar a puerto, pronto pasó a segundo término con el mareo que acometió a muchos pasajeros y algo también a Mutis.

Al médico del virrey se lo había alojado en la *Santa Bárbara* que era el pañol destinado para guardar la pólvora; sitio de confianza, pero que le dió una primera impresión de suma incomodidad. Pronto se acostumbraría a ello; sacaría del equipaje las casacas y potingues que, para su policía y para ejercer su oficio, había alistado desde Madrid y pondría a mano el inseparable **Systema** de Linné, junto con la brújula. El libro lo había buscado inútilmente por todas las librerías de Madrid hasta que se lo regaló Alstroemer, su amigo.

De pocos pasajeros se hace mención nominal en el diario. Allí estaban el virrey con su familia, varios clérigos y religiosos; unos portugueses. Pero la afinidad intelectual manda y los entretenimientos de Mutis habían de ser con don Luis de Lorenzana, teniente de navío, sujeto de bella educación y de conocimientos poco comunes, aficionado a las ciencias naturales.

Los sucesos más importantes a bordo, después del mareo, eran sin duda el de las amenazas de lluvia o tempestad y el de la velocidad con que navegaba la embarcación. Fuera de eso se trataba de sacudir en lo posible la monotonía del viaje con actos religiosos a mañana y a tarde y con danzas y comedias especialmente preparadas en honor de su excelencia.

Los primeros días fueron de una marcha reducida por la lentitud de los barcos mercantes que el *Castilla* debía llevar *en su conserva*, recelosos como iban de algún ataque de los moros en las costas vecinas a Marruecos. Pero pasadas las Canarias, el *Castilla* navegó solo y cuanto le permitían el viento y su buen aparejo.

Había que amoldarse a no hacer nada. A contemplar las olas y las nubes, a curiosear las maniobras de los tripulantes, a ver volar las palomas que se criaban a bordo, a entretenerse aprendiendo nombres de marinería y mirando los cambios de guardia, en los cuales el informe principal debía ser cuántas luces y cuántos fogones quedaban encendidos, porque las llamas eran la amenaza perenne de esos barcos, todos de madera y de lona, pringosos de calafate, que a la menor chispa amenazaban catástrofe.

A bordo, en viajes largos, salen las gracias que cada cual sabe, y era un entretenimiento mirar a un muchacho, paje de escoba, natural de Triana, arrabal de Sevilla, que era contorsionista de suyo y sin que

lo hubieran educado para ello. Se echaba las piernas sobre los hombros y tomaba las posiciones más estafalarias.

Dato que los biógrafos no han hecho resaltar es que el médico naturalista también tenía un poco de músico, pues en los actos del culto religioso hacía el papel de sochantre, dirigiendo el coro y la orquesta integrada por unos violines y — ¡manes de todos los liturgistas! — por varias guitarras.

El 20 de septiembre avistaron las Canarias y el 22 ya perdían de vista el Pico de Tenerife, última tierra española y europea. Luego alta mar y monotonía, mal disimulada con novenas y letanías a las cuales seguían inmediatamente los bailes.

De la comida no se habla en todo este diario, probablemente porque no merecía la pena.

El 14 de octubre, ya en el golfo de Las Damas, mar americano, encontraron un barco holandés que navegaba probablemente de Surinam de donde había salido hacía doce días para Amsterdam y que iba cargado de azúcar y café. Ya esto nos huele a América.

El 17 de octubre divisaron las islas de Trinidad y Tobago; el 18 apugaron en las islas de los Siete Hermanos; el 21 recorrían la costa de Caracas; el 24 avistaron Aruba, el 25 las costas de Santa Marta; el 26

la Sierra Nevada y el Cabo de Aguja y el 29 entraban, como lo dijimos en el primer capítulo, al puerto de Cartagena, a cuya deriva habían rondado por falta del viento favorable.

A falta de plantas, Mutis, durante todo el viaje, se dedica a la Zoología. Registra su hallazgo del pez volador, las especies que se pescan de tiburones, los picudos, con lo que de ellos se refiere. Anota una a una las aves que vuelan sobre el mar, hace que Navarro le diseque una para estudio ulterior, que parece vino a parar en manos de Linné; caza los insectos que se presentan a bordo y hasta los murciélagos que se refugian en los entrepuentes. Está alerta a la sacada del escandallo, para investigar la vida submarina. Describe, determina y dibuja desde antes del amanecer.

Así, alerta y laborioso, madrugaba al encuentro de la tierra americana.

Lo que inútilmente se buscaría en los diarios de Mutis sería lo que dijo no recuerdo si Richelieu o Talleyrand y que con tanta acuciosidad inquietan los historiadores freudianos.

Cherchez le femme, es empeño inútil en el naturalista electrizado por sus estudios. Sólo parece interesarle la frescacha hija de López el muletero, pero, como él dice, no tuvo ocasión de *explorar sus ideas*.



CAPITULO XI

POR EL RIO GRANDE DE LA MAGDALENA

Nunca he llegado a las orillas de este Río sin experimentar a su vista una sensación de respeto y simpatía.

SALVADOR CAMACHO ROLDÁN, Viajes.

Plácidamente transcurrieron los meses de la primera estancia de Mutis en Cartagena, bajo el calor tropical, que soplando el alisio decembrino, no sería mayor al de Cádiz en los días del verano. Le faltaba, sin embargo, satisfacer su avidez por los ríos y los bosques vírgenes de América, orgías estupendas de la vida. Dos meses en que apasionadamente se dedicó al estudio de la flora en los alrededores de la ciudad portuaria mientras se restablecía de una dolencia que debió probarles cómo el trópico no respeta ni a los médicos.

Aunque sabemos que el virrey emprendió viaje el 15 de diciembre no nos consta del camino seguido hasta embarcarse en el Magdalena. Gredilla supone que de Cartagena pasó a Barranquilla, lo que es improbable, pues hasta fines del siglo XIX era usual salir a caballo de la ciudad heroica y hacer las jornadas — que describen muy bien J. M. Restrepo Sáenz en sus **Biografías de los Virreyes** y Felipe Pérez en sus **Episodios de un viaje** (julio de 1860), reeditados por el ministerio de Educación en 1946—, hasta Barrancas, junto al arranque, en el río Grande del Canal del Dique.

El canal de navegación entre Cartagena y el río, por el Paso de Balsa y la Ciénaga de María Matuna, había sido abierto en cinco meses de trabajo, de marzo a julio de 1650, gracias al espíritu cívico que había hecho vibrar a todos los cartageneros: a los ricos para contribuir con fondos, a los pobres para regalar el trabajo de sus brazos, siendo el principal promotor de ese movimiento don Pedro Zapata, gobernador y capitán general de la ciudad, y su motivo uno muy español, como fué la emulación «envuelta en ira» porque la corte, que aprobó el plan, no asignó los recursos para ejecutarlo.

En esos tiempos de hombres austeros y sin género alguno de melindre, se navegaba desde Barrancas, cerca al actual Calamar hasta Mompo, en botes que aprovechaban con sus velas cuadradas el viento costero y, de allí, en champanes, grandes canoas con un cobertizo de palma en su parte central, impulsados con canaletes, varas y ganchos. Para el virrey y su comitiva, se debieron buscar ocho embarcaciones suficientes, bogas privilegiadas, que no bajarían de ciento y, ya que no se podía hablar de comodidades, más llevaderas molestias.

¡Qué encuentro aquél, entre el abismo y la centella, el que tuvo lugar al sentir Mutis que en las aguas del río, América salía a recibirlo!

Este río Grande, descubierto por Rodrigo de Bastidas, el primer Adelantado que pisó el interior de nuestras tierras; explorado por Pedro de Lerma arriba de su desembocadura; recorrido hasta la Tora y la desembocadura del Carare, por la expedición de G. Jiménez de Quesada, ha sido, como ya lo publiqué, el eje de la geografía de Colombia, arteria de sus comunicaciones, palestra de sus empresas y esperanza de riqueza que ya se va convirtiendo en realidades.

Para cuantos lo han estudiado, el Magdalena ha sido un paraíso. Escribía así Luis Agassiz Fuertes, ornitólogo americano, en un **Anuario de la Smithsonian:**

Entre las impresiones duraderas que saqué del trópico, ciertamente, una de las más vívidas es la de aquellos enormes, húmedos, perfumados y sonoros pantanos de los valles del Magdalena y del Cauca. Aquellos traidores hallazgos tienen una fascinación, ejercen una atracción sobre el novel naturalista capaces de meterlo en aprietos. Todo lo que en un paisaje de aguas septentrionales encanta los sentidos, está aquí multiplicado. La vida vegetal es pujante, pululan en consecuencia los insectos y con ese alimento fácil se nutren numerosas especies de aves. El atractivo de una fragante superficie de agua, llena de reflejos, con lechos de plantas flotantes vivifi-

cados por las delicadas y amables jacanas que en sus inocentes luchas despliegan sus alas de raso amariposadas; los ceremoniosos gallitos, de espuelas en las alas, que corren en las orillas o vuelan en ruidosas bandadas al ras de las cercanas praderas; quizás un barranco desnudo en el fondo del pantano, todo en flor con rosados picocucharos y con niveas garzas; el cro-torar del gigante Martín-pescador...; un ave escultórica parada en una rama saliente; los silbos penetrantes de los patos peinándose o asoleándose al borde de sus lechos de jacinto; todo esto y cien otros encantos atraen al naturalista más y más adentro del pantano o entre los matorrales de juncos y papiros que forman algunas de sus márgenes.

En tono parecido hablaron A. Le Moine, G. Mollien, P. L'Espagnat, E. André, S. Camacho Roldán y otros. Pero entre las relaciones de viajes por el Magdalena, la de Mutis se distingue por su fidelidad, por su mesura ingenua y por ser trasunto de su observación insaciable.

El Magdalena, año tras año va perdiendo su soledad, sus bosques intactos y su agresividad coléricas; ese carácter suyo de potencia salvaje. Pero quienes desde hace muchos años lo conocimos y nos interesamos siempre por su evolución, podemos imaginarlo cómo era cuando Caldas decía que desde Honda para abajo, *el Magdalena no recorría sino bosques* (1808).

Allí se puso Mutis en íntimo contacto con las razas que formaron la nacionalidad colombiana. Con los esclavos, jirones sangrientos arrancados a las entrañas del África negra; con los indios, civilizaciones púberes, paralizadas de terror ante otra destructora y potente; con las enfermedades del trópico desconocidas antes para él; con fieras de las espesuras y de las aguas; con insectos y mosquitos que, según la expresión de F. Pérez, envolvían al viajero como gasas oscilantes.

A su penosa adaptación al estrecho e incómodo champán y a la fascinación de los primeros aspectos del gran río y de las ciénagas; al quebranto de su salud, a las lluvias y a la premura del viaje para alcanzar al virrey hay que atribuir el vacío del diario, correspondiente al trayecto Cartagena-Mompox. Comienza así:

Día 8 de Enero de 1761. Salimos de Mompox a las siete de la mañana, saliéndonos a despedir el Cabildo, los oficiales reales y la gente distinguida del pueblo.

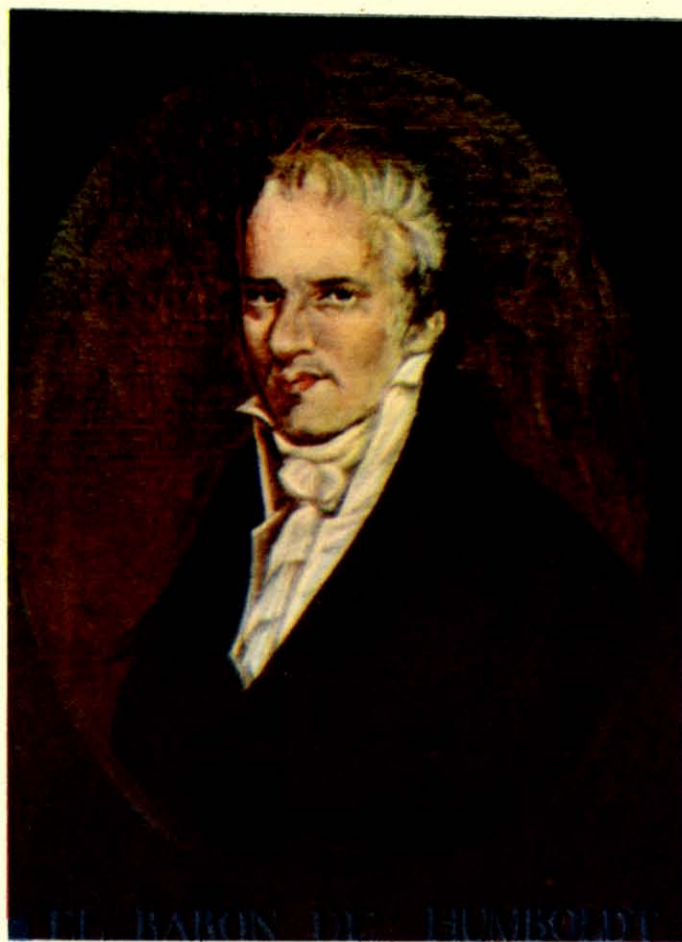
La ciudad de Santa Cruz de Mompox se conserva muy semejante a como la conoció Mutis. Una espesa muralla de calicanto español alzada a lo largo del río, la protege de sus inundaciones. Casas de amplios patios y aljibes misteriosos; jardines donde el sol tropical llega tamizado por orquídeas y florecidos festones a iluminar los amplios corredores; derroche de verjas forjadas como en Sevilla o Córdoba, Granada o Valencia; talleres de orfebres en cuyo oscuro recinto brillan más las chispas brotadas de los mollejos puliendo dijes o afinando filigranas; todo recuerda la antigua prosperidad cuando el comercio del río no se había desviado por el Brazo de Loba y las inmensas sabanas ganaderas del Marquesado de Santa Coa que fundara don Julián de Trespacios y Mier dependían de esa villa, que hoy recibe el apelativo de *valerosa* porque fué siempre resguardado arsenal de voluntarios, así contra los piratas como para llevar la libertad a Quito y al Perú.

Podemos conocer la toponimia del río Magdalena, salvo cuando los nombres eran ininteligibles para Mutis, por su relatorio de viaje de don Pedro de la Zerda. Muchos puntos de referencia han desaparecido; algunos lugares han quedado estantíos en su adelanto, las costumbres del pueblo y sus modales eran los mismos que hoy se observan en los pescadores del río Cesar y de otros afluentes y laderas.



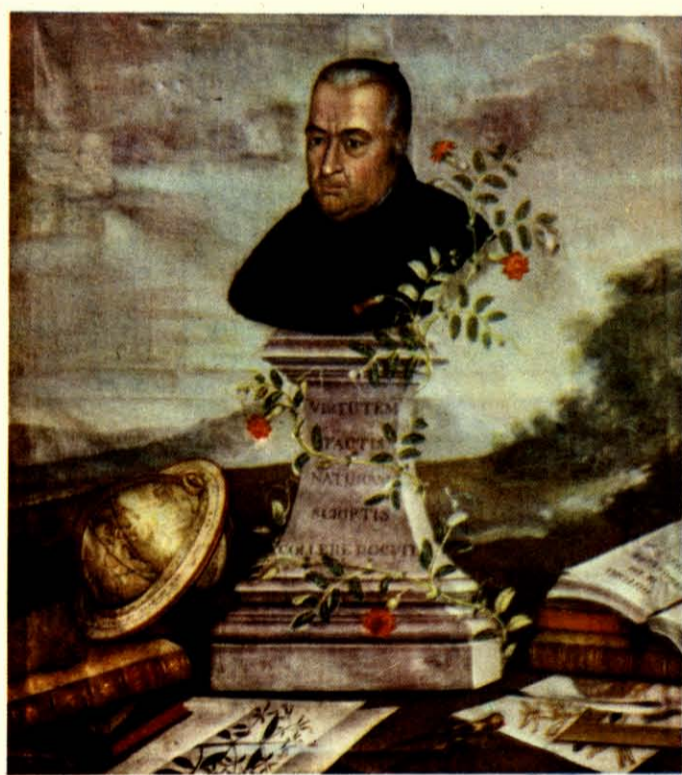
Carl - Linné

EL CABALLERO CARLOS DE LINNÉ
amigo, modelo y consejero de Don José Celestino Mutis. Retrato que perteneció quizás a la Expedición Botánica, regalado por Juan Jacobo Gahn y conservado en el Museo Nacional de Historia en Bogotá. Su autógrafo, a edad avanzada, según E. Guinea.



A. de Humboldt.

ALEJANDRO, BARON DE HUMBOLDT
Visitó en 1801 Santa Fe y a Mutis. Retrato pintado por Antonio Cortés y Alcocer, conservado en el Museo Nacional de Historia en Bogotá. Firma fotocopiada en la Biblioteca Nacional de Madrid por T. Magallón.



DON JOSE C. MUTIS
con emblemas de las ciencias que cultivó. Cuadro en el Museo Nacional de Historia en Bogotá.

La flotilla arribaba a las horas de siesta y por la tarde a algún playón apropiado y en tierra se comía y se dormía con las convenientes precauciones, bajo toldas que llevaban. Era el momento aprovechado por Mutis para estudiar.

El día 11 de enero salieron de Tamalameque; el 12 de San Pedro y pasaron por Morales; el 14 de Badillos; el 15 de Playa de Mono, junto a la Boca del Intierno y pasaron la Boca del Totó; el 16 salieron de San Pablo y pasaron por Canta el Gallo; el 17 de Pajal de Sogamoso; el 18 del playón de Casave; el 19 de San Juanito; el 20, repite Mutis, sin duda por equivocación, que salieron de San Juanito; el 21 de San Bartolomé; el 22 de Garrapata; el 23 de Zambo y doblaron, andando por un varadero, el dificultoso rápido de Presidio donde había una aduanilla; el 24 de Bocas de Nare; el 25 de un playón innominado; el 26 del playón de Tortuga; el 27 de Guarumo; el 28 de Boca de Purnio. Ese día debieron llegar a Honda, término de su navegación fluvial.

Todos los campos de un interés humano y elevado mantienen alerta el espíritu de Mutis y sobre todos nos hace el diario observaciones atinadas, verdades permanentes del río señor: sobre la salud de los ribereños y sus costumbres, sobre la navegación en esa vía esencial de la nación; sobre los animales y sobre la flora. Entresaquemos algunas con sus propias palabras.

Salimos del playón de San Pablo al amanecer; caminamos a la estancia de San Juan para abastecer los champanes de plátanos. Se dieron a cada champán 500 plátanos. Se compró el 100 a real.

Tuve el gusto de ver cómo conocieron los bogas, en la naturaleza del agua que bajaba por el río, cuál de los pequeños ríos que descargan en el de la Magdalena ocasionaba la creciente. En efecto; concluyeron que el Sogamoso y el Carare habían enviado agua.

En este lugar (San Bartolomé) se recoge el cacao más afamado del río de la Magdalena. Entonces se pagaba a cuatro reales el millar. Allí no hay otro comercio, aunque éste, por la flojedad de los del país, es bien flojo.

En el Presidio (Angostura de Río Nuevo) yo hice varias reflexiones, admirándome en mi interior del descuido de nuestros caminos... Yo estoy firmemente persuadido de que las pérdidas de tantas vidas y caudales, recae sobre el descuido de los que podrían hacer el río navegable.

Hacia la una de la tarde salieron las canoas para pasar la angostura (de Nare), y la mayor parte de la familia siguió a S. E. que había determinado pasar una porción del camino por tierra. Se practicó este medio tránsito con bastante incomodidad, y nos embarcamos en una ensonada que está después del segundo peñón. El tercero y cuarto lo pasamos con bastante cuidado, por lo penoso y asustadizo del paraje... A corta distancia, después de estos peñones, en la misma ladera, hay un pedazo de monte rozado, a quien llaman Las Tres Cruces, que ayudan los bogas a cargar con algunos tragos de aguardiente que allí se espetan... Aquí mató don Antonio Peña dos marimondas.

... Poco después de haber salido de Las Tres Cruces, notamos una especie de niebla que apenas se levanta del agua y sigue la dirección de la ladera derecha. Pregunté a los bogas qué era aquello y me respondieron: aquello significa que Nare va creciendo... porque las aguas frías se mezclan con las calientes. No me desagradó la respuesta.

Allí (en la estancia del Hierro, de los PP. de la Compañía, arriba del playón de Tortuga) encontré un zambo de mulato que me hizo una nota de todos los árboles que él conocía en el río. Este es un asunto en que todos los naturales merecen superiores alabanzas a nuestros europeos.

Pero donde Mutis, insensible al calor, al cansancio, a mosquitos y fastidios, desata su actividad, es tratándose de las plantas, de esa sorpresa que venía buscando y que ahora rebasaba los bordes de su propia fantasía.

Se ilumina al saltar a tierra; va apoderándose de todas las plantas y animales que encuentra, ayudado por Navarro y los mozos de servicio; anota los caracteres:

Allí vi una planta que los del país llaman pajarito, expresión que conviene bellamente con la figura de la flor, que era amarilla. Nació en los troncos de los totumos y me dijeron que esto es muy regular y frecuente. A mí me pareció **Orchis**.

El día 14 de enero (miércoles), jornada arriba de Badillos, recoge Mutis su primera *Passiflora* americana. Dice así el **Diario**: Hacia las oraciones llegamos al playón del Mono, que está en la Provincia de Cartagena, donde acampamos, dando principio a la faena de las tiendas

de campaña, para suplir la falta de casas, por no haber población en los contornos de esta jornada. Antes de este sitio, y en las laderas de la provincia de Santa Marta, hay una maravillosa flor de pasión, toda encarnada. Aún no he podido determinar si sea especie conocida.

Y más adelante, el día 16 subsiguiente, en el playón de San Pablo, añade: Allí tuve el gusto de ver varias plantas en la forma siguiente: (las enumera y prosigue): Una **Passiflora quadrangularis**, de que tengo descripción, por no convenir en todo con la de Brown.

Noto que la **Passiflora incarnata**, que antes había cogido, no es la de **foliis trilobis serratis**, sino **foliis trilobis integerrimis**.

En esta tarde tuvimos la complacencia de matar un caimán desde nuestra falúa. La bala le penetró el cerebro con lo que quedó en el sitio, logrando por este medio lo que hasta entonces no se había podido conseguir, a pesar de más de 50 tiros que se habían gastado casi en balde. Amarramos el caimán al bordo de la falúa y cuando merendaban los indios en una playa tuvimos ocasión de examinarle, aunque rudamente... Como no es novedad encontrar a cada paso un crecido número de caimanes, se hace fastidioso repetir esta noticia... En esa misma tarde observamos en un playón que pasaban de cincuenta.

Esta misma tarde notamos... la abundancia de tortugas que había en el río... Al pasar por la playa se arrojan algunos de los bogas para descubrir los nidios... Sucedió esta tarde que en sólo el espacio de medio cuarto de hora recogieron los de nuestra falúa 390. De modo que computando a 300 una con otra, son 2.400 en nuestros bogas tan solamente.

Luego que salté a este playón aproveché una media hora del día, recorriendo las plantas que allí había y encontré una de que tengo descripción. La planta era tan rara que sólo hallé una mata que me sirvió para la descripción. Hallé en mucha abundancia la **Portulacca**.

A la orilla de este río (el San Bartolomé), a pocos pasos de este sitio, vi una ceiba de tamaño tan extraordinario que nos movió la curiosidad de medirla... Para la medida nos vimos en algunos obstáculos que vencer, por la hora, por lo inaccesible y por la falta de instrumentos... Hallé modo de ejecutarlo perfectamente sin escalera, ni otros instrumentos que dos horquetas largas de seis varas y con un hilo de acarreto... Hallamos tener de circunferencia, a seis varas desde el suelo, siete varas y tres cuartas y, por un cómputo prudencial, que excedería su largo de 42 varas. Fueron testigos de esto los que me ayudaron que eran don Pedro Escobedo y D. Antonio Calatayud... La cosa fué para nosotros tanto más notable cuanto menos acostumbrados a ver árboles de igual tamaño; pero los del país, con el Alcalde... se rieron de nuestras admiraciones.

Hacia las tres de la tarde llegamos a Zamba. Aquí está vecindado el dueño (de una estancia) que es un mallorquín... Con el motivo de haber llegado temprano a este paraje, tuve ocasión de recorrer con algún espacio las cercanías de la estancia; pero me quitaron el gusto con que lo iba haciendo unas moscas que los bogas llaman congas y los españoles nuestros, tábanos. Sus picadas son tan mortificantes que no dan lugar a otra cosa que a defenderse de esta guerra a sangre fría. Por esta razón aceleré mi revista y habiendo hecho el examen de mis hallazgos encontré que no pude reducir a género conocido dos *Didinamias*, dos *Sidas*, de las cuales es la primera **foliis lanceolatis serratis (latioribus ni fallor) pedunculis longissimis multifloris pedunculatis**.

El día 27 (de enero, 1761) salimos de Guarumo y había una terrible niebla... Allí vi una bellísima **Aristolochia**, que los del país llaman **Contra-Capitana**, por singularísima eficacia que dicen tener contra las culebras. Conservo la flor que me presentaron. Es como una cafetera globosa con un pico muy largo y otra lengüeta por encima. Formé la descripción de ella sobre la hojas (ramas folviasas) de que están pendientes las semillas. Guardé una gran porción de su semilla...

Y ése es el estilo del diario magdalenés de Mutis; ésas eran sus inquietudes y ésos sus métodos de trabajo. El sistema de Linné se abría paso, por entre las ramas y las lianas del bosque neotropical, como una estocada maestra en el corazón de lo desconocido. Y nos consta, por repetidas frases, que todas las observaciones de Mutis pasaban, no sólo a su dictaro, sino a su libro de recolecciones, que llevaba por separado, para que lo sepan cuantos han dudado de la realidad de sus descripciones escritas. Yo preguntaría a los que se fingían un Mutis retrasado y sin orden, si ellos, saliendo en canoa por el Magdalena, han tomado tan minuciosas notas de campo, sobre la realidad colombiana, si han hecho recolecciones tan ávidas como aquel gaditano recién llegado, quien las prolongaba en la noche, tal vez al claro de la luna.

Sabemos también que al deslizarse del champán entre los gritos

acompañados de los negros, entre sus imprecaciones y sus bromas, sobre una caja del matalotaje, con las piernas entumecidas por la estrechez de la embarcación, Mutis escribió no sólo su diario, sino sus notas de recolección y de sistemática, largas listas de árboles, de hierbas, de cuadrúpedos, de insectos del Magdalena, mientras el buen Navarro debía disecar los ejemplares indispensables para ultimar el reconocimiento taxonómico. Y mirando a una garza gris que levantaba el pesado vuelo e iba a caer algo más allá; contemplando los reflejos insondables del río, acariciando sus aguas refrescantes, el joven médico idealista iba fraguando el plan de su Historia Natural. Había de ser tan bella como esa águila galante que lo miraba desde un muñón seco del guarumo; tan grandiosa como era pomposo el samán donde gritaban las marimondas; tan sorprendente para Europa como era escalofriante esa emoción que le inundaba el espíritu.

La Expedición Botánica del Nuevo Reino no tuvo por límites los años 1783 y 1816, desde que la fundó provisionalmente Caballero y Góngora. Ni su área se circunscribió a la Mesa de Juan Díaz, Mariquita y Bogotá. Venía de antes, desde el primer paso que Mutis dió en Cartagena de América, y desde entonces comenzaron a acumularse los documentos de sus observaciones. Ya de 1776 a 1782, el virrey Flórez pudo examinar «pinturas, manuscritos, dibujos y correspondencias» preparadas por Mutis para su Historia Natural y hacer un envío de curiosidades para el Gabinete Real.

Cuando el monarca fundador pidió que Mutis enviara a Madrid en 1783 todas sus colecciones y observaciones, exigió los frutos de un trabajo intensísimo de veinte años.

Tal vez eso fué un obstáculo más para que el sabio diera por ultimada su obra para la publicación; el natural deseo de regresar a Madrid y ponerse de nuevo en contacto con lo que él mismo había recolectado en el área extensa de sus viajes iniciales.

En todo caso, subiendo de Barrancas a Honda, Mutis había entrado

al estudio del neotrópico por la puerta dorada de los caballeros.

También pudiéramos decir que, terminados sus estudios *cum laurea summa* en Sevilla y en Cádiz y en Madrid, golpeaba — insaciable de saber — a las puertas de la gran universidad que es la naturaleza y que éstas le abrían los pesados cerrojos que sólo en contadas ocasiones, para huéspedes excepcionales, se corren con gemido.

Y una frase más del diario para quedarnos con su dejo inigualable:

Salimos de San Bartolomé y llegamos al palmar de Robles. Ningún sitio tan ameno ni tan delicioso para un botánico europeo en iguales circunstancias a las que yo me hallaba; por el corto espacio de una playa me hallé con un crecido número de plantas no vistas por mí hasta entonces. Unas por nuevas y otras por no observadas por mí, todas llamaron igualmente mi atención.

Internándose paso a paso en el mundo americano, el científico debía sentir como el Cid que sus horizontes iban creciendo. Dice la gesta:

*Por necesidad batallo
y cuando monto en la silla
se va ensanchando Castilla
al paso de mi caballo.*

Los bogas dirían:

— «Este señor que coge todo bejuco que encuentra debe estar bien loco.»

Los acompañantes del virrey:

— «Este señor médico no va a resistir en Santa Fe.»

Mientras el sol se hundía en uno de esos atardeceres del Magdalena, opulentos de color, sonriendo porque iba a jugar al escondite tras los antípodas.



CAPITULO XII

CAMINO COLONIAL

Mas ¡ay!, que todo eso no es más que la antesala del purgatorio... aunque al Dante no se le ocurriera incluir el camino de Honda en la Divina Comedia.

EDUARDO ANDRÉ, Viaje.

El viaje de Europa a Bogotá — antes de 1919, cuando se iniciaron los servicios aéreos en nuestro país — era un embudo cada vez más estrecho. Su último trayecto Honda-Bogotá fué siempre dibujado — aun por los resueltos y duchos en viajes — como una aventura dantesca.

La navegación del río Magdalena ha padecido siempre una interrupción en el Salto de Honda, rápido que sólo con gran dificultad traspasaron — casi reventando sus calderas — contados navíos. Por la orilla izquierda de esta corriente torrentosa desemboca el Gualí que no lo es menos y que baja de las faldas del Nevado del Ruiz. Fué sobre la confluencia de ambos ríos donde comerciantes, funcionarios del gobierno, agentes de aduanas y de transporte, fundaron en 1560 la ciudad de San Sebastián de las Palmas de Honda, hoy floreciente, pero que ha padecido en su progreso múltiples vicisitudes.

Sin duda debe tenerse por su mayor quebranto el terremoto que a las once de la noche del 16 de julio de 1805 volcó sus paredones, derribó las arcadas de sus conventos y sumergió en el Gualí los estribos de sus puentes donde todavía se ven como testigos de esa catástrofe.

En la época de Mutis, Honda era todavía, al decir de S. Camacho Roldán, ciudad no menos poblada que Cartagena y centro comercial más importante que Bogotá. Construída sobre ríos y colinas: con sus numerosos puentes, con sus huertas de palmeras y de frutales del trópico, se podía comparar con esas ciudades españolas que se prenden a las orillas escarpadas de la Costa Brava del Mediterráneo o con esa visión mágica de Granada, para el lado de Albaicín, donde las torres emergen de cármenes encantadores. Todavía conserva Honda calles, faroles, nombres y leyendas de aparecidos, que pregonan al viajero su ascendencia ibera.

De Honda, antes de que abrieran el ferrocarril del Magdalena y la carretera, partía el camino de herradura que en tres o cuatro jornadas bien corridas, llevaba a Bogotá por Guaduas, Villeta, Sasaima, Agualarga, Los Manzanos, Facatativá y Fontibón. Tal vía de recuas se fué mejorando a lo largo de muchos años desde que la abrió, de 1564 a 1575, el Presidente de la Audiencia neogranadina don Andrés Díaz Venero de Leiva, llamado *padre del pueblo*, y ella fué la más frecuentada salida de Santa Fe para el Caribe y para las provincias de Antioquia y Chocó.

Otro camino para la capital era el que la comunicaba con Tena, La Mesa de Juan Díaz y Tocaima; vadeaba el alto Magdalena en Puertoreal, hoy Guataquí, y seguía a Ibagué o a Timaná, Popayán, Pasto y los dominios españoles del suroeste de Hispanoamérica. Otro fué el de Quesada por el Carare y la provincia de Vélez hasta el río Grande. El camino fragoso del Quindío fué abierto por don Ignacio de Buenaventura, teniente de gobernador en Cartago, allá por los tiempos del virrey Flórez.

Todos éstos los había de pasar y repasar José C. Mutis hasta familiarizarse con ellos, con su naturaleza y con sus hombres. Para ellos le había de servir su preparación de Madrid-Córdoba que, en capítulo anterior, describimos con sus palabras. Más aún, en estos caminos, se escribió mucho de la historia de Colombia y ellos fueron el yunque donde se martilló rusciente el carácter de los hombres-hombres de nuestra nación.

Los caminos de herradura no eran calzados sino a trechos con grandes piedras — J. L. MacAdam no construyó en Inglaterra su primera carretera impermeable sino hacia 1830 — y el pisoteo de las cabal-

gaduras en épocas de lluvia los convertía en acanalados, barrizales y tremedales espantosos. Otros factores de su uso eran las cabalgaduras, las cargas, los aperos, los arrieros, la defensa de las lluvias y otros accidentes del clima; las posadas y los mesones camineros. En fin, una pléyade de elementos que escasamente imaginan las nuevas generaciones acostumbradas al ferrocarril, al automóvil y al avión.

El viaje del virrey Messía de la Zerda debió hacerse con preparación meticulosa. Se alistarían las mejores bestias; bullirían los arrieros escogidos, y de aquí para allá lucirían sus palafrenes los funcionarios gubernamentales venidos de Santa Fe, afanosos — como sucede con todo gobernante que entra — por destacarse y mostrarse los más adictos y merecedores.

Pasarían alzados por arrieros corpulentos la Quebrada Seca, en las goteras del mismo caserío; navegarían aguas arriba un trecho por el río y, arrimando a una playa sembrada de pedrejones, ganarían la orilla derecha del Magdalena oyendo, como es común, referir historias espeluznantes de viajeros que habían sido arrastrados al salto de Honda y allí se habían perdido; allí montarían en sus machos y mulas, ayudados por los mozos de espuela. Listos todos, picaría de primero el virrey como quien pisaba ya en su inmediata jurisdicción de Santa Fe y a quien se hablaba con el sombrero en la mano. Pronto se les adelantarian los arrieros, turba clamorosa, pero de sabiduría práctica e indispensable.

Dice así el **Diario**:

El día 17 de Febrero de 1761 dimos principio al último resto de nuestro viaje saliendo de Honda en el mismo día, en el cual comenzamos a experimentar los riesgos y quebrantos no bien ponderados del camino que llaman al monte. Para este fin hicimos una pequeña distancia por el río de la Magdalena, saliendo a las ocho de la mañana, despidiéndonos la compañía de Chapetones, Clero y gente lucida de la villa, con repetidos « ¡que viva el Rey! » que otamos alternando el pueblo y D. José Palacios (honor, a la verdad, que debió el señor Virrey a esta villa, y no a los pueblos de más abajo), siguiéndonos algunos sujetos de la mayor distinción hasta el pueblo Las Guaduas, según tenían determinado. De este modo evitamos el mal paso (que hacen todos los traficantes del reino) llamado de los Almireres y el de las Varandillas. La distancia de la navegación sería unos tres cuartos de legua.

Hacia las diez de la mañana montamos a caballo, y empecé a experimentar el fastidio con que yo camino de esta suerte. Hacia las once de la mañana llegamos a Río Seco. Hasta aquí no hallamos malos pasos, pero desde aquí hasta el Sargento se fueron multiplicando con el motivo de la lluvia, que nos cogió. El camino de su naturaleza es tan malo, que no hay con qué expresarlo sino diciendo que es todo él un continuado peligro. Bien lo confirman las continuadas desgracias que se nos refieren. Y aunque por la venida de S. E. se han esmerado en hacer menos ásperos los pasos impracticables, no por eso dejaba de haber algunos riesgos. Yo me he sorprendido de haber visto unos caminos tales. Hacia las dos de la tarde llegamos al Sargento, donde descansamos hasta el día siguiente. Yo salí a dar vueltas por las cercanías, a fin de registrar las plantas de aquel terreno, y hallé unas cuatro que no pude reducir por lo fatigado del camino y la cortedad del tiempo.

El día 18 salimos del Sargento hacia las siete de la mañana, y comenzamos a subir la grande cuesta. Fueron mayores nuestros quebrantos que el día antecedente hasta llegar a... donde descansamos. De aquí en adelante hallamos el camino menos penoso, por haber picado el más pesado paso, que llaman la Loxa. Hacia las doce del día llegamos a las Guaduas, donde

nos llovió continuando la lluvia que nos comenzó en el último tercio de la última media jornada.

Ya comencé a notar la diferencia del temperamento por la diversidad de plantas. Vi una planta encarnada, que no pude reducir, y pertenece a las *Ginandrias Diandrias*.

A la tarde di varias vueltas y hallé una planta pequeña entre las grammas, de que no pude hacer descripción. Ella **habet calycem pentaphillum, corollam monopetalam subcampanulatam quinquefidam; filamenta quinque, tubo inserta, antheras totidem; stilos quatuor**. No la pude reducir, pero noté atentamente que los estilos eran cuatro constantemente. Hallé también **Hedisarum diphyllum**, otra que parecía **Stemodia**. Conventían casi todos sus caracteres con la **Stemodia**, pero se diferenciaban en la disposición de los filamentos y en que no había más que cuatro anteras. Hallé también las siguientes: **Melastoma scabrosa, Melastoma hirta, Utricularia subulata** y otra **floribus spicatis** que me pareció **Obolaria** y necesito hacer su descripción.

El itinerario del virrey debió ser el siguiente: día 18 de febrero, posada en el Sargento; día 19, entrada en la villa de Guaduas; 20, llegada a la de Villeta; 21, Facatativá; el 22, llegada a Funza y Santiago de Hontibón y recepción oficial del virrey; el 23, ceremonias, y el 24, entrada en Santa Fe.

Iban saliendo de los calores tropicales a climas cada día más benignos; de los alimentos americanos a otros más españoles; del tratamiento de fardos al de señores que eran; del desgabo de las tierras calientes a los trajes entallados de Madrid, de buen paño y brillantes guarnecidos.

Detrás de un montecillo y ya sobre camino llano se presentó a los pies de su excelencia la bella, la rica, la humana, la deliciosa Sabana de Bogotá. Una gran planicie de prados verdes, parcelada y alinderada con bardas de tierra pisada y con medianías de zanjas, donde sobresalían bosquecillos de cedros, arrayanes, chirrinchaos, borracheros, raques y gaques; nogales y cipreses, entre los cuales los sauces llorones agitaban a la brisa su mantilla de color primaveral. No se desmentía que era febrero, el mes más hermoso de estas regiones.

Al antecesor del virrey Messía de la Zerda, que lo fué don José Solís Folch de Cardona, había tocado inaugurar un minucioso ceremonial, prescrito para la recepción de los virreyes de Nueva Granada y que comenzaba en la villa de Honda, para culminar en la misma Santa Fe, sede del gobierno.

Según ese ceremonial, Solís, noble de España de primera clase, protegido del rey Fernando VI, personalidad la más interesante de cuantas ocuparon el virreinato de Santa Fe, hermano del arzobispo carde-

nal de Córdoba don Francisco de Solís, y quien a los cuatro días de la llegada de Messía de la Zerda había de solicitar el humilde hábito de lego de la orden en el convento de San Francisco en Santa Fe, fué quien debió disponer la recepción del virrey a quien acompañaba Mutis como su médico.

Los honores que se tributarían a Messía de la Zerda, según el ceremonial y conforme los refieren don Pedro María Ibáñez en sus **Crónicas de Bogotá**, tomo I (Bogotá, 1913) y don J. M. Restrepo Sáenz debieron limitarse, pues el mandatario ordenó, desde Cartagena, que no se gravara al pueblo, como era costumbre, para estas ceremonias.

A Honda le salió al encuentro desde Santa Fe una escuadra de caballería para servirle de guardia de honor; en Facatativá lo recibieron el alcalde ordinario Francisco Moreno, embajador de la Audiencia y el caballerizo mayor del virrey; siguió en coche; en el puente grande lo saludaron los representantes del cabildo eclesiástico, del Tribunal de Cuentas, del cabildo civil y de los oficiales reales.

Desde Facatativá el virrey La Zerda envió a Bogotá un criado mayor con la misión de avisar a Solís *que se iba acercando*. Este mensajero fué recibido en San Diego con honores por los alcaldes y regidores vestidos de gala. El 24, muy temprano, debió de salir de Bogotá Solís con los nobles de Santa Fe para Puente Aranda, a traer al nuevo gobernante.

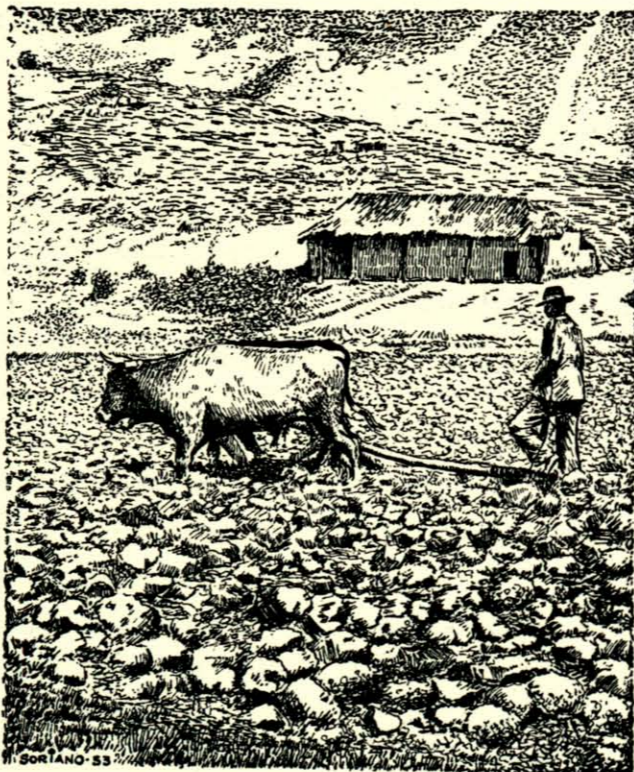
Si no erramos en el cómputo de las jornadas y en las fechas terminales fijadas por Mutis y por Gredilla, el ceremonial se acortó algo, en esta ocasión, tal vez por la decisión de Messía de la Zerda, que disminuyó los recursos tanto como a él le ganó simpatías, tal vez porque Solís había tomado con urgencia su vocación monástica.

En todo caso, uno y otro mandatario, y con ellos el médico Mutis, se reirían por lo bajo de tantos tíos empeñados en remedar a la corte de Madrid.

Lo real, lo genuino de aquel pueblo eran los indiecitos de pies descalzos que con su sombrero de paja en la mano, esperaban envueltos en el polvo que alzaban los caballos a que pasara el sainete y se preguntaban qué les traería el nuevo amo.

La sabana fértil estaba en barbechos, lista para las siembras del trigo; los ganados pacían en los verdes potreros floridos; los copetones cantaban sobre las bardas; los chirlobirlos — alondras de estas regiones — alzaban el vuelo flameante junto a las bandadas de los «terreiros» que apenas se distinguían en los campos de color sepia.

La naturaleza debió parecerle a Mutis muy semejante a la de Castilla o de la Mancha y que le enviaba todos esos mensajeros que le decían: *ya me voy acercando*.



CAPITULO XIII

EN SANTIAGO DE HONTIBON

El mundo es una comedia para el hombre que piensa y una tragedia para el que siente.

LUIS COLOMA.

Los detalles en que se entretiene la historia, referentes a la naturaleza de los lugares y a las cosas que perduran, nos sirve para comprender mejor a los hombres dignos de nuestro estudio; porque se supone que en presencia de los mismos elementos del ambiente, ellos sintieron como nosotros y como nosotros reaccionaron.

Por lo mismo, aunque ya tenemos a J. C. Mutis, médico del virrey frey Pedro Messía de la Zerda, muy cerca a Bogotá, es menester que, antes de proseguir con sus hechos, miremos al escenario social y material en que ambos van a actuar.

Santiago de Hontibón había sido una doctrina confiada a los Padres de la Compañía, cuando todavía no estaban perfectamente asimilados a la Colonia los últimos restos de los chibchas y aquéllos sostenían con sus indios y extensas posesiones de Chía, Fusca, Tibabuyes, Hunza, Tena y otras, sus estudiantados, sus colegios y sus importantísimas misiones.

Por el tiempo a que nos vamos refiriendo, Hontibón ya era Parroquia, la más cercana a Santa Fe por el poniente.

En una esquina de la plaza cuadrada del caserío se levantaban la modesta iglesia y la casa cural, joyas ambas de la arquitectura colonial, que hace poco espíritus inteligentes y respetuosos de la tradición han restaurado, demostrando lo mucho que ganan la liturgia y la religión, con ese sabor de cosa rancia, tradicional y heredada de los antepasados.

La iglesia y la sacristía de Hontibón conservan de épocas pasadas, ornamentos y utensilios litúrgicos, cuya riqueza está más de acuerdo con la generosidad de los patronos de su culto que con la modesta población a cuyo servicio se dedican. Un bellissimo ostensorio barroco, atril y sacras de plata; incensario, naveta, vinajeras y ciriales del mismo metal; un terno de casullas de damasco y, lo más extraño, un palio también de damasco con varas larguísimas de plata, hecho, dice que más que para una aldea, para cubrir personas que fueran a caballo. Se dice que ese palio fué regalado por una dama de la emperatriz de Austria, pero la tradición se esfuma en las edades.

En la iglesia, cuyo más saliente carácter lo da la pequeña tribuna enrejada que mira al presbiterio y se comunica con el interior de la casa, se conservan, mezcladas con imágenes de pacotilla, algunas tablas y lienzos de muy buenos pinceles: unos pequeñitos referentes a Santa María Magdalena, obras, según R. Pizano, de Gregorio Vásquez Arce y Ceballos y otros dos, que forman pareja por sus marcos, mas no por su estilo, de los cuales es el mejor una Adoración de los pastores, que parece ser de uno de los buenos pintores de la escuela napolitana.

Por lo demás, la iglesia y la casa de Hontibón no tienen nada de lujoso, antes sí mucha modestia en su arquitectura y sus labrados, haciéndonos ver que, si ése era el alojamiento de los virreyes neogranadinos para su bienvenida y si allí se daba principio a la recepción de sus excelencias, sería muy poco fastuosa y acaudalada la vida de la colonia, no obstante el oro que por centenares de arrobas salió de nuestra tierra.

Alberto Urdaneta publicó en el primer año de su **Papel Periódico**, sin decir procedencia, un largo documento en que se describe cómo celebró Santa Fe la llegada de Messía de la Zerda. En él, el señor Francisco Navarro Peláez, escribano de Su Majestad, público de número, certifica, sobre el ceremonial usado en aquella ocasión: *para que en adelante sirva y no se ofrezcan las dudas que al presente. Dice así:*

... y habiendo llegado S. E. al Puente Grande, le estaba esperando el señor Don José Groot, y parando el coche le dió la bienvenida, y correspondido que fué por S. E. montó a caballo tomando el estribo de la derecha, hasta llegar a la puerta de la Iglesia de Fontibón.—En el pórtico esta-

*ban esperando los señores de la Real Audiencia con garnachas, y el Cura dió a besar a S. E. la cruz, teniendo un cojín carmesí para que hincase la rodilla, y tomando el palio en la puerta, subió el cuerpo de la iglesia hasta llegar a su correspondiente lugar, acompañado de los señores de la Real Audiencia y Alcaldes ordinarios, para los que había sillas a uno y otro lado. Cantóse el **Te Deum** y después se retiró S. E. con el mismo acompañamiento al hospedaje que tenía prevenido dicho señor Alcalde; y dejándolo en el aposento destinado, se retiraron hasta la noche de ese día, que concurrieron a hacerle corte los señores Oidores, Contadores Mayores, Alcaldes ordinarios, Oficiales Reales y algunos Regidores, sirviéndose un magnífico refresco con concierto de música, estando muy iluminada la pieza y ricamente colgada, con su dosel, los retratos de nuestros Reyes, mesa y cojín. De nueve a diez de la noche se retiraron todos del aposento, y S. E. cenó sólo, sirviéndose en otra pieza una delicada cena para la familia de S. E. y varios de los dichos señores que se quedaron, habiéndose alumbrado todas las piezas con cera.*

Al siguiente día concurrieron a las nueve, los señores Oidores, el Tribunal de Cuentas, Cabildo secular y Oficiales Reales, y habiendo saludado a S. E. le acompañaron a la iglesia, en donde se cantó misa en acción de gracias, y acabada, volvió S. E. a su aposento, en donde recibió por su antigüedad a los Tribunales, Comunidades y Universidades habiéndosele dado asiento en sillas a ambos Cabildos. Fenecidos los debidos cumplimientos se franqueó por el señor Alcalde porciones de bebidas y mesa franca. Habiendo llegado la hora de la una, pasó S. E. a otra pieza adornada, y en ella se le sirvió la comida, habiéndose sentado con S. E. a la mesa los señores de la Real Audiencia, Tribunal de Cuentas, muy ilustre Cabildo secular, y los Oficiales Reales, los Capitanes de S. E., Secretarios y Asesor, y al mismo tiempo se sirvió otra mesa de Estado en la que comieron varios caballeros y parte de la familia, habiéndose cubierto varias veces las mesas. Se pasó luego a otra pieza que estaba cubierta de damasco carmesí, espejos, cornucopias y su sitial, y en ella se sirvió el ramillete y café, y habiéndose fenecido este acto, se retiró S. E. a su aposento, y a poco tiempo llegó el Ilustrísimo Señor Arzobispo a cumplimentar a S. E., quien lo recibió a la puerta de su aposento, de la parte de adentro, y lo condujo debajo del sitial, dándole la derecha en la silla igual de damasco carmesí; y habiendo fenecido su Ilustrísima la visita, se despidió de S. E., a quien le acompañó hasta el lugar donde lo recibió, y desde allí acompañaron a su Ilustrísima hasta tomar el coche los Capitanes y familia de S. E.

La tarde de ese día pasó S. E. al cuarto del señor Alcalde, y visitó a la señora su mujer. A la noche hubo la misma iluminación, música y refresco que la antecedente, con asistencia de los mismos señores, los que se retiraron a las nueve y media de la noche, y S. E. cenó sólo, sirviéndole a la mesa sus ayudas de cámara, y después se dió cena general, cubriéndose varias veces la mesa, de la que se pasó a la mesa de ramillete, que con ostentación se sirvió en todas ocasiones.

Al tercer día, habiéndose levantado S. E., fué cumplimentado por todos los Tribunales, a que se siguió pasar S. E. a oír misa a una de las tribunas de dicha casa, tomando después chocolate; y desayunándose en familia, tomó su coche, saliendo del pueblo de Fontibón, y al costado de la derecha el señor Alcalde Don José Groot a caballo, y delante el demás acompañamiento de los señores Regidores en sus volantes.

En el sitio del puente de Aranda llegó el Excelentísimo Señor Don José Solís, el que salió de su palacio con la compañía de caballos y todos y sus oficiales, llevando al estribo de la derecha al Capitán de Alabarderos, al otro estribo al Mayordomo, y dos señores Oidores a la testera del coche. De esta forma llegó a dicho sitio, en donde, echando todos pie a tierra, se saludaron con un abrazo los dos Excelentísimos Señores, entregándole el bastón del Reino, y hechos los cumplidos tomaron un coche, dándole la

derecha al nuevo señor Virrey, y a la testera los dos señores Oidores. (Nota: la frase protocolaria para la entrega del bastón, era: *Pongo en manos de V. E. este bastón que es muy largo para mí y muy corto para Vos.*) De esta forma se marchó hasta llegar al puente de San Victorino, donde estaba formada la compañía de Alabarderos, la que marchó al tiempo de llegar sus Excelencias, no desamparando al señor Alcalde el estribo de la derecha del coche hasta llegar al palacio, donde, apeados que fueron y llegados a la sala del dosel, se practicó el Juramento, y se retiró el antiguo Señor Virrey a su casa, en coche, con los dos señores Oidores y un piquete de caballería con espada en mano.

Ese día se sirvió en palacio un ostentoso banquete a dirección del señor Doctor Don Antonio Berástegui, y en la noche se dió allí mismo refresco y cena, a la que asistió S. E. sentándose a la mesa los señores que siempre y el señor Alcalde Don José Groot.

Siguieron las ceremonias para la recepción pública del virrey que no tuvieron lugar sino el 23 de marzo, lunes de Pascua.

Llevaron a Messía de la Zerda hasta San Diego, y lo acomodaron en una tienda de campaña con su silla, cojín, mesa, cerroferarios y libro de Evangelios para el juramento que luego se le tomó. Allí, según la expresión de Navarro, el cabildo eclesiástico fué en volantas — coche-citos — a cumplimentar a su excelencia, y se volvió a esperarlo en la catedral. Se hizo un lujoso cortejo llevando un caballo enjaezado para S. E. entre maceros con garnaches y gorras de terciopelo rojo y seguido de muchos jinetes. Le tomaron el juramento, le calzaron las espuelas y le dieron las llaves en una fuente de plata. Luego pasaron a la catedral, con toda la familia de S. E. a caballo. Delante de él y bien inmediato venía su Gentilhombre a caballo con el estoque desnudo y un paje con el estandarte. Este debió ser el que iba ataviado con un vestido que dicen fué del señor don Fernando VI. A la noche se iluminó la ciudad y *habiendo concurrido al palacio a la sala del dosel, los señores de la Real Audiencia, Tribunal de Cuentas, Alcaldes Ordinarios, Regidores, Oficiales Reales, Superintendente, Contador y Tesorero de la Casa de Moneda y los familiares de S. E. habiendo tomado asientos a las siete y media dió S. E. un tan ostentoso como abundante refresco, de buenas bebidas y ricos dulces; y habiéndose hecho corte por dichos señores hasta las diez de la noche, se retiraron.* (**Papel Periódico I**, págs. 302 y 303.)

No sabemos qué desempeño le tocó al médico del virrey en todas estas ceremonias ni lo que pasaría por su espíritu. Podemos sí imaginar que ardía en deseos de escaparse para estudiar las plantas de Guadalupe, ese monte que se yergue al oriente, eterno testigo de la vida bogotana y sabemos que le aquejaba una enfermedad, quizás el paludismo manifestado desde Cartagena y del cual salió *flaco y desfigurado*.

Cuando lo dejaron subir allá pudo contemplar, en el amplio margen de la sabana verde, a la entonces reducida ciudad que lleva todavía en su escudo el águila negra coronada y con orla de granadas, que le concediera Carlos V y a la cual sus M. M. Don Felipe y Doña Juana dieron el título de «muy noble y muy leal».

El plano más antiguo de Bogotá, que se conserva, es el que levantó don Domingo Esquiaqui, ingeniero famoso en nuestra historia, el mismo que construyó el Puente del Común y trabajó a órdenes del virrey don José de Ezpeleta. Es de fecha 1791, pero ciertamente poca evolución presentaría respecto del que pudo dibujarse a la llegada de

Mutis. Si lo describimos con términos tomados de la actual nomenclatura de la ciudad, podemos hacerlo así:

En 1791 la última manzana o bloque formado al Este de Bogotá era la circunscrita por la carrera 2 y las calles 10 y 11 donde ahora se levanta el colegio de La Salle. Las casas situadas más al sur estaban sobre el río San Juan entre las carreras 7 y 8 y las calles 4 y 3. Por el occidente se bajaba por la calle 13 entre casas, hasta la calle 14 o avenida Caracas. Por el norte la carrera 7 llegaba hasta San Diego.

Lo demás era el campo verde. Por el occidente, extensos pantanos impedían el acceso a la ciudad cruzados sólo por la carretera que viniendo de la plaza de Nariño — antes San Victorino — salvaba por un puente de madera el pantano en donde después el mismo don Pedro de la Zerda construyó en calicanto el puente de Aranda; pasaba por el puente de San Antonio cerca a Fontibón, obra terminada por el virrey Solís y luego por Puente Grande sobre el Bogotá. Este camino ya lo recorrimos junto con el virrey la Zerda.

Hacia el sur otra calzada buscaba la población de Soacha pasando el puente del Tunjuelo — el cual para aquellas fechas estaba destruído por una creciente — y bordeaba los pantanos de Muzú.

Hacia el norte había la carrera 13 hasta el río del Arzobispo, la cual se convertía allí en el camino de herradura para la provincia de Vélez y el Socorro.

Parecían altas entonces y se destacaban en la ciudad las casas de dos pisos, hablando a nuestra manera bogotana, que entiende por primer piso el que está al nivel de la calle. Los principales edificios de Santa Fe eran el palacio virreynal y la casa de la Audiencia, en el costado sur de la plaza Mayor; el colegio de San Bartolomé, la universidad de Santo Tomás, que fué derribada no ha mucho para construir el Palacio de Comunicaciones; la casa que para el gobierno mandó construir Solís; la Casa de Moneda, realización del mismo virrey, el colegio del Rosario, del que más adelante hablaremos.

Por sobre todas estas construcciones Mutis pudo ver y contar las torres de las iglesias: numerosas, no esbeltas, pero en todo caso simbólicas: gallardas banderas de la piedad y del espíritu.

Y vió los ríos que cantarinos bajaban entre piedras, de la serranía, bañando la ciudad y sus contornos, donde se lavaba la ropa; y el Chorro de Padilla, de linfas azulosas, de donde se llevaba en cántaros el agua para los hogares. Y pudo ver cómo acudían los aguadores, gremio barbotante de interjecciones españolas, a los surtidores de la pila que el virrey Solís había dotado de un mejor acueducto en la plaza Mayor.

Y vió también esa plaza donde se celebraba el mercado, confluendo los indios con los señores, donde se leían los bandos, que anunciaban lo mismo el castigo de un encomendero cruel que el nacimiento de los príncipes de Madrid; donde el pueblo se regocijaba con toros y cucañas, por todas las efemérides de la gran España, una, inquebrantable, y, a pesar de sus pérdidas, nación del sol perenne. Porque cuando se pronuncia Santa Fe de Bogotá se dice España. Una España sin Edad Media; sin arte morisco; formada por todas esas concreciones de naturaleza y soledad, de sencillez y buena vida, que nacieron en la influencia y a la vez en la independencia respecto de Francia.

Por ese islote en mar de lejanía iba Mutis a trazar, fundándose en la naturaleza, otro meridiano divisorio en los intereses españoles, más lógico que aquel de Tordesillas.

CAPITULO XIV

SANTA FE Y EL NUEVO REINO

Esta nación se llamará Colombia como un tributo de justicia y gratitud al descubridor de nuestro territorio.

SIMÓN BOLÍVAR (1815).

Fundaban los españoles sus ciudades de las Indias al pie de un gran árbol, única realidad conspicua y fija de las soledades inhabitadas; dando el jefe con su espada mandobles en él; arrancando la hierba que crecía a sus raíces y retando a los circunstantes para que salieran a defender aquella tierra si la creían suya. Como nadie replicara, entonces el fundador anunciaba que tomaba ese suelo por suyo a nombre de los reyes de España.

No es extraño, pues, que siguiendo la tradición, en las ciudades y aldeas de Colombia una ceiba o un samán marquen el centro de la plaza mayor. La contemplación continuada de esos árboles, imprime a la vida un sentido de solidaridad, de estabilidad y de expansión periférica; crea una arquitectura psicológica de protección y de riqueza intrínseca.

Fundada la ciudad, seguía la dilatación de su influencia, por los mismos conquistadores subalternos que en las cercanías dominaban indios, adquirían tierras y criaban familias, las cuales creciendo, repetían la proliferación de sus mayores en ondas concéntricas.

Un vínculo natural iba engarzando todas esas realizaciones civiles y era la trayectoria de los Adelantados conquistadores. Nueva Granada, como dijimos, presentó desde sus principios cuatro de esas unidades de conquista.

Para aglutinar estas unidades espontáneas, se necesitaba la acción del gobierno peninsular. En el territorio que hoy es Colombia se operó por ese medio la unión de las gobernaciones de Cartagena, de Santa Marta y de Santa Fe y después la aligación definitiva a ese cuerpo, de la gobernación de Popayán, nacida bajo el sol del Perú. A veces, establecida la unión, volvía la separación, que ordinariamente tenía lugar por las líneas de juntura de la accesión artificial.

Quien considera el Atlas elaborado por Codazzi, donde por cartas sucesivas va presentando las transformaciones políticas del ángulo noroeste de Suramérica, verá que dentro del territorio perteneciente hoy a la República de Colombia, primero se inicia, con límites indecisos, la separación de la Costa Caribe llamada Nueva Andalucía, respecto de la Castilla de Oro que era el área explorada desde el mar en Panamá y Costa de Mosquitos y respecto de la gobernación de San Juan y de la provincia indígena de Barbacoas. Enclavada en el interior y rodeada de la nada cultural, se hallaba entonces Santa Fe de Bogotá como un engranaje autónomo de la conquista, planeta con su órbita propia desprendido de la atracción de la marina así española como filibustera.

Con las primeras divisiones coloniales aparecen configuradas las gobernaciones de Santa Marta, de Cartagena y San Juan; el Nuevo Reino y las provincias de Caracas, de Popayán y Quito.

La época de los presidentes determina la consolidación en grandes bloques territoriales: la presidencia de Santa Fe, que abarca por la costa Caribe desde la frontera panameña occidental hasta las Guayanas, y por el sur limita con la hoya amazónica precisada por el río Guaviare. Viene luego la presidencia de Quito marcada al norte por el río San Juan, comprendiendo el territorio antioqueño y que por el sur abarcaba una ancha faja al mediodía del Marañón.

Ese era el inmenso territorio confiado al virrey don Pedro Messía de la Zerda y a sus inmediatos predecesores y sucesores, donde a prin-

cipios del pasado siglo había de desatarse un único y acorde arrollador movimiento de independencia.

Así España fué la que creó la unidad geográfica indispensable para la emancipación de sus colonias. Ejercicio, no más, de esa unión territorial y del motivo que la indujo, fué la preparación, a costa de Santa Fe y provista por sus mandatarios, de la expedición de límites sobre el terreno, entre España y Portugal, en 1781. La visión geográfica que esa expedición había de desarrollar en los hombres del gobierno neogranadino, se complementó con otra unidad geográfica de indispensable eficacia, que fué la formada en la opinión de los letrados de Europa por el viaje de Humboldt a través de las actuales Venezuela, Colombia y Ecuador.

En ese espectáculo déltico que con la lógica vamos recorriendo para ver cómo la amerohispanidad se vierte en el turbulento mar de la independencia, advertimos de súbito un afluente de sangre.

Es savia de negros, de indios, de españoles, vertida en defensa de España, de sus reyes, de sus derechos sobre las tierras de esta porción noroeste de Suramérica, luchando contra los piratas.

En andanadas terríficas se derramaron por los mares de Porto Belo, del Darién, de Cartagena, de Santa Marta, de Ríoacha, de la Guaira y Cumaná, ingleses, franceses, irlandeses, mamelucos y holandeses. Ni el hambre, ni la sed, ni la peste de los asedios, ni la miseria consiguiente a los saqueos exterminadores, ni los métodos suaves de penetración y soborno, les valieron para romper la unidad étnica, lingüística, religiosa y sentimental en que consiste la hispanidad y que fué la fuerza vivificante del mundo prebolivariano.

Fenómeno digno de análisis y decisivo en la historia es el de la influencia de Bogotá en todas estas vicisitudes.

La ciudad, más bien una aldea (12), distanciada del mar, a la que sólo se llegaba desde Europa tras larga navegación, tras el viacrucis del río Magdalena y de las mulas de Honda, no pudo ser desalojada de su destino de rectora, cabeza y corazón de un mundo, sino en el papel, pero jamás en la realidad.

Uno de los planes que inquietaron la mente del libertador Simón Bolívar, la cual se incorporó a ley fundamental del Congreso de Angostura en su artículo quinto, fué la de fundar una ciudad con el nombre de Las Casas o de Bolívar para hacerla capital de la Gran Colombia. Se quiso suprimir así la emulación entre centros que pudieran disputarse la supremacía de la nación dilatadísima que plasmaban manos prudentes queriendo adelantarse a la discordia.

Todos estos designios se quebraron en algo que Bogotá llevaba en su frente como ampo inalienable de soberanía.

Ese ampo, esa diadema, en 1761 ya comenzaba a cuajarse en los hilos de la aurora.

El gobierno de Madrid tenía conciencia del momento y de las circunstancias. Proveyó a la desproporcionada debilidad del gobierno colonial y de los funcionarios subalternos de momento, enviando como virreyes a hombres avezados al mando, familiarizados con las tramitaciones de los ministerios, vinculados personalmente a los funcionarios de la corona, situados muy por encima de la pequeñez burocrática y parroquial.

(12) El traductor de una carta dirigida por Humboldt al virrey de Nueva Granada, don Pedro Mendinueta y Musquiz; carta que figura entre los hallazgos de Guillermo Hernández de Alba, refiriéndose al reparo que hace Humboldt a la colonización del Perú de que allí han crecido en exceso las ciudades, dice:

Lejos de poderle imputar a nuestro reino (de Santafé) esta falta, mas bien se puede notar que su población no crece y se perfecciona tanto como sus circunstancias locales lo exigen, por la costumbre que tienen los propietarios de tierras (de vivir) dentro de ellas, separados unos de otros a largas distancias de población. Acaso este abuso nos perjudica tanto como a los limeños el lujo que los destruye.

Un día es el virrey Solís. Refiere así un episodio significativo el historiador P. M. Ibáñez:

La licencia de las costumbres del Virrey Solís hizo que tuviera disgustos con los Oidores, quienes informaron contra él al Rey Fernando VI, alcanzando del Monarca una cédula de represión. El Rey Fernando, amigo íntimo del virrey, envió a éste a la vez, carta particular en que lo excitaba, en el seno de la más cordial amistad, a evitar choques con sus compañeros de Gobierno, advirtiéndole que no se afanara por el contenido de la cédula, ni porque se repitiesen las quejas de los golillas.

Un día la Audiencia se reunió en toda forma para notificar solemnemente a Solís el regaño del Monarca.

En la tranquila vida de Santafé debió ser aquello un acontecimiento; la emoción de los Oidores debió ser profunda, y su sueño interrumpido por la íntima satisfacción que les produciría el arma terrible que poseían contra el joven Virrey. Citáronle la reprensión del Soberano; oíala Solís con extraña e inusitada calma, y cuando el Escribano de Cámara hubo terminado la lectura y los ojos de los Oidores se fijaban sorprendidos o interrogadores en la faz del joven, éste sacó del bolsillo una carta de Fernando VI, que era su protector, y la leyó a su vez... Al concluir la lectura dijo el virrey al escribano: Vuestra leal persona ha hecho que me lean la real cédula; ya habéis visto la carta que Fernando ha escrito a su amigo Don José Solís Folch de Cardona.

Otro episodio semejante a éste, en cuanto revela la actitud de los virreyes neogranadinos con respecto a la corte de Madrid, nos merecerá especial mención y fué la responsabilidad que asumió el arzobispo virrey Caballero y Góngora al fundar la Expedición Botánica.

Así que al gobierno de la colonia, tan pequeño, tan minúsculo ante

la inmensidad del territorio, se le daban hombres de talla. Para que el pueblo los tratara como tales y adquiriera la conciencia de la autoridad ejercida a nombre del rey, se le presentaban los estandartes y las garnachas; las gorras de terciopelo rojo y los sables desenvainados.

Así fomentó la misma España lo que la había de dividir. Faltaba solamente un factor indispensable a todo movimiento popular: la idea, el sistema, la fe en el futuro, una filosofía de la libertad.

Y el hombre de esa idea descendería en aquel momento de 1761, después de contemplar los tejados de Santa Fe, por las faldas del Guadalupe, llevando en los brazos un haz de ramas olorosas a páramo y colmadas de flores que con su marcha se iban estremeciendo y fecundando los pistilos.

Bolívar había de comparar las ciudades conductoras de la gran Colombia diciendo que una era un cuartel, otra un convento y Bogotá una universidad. Por su parte, el hombre excelso prefirió la última.

¿Y quién la había creado sino la Expedición Botánica del Nuevo Reino?

Sentíase Mutis incorporado a la trayectoria intelectual de Bogotá cuando en el año de 1776, escribiendo a Carlos Linneo, hijo, en una larga misiva, le dice:

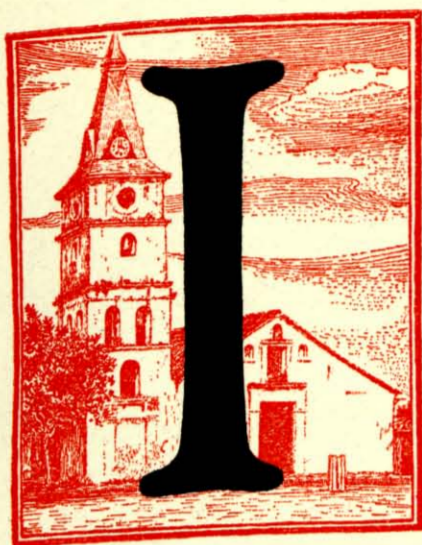
... aquí, bajo del mismo Ecuador, donde las ciencias útiles van logrando los mayores progresos, y donde tal vez (se) puede sospechar que nuestras queridas musas fijarán su asiento en los siglos venideros...

Al genio, que vive de la esperanza, se abren las puertas de la profecía y la relación mental era y había de ser la diadema del águila negra que anidaba al pie de Guadalupe.



TERCERA PARTE

PROYECTOS, TENTATIVAS Y ESPERA



NICIA Mutis sus actividades americanas como médico de la Corte Virreinal y encuentra—primera valla que se opone a sus proyectos—que los pseudo médicos de Santa Fe se sienten lesionados en sus intereses por las actividades del joven facultativo. Además, halla que las ideas populares, impregnadas de invencible superchería indígena, se oponen a sus tratamientos; que, finalmente, los cuidados de su clientela le impiden su estudio predilecto de la naturaleza. Cada mirada en torno de sí es un anhelo insatisfecho, cada piedra, cada flor y cada trino le reclama y le reprocha. Acompañando al Virrey regresa a Cartagena y aprovecha su segunda visita al puerto, para aprender el inglés, para estudiar los peces del caribe y las plantas que crecen desconocidas en la hoya magdalenesa.

Nuevo tipo de poblador de las Indias, se duele, sobre todo, por los atrasos de la inteligencia criolla, educada en disciplinas arcaicas y estériles; rechazada de las carreras que generalmente se abrían a todos los hijos de España.

Entonces acepta la cátedra de Matemáticas en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y expone en sus lecciones las doctrinas de Newton sobre el sistema heliocéntrico, por cuya defensa se suscitaron contra él críticas acerbas de ciertos letrados, que se creían únicos canes vigilantes de la ortodoxia religiosa.

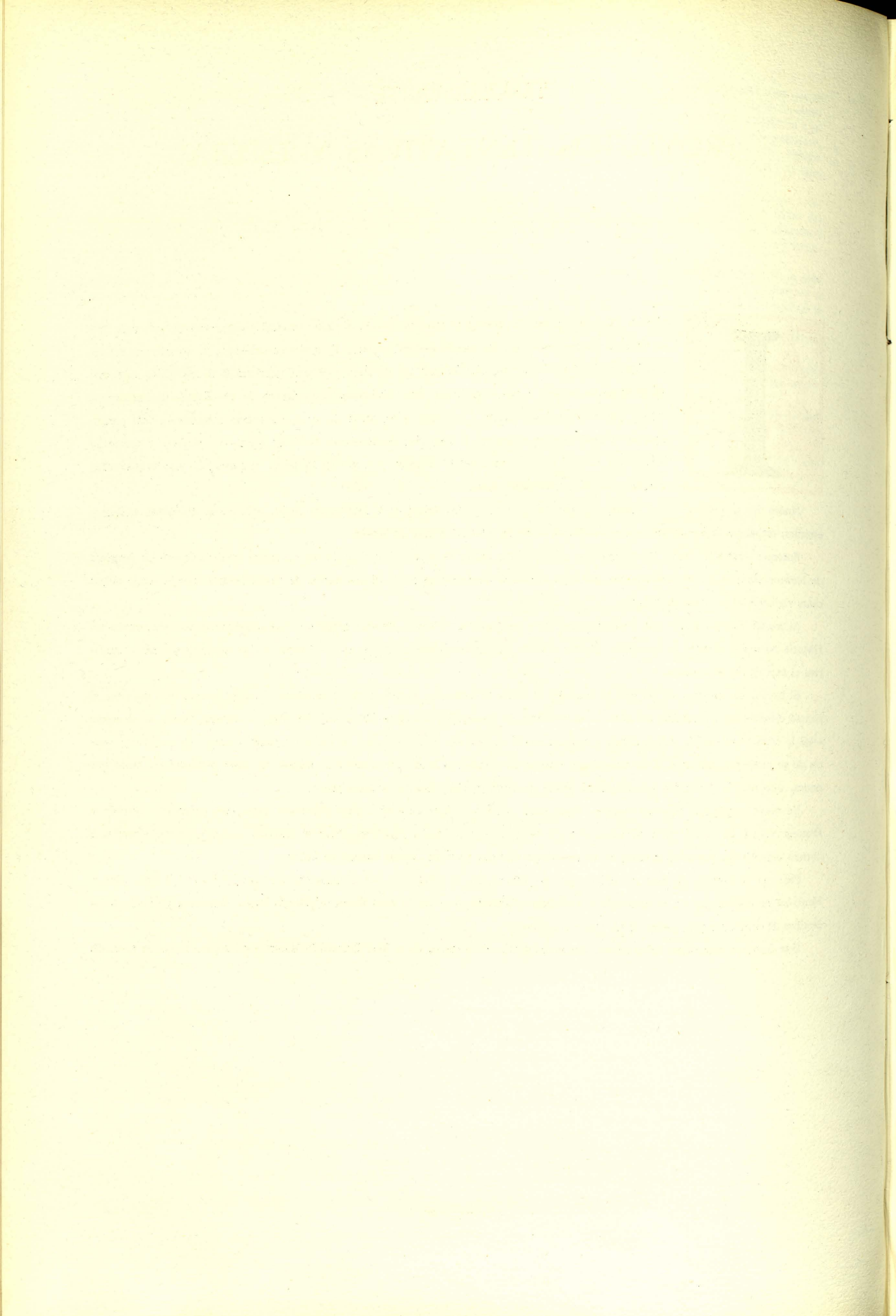
Al mismo tiempo, y con una tendencia proselitista que imita a C. Linné, maestro genial y amigo generoso, daba clases privadas de Historia Natural a jóvenes de reconocido talento, quienes más tarde, dispersos por todo el país, habrían de ser sus colaboradores y ampliarían el área de sus inquietudes.

El hastío, sin embargo, de la Corte de Santa Fe, el deseo de sumergirse en naturaleza, la necesidad de hallar recursos que no fueran el penoso ejercicio de la medicina; así como las persuasiones de sus amigos, llevaron a Mutis hacia las empresas mineras, donde se conjugaba—tal lo creía él—su propia independencia económica con el servicio a la España de acá y de allá de los mares. Dejando los pingües proventos de su profesión, halló que, si no mejoraba de fortuna, las entrañas de la selva se abrían a su empeño de saber. Entonces vió mejor que nunca, que sólo la protección gubernamental podría propiciar su vida laboriosa de investigador.

Ya desde su segundo viaje a Cartagena, Mutis había dirigido su *Representación al Rey*, pidiéndole apoyo para preparar y escribir la Historia Natural de aquella parte de Suramérica que cae al norte del Ecuador geográfico. Pero esa razonada, sincera y patriótica propuesta durmió desatendida, por veintiún años, en las secretarías de Santa Fe y del Consejo General de Indias.

Para que lo fortuito resultara más eficaz que lo premeditado, la rebelión de los Comuneros, que repercutió en el Tolima, puso a Mutis en relación íntima con el Arzobispo A. Caballero y Góngora, nombrado a poco Virrey del Nuevo Reino, conocedor profundo de los destinos de América y guía preciso de sus caminos culturales.

Este ilustrado mandatario había de ser, con su influencia, el promotor de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada.



CAPITULO XV

EL MEDICO DEL VIRREY

Nada hay despreciable entre las inagotables producciones de la Naturaleza en este Nuevo Reino.

CABALLERO Y GÓNGORA, **Oficio** a la Corte, 26 oct. 1783, remitiendo la breva mineral o asfalto.

Cuatro días solamente llevaba en Santa Fe el virrey La Zerda y ya el sueño reparador de la tierra fría iba eliminándole el cansancio de ciento setenta y un días de viaje. Pero aquella noche no podía pegar los ojos, porque le daba vueltas en la cabeza la responsabilidad que el rey había echado sobre sus hombros y se veía ante una difícil decisión, por la que había tomado, sin su consulta, el noble Solís Folch y Cardona, su antecesor.

Le habían visto a las nueve de la mañana de aquel sábado salir en su calesa, con la mayor gala y con sus criados y negros del mismo modo, para asistir a la misa solemne en San Diego. Que a la tarde había subido donde el arzobispo, el señor don Francisco Javier Arauz, y que a la noche, embozado en su capa — la misma incógnita de sus devaneos — había salido para San Francisco; se había despojado de toda gala y — mientras los frailes echaban a vuelo las campanas — había tomado el hábito del Santo de Asís. Allí estaba el billete escrito al propio don Pedro y firmado por Solís: *Fray José de Jesús María*.

Sin el soporte de experiencia que le ofreciera su antecesor, comenzando por un disgusto para la casa real, el nuevo virrey inauguraba su gobierno sobre un territorio de 2.162.200 kilómetros cuadrados, habitados por 800.000 almas.

Era entonces Bogotá una villa reducida, pues en el Censo que años después levantó el sucesor de La Zerda, el virrey Guirior, no había de dar sino 16.233 habitantes en 1.770 casas y chozas.

Mutis prosigue su diario sin comentar el acontecimiento de Solís, con quien había de trabar amistad cuando juntos viajaron al norte de Cundinamarca y a quien más tarde había de imitar.

En la vida del gaditano se deben distinguir dos épocas bien contrapuestas: una desde 1761 a 1783, cuando se inició por Caballero y Góngora la protección oficial a la Expedición Botánica y otra desde ahí hasta el fallecimiento del sabio.

El primer período es el de los virreyes Messía de la Zerda (1761-1772); Manuel Guirior (1771-1776); Manuel Antonio Flórez (1776-1782); Juan de Torrezal Díaz Pimienta (1782), y Antonio Caballero y Góngora (1782-1789).

En el segundo gobernaron, a más del arzobispo virrey, Francisco Gil y Lemos (1789); José de Ezpeleta (1789-1797); Pedro Mendinueta y Muzquiz (1797-1803), y Antonio Amar y Borbón (1803-1810).

Sería estudio sugestivo el de las relaciones de Mutis con esa serie de gobernantes testigos todos del laborioso patriotismo del médico y sacerdote, cuya mayor aspiración — son sus palabras — era *el título de buen vasallo y botánico de su Majestad, únicos laureles que verdaderamente adornan a los hombres de letras*.

Mutis sin duda hizo críticas al atraso de su patria en investigación, en educación universitaria, en la popular. Pero ellas no se dirigían a España, sino a aquellos que pudiendo y debiendo no la servían.

En los borradores de su discurso inaugural de la cátedra de matemáticas en el Rosario, dice:

Razón será, señores, que encendidos del amor a unas ventajas tan conocidas, imitemos la conducta de los sabios, apartando la atención de los ruines respetos de nuestra España detenida.

Es la síntesis de un reproche martillante sin el cual no podía esperarse la innovación que exigían hasta las piedras.

Otra característica de la intervención oficial de Mutis es su repugnancia a la intriga gananciosa. Médico de virreyes, después su confesor

y comensal de ellos, cuando ambos oficios se ejercían en las cortes como puntal para lograr favores y ayudar parcialidades, prefiere para sí, para sus parientes y amigos la seguridad que da el trabajo y el decoro de ser uno de tantos. Ni siquiera desfigura la verdad para neutralizar los ataques que le hacía su contendor Sebastián López Ruiz ni, en ejercicio de su oficio, se vale de ese procedimiento corriente entre palaciegos de desacreditar con sospechas, o ambigüedades, para aumentar su crédito, mucho menos para lograr mejoras en sus réditos, ni siquiera para disimular las deficiencias de su propia labor.

Así termina el balance de sus ingresos durante 1761:

Por esta carrera se vendrá en conocimiento de lo mucho que habrá trabajado, quien tanto ha recibido, siendo cierto que nada poseo por otros medios que no sean respectivos a mi facultad, pues no debo el más mínimo regalo por empeños con el Virrey (que ninguno he hecho, ni pienso hacer aunque me ofrecieron 2.000 pesos por alcanzar una gracia) ni por otros fines que los expresados.

Si en los oficios de Mutis hay algo que huele a lisonja, ello no es sino el estilo de la época, nunca la adulación ni el servilismo.

Gobernando Messía de la Zerda, disfrutó el médico de la casa virreinal, nombrado protomédico de Santa Fe a solicitud de la Audiencia, no sólo de su sueldo, que comenzó a devengar desde el 1.º de noviembre de 1760, a los dos días de su primer arribo a Cartagena, y que subía a 700 pesos al año, sino de una participación casi igual en la administración y ventas de la botica de la calle Real, y de sus honorarios por tareas médicas fuera de la corte. Estos alcanzaron en los once primeros meses de su estancia en Santa Fe a 1.200 pesos. Para el 31 de diciembre de 1761, Mutis había recibido un total de 2.516 pesos como gananciales en dinero físico y no haciendo cuenta de los regalos.

Nos imaginamos que esos regalos, a que se refiere Mutis, serían los pollos y huevos, granadillas, curubas y pescados con que los indios; los azafates de alfandoques, legumbres y mazapanes con que las familias; los alfeñiques y obleas con que las monjas de Santa Fe tratarían de mostrarle su agradecimiento por sus buenos oficios y aciertos. *Todo bien entendido — decía él — es plata.*

Podemos conjeturar cuál fuera el valor adquisitivo de los 2.516 pesos a que alcanzaba la renta de Mutis, si recordamos que, al final del siglo, Pedro Fermín de Vargas, uno de sus discípulos, presentaba al virrey un **Plan de Constituciones para el Hospital Real de Zipaquirá**, proponiendo sueldos anuales para los empleados, así: un médico, 500 pesos; un boticario, 200; un enfermero, 90; una cocinera, 60; una lavandera, 30. El precio de la ración diaria por enfermo y dependiente sería de un real — octava parte de un peso — y el hospital de Zipaquirá gastaría anualmente en camas y frazadas 50 pesos.

Mutis médico ofrece muchos méritos a la consideración de nuestros historiadores. Pero es de advertir que los más relevantes de ellos pertenecen a las postrimerías del siglo XVIII y a los comienzos del XIX, cuando, ya sacerdote septuagenario, veía boyante su expedición.

Sus biógrafos sobreponen fácilmente hechos que sucedieron en los muy diversos períodos indicados de su vida y hasta los trastruecan como aparece en los ditirambos que vieron la luz pública con ocasión del segundo centenario del nacimiento de Mutis. Nos importa, por lo mismo, ya que en la presente obra ante todo buscamos claridad sobre los sucesos de la Expedición Botánica, atender a las fechas referentes

a esta obra grandiosa, cotejándolas con otras que modificaron la vida colonial.

Mutis nos dejó dos documentos importantísimos para comprender y descifrar toda su vida accidentada en el lapso 1761 a 1783, y que demuestran su inquebrantable adhesión al ideal: la representación al rey y una réplica de ella dirigida al señor Caballero y Góngora.

Su aspiración máxima era redimir a España del atraso investigativo, exaltar el pensamiento nacional, hacer respetable la inteligencia de su patria. Pero en el campo inmenso de las ciencias, él fijó su atención en las Naturales que a porfía estaban protegiendo y desarrollando los soberanos europeos; se dió a sus propias aficiones en el estudio de la flora, y escogió como campo fecundo en sorpresas para Europa, en servicios para la monarquía y en sacudimiento cultural, las tierras del neotrópico y las inteligencias germinales de la juventud hispano-americana.

Los caracteres diferenciales de esas dos épocas que hemos señalado en la vida de Mutis no son, sin embargo, el olvido primero y el tardío apoyo del rey después, sino el destino que impuso a su trabajo. Desamparado su proyecto de la Flora Americana dedica todas sus colecciones, observaciones y notas al servicio de los sabios que como Linné le estimulan. Dispersa la cosecha de su esfuerzo se queda con la información que cabe en su cerebro y en su **Diario**.

La segunda época, la del apoyo real, es de acumulación, de escuela, la que todo lo acopia para una empresa urgente, entrevista en los sueños de toda la vida.

Hubo un viraje temprano en las aspiraciones del sabio. Primero se dirigía a obtener del rey su nombramiento para superintendente del gabinete real que había de formarse en la corte, ya que era el autor de esta iniciativa. Después, empero, contrajo sus ambiciones a una expedición de la América septentrional, estilo Loefling o estilo Jacquin.

Una realidad rectilínea y nítida, como asta de bandera, unifica toda la vida americana de Mutis, que es su infatigable constancia, su incesante peregrinar, su permanente observación. Y hay algo que flota y sin despegarse se despega y se envuelve y tremola, que son sus actividades de médico, de matemático, de mineralogista, de etnólogo, de profesor, de consejero; los reveses de la fortuna, las veleidades del favor oficial. Esa bandera se yergue en un bastión que es la fe religiosa de Mutis, su substrato ideológico fundamental.

A esa fe, sin duda, sumada a su educación familiar, debió Mutis otra condición invariable de su vida, que fué su bondad; la inalterable preponderancia del sentimiento sobre los dones de la mente, su verdad ponderada y sensata. El que llamó Linné *virum candidissimum*, era en efecto sencillo, franco y buen amigo, con todas las arrogancias, sí, del caballero, pero tolerante, sin hiel ni egoísmo.

Pocos hombres han modelado su vida desde la niñez al patrón que ellos mismos elegirían en la edad senil. Mutis dobló la esquina de la vida satisfecho de haber sido constante consigo mismo, en actividades múltiples.

Mutis, médico, es una energía cinética de su educación familiar y gaditana, postura constreñida por el apretujamiento humano; Mutis, mineralogista, es otra postura en el zaguán que conduce al pan de cada día. Mutis, desorientado, huraño, solitario, en la que él llama su *inevitable melancolía*, es el impacto sobre sus nervios de la perfidia de los hombres y de su vibrante combustión cerebral. Mutis viajero es un fenómeno de todas esas entelequias, entendida esta palabra en el sentido aristotélico, es decir, de todas estas potencias listas a actuar.

Hay quienes hayan supuesto — medianos escrutadores de la historia — que la Expedición Botánica de Nueva Granada sólo conoció el área — que a ellos les parece estrecha — de La Mesa, Mariquita y Santa Fe. La comparan con las Expediciones al Perú, a Méjico, a Cuba y con la Zoológica de Azara al Paraná, y hallan éstas más amplias. Sacan las cuentas y encuentran costosa, en relación con sus frutos sazonados la del Nuevo Reino. Tales no merecen el juicio de que carecen.

Caballero y Góngora en su Relación de Mando (Turbaco, 1789),

para justificar ante el rey la elección que había hecho de Mutis como Director de la Expedición Botánica, lo califica: *sujeto que había corrido por más de veinte años gran parte del Reino, recogiendo las producciones de la naturaleza*.

El itinerario de Mutis en su primer período, deducido de sus comunicaciones y cartas se puede jalonar fácilmente.

Llega a Cartagena de Indias el día dicho de 29 de octubre de 1760. Por tierra y tal vez también por el Canal del Dique pasa a Barrancas y de ahí a Mompo. Sale el 8 de enero de 1761 y llega a Honda el 28 ó 29 del mismo mes. Parte de Honda el 17 de febrero para Santa Fe y llega a los ocho días, el 24 de febrero. En Bogotá y sus alrededores permanece hasta el 16 de septiembre de 1762, cuando, acompañando al virrey Messía de la Zerda vuelve a Cartagena, amenazada por la guerra declarada a los ingleses (13). No torna sino el 16 de julio de 1763, después de viajar cincuenta días por el camino del Opón, Vélez, Zipaquirá y Usaquén (14).

El año 1766 se instala en las minas de Montuosa la Baja y Vetas en Santander y permanece en su dirección cuatro años. El 15 de mayo de 1770, ya está en Santa Fe donde dice, escribiendo a Linné, que ha vuelto llamado por el virrey; que lleva diez años viajando y aun insinúa que había conocido la flora cercana del Amazonas. Satisfaciendo órdenes del virrey, quien le reitera sus promesas de darle medios para otros estudios, deja esa minería.

Messía de la Zerda concluyó su gobierno el 31 de octubre de 1772. Vinieron entonces, con Guirior, las excursiones hacia el occidente de Cundinamarca, en asuntos de quina, pues a fines de ese año, precisamente en los meses en que recibía las órdenes sagradas, la descubrió en los montes de Tena. En 1776 se halla ya enfrascado en su segunda empresa minera como Administrador del Real de El Sapo en Ibagué. De allí le había de sacar en 1782, el arzobispo Caballero para agregarlo a su casa en la capital virreinal, no ya sólo de médico, sino como consejero.

Todo este ajeteo no sucedió en balde para las ciencias naturales, y prueba de ello es que el maestro García aparece el 6 de mayo de 1784 en Mariquita, dibujando plantas que Mutis había recolectado en El Sapo.

Debió ser una de las preocupaciones de Mutis al llegar a Santa Fe y recordar su largo viaje, la de mantener sus relaciones epistolares con Europa, sobre todo las que tanto le halagaban con los sabios escandinavos.

Antes de la Real Cédula de 2 de julio de 1769 que ordenó la incorporación a la corona de todos los correos terrestres de América, los de Nueva Granada — iniciados desde 1544 — funcionaban conforme al privilegio de establecerlos concedido en España a don Lorenzo Galíndez y a sus descendientes. Una Administración y un Juzgado de correos, recibían y despachaban dos o tres veces al año el cajón o la petaca donde venían los oficios del gobierno, las cartas de particulares y las encomiendas. Como las mercancías, estos bultos debían ir en envolturas impermeables que los aseguraran contra las lluvias en los puertos, en los champanes y en los barcos transmarinos; padecían extravíos y demoras; eran verdaderos dados echados a la suerte; las nuevas perdían su actualidad con la demora y la respuesta era una fortuna verdadera. Siete veces repitió Mutis una carta a Linné antes de cerciorarse de que la había recibido.

Calcúlese lo que sería entonces una solicitud, dirigida a la corte, entre otras mil venidas de todos los ámbitos del mundo; las demoras, las tramitaciones, los olvidos que padecería. La maravilla es que España pudiera atender ese avispero de quejas y peticiones.

Mutis quiso, desde antes de salir de Madrid, echar a andar ante la corte una petición de apoyo para su Historia Natural de América. Pero se lo disuadieron las preocupaciones que entonces asediaban al gobierno. Quiso tentar de nuevo al llegar a Cartagena donde estaba fresca la huella de Jacquin, pero Messía de la Zerda le hizo esperar días más propicios. Cuando otra vez volvió a ese puerto fué cuando

(13) Entre las mejoras ejecutadas por Messía de la Zerda en las fortificaciones de Cartagena, cuando en 1762 las visitó, figura la dotación con 73 cañones del castillo del fuerte de San Felipe, situado en las murallas del sur con capacidad de barrer cualquier asalto proveniente del puerto. Sobre la muralla del norte quedaron emplazados 28 pedreros y 37 cañones.

(14) En su segundo viaje desde Cartagena, subiendo el río de la Magdalena el año 1763, dice Mutis en el **Diario de Observaciones**:
Día 13, lunes. Llegamos finalmente a la villa de Mompo, donde fue recibido el Virrey del modo acostumbrado... Permanecerá mi memoria por algunos años en esta villa ya por los aciertos que en ella he tenido, ya por los admirables polvos de azufre cuya receta franqué y de que se ha seguido un grande beneficio; y últimamente por una consulta bien particular, por la cual, desde Cartagena pronostiqué la muerte del difunto Don Antonio Labandera de que haré memoria en estos diarios. Guillermo Hernández de Alba. **Originales.**

pudo despachar su Representación al rey (mayo 28 del 63), documento fundamental de toda la trayectoria de su vida, madurada planificación de su empresa.

Pero ésta era tan alta que se necesitaba ánimo real para comprender las conveniencias de su costo, y un corazón y una influencia tan decisiva como la de Caballero y Góngora y la del Marqués de la Sonora, para recomendarla con eficacia. Resultado: veinte años de espera.

Mucho debió de padecer Mutis, antes de que los cortesanos de Santa Fe lo vieran aprobado por la autoridad real, y por lo mismo no es extraño el hincapié que puso en el aplauso de Linné y de otros sabios extranjeros, el cual hoy nos parece excesivo, quizás infantil. Y es que el sabio que despilfarraba tiempo y energías, dinero y oportunidades en anotar minuciosidades naturales, en libros y exploraciones, no pedía sino respeto, lo menos que puede pedir quien se siente incorporado a un ideal de servicio público.

¿Padecimiento de Mutis en esa primera etapa de su vida neogranadina? *Multum per omne modum*, que a igual pregunta respondió San Pablo.

Impertinencias de la vida incomprensiva palaciega; solicitudes de la cátedra y de su profesión que no le dan tiempo de estudiar la naturaleza; demoras y pérdidas en correspondencia; ideas absurdas en los que le rodeaban que *deliran como locos* en materias médicas y a quienes, por tercios, hay que responder con el silencio; incomodidad para visitar de puerta en puerta los enfermos por las calles empedradas y empinadas de Santa Fe.

El 17 de febrero de 1762 Mutis emprende una subida a la cumbre del cerro de Guadalupe, aventura que, si sucediera ahora, no podría describirse mejor. Dice así en su **Diario**:

El día 17, teniendo mi barómetro montado, tuve vivísimos deseos de subir al cerro de Guadalupe, para observar cuánto bajaba. Antes me había informado de este camino, y habiéndome dicho que en una misma tarde podía bajar y subir, no quise dilatar más mis deseos, determinándome a subir la misma tarde en que lo pensé. Serían las dos y media de la tarde cuando formé mi resolución. Antes de las tres, ya yo me había puesto en marcha, fiando al cuidado de mi paje el barómetro. También llevé conmigo mi esclavo negro, para lo que pudiera ofrecérseme. No quise montar en mi mula queriendo recoger más fruto de mi viaje, que me salió de modo diferente al que me había imaginado. Como la subida es algo cansada y empleaba más tiempo del que otro gastaría, deteniéndome en registrar el terreno que pisaba, recogiendo varias plantas, hacia el medio de la tarde comencé a sospechar que debería volverme o hacerme ánimos de pasar la noche en la jurisdicción de la ermita. Cuando hacía estas reflexiones me hallaba a la mitad del camino. Seguí caminando con alguna indiferencia de que me sacó un leñatero que bajaba de Guadalupe. Procuré informarme del camino restante y del modo con que yo podría pasar la noche arriba. El leñatero, por ignorante o no bien intencionado, me aseguró que detrás de Guadalupe vivían muchas gentes en sus chozas o casillas. Con este

informe y con la prevención de moneda que tenía en mi bolsillo, no me fué muy difícil determinarme a pasar la noche en el monte. Seguí subiendo y explorando el terreno, que me ofreció muchas plantas nunca vistas. Vi por la primera vez en aquel suelo la Calaguala. No era la hoja tan grande como la que me presentó D. Cristóbal Cajal, traída de Boquerón, que está en el camino de Cáqueza. En el último tercio de la subida están las piedras de un lado y otro salpicadas de unas manchas azafranadas; tintura que se pega a las manos, y parece ser un cuerpecillo fungoso que crece sobre aquellas piedras. Fui recogiendo todas las plantas que pude. Cuando llegué a la ermita que está en la cima del cerro, serían las cinco y media de la tarde. Lo primero que hizo mi paje fué registrar los alrededores, en que no descubrió las casas ni gentes que dijo el leñatero. Me avisó de esta aventura que no dejó de disgustarme. Pasé después a registrar las habitaciones que están arrimadas a la pared de la iglesia, mirando al Norte. Las hallé abiertas y allí consentimos acomodarnos. Como la traspasada fué impensada, hubimos de hacer una vida enteramente ermitaña. La cena se redujo a unas tres onzas de pan, casualmente olvidado en la faltriquera del paje, distribuidas entre tres. No fué menos simple la bebida, que casualmente había quedado en el fondo de una botija, ni menos austera la cama. Todas estas disposiciones, como ajenas de todo aparato, fueron ejecutadas en cortísimo tiempo, y el que sobró lo empleé en fijar el barómetro al cerrojo de la puerta de la iglesia, la cual mira al Poniente, y observar cómo quedaba el mercurio. Noté que se mantenía a las 18 pulgadas, 7 líneas y 2/3 de línea. A la mañana lo encontré, habiéndolo fijado en el cuarto en que dormí, a las cinco y media de la mañana, a las 18 pulgadas, 7 líneas y 1/3 de línea.

Los resultados científicos de este período de las exploraciones del médico del virrey Messía de la Zerda, los exponemos adelante para probar que la Expedición Botánica, en su planeamiento, en su adquisición de verdades y en sus colecciones, fué una obra iniciada desde que Mutis pisó en Cartagena de Indias.

Un hilo tenaz iba apesando el territorio neogranadino, las trayectorias de Mutis, para entregarlo íntegro a la fascinación de una juventud ávida de patria suya, de una patria con derechos iguales a los demás pueblos de la tierra.

Y esos eran los amores de aquel hombre que no quiso separarse de nosotros, ni cuando Messía de la Zerda, terminado su gobierno, le pidió regresar con él a la península; ni cuando Guirior, promovido al virreinato del Perú, quiso tomarlo consigo para que estudiara las quininas más allá del paralelo 5 Sur y que rechazó el gobierno de Girón como importuno para sus planes.

En una y otra ocasión respondió: *El amor a estos países es consecuencia de un corazón agradecido a sus Pueblos*. Había entregado su amor a la publicación de la flora de la Nueva Granada, ardua y distante.

Y cuando se ama lo distante, como Mutis, toda ausencia es mucha, cualquier camino para esperar es largo, para buscar corto, y otras presencias son impertinentes y demasiadas.

CAPITULO XVI

EN EL MAYOR DEL ROSARIO

Siempre fué tenido por cosa digna de ánimo noble defender la verdad cuando la mentira causa error o daño, aunque se atravesare particular amistad con los que se apartan de ella.

GONZALO JIMÉNEZ DE QUESADA, *Antijovio*.

Dijimos que Mutis había sido el primero de los colonos de Nueva Granada y primero entre los próceres de Colombia. Primer colono en la prestancia y primer prócer en la cronología. Si le faltó la transmisión de la sangre, transfundió caudalosamente la idea y sembró la semilla que cayó en las mentes jóvenes, reclamando perennidad.

Concretando su objetivo vital al estudio de la naturaleza americana inagotable, como ave migratoria perdida en la noche, prende sus giros a ese faro. Su medicina era vegetal mientras la experiencia científica no exigiera otra cosa, así como no halla en las plantas mayor excelencia que la de aliviar el dolor y repeler la muerte. También cuando se hizo educador buscaba difundir una filosofía social de la naturaleza que se adelantaba siglo y medio a su época.

Para los místicos: un Pablo de Tarso, un Iñigo de Loyola, un Juan de la Cruz, el mundo visible tiene una lógica ascensional que sube hasta el amor divino. Para el artista, sea escultor, o pintor, o literato, la naturaleza es la maestra de la eterna vigencia, la que vincula las elaciones estéticas de todas las edades. Para el médico — y ese principio fué normativo en Mutis — la naturaleza es artífice de la salud. Para el colono perfecto su creación consiste en vincular los hombres a un paisaje, en dominar una naturaleza, en unificar por ella los esfuerzos varoniles y rendir a nuestros quereres el vigor estelar del cosmos. Finalmente para el científico y el educador, el todo es comprender y dar al joven un sentido del medio en que va a actuar el hombre.

Aprendido tal vez de Linné — genio y maestro — o quizás deducido por propios raciocinios, el médico del virrey de Nueva Granada, expone así el fundamento de su labor educativa a Caballero y Góngora.

Daba también lecciones de historia natural a algunos jóvenes con objeto de recompensar mis trabajos con los frutos de las correspondencias que en adelante pudiera establecer con ellos, esparcidos en las diversas provincias del Reino, según sus destinos. Todos eran arbitrios que se dirigían a los adelantamientos de mi Historia...

A principios del año 70 me restituit a esta ciudad sin haber querido admitir el gobierno de Girón, como empleo totalmente opuesto a mis designios, entregándome nuevamente a las mismas tareas de la medicina, cátedra y lecciones de la historia natural, formando jóvenes con quienes partí mis delicias de ver introducidos, bajo de la línea equinoccial, los conocimientos de las ciencias útiles, y celebrados los nombres de los tres mayores sabios del norte, Newton, Boerhaave y Linné.

Mis delicias. Mutis se siente portaestandarte de un movimiento progresivo y selecto que es la colonización de los espíritus, principio de la apropiación de los recursos naturales de América, para España y para la humanidad; insignia que desde Suecia transmite su mano hasta las frondosas, húmedas, fértiles y solitarias orillas del Amazonas. Y sueña, triunfador de una inercia secular, ampliar el área geográfica de su Expedición Botánica y horadar la roca de los tiempos venideros, vaciando sus empeños de laboriosidad y de inquietudes naturalistas en las mentes ávidas y maleables de la juventud americana. Era una parte de su plan. Nada tan contrario a los hechos como suponer a Mutis avaro de sí y de sus conocimientos.

Por eso apoyó a Caldas en su tortura de saber; por eso encauzó a Valenzuela hasta que hizo de él «el señor Compañero».

Como las murallas de Cartagena que antaño defendieron el dominio español y ahora sustentan nuestras tradiciones de Hispanidad; como las grandes ceibas que en el corazón de la villa tropical van repitiendo de generación en generación las historias y las consejas que mantienen el hogar común; como esos montes, como esos grandes ríos que ince-

santemente llevan limo virgen al final salobre, se destaca el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Esta preclara Universidad que entre todas las bogotanas es la que ha logrado mayor continuidad y que menos convulsiones ha sufrido como premio a su sabia dirección y al fiel y reposado mantenimiento de sus destinos educativos, fué fundada por el arzobispo de Santa Fe, de la Orden de Predicadores, fray Cristóbal de Torres, burgalés, y según cédula de Felipe IV de 31 de diciembre de 1561, para que en ella se estudiaran la doctrina de Santo Tomás, la Jurisprudencia y la Medicina.

Quiso el pródigo y generoso fundador asegurar para siempre la estabilidad del Colegio y lo dotó con largueza. Así le adquirió, en tierras que habían sido habitadas por los indios panches, extensas posesiones, trapiches y ganados, haciendas que habían pertenecido a Juan Díaz Jaramillo llamado *el sevillano* y *el rico*, encomendero, y quizás uno de los fundadores en 1544 de la ciudad de San Jacinto de los Caballeros de Tocaima. Bella gala de nuestra historia que no se la entiende sino en función de las cosas y los personajes de España.

Fray Cristóbal confió su Colegio Mayor a los Padres Predicadores para que en sus principios lo rigieran. Pero habiendo querido éstos reunirlo a la Universidad tomística que funcionaba en su convento, abierta en 1639 — a cuya fundación se aplicaron los bienes de la sucesión de Gaspar Núñez sacerdote de Benavente, en Castilla — el arzobispo dió providencias para secularizar para siempre su Instituto. El edificio para éste fué entregado en 1653 y sus estudios se inauguraron el 18 de diciembre del mismo año.

Competidores en las doctrinas, émulo en las glorias de la evangelización y educación de Nueva Granada, habían sido los Padres de la Compañía de Jesús, elegidos por el arzobispo don Bartolomé Lobo Guerrero, natural de Ronda, catedrático de la Universidad de Sevilla e Inquisidor de Méjico.

Felipe III concedió en 1602 que se fundara el Colegio Máximo de San Bartolomé que a la entrada de sus aulas todavía nos dice: *Sapientia edificavit sibi domum*.

Cuando J. C. Mutis llegó a Santa Fe esos tres eran los centros que se repartían el prestigio de la enseñanza y la juventud neogranadina. De tierras remotas, Popayán, Cali, Cartagena, Antioquia, Socorro y Santa Marta, venían los educandos a equiparar con la nobleza de su sangre, y la riqueza de sus padres, su preparación mental para la vida. Y una noble ambición los espoleaba para no quedarse atrás del movimiento literario que se desarrollaba en la España europea.

Sin embargo, los estudios profesionales en Santa Fe eran más para la Edad Media, de las antiguas París o Salamanca, que de un siglo en que tan desarrolladas estaban las ciencias positivas y de una nación que apenas iniciaba su itinerario de progreso. Europa había podido elevar de los escombros del feudalismo su civilización, gracias a una superioridad estética que venía desde Grecia, merced a sus gremios artesanos, a su dominio sobre los mares. Pero Nueva Granada dormía en su cestilla, entre los juncos del Nilo caudaloso de su fertilidad.

Nada decían los peripatéticos, ni los comentarios, ni los quodlibetos, ni los enquiridios; tampoco los *Gradus ad Parnassum*, ni sobre el maíz, ni sobre la papa, ni sobre el camino de Honda, ni sobre las manguantes de la luna. Y a fe que *prius est esse, et postea philosophare*. Se entretenía a los estudiantes con discusiones pírricas que más tenían de gallera que de habilitación para una vida de esfuerzo tremendo. Ni se les enseñaba prosodia latina, ni salían comprendiendo el modo físico,

ni aprendían a usar del sentido común. La reacción tenía que presentarse.

No había pasado el año en que llegó el caballero Mutis a Santa Fe cuando el 8 de diciembre, al amanecer, un incendio devoraba el noviciado de Santo Domingo, y pasaba después a la iglesia, que era el mejor santuario de la ciudad, donde hizo un destrozo considerable. El diario dice:

Con motivo de esta desgracia hube de hacer varias reflexiones, y entre ellas tuvo el primer lugar el mujeriego, cuyo piadoso corazón se les salta a estas infelices por boca y ojos. Hicieron causa propia la desgracia de esta iglesia, y acompañando con obras sus deseos se dejaron ver como varoniles jornaleras. Toda el agua, que fué infinita, se debió al trabajo de las mujeres, a quienes, faltándoles vasijas en qué llevarla, arbitraron conducirla en sus sombreros. No cabe en ponderación la liberalidad y rasgo de las infelices chicheras con que franqueaban toda su hacienda y muebles, reducida a una porción de chicha que es toda la hacienda, y a tres o cuatro mícuras a que se reducen sus muebles más preciosos. Llegaba esta liberalidad a tales términos que buscando un sujeto este licor con el dinero en la mano, le franqueaban todo sin permitir el trato de la venta, preciándose de tan cristiana y compasiva la que lo daba, como quien lo buscaba con su dinero. Aquí es digno de advertir el rarísimo modo de pensar (que en esto suelen ser inaguantables estas gentes) con que se han persuadido a que la chicha es la contra más poderosa para el fuego, a quien, dicen ellos, apaga mejor que el agua. ¡Extraño ofrecimiento! ¿Qué ventajas encontrarán en un licor fermentado, como lo es la chicha, que necesariamente contiene un espíritu ardiente, efecto de todas fermentaciones, y que bien se manifiesta en los que la beben? ¿Qué pensaría quien viese buscar aguardiente para apagar un incendio? Pero no toca a estas gentes discernir sobre materias que les son extrañas. Poseen un corazón muy dócil, que los inclina sobrado a la credulidad, y con la misma se dejan llevar de las opiniones del vulgo.

El infortunio siguió a poco a los Padres de la Compañía. El 10 de septiembre de 1763 se desplomó la media naranja de la iglesia de San Ignacio, obra del arquitecto italiano Coluccini. El día 7 de julio de 1767, se recibió en Santa Fe la pragmática sanción de Carlos III extrañando de sus dominios a todos los miembros de la Compañía y confiscando todos sus bienes. Esta disposición inicua y funesta fué proclamada el 31 de julio del mismo año, y luego se estableció la Junta Superior de Aplicaciones de Temporalidades que ocupó los valiosos bienes de la Orden ignaciana. El Colegio de San Bartolomé se secularizó y sus estudiantes cambiaron el antiguo escudo por las armas del Rey que hicieron bordar en sus becas. (P. M. Ibáñez.)

Antes de su extrañamiento, algunos de los Padres de la Compañía prestaron a Mutis su valiosísimo concurso en el acopio de documentos sobre lenguas indígenas, estudio fascinante para su espíritu sensible, que lamentaba la suerte de los indios, y trataba de comprender los valores, entonces soterrados, de sus culturas.

Y antes de que en Mayo de 1783, una cédula del mismo Carlos III obligara a todos los indios a hablar el castellano y cerrara las escuelas de idiomas indígenas, Mutis dedica afanes, visitas y correspondencias con los misioneros a este fin. Dice así:

Más que todo me fué dolorosa mi mansión en el retiro de la Montuosa al tiempo de la expatriación de los jesuitas. Sabía yo muy bien las riquezas de esta clase en sus archivos y misiones y positivamente me constaba entonces que estaba bien trabajada la gramática de la lengua sáliva que me prometió un misionero... Nada igualaba mi sentimiento por la pérdida de la más dulce y elegante lengua achagua.

El avaro estudioso se regocija, sin embargo, porque ha logrado arrancar de la librería del Colegio de Tunja el precioso regalo, la alhaja más preciosa, el tesoro que no tiene precio de los dos únicos ejemplares que se conocen del Diccionario de la Lengua Chibcha o Mosca, que era la general del Nuevo Reino y parece ya extinguida su memoria.

A la primera época que señalamos de la vida neogranadina de Mutis pertenecen sus clases de matemáticas en el Rosario comenzadas el 13 de marzo de 1762, su ausencia de un año por el segundo viaje a Cartagena y su renuncia definitiva al magisterio para marchar a las minas de plata de Montuosa, cerca de Cócota de Suratá en el 66.

El suceso más resonante de esa docencia fué el litigio que se le suscitó por haber enseñado el sistema heliocéntrico de Copérnico y de Newton. Entonces mostró toda la admirable solidez de su criterio y el equilibrio de su conducta.

Los Padres Dominicanos defendían una tesis que, a su parecer, era teológica, física y matemática, según la cual ningún católico debertá sos-

tener el movimiento de la tierra y la quietud del sol con el objeto de explicar los fenómenos celestes; además el sistema de Copérnico era intolerable porque no se compadecía con el respeto a la Sagrada Escritura, de suerte que ningún católico podía defenderlo, mucho menos habida cuenta de su prohibición por la Sagrada Inquisición.

El ambiente para Mutis debió tornarse pesadísimo. El mismo rector del Rosario estaba contra él; el mujeriego sin duda cuchicheaba de lo lindo contra el médico joven del virrey, los estudiantes de uno y otro bando pondrían la disputa al rojo vivo y todos se volvían un guirigay con tantos epicilos, excéntricos, concéntricos, elipsoides, centrifugas y centripetas. En lo que él más amaba su complejo piadoso y científico se quiso sembrar un complejo de censura.

Fué fortuna para Mutis que la corte española hubiera ya tomado decisión, no sobre el sistema de Copérnico, sino sobre que la Inquisición romana no podía obligar al rey a ordenar lo que no le pareciese y la cosa quedó ahí por muchos años, hasta cuando Mutis partió para la Montuosa. Entonces la cátedra de Matemáticas del Rosario se suprimió y las doctrinas de la Universidad ilustre se amañaron de nuevo con su Ptolomeo.

Diversa aceptación en el orden pedagógico se daría, andando los años, al confesor del virrey Caballero y Góngora, botánico y primer astrónomo de la Expedición por la América septentrional. Entonces las consultas llueven sobre él, y él dice la última palabra en asuntos de métodos y organizaciones pedagógicas y profilácticas.

A esa segunda época mutisiana pertenecerá su **Plan para la enseñanza de las Matemáticas en el Colegio del Rosario (1787)**; el **Plan para los Estudios de Medicina en el Colegio Real Mayor y del Real Patronato de Nuestra Señora del Rosario**, al cual va añadido el proyecto para la fundación de un laboratorio de química (1801); el **Informe sobre el Estado Médico y Sanitario del Nuevo Reino (1802)**, y, por último, la inauguración de su retrato en el ilustre Colegio, honor a que él corresponde declarando a Nueva Granada su patria de elección. Dice así en carta al rector Fernando Caycedo y Flórez (publicada por G. Hernández de Alba) que lleva fecha del 12 de mayo de 1801:

Por más ruboroso que me haya sido el honorífico oficio en que Vuestra Señoría se sirve participarme la resolución acordada con el señor Don Jorge (Tadeo) Lozano, de perpetuar la memoria del establecimiento primitivo de las matemáticas en el retrato de su primer catedrático, al considerarme ya colocado en vida entre los beneméritos hijos de ese ilustre Colegio; ha templado en lo posible mi sonrojo, la recordación de aquel día tan plausible en que di principio a desahogar mis inflamados deseos de introducir en la capital, y propagar a todo el Reino, los utilísimos conocimientos de las ciencias exactas.

Mi notorio amor a la juventud americana, retratada en los corazones de sus agradecidos patricios, lo considero tan bien recompensado, que debería resistirme al sacrificio de violentar la modestia de un hombre resuelto a vivir olvidado y solamente ocupado en servir al beneficio de su elegida patria, suspirando por la aurora de sus días más felices, y trabajando por aproximar su llegada, me contentaría por ahora la esperanza de alguna memoria póstuma.

Si a pesar de la sinceridad con que descubro a Vuestra Señoría mi agradecido corazón, insistiese todavía en su pensamiento, me rendiré desde luego al sacrificio, por complacer a Vuestra Señoría, a quien espero dar otras pruebas emuladoras del ardiente celo con que ha excedido a sus antecesores promoviendo las glorias de nuestro ilustre Colegio.

Quizás en ningún otro punto de la biografía mutisiana se echa de menos la atención a la cronología que cuando, en discursos y notas ligeras se habla de sus discípulos en el Mayor del Rosario. Ciertamente que Mutis fué catedrático perpetuo de los claustros rosaristas. Indudablemente que muchos patricios y mártires de nuestra patria fueron discípulos del sabio gaditano. Pero suponer que muchos de los próceres naturalistas fueron discípulos de Mutis en el Rosario es forzar la cronología a lo inverosímil.

Las verdaderas épocas rosaristas de Mutis fueron la que medió de 1763 al 66, cuando todavía era laico y desde 1770 al 76. En otros lapsos o estuvo ausente de Santa Fe o entregado al trabajo de su Expedición.

Por la exactitud que pide la historia es indispensable restringir los años y el alcance de la docencia rosarista de Mutis. No fué en las gloriosas aulas de fray Cristóbal donde oyeron sus lecciones los que después fueron mártires naturalistas de la patria; ni las lecciones de Mutis abarcaron más de nueve años de los cuarenta y siete de su vida en

Nueva Granada, ni allí en el Rosario enseñó directamente las ciencias botánicas y zoológicas. Si éstas hubieran sido objeto de sus prelecciones rosaristas, se hubiera hecho referencia a ellas entre los motivos para erigir su retrato en el noble Colegio Mayor.

Por otra parte, los más provecetos discípulos de Mutis que influyeron en la creación de la Nueva Granada, fueron Valenzuela, nacido en 1756; Escallón a quien llama «mi amado discípulo»; Camilo Torres que lo fué en 1776; Pedro Fermín de Vargas cuya fecha de nacimiento ignoramos, pero que hacia 1785 recibe cartas de Mutis en que le da instrucciones como a persona mayor y José Félix de Restrepo, nacido en 1760.

Entre el médico y el sacerdote, las gentes no tuvieron mucho que distinguir. Porque sus pasiones siempre se diluyeron en el piélago del trabajo y nunca dejó de ser modesto y justiciero ni jamás se le vió dominado por la ambición o el exclusivismo.

Al ordenarse Mutis de presbítero el día 19 de diciembre por manos del arzobispo fray Agustín Camacho y Rojas, tunjano, y al cantar su primera misa en la Navidad de 1772, cuando se había despedido de Messía de la Zerda, no busca defenderse, ni alcanzar, ni asegurarse. Sólo obedece a un llamado íntimo de su espíritu, a la sed de su Hacedor,

del Divino Señor del árbol y la hormiga, a una presentación externa más en armonía con aquello que ya practicaba. Un paralelo de las apariencias con Solís es imposible: el del interior, dentro de lo español, obvio y natural.

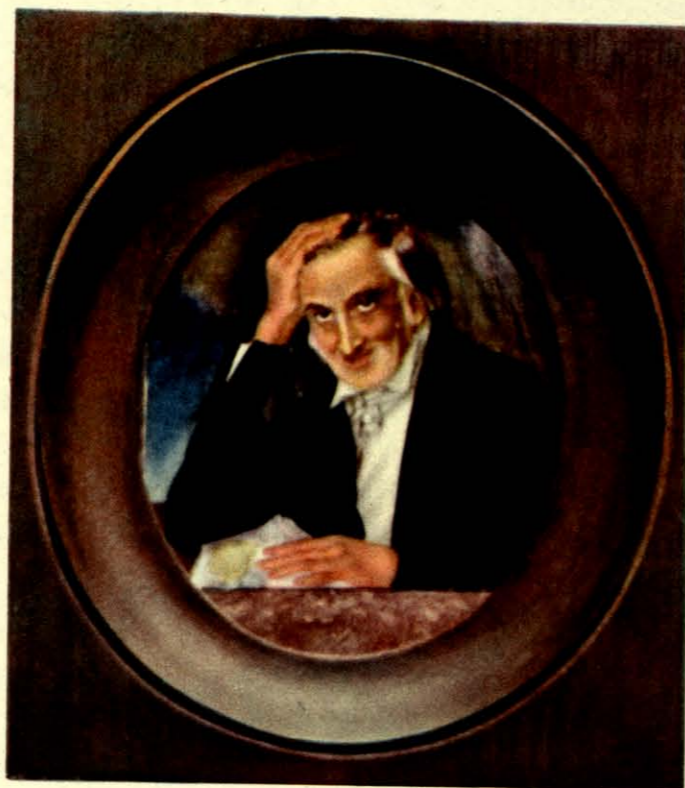
Más adelante iremos viendo a qué grado de eficacia llegó la lección impartida por Mutis en la formación mental y en la vigorización de la voluntad de sus discípulos. Su generación, los que vivieron a su lado, nos enseñaron a llamarlo sabio, porque siguió *la senda por do han ido los pocos que en el mundo han sido*. Caldas y R. Granados le califican de santo en el sentido de hombre lleno de bondad.

Sabio no es el que lleva mucho en la cabeza. Sabio es el ávido de aprender, el incansable de leer, el avaro de documentarse, el que, desconfiado de su razón, recoge, arrodillado en tierra, las briznas de verdad que la naturaleza va dejando caer y que alcanzan a brillar a los soles vesperales de nuestra atención.

Y maestro es el sabio que todo se entrega y llama a que reciban. Eso significa la lapidaria frase de Mutis cuando felicitándose de poseer el diccionario chibcha y refiriéndose a sí mismo, dice:

Este tesoro no tiene precio; pero está depositado en manos francas de quien sólo atesora para poder dar.





Matis.

[Signature]

D. 8. A.

E. 1785.

DON FRANCISCO JAVIER MATIS

Dibujante de la Expedición y autor de las anatomías florales en su Iconografía. Según la miniatura de J. M. Espinosa que se conserva en el Museo Nacional de Historia en Bogotá. Su signatura de dibujante está tomada en el Jardín Botánico de Madrid.

CAPITULO XVII

PLAN DE ALTIVEZ ESPAÑOLA

*Todo lo sufren en cualquier asalto
sólo no sufren que les hablen alto.*

CALDERÓN DE LA BARCA.

La Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada fué un brote de superación, una ambición patriótica, una explosión de la altivez española, un delirio épico, con lo cual está dicha su grandeza, su fuerza devoradora de hombres, y asegurada, no importa para cuándo, su realización, mientras alienten españoles de sangre.

Mutis, en su *Diario* de 1761, primer año de su estancia en Santa Fe, nos declara muchas veces cuáles eran sus intenciones al pasar a la América, que no eran de aventurero, ni de traficante, ni de burócrata economizador de sueldos. Para él su oficio de médico del virrey fué un mero pretexto para entregarse a las ciencias naturales en contornos desconocidos y demostrar en ellos la eficacia del pensamiento español y los arrestos de su raza. Por eso, desde los comienzos le interesa todo lo que se produce espontáneamente, lo que revela la idiosincrasia de las gentes y lo que merece utilizarse por los americanos. Sus diarios son un remolino que absorbe datos sobre plantas, sobre enfermedades, sobre remedios, sobre animales, sobre metales y piedras, sobre costumbres y lenguas indígenas. He aquí unas palabras suyas escritas en Mariquita, el 13 de marzo de 1787, las que merecerían ser esculpidas en el vestíbulo de nuestros Institutos etnológicos:

Mi fin se dirigía a depositar estos tesoros (las gramáticas y diccionario indígenas) en alguna Academia de Bellas Letras, recelando cuán precipitadamente caminaban estos idiomas a la región del olvido, con la extinción de estas bárbaras naciones, y viendo, al mismo tiempo, desde lejos, que debía renacer el gusto por estas preciosas antigüedades; pero tal vez, con el desconsuelo imponderable de ni hallarlas ni saber si existieron.

Los diarios de 1761 y 62 repiten de muchas maneras cuál fué la vocación tan avasalladora que atrajo a Mutis a la remota Santa Fe de Bogotá. Dice:

Día 26 de mayo (de 1761): Aunque la naturaleza del país me prometió desde luego abundante materia para mis ejercicios botánicos, la novedad del nuevo médico, junto a la escasez de facultativos, cortó todo el vuelo a mis ideas.

Día 28 de septiembre (1761): Por esta nota de mi viaje se verá que no ha consistido en pereza la interrupción de mis trabajos literarios. Lo peor es que hallo cerrada la puerta a todas mis ideas... (por haber aceptado la cátedra de Medicina).

Día 2 de diciembre (1781). Dede este día 15 (de noviembre) hasta el 2 de diciembre, he trabajado muy poco en asuntos de Historia Natural...

No es extraño, pues, que desde su llegada a Santa Fe, el joven médico despertara, en su nuevo medio, una prodigiosa emulación por recoger informes, discutir experiencias e interpretar fenómenos; por regalarle muestras, por acumular conocimientos sobre el propio país. Y este interés penetraba a los conventos, se abría calle en las visitas interminables de las señoras santafereñas; seguía a los arrieros y a los pescadores en sus travesías y se expandía, hasta los últimos linderos, como una nueva convicción de patria.

Decíamos que el año de 1782 cogió a Mutis administrando el Real de Minas del Sapo, en jurisdicción de Ibagué, sacerdote desde hacía diez años, arruinado y sin blanca, entregado, por mandato tantálico, a explotar una veta de plata, mientras curaba los enfermos, indios y colonos desamparados, que en romería acudían a recibir las prescripciones de su bondad y de su ciencia.

Se habían apagado ya los últimos ecos de la primera rebelión contra la península, la revolución de los Comuneros, la cual — seamos francos — no fué una guerra, sino una revuelta que, si para la corte

madrileña merecía comprensión y disposiciones de igualdad social, para los funcionarios coloniales, de mente subalterna, debía ahogarse en sangre, para que no se dijera que por ellos la corona iba a desgranar su pedrería. Amedrentados, egoístas y miopes al futuro, no vieron que la sangre regada por las ideas, casi siempre germina, e imaginaron que bien valía la Nueva Granada la cabeza de unos cuantos.

A tales ideas era bien ajeno el arzobispo Caballero y Góngora. Antes bien, como verdadero gobernante — ninguno le ha igualado en comprensión de nuestros problemas — se dió a la minuciosa inspección personal del extenso territorio de su arquidiócesis de Santa Fe, sin temor a sus caminos, a pesar de que era hombre pesado, refinado y que ya frisaba en los sesenta años de edad.

Andaba el arzobispo en la visita pastoral de sus iglesias y curatos del territorio que es hoy el departamento del Tolima cuando conoció a Mutis en el Cerro del Real del Sapo. Los dos hombres debieron congeniar. Ambos eran andaluces, ambos eclesiásticos, ambos entusiastas por el progreso de la Nueva Granada y coincidían ambos en la apreciación de los medios para lograr ese progreso.

Caballero y Góngora, con Mutis, eran afines en el puntilloso concepto de España, en su fidelidad a la monarquía y en ese agresivo sentimiento de la superioridad de su nación, que es capaz de las realizaciones más inopinadas.

Dedicaremos un capítulo especial a estudiar las relaciones de Mutis con Caballero y Góngora. Ahora nos basta saber que la existencia de la Expedición Botánica en aquel momento era un hilo delgado, un proyecto, sin más probabilidades de realizarse que la fuerza que tuviera para mover al rey Carlos III la Representación elevada por Mutis en 1763, repetida en 1764 con una corta recomendación de Messía de la Zerda y que yacía sepultada, entre otras mil, en los archivos del gobierno de Santa Fe y de Madrid. Aquel documento, decíamos, era el *curriculum vitae* de Mutis, su hoja de servicios a la ciencia y su declaración de hispanidad. Era sobre todo la expresión de la ciencia y del trabajo, que se levantaban contra el ultraje que amenazaba a España si no fueran españoles los que estudiaran los recursos naturales de América.

Decía así Mutis a Carlos III:

Mientras en España se iba perpetuando un profundo olvido sobre las empresas de esta naturaleza, todas las naciones, especialmente las que poseían algunos establecimientos en América, aspiraban a porfía a poseer igualmente el conocimiento de sus tesoros naturales, y a la formación de gabinetes públicos y privados. Apenas salta algún viajero curioso para estos remotos países, que no trajese la recomendación de conducir algunos tesorillos o pequeñas colecciones de Historia Natural en sus tres ramos. Pensaron después las Academias en enviar de tiempo en tiempo algunos sabios, en entablar correspondencias y en valerse de cuantos medios podían aumentar a competencia la Historia Natural con nuevos descubrimientos. Jamás hubiera llegado esta ciencia a la perfección con que se admira en nuestro siglo, si los Soberanos y algunos personajes distinguidos no hubiesen tomado por su cuenta la noble idea de promover, gratificar y premiar liberalísimamente algunos sabios naturalistas, para poder tener un cabal conocimiento de cuanto útil y curioso producen sus establecimientos...

Hacia la mitad del siglo presente despertó la España de su antiguo letargo. Comenzaron algunos sabios y señores a gustar de las ciencias naturales con el motivo de la nueva juventud, que por real orden y a expensas del Erario y de algunos grandes, saltó a instruirse en todos los ramos a los reinos extranjeros...

No me horrorizan, señor, las indecibles incomodidades que consigo trae el trabajoso estudio de la naturaleza. Los sabios, en sus gabinetes o en las escuelas, pasan con toda comodidad los días enteros, recogiendo a pie quieto el fruto de su aplicación. Un viajero debe gastar gran parte de la noche en ordenar y componer lo que por el día recogió en el campo, después de haber sufrido alteraciones de la estación que suelen ser muy variadas; las asperezas y precipicios del suelo que va registrando; las incomodidades de los insectos insufribles que por todas partes le rodean; los sustos y peligros de muchos animales venenosos y horribles, que a cada paso le espantan; sobre la austeridad de una vida verdaderamente austera y desabrida, que por calores, páramos y lugares desiertos quebranta y fatiga su cuerpo...

Nadie mejor que Vuestra Majestad conocerá, desde luego, que sobre la gloria inmortal que resultaría a Vuestra Majestad de esta gloriosa empresa dignamente desempeñada, ninguna otra nación tanto como la española se halla interesada en saber y conocer las producciones admirables con que la Divina Providencia ha enriquecido los dilatados dominios que tienen la fortuna de vivir bajo la feliz dominación de Vuestra Majestad en este Nuevo Mundo. Si las demás naciones, que poseen en la América algunas colonias o establecimientos, han adquirido desde sus principios un cabal conocimiento de todo cuanto les produce el suelo de aquellas posesiones, como es bien notorio por sus bellas historias, impresas especialmente en este siglo, deberá atribuirse no solamente al buen gusto del bello día que tan temprano les amaneció, sino también a la facilidad con que pudieron ejecutarse aquellas expediciones. La universal historia natural de los dominios españoles tiene por objeto una prodigiosa extensión de dilatadísimos países: es obra de mayor consideración, y en que se debe gastar mucho más tiempo que en las demás. Sin embargo, con lo mucho que llevo trabajado en más de cuatro años, incesantemente empleados en esta y otras ocupaciones no menos útiles y gloriosas a la nación, podrá dentro de poco tiempo manifestarse al mundo sabio las utilidades que producen al género humano, las liberalidades de Vuestra Majestad...

Caballero y Góngora debió leer la Representación de Mutis y sentir la injusticia del olvido en que yacía. Vió que si España de esa suerte anulaba el talento de los suyos, dilapidaba el patriotismo y despreciaba una vida como aquélla dejándola hundir poco a poco en el vacío, en la soledad y en la inercia, entonces él mismo carecería de la patria que amaba.

Por eso mandó a Mutis que una vez más repitiera su Representación y para hacerla más vigorosa la acompañó de un informe secreto sobre las condiciones del peticionario.

No se ha escrito una página tan laudatoria del sabio, ni un análisis tan completo de sus planes; nunca se supo tocar las fibras del sentimiento españolista, ni apelar a la altivez de nuestra raza, como en ese informe de Caballero, decisivo para la creación de la Expedición Botánica. Habla al ministro, Marqués de Sonora, y le dice:

Muy señor mío: Con fecha de 3 de Agosto del año próximo pasado me participa Vuestra Excelencia, de orden de Su Majestad, el permiso concedido a los cuatro viajeros que, a expensas del Emperador de Alemania, intentan reconocer ambas Américas para descubrir y recoger las curiosidades de historia natural, previniéndome la importante precaución de señalarles alguna persona que los observe de cerca para que no abusen del permiso, ni se ocupen en otros objetos ajenos de su comisión, si llegan unidos o separados a presentarse en el Distrito de este Virreinato...

Espero poder desempeñar en todas sus partes la confianza de Su Majestad, y aun desearía que la Expedición imperial verificara sus principios en este Reino por la oportuna casualidad de hallarse ocupado en los mismos trabajos literarios un vasallo de Su Majestad, que a sus propias expensas y con imponderables fatigas, ha llevado muy adelante la gloria de la Nación...

Faltaría yo a los altos y serios fines con que Su Majestad se ha propuesto acceder a la súplica del Emperador si dejara pasar esta ocasión sin manifestar a Vuestra Excelencia las importantes reflexiones que por sí mismo habrá formado Vuestra Excelencia en el estrecho lance de una tal condescendencia; previniendo con ella los disgustos que podrían originarse si, resuelto Su Majestad a no ceder la gloria de comunicar al público los muchos descubrimientos de sus dilatados dominios hechos a su ilustrísimo nombre y expensas, hubiera insistido en negar el paso a los extraños; especialmente ahora que por los sabios influjos de Vuestra Excelencia y a costa de inmensos gastos se va reconociendo toda la América Meridional y enriqueciendo con sus producciones el magnífico Gabinete y Jardín Real de su Corte...

Llevado naturalmente de semejantes deseos por la gloria nacional, me

figuraba ver algún día otra expedición dignamente desempeñada por la América Septentrional, si lograba sacar de su retiro e inflamar de nuevo, para consumir la historia de este Reino, al sujeto que la había principiado...

Así lo pude conseguir a principios del año pasado de 82, trayéndolo a esta ciudad y mi casa, en que ha seguido su declarada vocación sin perjuicio de su estado sacerdotal y a pesar de sus continuas asistencias a todas las casas principales de la ciudad, en la presente epidemia, por el preferente amor que le profesan...

Sin embargo, de hallarme yo anteriormente informado y satisfecho de los designios del mencionado Mutis y resuelto a informar a Vuestra Excelencia sobre las preciosas tareas de este infatigable naturalista, para hacerlo con el debido conocimiento y explorar últimamente su ánimo, le pasé el oficio número 3. Su modesta y sencilla respuesta número 4 hará conocer a Vuestra Excelencia un hombre de una constancia sin ejemplar, todo lleno de amor a su Rey, a su Nación y a su Patria. Sus expresiones y sentimientos, aunque superiores a la común instrucción de su profesión, no bastan a declarar lo que yo mismo he descubierto en este sujeto, cuando lo hallé arrinconado en mi visita de Ibagué, juzgándolo digno y acreedor a mejor fortuna. Encubre por su conocida modestia los aciertos de su profesión médica; la dulzura de su trato con que se ha hecho respetable y amado de estas gentes; su inteligencia en los principales idiomas de Europa y en el griego; su extensión de conocimientos en las ciencias naturales; su empeño de introducir en este Reino los conocimientos útiles; su deseo de propagarlos y de formar discípulos; y aquel gusto delicado, tan necesario para tratar cualquier asunto, como se reconoce por varios documentos que existen en esta Secretaría. Algo refiere de la constancia en vencer obstáculos que impedían sus progresos; pero todo es inferior a lo que realmente ha sucedido, y de que tengo noticias individuales...

Estando, pues, tan adelantada la historia natural de este Reino por su autor Mutis; y siendo igualmente fácil su continuación por un sujeto de talentos experimentados y aplaudidos con la especial proporción de hallarse también aquí sus dos adjuntos botánicos y discípulos, el doctor don Eloy Valenzuela y el doctor don Bruno Landete y su adjunto geógrafo don José Cambor, sujetos todos escogidos por sus talentos, aplicación, conducta y favorables disposiciones para desempeñar los vastos y gloriosos pensamientos que se proponen en sus antiguas representaciones y presentes respuestas de don Joseph Celestino Mutis, me he resulto a recomendarlo a Vuestra Excelencia con especialísimos deseos de su efectiva verificación y cumplimiento de esta Real Expedición.

Hasta aquí la información de Caballero y Góngora, amigo del Marqués de Sonora, que abrió la puerta al favor real en pro de la Expedición Botánica. Este documento se despachó el 31 de marzo de 1783, cuando ya el arzobispo de Santa Fe había prestado juramento como virrey del Nuevo Reino de Granada.

Ni tardo ni tímido, el arzobispo virrey dispuso — como él lo sabía — asumir responsabilidades y decretó el 1 de abril, que sin demora, se iniciaran, según los planes de Mutis, los trabajos de la Expedición, la cual mientras llegaba la respuesta de Madrid, correría por su propia cuenta.

El 29 de julio de 1783 Gálvez promete a Caballero y Góngora ocuparse pronto del asunto de la Expedición. El 8 de agosto de 1783 dice el mismo ministro: *Aprueba S. M. todo lo dispuesto provisionalmente por el arzobispo y cuanto propone este sabio y digno Prelado. Ordena se le manden las instrucciones dadas a los del Perú.*

Mutis se vió frente a frente de la naturaleza americana, inagotable para el estudio y tomó la decisión de escribir de preferencia la Flora de la América septentrional.

Las plantas le bastaban para muchos años de trabajo. Las poseemos sin sangre ni tortura; son bellas siempre: desde el musgo que se prende a la roca, hasta la palmera. Halladas no nos huyen, cortadas no se deforman; truncadas no se abaten. Todas nos sirven y de todas podemos sacar utilidades inesperadas.

La obra de Mutis, botánico y humanista, había de ser de un estricto valor científico, su presentación y lenguaje los de los grandes maestros, y en los géneros y especies nuevos habían de perpetuarse los nombres de sus benefactores y amigos científicos. Es emocionante ver ese afán de los sistemáticos por obsequiarse unos a otros con reflejos de inmortalidad.

Había de ser exacta, profusa y bella. No importaba el tiempo que exigiera cada lámina, porque no sería por el tiempo invertido, sino por el resultado por lo que preguntarían los sabios. Cada flor, cada rama,

se representaría como viviente: en una vida que se desdoblara para que el estudioso no perdiera ni un detalle sistemático.

De aquí nació todo el inmenso esfuerzo de Mutis por procurarse los mejores pintores para sus láminas, los mejores talentos para su colaboración científica, el hermanarlos consigo en la capacidad de análisis.

No se puede decir que esa complacencia deleitosa sobre el valor estético de su obra preponderara en el director de la Expedición tanto que descuidara la parte descriptiva y el acabado de su herbario, ni que fuera más artista que sistemático, sino que dió a las láminas un valor que hoy no tienen y que se fió de una organización cuyo colapso difícilmente preveía en su aislamiento científico.

En cartas a Linné, a su hijo y a Pedro Jonás Bergius, es donde Mutis define con mayor claridad la iconografía que preparaba.

A Bergius le dice (enero 1786):

Miraris me Pictores praestantissimos in America mihi comparare potuisse. Scias itaque velim icones meas pulchriores evadere in diem nisi metipsum sic mea fallat opinio. Quosdam juvenes delineationis saltem rudimentis imbutos his laboribus assuefeci: adsto, dirigo, patientia vix effabili incumbo; ita factum est ut ubi nulla erat istius picturae idea, ubi nullum aderat imitandum specimen, novas nobismetipsis fregimus vias ausu intrepido, succesu vero felicissimo. Collectionem meam mirantur etiam hic nonnulli optimaе dijudicationis Europei; mihi vero magis nihil blanditur quam tua tuorumque ponderosa existimatio.

Al revés de lo que hoy nos convence: que lo principal es el ejemplar, después la descripción, después la interpretación pictórica; Mutis desconfió de la descripción. Los insectos, los correos y la flora disforme de nuestros bosques; los métodos de disección entonces imperfectos, le hicieron dar importancia secundaria a los exsiccados.

En la carta, citada a Bergius, dice más adelante:

Mens utique recte plantam a planta vel primo intuitu facili negotio discernere potest; verbis vero distinctionem illam compendio efferre nondum hominibus concessum est.

Por eso hoy nos encontramos con láminas perfectas, pero mudas; con descripciones sin saber a qué se refieren; con ejemplares de herbario carentes de localidad, de colector y de fecha. Podemos decir que Mutis todo lo perfeccionó, a todo dió el acabado, menos a ese indispensable nexo de las cosas para que en la posteridad otros las utilicen.

Y el hilo de Cloto iba pasando a la rueca, y la lana confusa de los días se iba agotando en el regazo de la parca.

Toda virtud tiene un defecto que la remeda y el bufón de nuestra corte de idealismo es la inconsideración previa de los detalles. Pero podemos satisfacernos con esa entrega que hacemos de nuestra vida, por españoles e idealistas, al genio, a lo superante, a lo inaccesible. Lo bien calculado no nos llama, lo interesado no nos satisface, lo útil no nos importa.



AURI SACRA FAMES

... Pero después de que os dejé y me subí sobre las torres de la ambición... se me han entrado por el alma adentro... cuatro mil desasosiegos.

M. DE CERVANTES, *Quijote*, II, 43.

Mientras el caballero de los altos planes se entretiene con ellos, se embelesa con sus colecciones, repasa sus apuntes, acaricia con mano varonil, pero sedaña, sus preciosas láminas, volvamos los ojos a la materialidad de su vida, a los recursos que hubo de allegar para su empresa; afanes que sólo le produjeron sinsabores. Es un cariz de la Expedición Botánica que nos ofrece muchas enseñanzas.

Ya dijimos que Mutis no había venido a las Indias a probar fortuna, aliciente de las mayorías coloniales. Que en cuanto a los réditos de su primer año en el Nuevo Reino, no quedó descontento. Pero no pasa mucho tiempo, y gobernando todavía Messía de la Zerda, su amigo, lo vemos partir para las minas de Montuosa en Cócota de Suratá y regresar decepcionado. Luego lo seguimos, ya sacerdote, a las minas de Ibagué, de las cuales le saca el arzobispo virrey. Volverá después a fijar su residencia en Mariquita, como director de la Expedición, precisamente porque allí están las minas de Santa Ana y porque es aquel un lugar estratégico para coleccionar y despachar quinas.

El hecho es que entre los papeles del archivo de Mutis, buena parte son cuentas de dineros y gestiones de recursos. Esto pide alguna explicación. ¿Padecería Mutis esa afición por la minería, que según dicen en Antioquia se apodera de los hombres como una fiebre, como una vesania incurable?

La aventura de la Montuosa la encontramos referida por su pluma con admirable buen humor:

Aunque yo venía bastantemente informado de la infelicidad del sitio por D. Jaime Navarro, que había vivido en él cerca de un año, nunca pude formar juicio cabal, ni hacer concepto de lo que es el sitio en realidad. Ciertamente que es necesario venir aquí para conocer lo que sufren los hombres por su gusto, por el interés, o algunos otros fines particulares. Mi condescendencia en venir a este voluntario destierro, abandonando la comodidad de la corte (que hasta ahora no he conocido que Santa Fe es corte) abandonando, digo, las delicias de mi Gabinete, la racionalidad y cultura, tal cual es la de aquella ciudad; mis intereses; ella me ha tratado a conocer la miseria de las Indias, miserias verdaderamente increíbles, pero ciertas, y no ignoradas de los europeos que habitan por estas minas. Las muchas incomodidades que padecí este día, parece que fueron anuncio, pero en sombra, de otras mayores que se esperaban. Considerar despacio solamente la situación y fábrica de mi alojamiento era bastante para cubrir mi corazón de la mayor confusión. ¿Y cómo podría ser de otra suerte? No es para menos el verse metido en un nicho menos impropio para criar palomos que para contener un racional. La antesala de mi Palacio, por donde libremente pasa el aire, me dió una idea completa del resto del edificio, que se reduce a una sala desigual, pero muy pequeña, y a un rústico gabinete, más ancho que largo, bien que su anchura no excede de seis varas. La luz entra en esta menos que celda capuchina, por una ventanilla alta de un pie en cuadro. Esta es la casa que dicen alta, pero viene a ser casa en el aire. Debajo tiene su correspondiente despensa y cocina, y aun debajo de la cocina una zanja por donde pasa el agua que sirve para andar el ingenio. Está el ingenio a continuación de la antesala, y hace como una misma pieza con mi Palacio, lo que contribuye no poco a hermohear la perspectiva del edificio. El Ingenio está casi pegado a la falda de un cerro de la ceja occidental, cerro tan poco seguro como todos los de estas cercanías, y tal que ha dejado memoria de su mala vecindad. El Gabinete mira al río, del que dista tanto, que sería fácil coger el agua si hubiera otra ventana por aquel lado. Todo este edificio está entre río y cerro, cuya proximidad se podrá inferir por lo largo de la casa, que apenas tendrá 12 varas. Si mucho debe asustar la mala vecindad del cerro, no debe hacerlo menos la proximi-

dad del río; pues en crecientes regulares baña el cimiento de mi Gabinete, formado de piedras hacinadas, ¿qué no deberá temerse en una creciente extraordinaria? Entonces no sería muy extraño que el río arrastrase con un edificio que no puede resistir a su corriente impetuosa. Y cierto que no es necesario mendigar ejemplares de esta naturaleza fuera de la propia casa arrasada ahora dos años por una fuerte avenida. Esta mediación del río no priva por eso de la ventajosa vecindad de otro cerro algo más alto que el occidental por esta parte. Cualquiera de los dos, o ambos, en un terremoto, si la Providencia del Altísimo por su infinita bondad y misericordia no libra a los que están en estas habitaciones, pueden dar a conocer las admirables ventajas de este suntuoso Palacio. Si no fuera por esta mala vecindad del río y cerros, no podrá haber edificio más seguro para un terremoto. Todo es él de varas más o menos gruesas, y en toda su fábrica no se hallará un clavo. Todo él tiembla y aun se bambolea al piso del cuerpo menos pesado. ¿Qué efecto no hará el movimiento del ingenio con una piedra voladora de más de 150 quintales? No es fácil dar una verdadera idea de este edificio en cuya fábrica hubo de agotar todas las reglas y preceptos de un sexto orden de Arquitectura su constructor Quevedo.

El oro y la plata de Nueva Granada produjeron, no sólo entre los colonizadores, sino entre los gobernantes locales y, por sus informes, en la corte de Madrid, una tremenda fascinación. Como explicamos ya fueron los metales preciosos y las esmeraldas el mejor producto de exportación hacia la metrópoli a través de los largos y asperísimos caminos de la colonia. De la época de las conquistas quedó la impresión de que estas tierras eran excepcionalmente ricas en oro, plata y platino, pues eso fué lo que con facilidad se pudo hallar en poder de los indios, y eran la sangre que vivificó las primeras relaciones entre nuestras tierras. Y no se podía explicar, cómo los indios, sin herramientas, sin técnica de ninguna clase, se habían vestido de oro y habían desarrollado una orfebrería excepcional en el mundo, sin que las entrañas de esta tierra estuvieran preñadas del codiciado metal.

Oro en las guacas, oro en los templos de los bárbaros, oro fácil en los placeres de los ríos. Las montañas que produjeron la civilización del oro a flor de tierra, el país de El Dorado, debían despertar una atracción poderosa hacia la minería. Y en las minas se agotaron las razas indígenas y oleadas negras de esclavitud confluyeron a ellas desde el Africa. Pero el oro era cada vez más escaso, la plata no salía como del Perú y de Méjico, y no se hacían ya en Nueva Granada inmensas y fáciles fortunas como de primero. Tal vez con mejor técnica el oro y la plata volverían a ser lo que habían sido en el Reino.

En este momento de los raciocinios colectivos, le tocó vivir a Mutis. Y él, mejor informado que ninguno sobre los logros de la técnica en otros continentes, hastiado de la vida molondra de Santa Fe y de la pseudo corte, fatigado de teguas, creyó hacer un servicio a la nación resolviendo un problema que flotaba en el ambiente. De paso se sumergiría en la naturaleza y en la soledad que apetecía su espíritu; las que reclamaban su estudio y su vida y las que requería la ampliación areal de sus observaciones.

Con el inseparable don Jaime Navarro y con el otro inseparable don Pedro Ugarte y tal vez con su hermano don Manuel, Mutis había formado una compañía para explotar una mina de las excelentes del rey que era la de Montuosa. Fracasados los primeros, se determinó que yo viniera a manejar esto.

Ya vimos por las que le tocó pasar. Además, a un peón se le quebraron los dos codos, la taza del molino se les venció, la pesada rueda

voladora rompió la viga solera y el resultado fué que en dos meses sólo se pudieron enviar a Santa Fe trece marcos de plata.

El péndulo de la esperanza al desengaño, hizo correr cuatro años más los punteros de la vida del hombre incansable. Lo maravilloso es que, ordenado ya de sacerdote, decidiera una vez más consagrarse a la minería. Tal vez en ese momento no tendría del todo descartada la idea de regresar a la península y sabía muy bien que, en España, el indiano que regresa sin cuartos es un «desgraciao».

Es de 1789 una carta suya de Francisco Martínez Sobral, colega queridísimo, donde hallamos los siguientes párrafos altivos:

He disipado, francamente, sin previsión mía, el caudal que iba adquiriendo para hallarme posibilitado de volver a Europa y pegado mi corazón a mi excelente biblioteca y gabinete; formando entretanto una multitud de discípulos y aficionados a las ciencias útiles, en un Reino envuelto en las densísimas tinieblas de la ignorancia, a pesar de una juventud lucidísima, ocupaciones que me constituyen en el oráculo de este Reino con satisfacción de mis interesantes tareas... Verdad es que las empresas de minas me cuestan mucho dinero y no pequeños sinsabores de ser reputado por maniático en esta sola parte...

El rumbo hacia las minas del Sapo, en Ibagué, es todavía más extraño porque en ese Real, parece que Mutis era sólo administrador. A pesar del clima benigno sufrió nuevas penalidades que se convirtieron en lo que él quería: en lecciones de naturaleza. Dice así a Linné hijo:

Pero no pude cumplir mi palabra detenido por una penosa enfermedad y por los cuidados gravísimos de la industria de estas minas. Porque desde los principios de mi llegada a este Real de Minas, y por causa de un insecto muy frecuente que entra dentro del cutis de los hombres, ganados y perros, fuera de las ríguas, que son muchísimas (y no hablo de éstas) que es diverso del Oestro de las vacas, estuve gravemente enfermo por muchos días. En efecto, el día 24 de febrero de 1777 llegué finalmente a descubrir el molestísimo huésped oculto, que había formado un tumor en la pierna para su habitación. Pero habiéndome dejado imprudentemente aplicar el zumo del tabaco, poniendo encima la leche del plátano guinea (según la práctica común de nuestros rústicos), al punto me sobrevino una crudísima erisipela que, sin poderlo remediar, degeneró en supuración, con grande peligro de mi vida. Finalmente, después de largo tiempo, logré recuperarme, resuelto ya a abandonar este sitio por el miedo de la abundancia de estos insectos y de las muchas culebras, si vuelto en mí no hubiera mudado de pensamiento, exhortándome únicamente a la constancia, con la alegrísima esperanza de los descubrimientos que podría hacer aquí, y la fría memoria de los muchísimos peligros ya pasados. Y así, firme y constante, y aun acostumbrado a tales calamidades, creí que sería muy oportuno dar principio a mis averiguaciones y descubrimientos por el mismo insecto. De aquí es que con tan oportuna ocasión descubrí muchísimas cosas curiosas; y así hallo en muchos lugares de mis diarios las hermostísimas averiguaciones de este insecto, cosas verdaderamente ocultas hasta ahora a todos los hombres, y aun no bien sabidas de nuestros mismos rústicos. De esto hablaré en otra ocasión con la debida extensión. Para mí tengo creído, después de haber examinado los descubrimientos de los viajeros, que es una especie de Oestro, que podré llamar Oestro del hombre, para distinguirlo del Oestro bovino, bellísimamente descrito por Réaumur, que he leído varias veces, y que también es aquí muy común; no habiendo podido hallar hasta ahora su historia científicamente tratada ni en los viajeros ni en las relaciones de los museos. Esta nueva especie de Oestro es del tamaño de la mosca doméstica, y en unos tubulillos en forma de avispero imbricadamente puestos alrededor del vientre de la madre, hasta más de 50 se esconden y anidan unas larvas pequeñísimas. De aquí resulta que, puesta la madre encima del hombre, que, equivocándola con la mosca doméstica, no la tema mucho por no haber antes experimentado sus acechanzas, regala, salva su maldita conciencia, tantos dones, cuantos gusanillos salen de sus tubulillos para buscar nuevo nido dentro del pellejo del hombre; dejándole, sin haberlo primero saludado, los gravísimos cuidados de proveer a la nueva generación en sus necesidades de alimento, casa, educación y aun de la transformación, si pudiera tolerarlo nuestra paciencia, retirándose la madre finalmente, sin arrepentirse del hecho, para acabar su vida en la soledad. También el 24 de mayo de este año tuve la fortuna de conocer en tiempo este mal huésped, que me había entrado en el brazo, haciéndolo sacar sin mucha molestia. Pero ya basta por ahora acerca de este singularísimo insecto.

No se puede negar que el señor don Celestino debía ser, a pesar de su mala suerte en los negocios, un excelente administrador, pues los virreyes siempre lo ocuparon en cargos de la real hacienda.

Viene aquí otro sector de sus actividades económicas, que lo ocupó y preocupó mucho y robó tiempo precioso a él y a los empleados de la Expedición Botánica, como fué la recolección y despacho de la quina, que se inició dejando un alcance en contra de Mutis.

Estamos a mucha distancia de los acontecimientos para que nos merezcan ardentía las querellas que se suscitaron entre Mutis y el Médico y naturalista panameño Sebastián López Ruiz.

La conducta de López Ruiz se volvió para Mutis el dolor y la contrariedad más grande de su vida; la usurpación de una gloria científica; la pérdida de su merecido título de buen vasallo; la destrucción de los motivos que ante el rey podían alegarse para que apoyara la Expedición Botánica; motivo para no vivir en Santa Fe al llegar allí López, sino más bien recluirse en las minas del Sapo. Un verdadero cataclismo.

La diferencia entre los dos letrados subió hasta el arzobispo virrey; llegó a la corte de Madrid; intervinieron en ella Humboldt y otros sabios; se enteró de ella Linné hijo y terciaron los botánicos del Perú y como vulgarmente se dice, se volvió catedral. El secreto de todo era que tras de bambalinas se movía un adelanto muy poco científico: la exportación de las quinas novogranatenses. Mutis, quien sacaba ironía y lecciones útiles de sus reveses, sólo refiriéndose a López Ruiz pierde su admirable medida, aunque sin traspasar los límites de la verdad científica. López Ruiz, a su vez, se convierte en denigrador de la gloria mutisiana, acedía en que ha tenido más de un heredero.

No creemos que sobre estas diferencias el historiador deba tomar partido, ni menos que debamos los colombianos obscurecer las glorias de López Ruiz, convertido hoy en figura nacional de Panamá, país independiente tan vinculado a Colombia.

Si atendemos, empero a las correspondencias de Mutis y de López Ruiz, podemos establecer el siguiente orden cronológico, referente a la cuestión de fondo que es la prioridad en el hallazgo de la quina en Nueva Granada.

El conocimiento y empleo medicinal de la quina fueron divulgados en Europa por La Condamine, por los misioneros jesuitas y por viajeros laicos. El origen peruano de la droga dió ocasión a la creencia de que los árboles oficinales — inicialmente se creyeron de una sola especie — sólo se encontrarían al sur de la línea equinoccial. Los hechos básicos en la historia de la quina fueron muy bien dilucidados por J. Jaramillo-Arango, en su **Estudio Crítico** publicado en la **Revista de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid**, en 1949.

Lo que sucedió en Nueva Granada se resume así:

1753. El gobierno español nombró a don Miguel Santisteban director de la Casa de la Moneda en Santa Fe, para que organizara en Loxa el comercio de la quina. Santisteban halló quina ese año en el páramo de Guanacas, donde se la llamaba *palo requesón*.

Santisteban obsequió ejemplares de la quina de Loxa a Mutis, junto con un dibujo de la misma.

1764. Septiembre 24. Mutis envía a Linné la lámina de Santisteban con algunas de las flores de la *Peruvian Bark*. Este envío fué recibido por Linné según carta a Mutis que dice:

Datas a te die 24 Septembr. 1764, litteras, ante octiduum rite accepi, et magnopere ex his excitatus et exhilaratus fui; continebant autem illam pulcherriman iconem Corticis Chinae, una cum foliis et Floribus, qui flores a me antea nunquam visi, veram dedere ideam Generis rarissimi quam inde longe aliam accepi, quam e figuris Dni. Condamini. Pro his omnibus ac singulis gratissimam mentem reddo.

1770. Mutis escribe a Linné certificándole que aún no conoce el árbol vivo de la quina. Sin embargo, la descripción original de la quina hecha por Linné se completa con palabras de Mutis.

1772. Tal vez diciembre. Según carta al arzobispo virrey, Mutis descubrió en 1772 el árbol de la quina en los alrededores de Santa Fe. Desde entonces *Promovi*, dice, *el importante plan del Estanco de este ramo, igual y aun superior al de la canela de los holandeses...* Estas afirmaciones se repiten muchas veces en la correspondencia del director de la expedición, especificando que el hallazgo se hizo en Tena, donde apuntó los nombres vulgares de *aliso*, *azuceno* y *mayal*. Mutis no reclamó oficialmente ninguna prioridad para su hallazgo.

1773. Envía Mutis a Linné hijo muestras de la quina de Tena. Estas se extravían y caen en manos de Bergius, por error de Clemente Ruiz, enviado por Mutis a estudiar mineralogía en Suecia. Ello irritó a Mutis porque esperaba el parecer de Linné para poder recetar la

quina de Tena ya que aún no poseía garantías de sus cualidades curativas.

1774. López Ruiz halla la quina en los alrededores de Santa Fe; envía muestras al virrey, las pasan al estudio de Mutis y éste rinde informe favorable a ellas en 1776.

1778. El gobierno español encarga a López Ruiz el organizar el comercio de la quina de Nueva Granada con 2.000 pesos de honorarios. Este empleo le duró hasta 1783.

1778. Según él mismo lo dice, López Ruiz encuentra la quina en los montes vecinos a Guaduas.

1783. Septiembre 29. El ministro de Indias manda a Caballero y Góngora que castigue a López Ruiz, retirándole de sus cargos, por haberse atribuido un hallazgo que no es suyo.

1790. Tantas discusiones se suscitan sobre la validez curativa de las quinas neogranadinas que el rey determinó suspender el estanco de la quina en el Nuevo Reino así como los envíos de ella a la botica real de Madrid. Libre el comercio, se desató la destrucción de los árboles por los particulares e inclusive el destinarla para leña.

1800. El gobierno de Madrid envía en comisión a Luis Rieux para que informe sobre las diferencias surgidas.

1801. Informa Mutis al virrey Mendinueta de ciertas interioridades de la comisión de Rieux. Los peruanos desacreditaban las quinas neogranadinas y el comisionado se había puesto a hacer despachos a la península de quinas del sur.

1803. Al mismo virrey — según parece — comenta Mutis la opinión de Humboldt y la experiencia de Bonpland a favor de las quinas neogranadinas.

El episodio se clausuró, según insinúan Mutis y su biógrafo Gredilla, retirando por autoridad real a Gómez Ortega y a Barnades de sus cargos en el Jardín Botánico de Madrid por haber acompañado a Rieux en su farsa y mandando que éste fuera hecho preso en Nueva Granada.

Así comenzó una de las principales industrias de exportación de Colombia, que precedió en importancia a la del café, y que murió

cuando los ingleses y holandeses, aprovechados de nuestra negligencia, y por no seguir la conducta de Mutis y de Caballero, hicieron con nuestras semillas, las plantaciones quineras de Java, de la India y de la Indochina.

Otros tributos pagó Mutis a la *maldita* sed del oro. Es verdad que la orden real expedida en 1.º de noviembre de 1783 y que aprobó la Representación, tan llevada y traída, le señaló dos mil pesos anuales para gastos de la Expedición; verdad que los trabajos de ésta costaron a las cajas de Santa Fe una crecida suma de la cual Mutis era único administrador y fiscal; pero por lo mismo él debía vigilar sus inversiones y mirar por que sus empleados cumplieran estrictamente con sus obligaciones. Y mientras Mutis se bastaba con poco y todo se lo gastaba en libros y en el prestigio de la ciencia y en su gabinete, los más pequeños halaban de la manta en favor de sus personales intereses.

Y estas necesidades pecuniarias que al sabio no arredraban, habían de ser, por fin, las que, después de la muerte de Mutis enajenaran las voluntades de unos con otros, entre los miembros de la Expedición y condujeran al descrédito de esa institución gloriosa.

Así el plan de grandeza española llevaba, por obra de la pequeñez de los hombres, un gusano que horadando, horadando, había de lastimar primero sus ramas y después postraría el árbol frondoso.

En las empresas mineras de Mutis se cumplió lo que Caballero y Góngora dijo en su Relación de Mando: *No hay gente más pobre que los mineros, ni que pueda menos satisfacer sus empeños*. Que es lo que en Antioquia se dice entre los tales: *El minero se va, dejando un hueco en la tierra y una deuda donde mejor puede*.

Las minas del Sapo, tierras vírgenes donde entonces había muchos cafuches, fueron una academia para Mutis, quien se muestra satisfecho de tener en esa soledad su biblioteca de 200 libros y su hermoso microscopio. Fueron, sobre todo, su campo de estudios mirmecológicos a los que dedicó tiempo, solicitudes y también no pocos sinsabores. Allí, desamparado de los poderes públicos, bebió la vida neogranadina hasta el fondo de la copa.



CAPITULO XIX

EL ARZOBISPO VIRREY

Estas (preciosidades) hubieran permanecido en su mayor parte desconocidas, si no hubiera yo prevenido el oprobio que ciertamente nos resultaría de que estos extranjeros vinieran a nuestros países a enseñarnos los tesoros de la naturaleza que no conocemos.

A. CABALLERO Y GÓNGORA, *Relación de Mando.*

Apenas se pueden encontrar en la historia de Colombia dos mentalidades descollantes tan gemelas como las de Mutis y Caballero y Góngora, y precisamente es una de las glorias de la obra mutisiana el haber sido realizada en lo gubernamental, más que por nadie, por esa personalidad tan selecta, tan aristocrática, sabia, munífica y tan hispana como fué el arzobispo virrey de la Nueva Granada.

A nada viene abrir el diccionario de la acerbía con que tantos autores obscurecen la noble fortaleza que presenta dos flancos a la crítica. Las fechas que jalonan su vida dicen solas que es mucho lo que en ella merece comentario, admiración y respeto.

Era Caballero natural de Priego de Córdoba y nueve años mayor que Mutis, pues nació en 1723. Se educó en Granada; ascendió a canónigo lectoral de Córdoba (1753-1775) y a obispo de Mérida de Yucatán (1775-1778), de donde fué promovido, en 1777, al arzobispado de Santa Fe de Bogotá. Llegó a su sede y comenzó a gobernarla en 1778.

En virtud de los pliegos secretos enviados por el monarca con su virrey Flórez, y por haber muerto el virrey Pimenta a los cuatro días de su llegada a la capital, el arzobispo quedó encargado del gobierno civil, primero en forma interina y excluido el ramo de justicia, que cuadraba menos con su carácter eclesiástico, después definitivamente y con la totalidad de los poderes.

Francisco Silvestre Sanchez, secretario del virreinato y quien vino a él con Messía de la Zerda, que después fué gobernador de la provincia de Antioquia, y quien en 1789 nos dejó una *Descripción del Reyno de Santa Fé de Bogotá*, autorizada por el momento en que se escribió, mas no por el apasionamiento que domina a su autor, hace al arzobispo virrey severas críticas por su nepotismo, por su afán de tener a todos contentos más con palabras que con obras, por su propensión a la adulación y la lisonja, estilo más Richelieu que Cisneros, por su poca aplicación al trabajo y, finalmente, por haber tolerado en su corte la formación de cierto secreto triunvirato que no permitía que llegara a oídos del mandatario el desengaño.

Pero en todas las páginas que a ese gobierno dedica Silvestre Sánchez, se deja traslucir más un resentimiento de burocracia eliminada, que un criterio perspectivo de los grandes problemas del estado donde, con una renovadora visión de América, puso mano, para resolverlos, el arzobispo virrey.

En la comprensión de América está la grandeza de Caballero y Góngora y en eso se parece a aquel gran prelado que abrió surco en la cultura de Nueva España, y cuyo nombre veneramos, don Vasco de Quiroga, obispo de Michoacán. Pero difiere de éste en la apreciación del principio por donde los gobernantes debían iniciar la implantación de la cultura en el nuevo continente. Mientras Quiroga ponía todo su empeño en mejorar a las masas y en elevar la condición de los indios, Caballero y Góngora, concentraba su esfuerzo en la mejor formación de las clases dirigentes; en convertir las capas sociales superiores en elementos activos de una vigorosa transformación y transmisión culturales. Era la consecuencia de su fe en las selecciones, a cuya sombra se había de formar en Colombia lo que yo llamo la generación ígnea.

Porque eso era el arzobispo virrey: un auténtico tipo selecto. Su ilustración se mide por los títulos, no más, de su biblioteca; su refinamiento por los nombres de los grandes pintores: Murillo, el Españoleto, el Guido, Rubens, Miguel Angel, cuyas obras transportó, entre mil dificultades, para rodearse de ellas en Mérida y Santa Fe; su patriotismo

se evidencia en la comprensión y apoyo a la Expedición Botánica de Mutis, cuya entrada en la Historia, gracias a él, fué magnífica; sus dotes de gobierno aparecen claras en ese documento admirable que es su **Relación de Mando**; su generosidad, en las obras pías que socorrió; en las donaciones que hizo a su partida, de todo cuanto poseía y en las deudas que contrajo para servir a sus súbditos; por fin su valentía, su noción del deber — y éste es un detalle no más — en los viajes que ya sexagenario, emprendió para aprender y captar las necesidades de sus dos gobiernos.

Caballero y Góngora, como lo hemos visto, adjuntó a Mutis a su casa en el año 1782 como su confesor y consultor con el mismo refinamiento con que hacía colgar en el testero de su alcoba un Cristo de Rubens o una Madona de Sassoferrato. De él no se separó del todo, sino cuando en 1784 se trasladó a Cartagena y Turbaco de donde regresó a España en 1789 para ocupar el obispado de Córdoba en el cual acabó sus días en 1796.

Servicios de parte del sabio, protección de la del arzobispo virrey. Se haría un análisis apasionante si penetrando en las conversaciones privadas y en los indicios que, como por rendijas, se escapan de la historia, nos fuera dado tamizar lo que cada uno de esos hombres aportó a la obra del otro.

Resulta admirable que en diez años que Caballero pasó en Nueva Granada hubiera podido adquirir un criterio tan lúcido de los antecedentes para regir la nación y una visión tan nítida de sus necesidades, como se evidencian en su *Relación de Mando*. La trayectoria histórica del país, sus recursos naturales, la orientación de su futuro, poquísimos las han conocido como el arzobispo virrey. La predicha **Relación** y otros escritos suyos se hallan impregnados de tanta veracidad que no hay fuente histórica más firme que ellos sobre los sucesos de su época en nuestra patria. La *Relación de Mando* es una exaltación de lo que podríamos llamar una política naturalista, y explica por qué en una transformación por lo alto de la Nueva Granada, como la pretendida por el noble mandatario, le venía como anillo al dedo, el apoyar los planes de Mutis y vigilar con solícito cuidado personal el desarrollo de la Expedición Botánica hasta en sus mínimos detalles.

Caballero y Góngora encuentra a Mutis en el Cerro del Sapo, en lo que él llama su *delicioso aislamiento*; intenso en su plan de Historia Natural de la América septentrional; pero desoído de la corte, desperdigado, forzado a bajar la rampa de los años, sin fe en España, alumbrando con los últimos resplandores de su entusiasmo el cuerpo moribundo de sus planes y de su orgullo patriótico. Y él, que cuenta con el irrestricto favor del secretario del despacho general de Indias, don José Gálvez y Gallardo, Marqués de Sonora — un hombre que firmaba como quien sabía lo que pesaba en la corte — lo tomó bajo su tutela y juzgó que era un prestigio para su gobierno apoyar al sabio preterido.

Ni siquiera aguardó a que la Representación de Mutis fuera exhumada de los archivos, considerada y aprobada. Sino que sin pérdida de momentos, que sabía no eran suficientes los de las energías del sabio, y menos los de su propio gobierno; eventualmente, a su personal costo y bajo su responsabilidad, hizo que la expedición emprendiera sus trabajos metódicos, acumulativos, con ritmo de conquista sobre la senda dilatadísima prefijada por Mutis.

Si tuvo fe en las selecciones, si quiso comenzar la obra cultural fijando la altura de la clave de bóveda, y por eso estimuló la renova-

ción universitaria, también tuvo el mérito de creer que esas selecciones podían surgir, por el estudio de la naturaleza, en la juventud americana y en el patriotismo vinculatorio. Por eso, en nombre de América le dió las gracias, en su discurso jubilar, el doctor José Vicente Castro Silva, preclaro rector del Rosario, en apóstrofe elocuente.

El gobierno de Caballero y Góngora desató en la Nueva Granada una efervescencia increíble por el estudio de los recursos naturales del territorio que hoy es Colombia. En este sentido actuaron de informadores, no sólo los miembros de la Expedición Botánica, sino muchas otras personas a las cuales el virrey contrataba para investigaciones especiales y a quienes se daban instrucciones precisas sobre las averiguaciones que debían transmitir.

Hoy son dirigidas a don Juan de Castro quien debía informar sobre el sur del Huila; ora se piden al P. fray D. García, benjuí, conchas y caracoles, minerales de plomo y noticias sobre animales; ora es él mismo quien informa sobre los indios del Caquetá y Putumayo; aquí el doctor Antonio Gago debe enterarse sobre minas de azogue y allá finalmente, se instruye a todos los jueces y curas párrocos para que, por sí mismos o validos de personas de buena capacidad, aporten noticias sobre cuanto hay interesante en la naturaleza de sus tierras.

Honra también al Nuevo Reino la iniciativa presentada al rey por Caballero y Góngora de formar al lado de Mutis algunos jóvenes que enviados a España pudieran dedicarse a las prácticas y enseñanzas de la Botánica, plan que vino a cumplirse en Francisco Antonio Zea muchos años después.

Como otro nuevo don suyo a la Nueva Granada aparece la formación política que dió Caballero a algunos hombres que hicieron época en nuestra historia, como fué el oidor Juan Antonio Mon y Velarde,

quien transformó el espíritu de Antioquia, según autorizados sociólogos, y que ha merecido el título popular del *Moisés de la Montaña*. Pasó después a Quito y sirvió mucho a la expedición de Mutis, cuyo amigo era, en el enganche de dibujantes (15).

El 20 de Octubre de este año (1784), dice un cronista, *salió para Cartagena el Señor Arzobispo Góngora con toda su familia, sin saberse el fin de tan intempestivo viaje: todos estamos mirando y nadie sabe lo que es: ello dirá.*

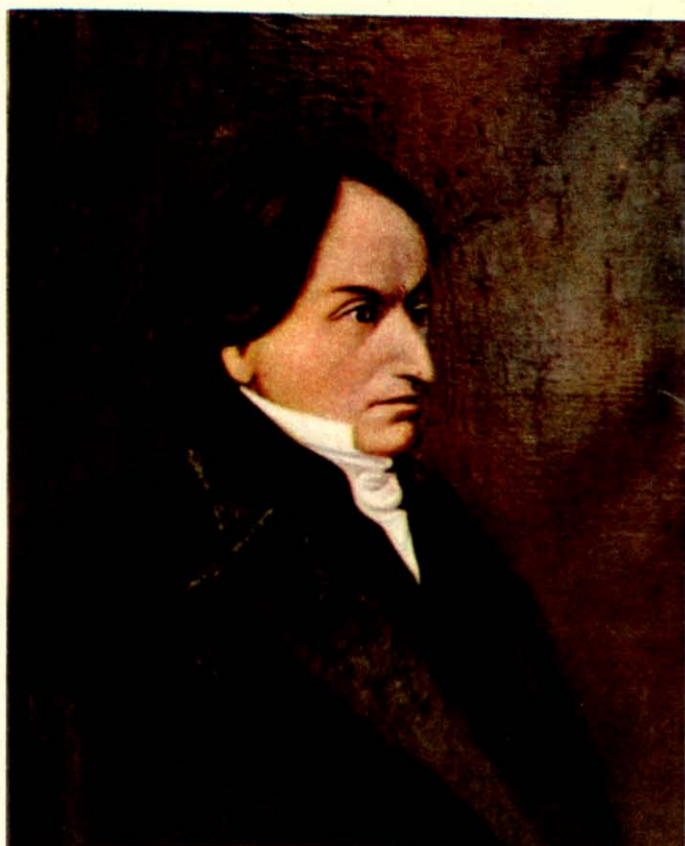
Tal vez el arzobispo virrey no quiso alarmar inútilmente a Santa Fe propalando los fines de su viaje que eran atender personalmente a la sujeción de los indios darienenses y defender las costas de posibles ataques de los ingleses y del contrabando de los judíos de Curazao, causas que antes retuvieron y llevaron allá a los virreyes Messía de la Zerda y a Flórez.

Durante su permanencia en la costa, fueron frecuentes las comunicaciones entre el doble mandatario y su consejero naturalista y no es extraño que la misma Relación de Mando, firmada el 20 de febrero del 89, tenga un deajo especial, inconfundible de los conocimientos y puntos de vista de Mutis. En esos días éste se hallaba sumido en el remolino de sus estudios en Mariquita, en plenitud de medios y de recursos, gracias a su protector y merced a la conexión directa que él le había procurado con el ministro Gálvez.

Cuando en noviembre del año 84 se embarcaba Caballero y Góngora con sus familiares en el Río Grande con destino a Cartagena y Turbaco, sin duda que entre la turba de cortesanos, lacayos y soldados que dejaba en la orilla, vió también unos ojos negros que le miraban con infinito agradecimiento. Y el arzobispo virrey, al doblar la curva primera que describen las aguas amarillas volvería a mirar entre el grupo ilota, una sobria y noble figura procerca.

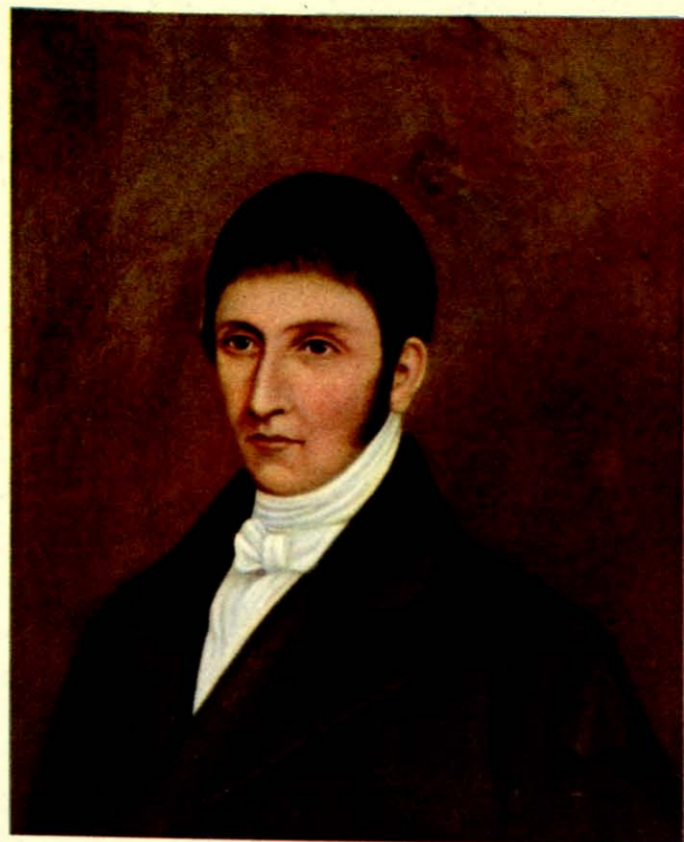


(15) En su diario a 29 de junio de 1785 anota Mutis la visita que le hizo en Mariquita el oidor Mon y Velarde a quien salió a recibir al camino de Honda y añade *pasa por Honda para seguir a su grande comisión de la visita de Antioquia.*



Fran. Ant. Zea

DON FRANCISCO ANTONIO ZEA
Retrato en el Museo Nacional de Historia en Bogotá. Su firma,
según fotocopia del Instituto Caro y Cuervo.



Fran. José de Caldas

DON FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS
llamado «el sabio mártir». Retrato en el Museo Nacional de
Historia en Bogotá. Su firma, según fotocopia del Instituto Caro
y Cuervo.



José Celestino Mutis

DON JOSÉ C. MUTIS
sosteniendo una ramita de *Mutisia grandiflora*. Retrato perte-
neciente al Observatorio Astronómico de Bogotá, de autor desco-
necido. Autógrafo tomado de F. Gredilla.



Jorge T. Lozano

DON JORGE TADEO LOZANO
Retrato en el Museo Nacional de Historia en Bogotá. Su firma,
según fotocopia del Instituto Caro y Cuervo.

CUARTA PARTE

LA REAL EXPEDICION BOTANICA



PRESENTADO a Su Majestad el Memorial en que Mutis le proponía fundar la expedición, ésta recibe todo el favor que le podía suministrar la realeza.

La expedición inició sus labores como tal en la Mesa de Juan Díaz, pocos meses después fué trasladada a Mariquita, y años más tarde a Santa Fe. Su personal científico de planta fué siempre reducido, pero los artistas pintores, reclutados en la Península y en todo el Nuevo Reino, aumentaron su rendimiento e hicieron de sus materiales iconográficos una realización estética y científica de valor inigualable.

En sus tres localidades, el sistema del trabajo taxonómico fué digno del sabio director, no sólo por el fervor investigativo y por la suma copiosa de los datos registrados, sino hasta por los mínimos detalles del orden administrativo y por sus valores humanos. Estos consistían en la exaltación del medio y de la inteligencia americanos, en la búsqueda inquieta de nuevas fuentes de bienestar para los pueblos y de productos para el comercio antes no conocidos, y en la lealtad a España, una, grande, libre e igual para todos sus súbditos.

La Real Casa Botánica era un plantel de sabiduría y de patriotismo, de trabajo y de orden y el estudio se extendía a todo el Nuevo Reino, merced a los comisionados, fijos o eventuales, que desde remotas provincias enviaban sus datos y sus ejemplares. Así, aquella labor constituyó el ápice cultural de la América hispana, que de haberse mantenido, hubiera llevado a la Colombia de hoy a un progreso insospechable.

La fama de Mutis se desbordaba más allá del continente, a la medida con que crecían sus servicios a la ciencia y su autoridad de honrado investigador. Esa atrajo a nuestro suelo a Alejandro de Humboldt, el más sagaz de los exploradores de la América equinoccial. Desgraciadamente sus dotes excepcionales hicieron recaer sobre Mutis tan múltiples responsabilidades del fomento del Nuevo Reino, que su salud se resintió cuando era más preciosa para lograr el acabado de la Flora.

Mucho han discutido los críticos sobre si Mutis dejó o no completa la parte descriptiva de su obra. Hoy podemos afirmar con certeza lo que siempre supusimos, a saber: que los icones de Mutis contienen suficientes datos para describir cada una de sus especies; que todas las plantas de Mutis fueron estudiadas y descritas con exquisita minuciosidad en borradores; que él descubrió innumerables especies y géneros de la flora colombiana que eran nuevos en su tiempo; que sólo su mínima escrupulosidad científica, su preferencia por el acabado perfecto, su desprecio del renombre fácilmente logrado, y sobre todo las tormentas políticas que agitaron a España y a América en los comienzos del siglo XIX, impidieron la continuidad de la Real Expedición Botánica y la publicación de la Flora.

Vencido de sí propio y de la incomprensión de los hombres, Mutis muere en 1808.

CAPITULO XX

EN LA MESA DE JUAN DIAZ

En el primer día del viaje, 29 de abril de 1783, desde Santa Fe a Puentegrande... se reconocieron los ranúnculos...

Comienzo del **Diario** de ELOY VALENZUELA.

Aquella mañana se veía más gente que de ordinario en las calles de Santa Fe, porque desde los días anteriores había corrido la noticia — salida de palacio y del Rosario — de que el señor don José iba a dar comienzo a una empresa que traería gran lustre al Nuevo Reino. José Cambor, empleado de la Secretaría de su excelencia, don Bruno Landete y tal vez el dibujante Pedro Caballero venido de Cartagena, quienes por motivos de última hora no pudieron salir, estarían presentes a despedir a sus amigos entre el grupo de curiosos campesinos y madrugadores desprendidos del mercado. Por las calles empedradas, el caporal Roque Gutiérrez y los arrieros, habían llegado con las bestias cuando apenas la luz parpadeaba. Al fin después del mediodía el portón de campo, de anchas hojas, se abrió y dió salida a la ruidosa caravana (16).

Rompía la marcha Mutis en su fuerte caballo, como él dice, con rostro sencillo, pero satisfecho porque al fin se iba a cumplir el gran designio, con sonrisa de portón abierto y cara de quien ha visto la estrella inconfundible. Santa Fe lo había conocido mozo bisoño, pero ya acababa de cumplir cincuenta y un años y estaba curtido en viajes por el trópico indio. Para manejar las bridas usaba guantes, pues con ellos le hallamos aun en los calores de Honda.

Le seguía un joven, casi de veintisiete años, que era Juan Eloy Valenzuela, de perfil aguileño y aristocrático. Ambos vestían chupas oscuras, que eran a modo de chalecos con faldillas y con mangas ajustadas, pantalones ceñidos de ante, medias altas, calzado de hebillas de plata y amplios chambergos que era la indumentaria de los clérigos de la época.

Detrás iban el maestro Pedro Antonio García, dibujante, que hacía veinte años trabajaba con Mutis — el viejo *Marrullas*, como aquél lo llamó en alguna de sus cartas — y tal vez el señor José Antonio Candamo, oficial de los herbarios. Por último, apretujada y asustadiza, andaba la recua de las mulas que llevaba las toldas; las petacas, con papeles para la preparación de ejemplares y para el dibujo; útiles varios, cera para alumbrar, al lado de colores, drogas y víveres y pinceles. Junto al estribo del patrón con su mochila al hombro y un aparato delicado en la mano, el indiecito Luis Estevan, cenceño y ágil como una ardilla y con la cara rosada sobre moreno, como manzana sanjuanera, trotaba listo a coger las plantas que se le indicaran.

Bajarían por las calles del Chocho, de la Sal y de las Botellas a coger, junto a San Victorino, el puente del San Francisco; echaron por el camellón polvoriento que enrumbaba a la Puente de Aranda y siguieron hacia Mosquera, por el camino de ruedas que sería, con pocas diferencias, la ruta actual de la carretera de occidente.

— ¡Fetecua! ¡Fetecua! ¿Olvidasteis el azadón?

— No, mi amo. Aquí lo *treigo* y está *afilao*.

El fresco de la mañanita sabanera les dió en la cara cuando cruza-

ban los pantanos que se extendían por donde hoy corre la avenida de las Américas. Iban mirándolo todo a su alrededor.

Ese ranúnculo que emerge de las aguas como un botón de oro; esa lengüevaca, esa malva común, esa altamisa, esos geranios, la guaba — hierbas mil veces pisadas — cobraban — pasando ellos — un brillo de amanecer que los transformaba.

— Esa es tu especie, mi Estevan, la *Estevania* (17), que te inmortalizará ante los sabios por tus buenos servicios y los que nos harás en adelante. Todo lo más humilde tenía en aquel momento un halo de perennidad.

— Aquí no hay nada nuevo, todo está reconocido, decía el del caballo grande. Tú, Estevan, quédate a nuestro lado. Vosotros seguid adelante con la recua, avisad en Puentegrande que almorzaremos ahí y armad las toldas antes de la Bocamonte, en suelo seco, al abrigo de unas barrancas que se ven después de Bojacá.

Ordenes del señor don José se cumplieron a la letra. Se siguió por el camino que pasa el río Balsillas junto a la laguna de la Herrera y se torció a la siniestra hacia la cordillera rebajada que delimita la sabana sobre las tierras templadas del lado de Tena, no sin detenerse entre los tunales que crecen por esos contornos para examinar el precioso animalillo que da la cochinita y que como una lama blanca se prende de las palas de las opuncias.

Cuando ya caía la tarde, llegaron a la ladera donde los peones los estaban esperando con las toldas ya armadas y la hoguera prendida, de donde se elevaba un humo azul que se perdía en el cielo y un tufillo de cocido que penetraba en sus cuerpos cansados. Allí durmieron al croar de las ranas.

A la mañana siguiente padecieron una liviana contrariedad, muy frecuente en esta clase de viajes. Los peones no habían asegurado bien todas las mulas y unas no parecían. Sin duda se habían regresado a su potrero habitual. Gracias a Roque que era un galgo para seguirlas y conocerles las pisadas no tardaron en tener juntas todas las cabalgaduras y pronto las vieron ensilladas y listas con sus aperos y monturas nuevas y muy bien revisadas, como para largo viaje.

El camino pasaba junto a la cerca de piedra de la hacienda de Fute, que fué de los expatriados; llegaba a la Bocamonte y bajaba a la hacienda de Tena por una espesa montaña de quinas, las cuales Valenzuela iba ávido de ver por primera vez; de cedros, de nogales, granadillos y guásimos conocidos por don José desde el 72. El sotobosque era riquísimo de especies herbáceas, casi todas fructificadas con las primeras aguas (18). Luego, cuando ya el calor de las tierras templadas se comenzaba a sentir, descendieron al Guayabal y a la Parroquia de La Mesa de Juan Díaz, al atardecer del primero de mayo. Allí se alojaron en la casa grande que quedaba pegada a los cimientos de la iglesia que entonces llamaban nueva, casa que les fué cedida por un eclesiástico

(16) Dos descripciones tenemos de esta salida para la Mesa: una de Valenzuela y otra más precisa de Mutis. Dice éste así en su **Diario** para 1783, según la recopilación de Guillermo Hernández de Alba:

Resuelta la Expedición para la Mesa de Juan Díaz, salimos el día 29 de Abril de 1783, de la capital de Santafé y, caminando a un paso regular, llegamos a Puente Grande a las dos y cuarto de la tarde. De aquí salimos a las cuatro siguiendo el mismo paso que antes y llegamos a Balsillas a las cinco y tres cuartos de la tarde y concluimos la primera jornada.

Por segunda vez Mutis abre el diario de la Expedición diciendo:

«Día 29 (Martes) de Abril de 1783.

Después de muchas fatigas y cuidados, que cuesta en estos Países la preparación de un viaje destinado al progreso de la Historia Natural con la crecida familia de compañeros: y criados a que corresponde un abultado equipaje, salimos finalmente a la Mesa de Juan Díaz: sitio que eleji por todas sus proporciones para la colección de producciones naturales.

(17) La *Estevania*, género creado por Mutis, no pudo revalidarse, pues resultó ser la *Justicia coccinea*, según dictamen del mismo Linné.

(18) Mutis revela complacencia cuando observa que sus preocupaciones van pasando al espíritu de su compañero en estas palabras de su **Diario de Observaciones**:

El Dr. Valenzuela, bien olvidado de los malos pasos, llevaba toda su atención fija en árboles y plantas, deseando impacientemente la hora de ver la quina viva en su suelo nativo. Logró verla y discernirla por sí mismo, por los conocimientos que de ella tenía en los ejemplares vivos.

de apellido Rojas, que había sido promovido a mejor feligresía. Ese era el término de su primer viaje.

La Mesa era parada obligatoria para los viajeros que de Santa Fe pasaban a las ricas haciendas, hatos y trapiches de Tocaima y para cuantos, vadeando el río de la Magdalena en Guataquí, se dirigían a Ibagué, a Timaná, La Plata y Popayán, camino de Quito y del Perú. Hervían en la única calle las recuas y los arrieros; de las puertas a uno y otro extremo, salía un olor a chicha y guarapo que tumbaba; alrededor de la única plaza, a las puertas de las casas de dos pisos y en los balcones, los señores descansaban en sillas mecedoras o en taburetes recostados a la pared.

Poco a poco se fueron retirando los contertulios a sus interiores, las mulas a sus corrales y potreros y los arrieros a sus albergues. La calle y la plaza quedaron solitarias; las chicharras y los grillos entonaron desde los ocobos en flor sus maitines semitonados y la brisa fugaz jugaba con el refajo de las plataneras y mezclaba en un filtro embriagador perfumes de azahares, de jazmines y de gardenias.

El día 2 se empleó en arreglar la casa, según las disposiciones del señor don José, quien juzgaba que del buen orden depende la eficacia del trabajo.

Reconocer la localidad de La Mesa, era ya vieja aspiración del recién nombrado director de la Expedición Botánica. Allá le habían atraído las informaciones de don Miguel de Santisteban, su amigo y conocedor de quinas. Allá se habría, tal vez, asomado él mismo, recién llegado de España, cuando con el virrey La Cerda comprobaba su poca fortuna en la caza de venados y su poca puntería contra las torcazas de Bojacá. La Mesa era también la patria de dos loritos que alguien regaló a Mutis y que llegaron sin saber hablar, por lo cual él les buscó maestro, ya que se confesaba incapaz para darles competente educación lingüística por sí mismo.

Dice así el *Diario* del 14 de noviembre (sábado), de 1762.

Me hizo el favor S. E. de incitarme a que saliese a examinar la quina que decían hallarse tan cerca de Santa Fe, como que no distaba un día de camino; distancia entre Santa Fe y la Mesa de Juan Díaz; donde se dice hallarse el árbol. El primero que me dió esta noticia fué don Miguel de Santisteban. Me la confirmó mi criado Carlos, vaquiano de aquel terreno.

Conocemos perfectamente y día a día las labores de la Expedición Botánica en La Mesa de Juan Díaz, gracias al minucioso diario llevado por Eloy Valenzuela y que publiqué por encargo del Ministerio de Educación prologado y anotado, con alguna colaboración histórica y mucha económica de M. Acevedo Díaz, actual Presidente de la Academia de Historia de Santander.

Corre con algunas pequeñas lagunas desde el 29 de abril de 1783, hasta el traslado de la expedición a Mariquita, hecho que ocurrió el miércoles 9 de julio del mismo año.

Fueron dos meses de un desbordamiento de estudios sistemáticos, de batidas exhaustivas sobre la vegetación y la fauna de Guayabal, del camino del Tigre, de Doima, de Tena, de las lagunas Verde y de Pedro Palo, de la cuchilla llamada Nariz de Escalante y de las orillas del río Bogotá, tierras donde el Colegio del Rosario tenía extensas posesiones. No quedó matorral por revisar, ni bosque, ni prado, ni regato, ni tronera por escudriñar, ni en el clima templado ni en el caliente.

Temprano montaban a caballo Mutis y su segundo Valenzuela para salir al campo a recorrerlo, acompañados de los herbolarios, quienes debían coger las plantas indicadas por ellos, arrancarlas de raíz y llevarlas a la casa para su estudio, dibujo y conservación en el herbario. Regresaban a medio día y de nuevo salían a la tarde para una nueva excursión. Con la caída de la noche todos volvían a sus cuarteles y

entonces a la luz de las ceras empezaba el trabajo del examen, de las anotaciones, de las instrucciones al dibujante sobre los órganos que debía poner en claro; del penetrante, prolijo, meticoloso y supremo dibujar. Hubo planchas que se comenzaron a las cinco de la tarde y se terminaron a las nueve de la mañana del siguiente día, que parece se elaboraron a lo largo de toda una noche para que las flores no se marchitaran.

Los mesunos que por rareza se retardaban en llegar a sus hogares, verían las ventanas de la casa botánica abiertas, y que dentro las luces oscilaban como respirando. Sólo se oían voces graves entrecortadas de cosas que ellos no entendían.

Las primeras plantas que dibujó el maestro García en La Mesa — establecida ya por Caballero y Góngora la Expedición —, fueron el Azuceno de Monte que se inició el día 4 de mayo de 1783 y se concluyó el 6; luego vino el Almizcillo, desde el 8, a la mañana del 9; la tercera fué el Maduraplátano que se empezó el 7 y en el que se mantuvo hasta el 8 por la tarde. Tales dibujos debieron hacerse en negro-gris, pues sólo más tarde se les ocurrieron los medios de ponerles color.

Desgraciadamente aún no estamos en capacidad de decir si esos dibujos se conservan, ni cuáles son; ni de examinar por ellos el trabajo del pintor A. García en aquel momento (19).

Las plantas desecadas iban amontonándose en el herbario; las descripciones de ellas iban aumentando y creciendo, día por día, la colección de los dibujos preciosos.

Aquí está la maranta, encontrada en Quitasueño; aquí la *Turnera ulmifolia* o Buena vista; aquí numerosas pasifloras, allá otras y otras innumerables especies. Más allá el guayabo cimarrón al que Mutis creyó especie nueva y lo llamó *Valenzuelia* (20).

Se consulta en los grandes maestros Linné, Jacquin, Plumier, Loefling y se trata de hallar la determinación y clasificación definitiva según el *Systema*. De todas maneras se hace la descripción de la planta íntegra y la más minuciosa de los órganos florales según la nomenclatura de Linné y de Ventenat. Lo que no ve el ojo desnudo se inquiriere con la lente: «con el vidrio», como dice Valenzuela.

Otro género de datos colectó la expedición, bien interesantes. Mutis se hace acompañar de un «rústico» o campesino de la región, de uno de esos leñadores o «yerbateros» que nunca faltan, famosos por conocer muchas plantas y muchas aplicaciones de ellas. Con criterio selectivo se le averiguan los nombres vulgares de las especies y los usos etnobotánicos de cada una. Todos los datos pasan a las memorias y a las anotaciones. Así se incoaba el estudio inacabable de las aplicaciones de las plantas, se aprovechaba la experiencia popular y se ampliaba hasta lo infinito el interrogante botánico, porque Mutis profesaba que al uso popular se debían muchas aplicaciones de la medicina y de la técnica y que en las observaciones del vulgo *nada hay despreciable hasta poder separar lo cierto de lo dudoso y falso*. Las plantas pequeñas se arrancan de raíz, y si tenían turmas — así habla Valenzuela — éstas eran pesadas con exactitud porque era preciso ese dato para futuros estudios farmacológicos, químicos y agrícolas. No estaba entonces en vigor el sistema métrico decimal, sino que se medía en toesas, pies, pulgadas y líneas para longitudes y en onzas y ochavas en la balanza.

Y los días pasaban y la sed de averiguaciones crecía y el sendero se alargaba y los campos y desfiladeros de La Mesa se iban dilatando hacia nuevos secretos e intereses.

El señor don José había visto en años anteriores una planta acuática que le habían traído a su posada diciéndole que la habían cogido en una de esas lagunetas que tanto abundan en los alrededores de La Mesa. Se la buscó con ahinco hasta dar con muchas que pudieran acomodarse a sus descripciones.

(19) La frase de Bergius: *Mirabar valde, cum icones...*, copiada por Mutis en carta a D'Elhuyar se refiere a láminas pintadas por el maestro A. García, como lo advierte, con fundamento, el P. Uribe. Añade este autor calificando el trabajo de García, que sus láminas son buenas en cuanto al dibujo, pero imperfectas respecto al colorido y la perspectiva.

(20) Fué en la Mesa, donde Mutis pudo examinar al «guayabo cimarrón», árbol común de nuestros climas templados, cuya diferencia entre los pies machos y hembras no había verificado, y al cual puso nombre genérico de *Valenzuelia*. El episodio merece copiarse y es como sigue:

Se halló en flor el Guayabo Cimarrón, por cuyo carácter completo suspiraba yo desde que lo ví por primera vez en Anapoima en mi viaje del Sapo a Santafé, por principios de 1782. Por el examen de las flores que hice entonces habiendo mandado cortar el árbol, en cuyas flores vi tres filamentos que me hicieron sospechar una especie triginia. Así conservaba la especie de este precioso árbol que deseaba hallar florido para dibujarlo. Con tan felices circunstancias lo halló el Dr. Valenzuela que recorría las inmediaciones por el lado opuesto al que yo había seguido para descubrir las laderas de las vegas del Bogotá. Se llenó de gozo para comunicarme su hallazgo. Hicimos cortar varias ramas y hallando las flores de diverso estado a las que yo examiné en Anapoima, vimos que todas eran hembras. Por fortuna estaba a un lado otro árbol que conocimos por su cáscara y viéndolo diversamente floreado, hicimos cortar ramas en que hallamos los machos en el número constante de nueve. Es árbol Dioica Enneandra que caractericé por nueva y justísimamente la consagré con el nombre de Valenzuelia a mi compañero en los trabajos y gustos.

La *Valenzuelia* Mutis pasó a ser *Picramnia coralloidendron*, bellamente representada en los icones de la Expedición.

Porque, desgraciadamente, antes de cumplir el mes, el director de la Expedición había sido llamado a Bogotá donde era importante su parecer sobre la campaña contra la epidemia de viruelas y sobre la eficacia de la vacunación para combatirla.

Es del 15 de marzo y escrito en Santa Fe un informe luminoso de Mutis donde no sólo trata del procedimiento de Jenner, sino, sobre todo, de la manera de vencer, con discreción, la repugnancia de las gentes a estos métodos nuevos de inmunidad.

Debió, además, Mutis escribir por orden de Caballero y Góngora un informe acerca de la misma expedición, destinado al ministro Gálvez y que firmó el día 27 de marzo de 1783.

Cierto día Mutis, regresado a La Mesa, recibió una orden de trasladarse a Mariquita con todos sus compañeros y elementos, por el camino de Tocaima, Guataquí y Ambalema (21). Así lo disponía su excelencia para que, en adelante, pudiera el sabio vigilar la explotación de las minas de Santa Ana, situadas en esa población extrema

de los llanos del Tolima y la recolección y despacho de las quinas de los Andaquíes.

La Mesa quedó atrás; su misterio floral, desflorado y pregnantante. Al menos, sin embargo, la Expedición se hallaba en marcha y Valenzuela se había posesionado ya de los métodos y del afán investigativo del señor Compañero.

Cuando desde las laderas que bajan a Tocaima y Guataquí volvieron a mirar atrás, al campo de sus primeras recolecciones acumulativas, vieron el dilatado anfiteatro que abrazan los ríos Bogotá y Apulo, sus bosques de verde oscuro, sus cañaduzales claros, sus potreros donde se cebaban los ganados venidos del Tolima; las laderas donde los grupos de palmas reales resaltan entre jirones de niebla — esos que prodigiosamente pinta Gonzalo Ariza — al lado de los cámbulos florecidos en rojo, los gualandayes purpúreos y los ocbos rosados y contemplarían en éxtasis, allá arriba, La Mesa de Juan Díaz en su cerco de precipicios, que ofrecía sus casas blancas al sol de la mañana.



(21) Tocaima fué fundada en 1554. Juan Díaz se construyó en Tocaima, junto al Patí (río Bogotá), en la vega que cae bajo el emplazamiento actual de la ciudad, una casa que pudiera servir de Alcázar. Además de las maderas finas que halló en los bosques vecinos, trajo de España azulejos, vidrieras, rejerías y artesones. A causa de esa rica construcción estuvo por mudarse la Real Cancillería de Santa Fe a Tocaima. La introducción de los alfarjes o techos mudéjares en que abunda la arquitectura religiosa santafereña, es parte de la biografía de Juan Díaz Jaramillo, el *Rico*, quien, después de la conquista de Nueva España, se alistó en el Nuevo Reino para la expedición de los panches, comandada por Venegas Carrillo.